

LIBRO dot.com

Juliette 1

Marqués de Sade



Digitalizado por **LIBRO** dot.com
<http://www.librodot.com>

PRIMERA PARTE

Justine y yo fuimos educadas en el convento de Panthemont. Ustedes ya conocen la celebridad de esta abadía, y saben que, desde hace muchos años, salen de ella las mujeres más bonitas y más libertinas de París. Es este convento tuve como compañera a Euphrosine, esa joven cuyas huellas quiero seguir y quien, viviendo cerca de la casa de mis padres, había abandonado la suya para arrojarse en brazos del libertinaje; y como de ella y de una religiosa amiga suya fue de quienes recibí los primeros principios de esta moral que han visto con asombro en mí, siendo tan joven, por los relatos de mi hermana, me parece que, antes de nada, debo hablaros de la una y de la otra... contaros exactamente estos primeros momentos de mi vida en los que, seducida, corrompida por estas dos sirenas, nació en el fondo de mi corazón el germen de todos los vicios.

La religiosa en cuestión se llamaba Mme. Delbène; era abadesa de la casa desde hacía cinco años, y frisaba los treinta cuando la conocí. No podía ser más bella: digna de un retrato, una fisonomía dulce y celeste, rubia, con unos grandes ojos azules llenos del más tierno interés, y el porte de las Gracias. Víctima de la ambición, la joven Delbène fue encerrada en un convento a los doce años, con el fin de hacer más rico a un hermano mayor al que ella detestaba. Encerrada a la edad en que comienzan a desarrollarse las pasiones, aunque Delbène no hubiese elegido todavía, amando el mundo y los hombres en general, sólo después de inmolarse a sí misma, después de triunfar en los más rudos combates, había conseguido que naciese en ella la obediencia. Muy avanzada para su edad, habiendo leído a todos los filósofos, habiendo reflexionado prodigiosamente, Delbène, al tiempo que se condenaba al retiro, había conservado dos o tres amigas. Venían a verla, la consolaban; y como era muy rica, seguían proporcionándole todos los libros y caprichos que pudiese desear, incluso aquéllos que debían excitar más una imaginación... ya muy exaltada, y que no enfriaba el retiro.

En cuanto a Euphrosine, tenía quince años cuando me uní a ella.; llevaba ya dieciocho meses como alumna de Mme. Delbène cuando me propusieron ambas que entrase en su sociedad, el día en que yo acababa de cumplir mis trece años. Euphrosine era morena, alta para su edad, muy delgada, con unos ojos muy bonitos, mucha gracia y vivacidad, pero menos bonita, mucho menos interesante que nuestra superiora.

No necesito decir que la inclinación a la voluptuosidad es, en las mujeres recluidas, el único móvil de su intimidad; no es la virtud lo que las une; es el vicio; gustas a la que se inclina hacia ti, te conviertes en la amiga de la que te excita. Dotada del temperamento más vivo, desde la edad de nueve años había acostumbrado a mis dedos a que respondiesen a los deseos de mi cabeza, y, desde esta edad, no aspiraba más que a la felicidad de encontrar la oportunidad de instruirme y lanzarme a una carrera cuyas puertas me abría ya con tanta complacencia la naturaleza precoz. Euphrosine y Delbène me ofrecieron pronto lo que yo buscaba. La superiora, que quería hacerse cargo de mi educación, me invitó un día a comer... Euphrosine se hallaba allí, hacía un calor insoportable, y este ardor excesivo del sol les sirvió de excusa a ambas para el desorden en que las encontré: hasta tal punto era así que, excepto una blusa de gasa, sujeta simplemente con un gran lazo rosa, estaban prácticamente desnudas.

-Desde que entrasteis en esta casa -me dice Mme. Delbène, besándome negligentemente en la frente- estoy deseando conoceros íntimamente. Sois muy bella, parecéis inteligente, y las jóvenes que se parecen a vos tienen derechos seguros sobre mí... Enrojecéis, pequeño ángel; os lo prohíbo: el pudor es una quimera, resultado únicamente de las costumbres y de la educación, es lo que se llama un hábito; si la naturaleza ha creado al hombre y a la mujer desnudos, es imposible que al mismo tiempo les haya infundido aversión o vergüenza por aparecer de tal forma. Si el hombre hubiese seguido siempre los principios de la naturaleza, no conocería el pudor: verdad fatal que prueba, querida hija mía, que hay virtudes cuya cuna no es otra que el olvido total de las leyes de la naturaleza. ¡En qué quedaría la moral cristiana si escrutásemos de esta forma todos los principios que la componen! Pero ya charlaremos de todo esto. Hablemos hoy de otra cosa, y desvestíos como nosotras.

Después, acercándose a mí, las dos bribonas, riéndose, me pusieron pronto en el mismo estado que ellas. Entonces los besos de Mme. Delbène tomaron un carácter muy diferente...

-¡Qué bonita es mi Juliette! -exclamó con admiración-; ¡cómo empieza a hincharse su delicioso y pequeño seno! Euphrosine: lo tiene más grande que el tuyo... y, sin embargo, apenas tiene trece años.

Los dedos de nuestra encantadora superiora acariciaban los pezones de mi seno, y su lengua se agitaba en mi boca. En seguida se dio cuenta de que sus caricias actuaban sobre mis sentidos con tal ímpetu que casi me sentía mal.

¡Oh, joder! -dijo, sin contenerse ya y sorprendiéndome por la energía de sus expresiones-. ¡Dios santo, qué temperamento! Amigas mías, dejemos de entorpecernos: ¡al diablo todo lo que todavía vela a nuestros ojos atractivos que la naturaleza no creó para que estuviesen ocultos!

A continuación, tirando las gasas que la envolvían, apareció a nuestra vista bella como la Venus que inmortalizaron los griegos. Imposible estar mejor hecha, tener una piel más blanca... más suave... unas formas más hermosas y mejor pronunciadas. Euphrosine, que la imitó casi en seguida, no me ofreció tantos encantos; no estaba tan rellena como Mme. Delbène; un poco más morena, quizás debía gustar menos en general; pero ¡qué ojos! ¡qué ingenio! Emocionada con tantos atractivos, muy solicitada por las dos mujeres que los poseían a que renunciase, como ellas, a los frenos del pudor, podéis creer que me rendí. Dentro de la más dulce embriaguez, la Delbène me lleva hasta su cama y me devora a besos.

-Un momento -dice, toda encendida- un momento, mis buenas amigas, pongamos un poco de orden en nuestros placeres, sólo se goza de ellos planeándolos.

Tras estas palabras, me estira las piernas separándolas, y, acostándose en la cama boca abajo, con su cabeza entre mis muslos, me besa el sexo mientras que, ofreciendo a mi compañera las nalgas más hermosas que puedan contemplarse, recibe de los dedos de esta bonita muchacha los mismos servicios que me presta su lengua. Euphrosine, concedora de los gustos de la Delbène, alternaba sus escarceos con vigorosos golpes sobre el trasero, cuyo efecto me pareció seguro sobre el físico de nuestra amable institutriz. Vivamente electrizada por el libertinaje, la puta devoraba el caudal que hacía brotar constantemente

de mi pequeño coño. Algunas veces se paraba para mirarme... para observarme en el placer.

- ¡Qué hermosa es! -exclamaba la zorra... ¡Oh! santo Dios, ¡qué interesante es! Sacúdeme, Euphrosine, menéame, amor mío; quiero morir embriagada de su jugo! Cambiemos todo -exclamaba un momento después-; querida Euphrosine, debes querer lo mismo de mí; no pienso devolverte todos los placeres que tú me das... Esperad, mis pequeños ángeles, voy a masturbaros a ambas a la vez.

Nos pone en la cama, una junto a la otra; siguiendo sus consejos, nuestras manos se cruzan, nos acariciamos mutuamente. Su lengua se introduce primero dentro de la crica de Euphrosine, y con sus manos nos cosquillea el agujero del culo; de vez en cuando deja la crica de mi compañera para venir a succionar la mía, y recibiendo cada una de esta forma tres placeres a la vez, podéis imaginar hasta qué punto echábamos copiosamente. Al cabo de unos momentos, la bribona nos da la vuelta. Le presentábamos nuestras nalgas, nos meneaba por debajo acariciándonos el ano. Alababa nuestros culos, los estrujaba, y nos hacía morir de placer. Saliendo de allí como una bacante:

-Hacedme todo lo que yo os hago -decía- meneadme las dos a la vez; estaré entre tus brazos, Juliette, besaré tu boca, nuestras lenguas se juntarán... se apretarán... se chuparán. Me hundirás este consolador en la matriz -prosigue mientras me da uno-; y tú, Euphrosine mía, tú te encargarás de mi culo, me lo menearás con este pequeño instrumento; infinitamente más estrecho que mi crica, es todo lo que le hace falta... Tú, putuela mía -continuó mientras me besaba- tú no abandonarás mi clítoris; éste es la verdadera sede del placer en las mujeres: frótalo hasta que salte, soy dura... estoy agotada, necesito cosas fuertes; quiero destilar mi flujo con vosotras, quiero descargar veinte veces seguidas, si puedo.

¡Oh Dios! ¡cómo le devolvimos lo que nos prestaba! Es imposible trabajar con más ardor para proporcionar placer a una mujer... imposible encontrar otra que lo saborease mejor. Nos entregamos.

-Ángel mío -me dice esta encantadora criatura- no puedo expresarte el placer que tengo en haberte conocido; eres una muchacha deliciosa; voy a asociarte a todos mis placeres, y verás que pueden saborearse algunos muy fuertes, aunque estemos privadas de la sociedad de los hombres. Pregunta a Euphrosine si está contenta conmigo.

-¡Oh, amor mío!, ¡mis besos te lo probarán! -dice nuestra joven amiga precipitándose sobre el seno de Delbène-; a ti te debo el conocimiento de mi ser; tú has formado mi espíritu, lo has liberado de los estúpidos prejuicios de la infancia: sólo por ti existo en el mundo; ¡ah! ¡cuán feliz será Juliette, si te dignas tomarte las mismas molestias por ella.

-Sí -respondió Mme. Delbène- sí, quiero encargarme de su educación, quiero disipar en ella, como lo hice en ti, esos infames vestigios religiosos que turban toda la felicidad de la vida, quiero reducirle a los principios de la naturaleza, y hacerle ver que todas las fábulas con las que han fascinado su alma no están hechas más que para ser despreciadas. Comamos, amigas mías, recuperémonos; cuando se ha descargado mucho, hay que reponer lo que se ha perdido.

Una comida deliciosa, que hicimos desnudas, nos devolvió enseguida las fuerzas necesarias para volver a empezar. Volvimos a masturbarnos... volvimos a sumergir nos las

tres, mediante mil nuevas posturas, en los últimos excesos de la lubricidad. Cambiando constantemente de papel, algunas veces éramos las esposas de las que un momento después nos convertíamos en maridos, y, engañando de este modo a la naturaleza, la forzamos un día entero a coronar con sus voluptuosidades más dulces todos los ultrajes a los que la sometimos.

Pasó un mes de esta forma, al cabo del cual Euphrosine, enloquecida de libertinaje, dejó el convento y su familia para lanzarse a todos los desórdenes del putanismo y de la crápula. Volvió a vernos, nos pintó el cuadro de su situación y, demasiado corrompidas nosotras mismas para encontrar equivocado el camino que había tomado, nos abstuvimos de compadecerla o de aconsejarla que cambiase de rumbo.

-Ha hecho bien -me decía Mme. Delbène-; he querido cien veces lanzarme a esa misma carrera, y lo hubiese hecho sin duda alguna si hubiese sentido dentro de mí que el gusto de los hombres superaba el gran amor que tengo por las mujeres; pero, mi querida Juliette, el cielo, al destinarme a una eterna clausura, me ha hecho muy feliz al no inspirarme más que un deseo muy mediocre por otro tipo de placeres que no sean los que me permite este retiro; es tan delicioso el placer que se dan las mujeres entre sí que no aspiro a casi nada más. Sin embargo, comprendo que pueda amarse a los hombres; entiendo a las mil maravillas que se haga cualquier cosa para conseguirlos; lo concibo todo en lo que se refiere al libertinaje... ¿Quién sabe si incluso no estaré por encima de lo que puede captar la imaginación?

-Los primeros principios de mi filosofía, Juliette -continuó Mme. Delbène, que estaba muy apegada a mí desde la pérdida de Euphrosine- consisten en desafiar la opinión pública; no puedes imaginarte, querida mía, hasta qué punto me burlo de todo lo que puedan decir de mí ¿Y, por favor, cómo puede influir en la felicidad esta opinión del vulgo imbecil? Sólo nos afecta en razón de nuestra sensibilidad; pero si, a fuerza de sabiduría y de reflexión, llegamos a embotar esta sensibilidad hasta el punto de no sentir sus efectos, incluso en las cosas que nos afectan más directamente, será totalmente imposible que la opinión buena o mala de los otros pueda influir en nuestra felicidad. Esta felicidad debe estar dentro de nosotros mismos; no depende más que de nuestra conciencia, y quizás todavía un poco más de nuestras opiniones, que son las únicas en las que deben apoyarse las inspiraciones más firmes de la conciencia. Porque la conciencia -prosiguió esta mujer llena de inteligencia- no es algo uniforme; casi siempre es el resultado de las costumbres y de la influencia de los climas, puesto que es evidente que los chinos, por ejemplo, no sienten ninguna repugnancia por acciones que nos harían temblar en Francia. Luego, si este órgano flexible puede llegar a tales extremos, sólo en razón del grado de latitud, la verdadera sabiduría reside en adoptar un medio razonable entre extravagancias y quimeras, y en formarse opiniones compatibles a la vez con las inclinaciones que hemos recibido de la naturaleza y con las leyes del gobierno en que se vive; y tales opiniones deben crear nuestra conciencia. Por ello nunca es demasiado pronto para adoptar la filosofía que se quiere seguir, ya que sólo ella forma nuestra conciencia, y a nuestra conciencia le corresponde regular todas las acciones de nuestra vida.

-¡Cómo! -digo a Mme. Delbène- ¿habéis llevado esta indiferencia al punto de burlaros de vuestra reputación?

-Totalmente, querida mía; incluso confieso que interiormente gozo más con la convicción que tengo de que esta reputación es mala, que si supiese que es buena. ¡Oh Juliette! grábate bien esto: la reputación es un bien sin ningún valor, nunca nos compensa de los sacrificios que hacemos por ella. La que está celosa de su gloria experimenta tantos tormentos como la que la descuida: una tiene constantemente el temor de que se le escape, la otra tiembla por su despreocupación. Así pues, si hay tantas espinas en la carrera de la virtud como en la del vicio, ¿a qué viene atormentarse tanto por la elección, y a qué viene no entregarse plenamente a la naturaleza en lo que nos sugiere?

-Pero, al adoptar estas máximas -objeté yo a Mme. Delbène- yo tendría miedo de romper demasiados frenos.

-En verdad, querida mía -me respondió- ¡me gustaría tanto que me dijeras que tienes miedo de obtener demasiados placeres! Y entonces ¿cuáles son esos frenos? Atrevámonos a considerarlos con sangre fría... Convenciones humanas, casi siempre promulgadas sin la sanción de los miembros de la sociedad, detestadas por nuestro corazón... contradictorias con el buen sentido: convenciones absurdas, que no tienen ninguna realidad más que para los tontos que quieren someterse a ellas, y que sólo son objeto de desprecio a los ojos de la sabiduría y de la razón... Charlaremos sobre todo esto. Te lo dije, querida mía: yo te educaré; tu candor e ingenuidad me demuestran que necesitas un guía en la espinosa carrera de la vida, y soy yo quien te serviré de guía.

En efecto, no había nada más deteriorado que la reputación de Mme. Delbène. Una religiosa a la que yo estaba encomendada, disgustada por mis relaciones con la abadesa, me advirtió que era una mujer perdida; había corrompido a casi todas las pensionistas del convento, y mas de quince o dieciséis habían seguido, de acuerdo con su consejo, el mismo camino que Euphrosine. Me aseguraban que era una mujer sin fe, ni ley, ni religión, que pregonaba impudicamente sus principios, y habrían tomado represalias contra ella de no ser por su dinero y su nacimiento. Yo me reía de estas exhortaciones; un sólo beso de la Delbène, uno sólo de sus consejos ejercían más fuerza sobre mí que todas las armas que pudiesen emplearse para separarme de ella. Aunque me llevase a un precipicio, me parecía que preferiría perderme con ella a instruirme con otra. ¡Oh amigos míos! Es delicioso alimentar este tipo de perversidad; arrastradas por la naturaleza hacia ella... si la razón fría nos aleja de ella por un instante, la mano de la voluptuosidad nos devuelve a esa perversidad y ya no podemos abandonarla.

Pero nuestra amable superiora no tardó en hacerme ver que no era yo la única que atraía su atención, y pronto me di cuenta de que había otras que compartían placeres en los que había más libertinaje que delicadeza.

-Ven mañana a merendar conmigo -me dijo un día-; Elisabeth, Mme. de Volmar y Sainte-Elme estarán allí, seremos seis en total; quiero que hagamos cosas inconcebibles.

-¡Cómo! digo yo- ¿así que te diviertes con todas esas mujeres?

-Claro. ¡Y qué! ¿Acaso crees que me limito a esto? Hay treinta religiosas en esta casa; veintidós han pasado por mis manos; hay diecinueve novicias: sólo una me es todavía desconocida; vosotras sois sesenta pensionistas: solamente tres se me han resistido; las voy poseyendo a medida que llegan, y no les doy más de ocho días para pensarlo. ¡Oh Juliette, Juliette!, mi libertinaje es una epidemia, ¡tiene que corromper todo lo que me

rodea! Y la sociedad tiene una gran suerte en que yo me limite a esta dulce manera de hacer el mal; con mis inclinaciones y mis principios, quizás adoptase otra que sería mucho más fatal para los hombres.

-¿Y qué harías tú, amada mía?

-¡Y yo qué sé! ¿Acaso ignoras que los efectos de una imaginación tan depravada como la mía son como las riadas de un río que se desborda? La naturaleza quiere que provoquen desastres y lo hacen, no importa de qué manera.

-¿No estarás atribuyendo -respondo a mi interlocutora- a la naturaleza lo que sólo es obra de la depravación?

-Escúchame, ángel mío -me dice la superiora-, no es tarde y nuestras amigas no llegarán hasta las seis; quiero responder a tus frívolas objeciones antes de que lleguen.

Nos sentamos.

-Como no conocemos las inspiraciones de la naturaleza -me dice Mme. Delbène- más que por este sentido interno que llamamos conciencia, sólo mediante el análisis de la conciencia podremos llegar a profundizar con sabiduría en qué consisten los movimientos de la naturaleza que cansan, atormentan o hacen gozar a tal conciencia.

Se llama conciencia, mi querida Juliette, a esa especie de voz interior que se eleva en nosotros por la infracción de algo prohibido, sea de la naturaleza que sea: definición muy simple y que, a primera vista, ya demuestra que esta conciencia no es más que la obra del prejuicio recibido por la educación, hasta tal punto que todo lo que se le prohíbe al niño le causa remordimientos en cuanto lo viola, y conserva esos remordimientos hasta que el prejuicio vencido le haya demostrado que no existía ningún mal real en la cosa prohibida.

De la misma forma, la conciencia es pura y simplemente la obra de los prejuicios que nos infunden o de los principios que nos creamos. Esto es hasta tal punto cierto que es posible formarse con principios enérgicos una conciencia que nos atormentará, nos afligirá, siempre que no hayamos cumplido, en toda su extensión, todos los proyectos de diversiones, incluso viciosas... incluso criminales que nos habíamos prometido realizar para nuestra satisfacción. De aquí nace ese otro tipo de conciencia que, en un hombre por encima de todos los prejuicios, se eleva contra él cuando, para llegar a la felicidad, ha tomado un camino contrario al que debía conducirle a ella de una forma natural. Así, según los principios que nos hayamos construido, podemos arrepentirnos igualmente o de haber hecho demasiado mal o de no haberlo hecho en un grado suficiente. Pero tomemos la palabra en su acepción más simple y más común; en este caso, el remordimiento, es decir, el órgano de esta voz interior que acabamos de llamar conciencia, es una debilidad totalmente inútil, y cuya influencia debemos ahogar con toda la fuerza de que seamos capaces; porque el remordimiento, una vez más, sólo es obra del prejuicio engendrado por el temor de lo que puede sucedernos después de haber hecho algo prohibido, sea de la naturaleza que sea, sin examinar si está bien o mal. Elimínad el castigo, cambiad la opinión, aniquilad la ley, eliminad la influencia del clima en el sujeto, él crimen seguirá existiendo, pero el individuo no tendrá ya remordimientos. Así pues, el remordimiento no es más que una reminiscencia fastidiosa, resultado de las leyes y de las costumbres adoptadas, pero que de ninguna manera depende de la especie del delito. Y si no fuese así, ¿sería posible apagarlo? Y, sin embargo, ¿no es muy cierto que se consigue esto, incluso con

las cosas que pueden tener las más graves consecuencias, en razón de los progresos del espíritu y de la forma en que se esfuerza uno por la extinción de sus prejuicios; de suerte que, a medida que estos prejuicios desaparecen con la edad, o que la costumbre de las acciones que nos hacían temblar llega a endurecer la conciencia, el remordimiento, que era tan sólo el efecto de la debilidad de esta conciencia, se aniquila completamente, y se llega así, en la medida que se desee, a los excesos más terribles? Pero quizás se me objete que la clase de delito debe hacer más o menos fuerte el remordimiento. Sin duda, porque el prejuicio de un gran crimen es más fuerte que el de uno pequeño... el castigo de la ley más severo; pero aprended a destruir todos los prejuicios por igual, aprended a poner todos los crímenes al mismo nivel, y, al convencerlos de su igualdad, sabréis conformar el remordimiento a éstos, y, como habréis aprendido a hacer frente al más pequeño remordimiento, pronto aprenderéis a vencer el arrepentimiento más fuerte y a cometer todos los crímenes con igual sangre fría... Mi querida Juliette, el hecho de que estemos persuadidos del sistema de la libertad y digamos: ¡qué *desgraciado soy por no haber actuado de manera diferente!*, es lo que hace que sintamos remordimientos después de una mala acción. Pero si quisiésemos convencernos de que este sistema de libertad es una quimera, y que una fuerza más poderosa que nosotros nos empuja a todo lo que hacemos, si quisiésemos convencernos de que todo es útil en el mundo, y que el crimen del que nos arrepentimos se ha hecho para la naturaleza tan necesario como la guerra, la peste o el hambre con las que ella asola periódicamente los imperios, nos sentiríamos infinitamente más tranquilos acerca de todas las acciones de nuestra vida, y ni siquiera concebiríamos el remordimiento; y mi querida Juliette no diría que me equivoco atribuyendo a la naturaleza lo que sólo debe ser efecto de mi depravación.

Todos los efectos morales -prosiguió Mme. Delbène responden a causas físicas. a las que están encadenados irresistiblemente. Es el sonido que resulta del choque del palillo con la piel del tambor: si no hay causa física, no hay choque, y, necesariamente, no hay efecto moral, es decir, no se produce el sonido. Ciertas disposiciones de nuestros órganos, el fluido nervioso más o menos irritado por la naturaleza de los átomos que respiramos... por el tipo o la cantidad de partículas nitrosas contenidas en los alimentos que tomamos, por el curso de los humores, y por otras mil causas externas, determinan a un hombre al crimen o la virtud y a ambos a la vez, con frecuencia en un mismo día: este es el choque del palillo, el resultado del vicio o de la virtud; cien luises robados del bolsillo de mi vecino, o dados del mío a un desgraciado, es el efecto del choque, o el sonido. ¿Somos dueños de estos segundos efectos, cuando los necesitan las primeras causas? ¿Puede ser tocado el tambor sin que resulte de aquí un sonido? ¿Y podemos oponernos nosotros a este choque cuando él mismo es el resultado de cosas tan extrañas a nosotros, y tan dependientes de nuestra organización? Así pues, es una locura, una extravagancia, no hacer todo lo que nos apetece, y arrepentirnos de lo que hemos hecho. Según esto, el remordimiento no es más que una pusilánime debilidad que debemos vencer, en la medida que dependa de nosotros, por la reflexión, el razonamiento y la costumbre. Por otra parte, ¿qué cambio puede aportar el remordimiento a lo que se ha hecho? No puede disminuir su daño, puesto que nunca llega más que una vez cometida la acción; rara vez impide que se cometa de nuevo, y, por consiguiente, no sirve para nada. Una vez que se ha hecho el daño, suceden necesariamente dos cosas: o es castigado o no lo es. En esta segunda hipótesis, el remordimiento sería con toda seguridad una tontería vergonzosa: porque ¿de qué serviría arrepentirse de una acción, fuese de la naturaleza que fuese, que nos haya aporta-

do una satisfacción muy intensa y que no haya tenido ninguna consecuencia enojosa? En un caso así, arrepentirse del daño que esta acción haya podido causar al prójimo sería amarlo más que a uno mismo, y es totalmente ridículo sentir lástima por la pena de los otros, cuando esta pena nos ha proporcionado placer, cuando nos ha servido, agrado, deleitado, en el sentimiento que sea. Consiguientemente, en este caso, el remordimiento no tiene razón de ser. Si la acción es descubierta y castigada, entonces, si queremos realmente analizarnos, tendremos que reconocer que no nos arrepentimos del daño causado al prójimo con nuestra acción, sino de la torpeza con que la hemos realizado para que haya sido descubierta; y entonces, sin duda, nos entregamos a las reflexiones resultantes de la lamentación de esta torpeza... sólo para aprender de ellas una mayor prudencia, si el castigo os deja vivir; pero estas reflexiones no son remordimientos, porque el remordimiento real es el dolor producido por el que se ha ocasionado a los otros, y las reflexiones de las que hablamos no son más que los efectos del dolor producido por el daño que se hace uno mismo: lo que hace ver la extrema diferencia que existe entre cada uno de estos sentimientos, y, al mismo tiempo, la utilidad de uno y la ridiculez del otro.

Cuando llevamos a cabo una mala acción, por muy atroz que pueda ser, ¿cómo nos compensa del daño que ha producido sobre nuestro prójimo la satisfacción que nos proporciona, o el beneficio que obtenemos de ella! Antes de cometer esta acción, ya habíamos previsto el daño que resultaría para los otros; sin embargo, este pensamiento no nos ha detenido: al contrario, con frecuencia nos produce placer. La mayor tontería que puede hacerse es insistir sobre este pensamiento una vez cometida la acción, o dejarle que actúe dentro de nosotros de manera diferente. Si esta acción influye en que nuestra vida sea desgraciada, porque ha sido descubierta, pongamos todo nuestro empeño en descubrir, en analizar las causas que han permitido que fuese descubierta; y sin arrepentirnos de algo que no podíamos hacer de otra forma, pongamos todo en práctica para que en el futuro no nos falte la prudencia, extraigamos de la desgracia que ha podido sobrevenirnos por esta equivocación la experiencia necesaria para mejorar nuestros medios, y asegurarnos en adelante la impunidad, corriendo un tupido velo sobre el involuntario desorden de nuestra conducta. Pero nunca llegaremos a extirpar los principios por vanos e inútiles remordimientos, porque ésta mala conducta, esta depravación, estos extravíos viciosos, criminales o atroces, nos han complacido, nos han deleitado, y no debemos privarnos de algo agradable. Sería como la locura de un hombre que porque un día le hubiese sentado mal la cena, quisiera dejar de cenar para siempre.

La verdadera sabiduría, mi querida Juliette, no consiste en reprimir los vicios, porque, siendo los vicios casi la única felicidad de nuestra vida, sería un verdugo de sí mismo el que quisiera reprimirlos; la sabiduría consiste en entregarse a ellos con tal misterio, con tan grandes precauciones, que nunca *nos puedan sorprender. Y que nadie tema que esto disminuirá sus delicias: el misterio aumenta el placer. Por otra parte, una conducta semejante asegura la impunidad, ¿y no es la impunidad el alimento más delicioso de los libertinajes?

Una vez que te he enseñado a dominar el remordimiento nacido del dolor de haber hecho el mal con demasiada evidencia, es esencial, mi querida amiga, que ahora te indique la manera de extinguir totalmente en uno esta voz confusa que, en los momentos de reposo de las pasiones, viene todavía algunas veces a protestar contra los extravíos a los que nos condujeron aquéllas; ahora bien, esta manera es tan segura como dulce, puesto

que consiste en repetir tan a menudo lo que nos ha provocado los remordimientos que la costumbre de cometer esta acción, o de combinarla, impida toda posibilidad de lamentarse por ella. Esta costumbre, al aniquilar el prejuicio, al obligar a nuestra alma a moverse con frecuencia en la forma y la situación que primitivamente le desagradaban, acaba por hacerle fácil el nuevo estado adoptado, e incluso delicioso. El orgullo sirve de ayuda; no sólo hemos hecho algo que nadie se atrevería a hacer, sino que además nos hemos acostumbrado de tal forma a ello que ya no podemos existir sin esa cosa: éste es un primer goce. La acción cometida engendra otra; ¿y quién duda de que esta multiplicación de placeres no acostumbra pronto al alma a plegarse a la forma de ser que debe adquirir, por muy penoso que haya podido parecerle, al comenzar, la situación forzada en la que le ponía esta acción?

¿No sentimos lo que te digo en todos los pretendidos crímenes presididos por la voluptuosidad? ¿Por qué no nos arrepentimos nunca de un crimen de libertinaje? Porque el libertinaje pronto se convierte en una costumbre. Lo mismo puede decirse de todos los otros extravíos; como la lubricidad, todos pueden transformarse fácilmente en hábito, y, como la lujuria, todos pueden provocar en el sistema nervioso una excitación que, muy semejante a esta pasión, puede llegar a ser tan deliciosa como ella, y por consiguiente, como ella, metamorfosearse en necesidad.

Oh Juliette; si quieres como yo vivir feliz en el crimen... y yo cometo muchos, querida mía... si quieres, digo, encontrar en él la misma felicidad que yo, trata de conseguirme, con el tiempo, una costumbre tan dulce que te sea imposible poder existir sin cometerlo; y que todas las convenciones humanas te parezcan tan ridículas que tu alma flexible, y a pesar de eso enérgica, se vaya acostumbrando imperceptiblemente a convertir en vicios todas las virtudes humanas y en virtudes todos los crímenes: entonces te parecerá que ante tus ojos se abre un nuevo universo; se filtrará por tus nervios un fuego devorador y delicioso, abrazará ese fluido, eléctrico donde reside el principio de la vida. Feliz por vivir en un mundo al que me exila mi triste destino, cada día te trazarás nuevos proyectos, y cada día su realización te colmará de una voluptuosidad que sólo será conocida por ti. Todos los seres que te rodean te parecerán otras tantas víctimas entregadas por la suerte a la perversidad de tu corazón; ni lazos ni cadenas, todo desaparecerá pronto bajo la llama de tus deseos, ya no se elevará ninguna voz en tu alma para ahogar el eco de su impetuosidad, ningún prejuicio militará ya en su favor, todo habrá sido suprimido por la sabiduría, y llegarás insensiblemente a los últimos excesos de la perversidad por un camino cubierto de flores. Entonces será cuando reconozcas la debilidad de lo que en otro tiempo te ofrecían como inspiraciones de la naturaleza; cuando te hayas burlado durante unos años de lo que los estúpidos llaman sus leyes, cuando para familiarizarte con su infracción te hayas complacido en pulverizarlas, entonces verás a la pícara naturaleza, encantada de haber sido violada, doblegarse bajo tus deseos, llegar por sí misma a ofrecerse a tus cadenas... presentarte las manos para que la hagas tu cautiva; convertida en tu esclava en lugar de ser tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla mucho mejor, como si se complaciese en el envilecimiento, y como si te indicase que el mejor modo de obedecer sus leyes es insultarla hasta el exceso. No te resistas nunca cuando hayas llegado a este punto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado el medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último cometido no será mas que el principio de otro por el que se someterá a ti de nuevo;

como la prostituta de Sybaris, que se entregaba bajo todas las formas y adoptaba todas las posturas para excitar los deseos del voluptuoso que la pagaba, igualmente te enseñará cien formas de vencerla, y todo esto para, a su vez, encadenarte con más fuerza. Pero una sola resistencia, te lo repito, una sola te haría perder todo el fruto de las últimas caídas; no conocerás nada si no lo conoces todo; pero si eres lo suficientemente tímida como para detenerte, se te escapará para siempre. Abstenete sobre todo de la religión, nada como sus peligrosas inspiraciones para desviarte del buen camino: semejante a la hidra, cuyas cabezas renacen a medida que se las corta, te importunará sin cesar si tú no te cuidas de aniquilar constantemente sus principios. Temo que las extrañas ideas de ese Dios fantástico con que empozoñaron tu infancia vengán a perturbar tu imaginación en medio de sus más divinos extravíos: ¡Oh Juliette, olvídale, desprecia la idea de ese Dios vano y ridículo!; su existencia es una sombra que disipa en un momento el más débil esfuerzo del espíritu, y nunca estarás tranquila mientras que esa odiosa quimera no haya perdido sobre tu alma todas las facultades que le dio el error. Aliméntate constantemente de los grandes principios de Spinoza, de Vanini, del autor del *Sistema de la Naturaleza*; los estudiaremos, los analizaremos juntas; te prometí discusiones profundas sobre este tema, mantendré mi palabra: nos llenaremos las dos del espíritu de estos sabios principios. Si todavía te surgen dudas, me las comunicarás, yo te tranquilizaré: siendo tan firme como yo, pronto me imitarás, y como yo, nunca volverás a pronunciar el nombre de ese infame Dios más que para blasfemarle y odiarlo. Confieso que la idea de tal quimera es la única equivocación que no puedo perdonarle al hombre; lo justifico en todos sus extravíos, lo compadezco en todas sus debilidades, pero no puedo pasarle por alto el que haya erigido a semejante monstruo, no le perdono que se haya forjado él mismo las cadenas religiosas que tan violentamente le han subyugado, y que él mismo haya presentado el cuello bajo el vergonzoso yugo que había preparado su estupidez. No acabaría nunca, Juliette, si tuviese que entregarme a todo el horror que me inspira el execrable sistema de la existencia de un Dios: mi sangre hierve ante su solo nombre; cuando lo oigo pronunciar, me parece ver alrededor de mí las sombras palpitantes de todos los desgraciados que esta abominable opinión ha destruido sobre la superficie del globo; me invocan, me conjuran a que utilice todas las fuerzas o el talento que haya podido recibir, para extirpar del alma de mis semejantes la idea del repugnante fantasma que les hizo perecer sobre la tierra.

Aquí, Mme. Delbène me pregunta hasta dónde había llegado yo en estas cosas.

-Todavía no he hecho mi primera comunión -le digo.

- ¡Ah!, mucho mejor-me respondió abrazándome; ángel mío, yo te evitaré tal idolatría; respecto a la confesión, cuando te hablen de ella, responde que no estás preparada. La madre de las novicias es amiga mía, depende de mí, te recomendaré a ella y no te molestarán. En cuanto a la misa, tenemos que ir a ella a pesar de todo; pero, toma: ¿ves esta bonita colección de libros? -me dice mostrándome unos treinta volúmenes encuadernados en piel roja-; te prestaré estas obras, y su lectura, durante el abominable sacrificio, te compensará de la obligación de ser testigo de él.

- ¡Oh amiga mía! -digo a Mme. Delbène- ¡Cuántas cosas te debo! Mi corazón y mi espíritu ya se habían adelantado a tus consejos... no respecto a la moral, puesto que acabas de decirme cosas demasiado fuertes y demasiado nuevas como para que se me hubiesen ocurrido ya a mí; pero no te había esperado para detestar, como tú, la religión, y cumplía los horribles deberes religiosos con la mayor repugnancia. ¡Qué feliz me haces

prometiéndome ampliar mis luces! ¡Ay de mí al no haber oído nada sobre estos objetos supersticiosos!, el costo de mi pequeña impiedad no se debe todavía más que a la naturaleza.

-¡Ah!, sigue sus inspiraciones, ángel mío... son las únicas que nunca te engañarán.

-Sabes -proseguí- que todo lo que acabas de enseñarme es muy fuerte, y que es extraño estar tan instruida a tu edad. Permíteme que te diga, amada mía, que es difícil que la conciencia haya alcanzado el grado que parece tener la tuya sin algunas acciones muy extraordinarias; y ¿cómo, perdona mi pregunta, cómo, en tu interior, tuviste la ocasión de los delitos capaces de endurecerte hasta ese punto?

-Algún día sabrás todo eso -me respondió la superiora levantándose.

-¿Y por qué esta tardanza?... ¿Temes?

-Sí, horrorizarte.

-¡Nunca, nunca!

Y el ruido de las amigas que llegaban impidió que Delbène me aclarase aquello que yo ardía en deseos de saber.

-¡Chist, chist! -me dice-, ahora pensemos en el placer... Bésame, Juliette, te prometo que algún día tendrás mi confianza.

Pero nuestras amigas aparecieron; es preciso que os las pinte.

Mme. de Volmar acababa de tomar los hábitos hacía alrededor de seis meses. Con apenas veinte años, alta, delgada, esbelta, muy blanca, de pelo castaño, y el cuerpo más hermoso que pueda imaginarse, Volmar, dotada de tantos encantos, era con razón una de las alumnas preferidas de Mme. Delbène, y, después de ella, la más libertina de todas las mujeres que iban a asistir a nuestras orgías.

Sainte-Elme era una novicia de diecisiete años, con un rostro encantador, muy animosa, ojos hermosos, un pecho bien moldeado, y el conjunto excesivamente voluptuoso. Elisabeth y Flavie eran dos pensionistas, la primera de apenas trece años, la segunda de dieciséis. El rostro de Elisabeth era fino, con rasgos muy delicados, formas agradables y ya pronunciadas. En cuanto a Flavie, tenía el rostro más celeste que se pueda ver en todo el mundo: no existe una risa más bonita, unos dientes más hermosos, un pelo más bello; nadie posee un talle más perfecto, una piel más dulce y más fresca. ¡Ah!, amigas mías, si tuviese que pintar a la diosa de las flores, no elegiría jamás a otra modelo.

Los primeros saludos no fueron largos; sabiendo todas el motivo de la reunión, no tardaron en ir al grano; pero confieso que sus propósitos me asombraron. Ni en un burdel se realizan unos actos de libertinaje con la soltura y la facilidad de estas jóvenes; y nada era tan agradable como el contraste de su modestia, de su recato en el mundo, y su gran indecencia en estas reuniones lujuriosas.

-Delbène -dice Mme. de Volmar según entra- te desafío a que me hagas manar hoy; estoy agotada, querida; he pasado la noche con Fontenille... Adoro a esa bribonzuela; ¡en mi vida me lo han movido mejor... nunca he vertido tanto líquido, con tanta abundancia... tan deliciosamente!. ¡Oh, querida, qué cosas hemos hecho!

-Increíbles, ¿verdad? -dice Delbène-. Pues bien, quiero que nosotras hagamos esta noche otras mil veces más extraordinarias.

- ¡Oh, joder!, apresurémonos -dice Sainte-Elme-, yo estoy excitada; no soy como Volmar, me he acostado sola.

Y levantándose el vestido:

Mirad, ved mi coño... ¡ved cómo necesita ayuda!

-Un momento -dice la superiora-, esta es una ceremonia de recepción. Admito a Juliette en nuestra sociedad: es preciso que cumpla las formalidades de rigor.

-¿Quién? ¿Juliette? -dice como aturdida Flavie, que todavía no me había visto- ¡Ah!, apenas si conozco a esta bonita muchacha... Así pues, ¿te excitas, corazón mío? -continuó acercándose a besarme en la boca-... Así que eres libertina... ¿eres lesbiana como nosotras?

Y la bribona, sin más preliminares, me agarra el coño y el pecho a la vez.

-Déjala -dice Volmar, que, levantándose la falda por detrás, examinaba mis nalgas-, déjala, tiene que ser recibida antes de que nos sirvamos de ella.

-Mira, Delbène --dice Elisabeth-, mira cómo besa Volmar el culo de Juliette: la toma como a un muchacho; ¡la zorra quiere darle por el culo!

(Observad que la que hablaba así era la más joven)

-¿No sabes -dice Sainte-Elme- que Volmar es un hombre? Tiene un clítoris de tres pulgadas, y, destinada a ultrajar a la naturaleza, sea cual sea el sexo que ella adopte, es preciso que la puta sea alternativamente lesbiana y tipo; no conoce término medio.

Después, aproximándose a su vez y examinándose por todos lados, en vista de que Flavie mostraba mi delantero y Volmar mi trasero:

-Es cierto -prosiguió- que la zorrilla está bien hecha, y juro que antes de que acabe el día conoceré cómo sabe su jugo.

-¡Un momento, un momento, señoritas! -dice Delbène intentando restablecer el orden.

-¡Eh, santo Dios!, date prisa -dice Sainte-Elme-, ¡me voy yo sola! ¿A qué esperas para empezar? ¿Tenemos que rezar nuestras oraciones antes de excitarnos el coño? ¡Fuera los vestidos, amigas mías!...

Y al momento veríais seis jóvenes muchachas, más bellas que el sol, admirarse... acariarse desnudas y formar entre ellas los grupos más agradables y variados.

- ¡Oh!, de momento -respondió Delbène con autoridad- no podéis negarme un poco de orden... Escuchadme: Juliette va a tumbarse en la cama, y cada una de vosotras irá, alternativamente, a probar el placer que queráis obtener con ella; yo, al frente de la operación, os recibiré a todas a medida que la vayáis dejando, y las lujurias iniciadas con Juliette acabarán en mí; pero yo no me daré prisa, mi líquido eyaculará cuando tenga a las cinco sobre mí.

La gran veneración que sentían por las órdenes de la superiora hizo que éstas se realizaran con la más precisa exactitud. No es difícil que comprendáis lo que cada una de estas

criaturas, siendo tan libertinas, exigió de mí. Como llegaban siguiendo el orden de edad, Elisabeth pasó la primera. La bonita bribona me examinó por todas partes, y, después de cubrirme de besos, se entrelazó entre mis muslos, se frotó contra mí, y ambas nos extasiamos. Flavie fue la siguiente; hizo más tanteos. Después de mil deliciosos preliminares, nos tendimos en sentido inverso, y; con nuestras lenguas cosquilleantes, hicimos brotar torrentes de flujo. Sainte-Elme se acerca, se tiende sobre la cama, hace que me siente sobre su cara, y, mientras que su nariz excita el agujero de mi culo, su lengua se sumerge, en mi coño. Doblada encima de ella, puedo acariciarla de la misma manera; lo hago: mis dedos excitan su culo, y cinco eyaculaciones seguidas me prueban que la necesidad de la que hablaba no era ilusoria. La correspondí por completo; nunca hasta entonces había sido yo tan voluptuosamente chupada. Volmar sólo desea mis nalgas, las devora a besos, y, preparando la vía estrecha con su lengua de rosa, la libertina se pega a mí, me hunde su clítoris en el culo, entra y sale durante mucho tiempo, da la vuelta a mi cabeza, besa mi boca con ardor, chupetea mi lengua y me excita dándome por el culo. La maldita no se detiene aquí: con un consolador que me ató a la cintura, se presenta a mis embestidas, y, dirigiéndolas hacia el trasero, la zorra es sodomizada; mientras la excitaba pensaba que iba a morir de placer.

Después de esta última incursión, me situé en el puesto que me esperaba sobre el cuerpo de la Delbène. Así es como la puta dispuso el grupo:

Elisabeth, de espaldas, estaba situada al borde de la cama. Delbène, entre sus brazos, se hacía excitar el clítoris por ella. Flavie, de rodillas, con las piernas colgando, la cabeza a la altura del coño de la superiora, se lo besaba y le apretaba los muslos. Por encima de Elisabeth, Sainte-Elme, con el culo encima de la cara de esta última, ofrecía su coño a los besos de Delbène, a la que Volmar daba por el culo con su clítoris ardiente. Me esperaban para completar el grupo. Un poco doblada cerca de Sainte-Elme, yo presentaba para lamer lo contrario de lo que aquélla besaba por delante. Delbène pasaba sin plan fijo y rápidamente del coño de Sainte-Elme al agujero de mi culo, lamía, chupaba ardentemente uno y otro, y, removiéndose con la agilidad más increíble bajo los dedos de Elisabeth, la lengua de Flavie y el clítoris de Volmar, la zorra no dejaba ni un sólo momento de derramar torrentes de flujo.

-¡Oh, Dios! -dice Delbène, retirándose de allí roja como una bacante- ¡redios! ¡cómo he soltado! No importa, sigamos nuestras operaciones; ahora colocaos cada una de vosotras en la cama; Juliette exigirá de vosotras, una por una, lo que le convenga, estáis obligadas a prestaros a ello; pero como todavía es nueva, la aconsejaré; el grupo se formará sobre ella, como acaba de hacerse conmigo, y la haremos que eyacule su flujo hasta que pida que la dejemos.

Elisabeth es la primera que se ofrece a mi libertinaje.

-Colócala -me dice Delbène que me aconsejaba de manera que tú puedas besar su bonita boquita mientras que ella te excita; y, para que seas acariciada por todas partes, yo me encargo del agujero de tu culo durante toda la sesión.

Flavie sustituye a Elisabeth.

-Te aconsejo los bonitos pezones de esta muchachita -me dice la abadesa- chúpaselos, mientras que ella te excita... A causa de los gustos de Volmar, tienes que hundir tu lengua

en su culo, mientras que, inclinada sobre ti, la bribona te besaré... En cuanto a Sainte-Elme, prosiguió la superiora- ¿sabes que haré con ella? Me colocaré de forma que pueda chuparle a la vez el culo y el coño, mientras que ella hará lo mismo contigo... Y en cuanto a mí, ordena, vida mía, estoy a tus órdenes.

Calentada por lo que había visto hacer a Volmar:

-Quiero darte por el culo -digo- con este consolador.

-Hazlo, amada mía, hazlo, -me responde humildemente Delbène ofreciéndose a mis golpes- este es mi culo, te lo entrego.

- ¡Y bien! -digo mientras sodomizo a mi instructora-, puesto que el grupo debe colocarse sobre mí, que empiece enseguida. Querida Volmar -continué- que tu clítoris devuelva a mi culo lo que yo hago al de Delbène; no puedes imaginarte hasta qué punto se exalta mi temperamento con esta manera de gozar. Con cada una de mis manos, excitaré a Elisabeth y a Sainte-Elme, mientras que chupo el coño de Flavie.

Ya que las órdenes de la superiora eran agotarme, no me tomé el trabajo de decir nada: las situaciones cambiaron siete veces, y siete veces mi flujo corrió entre sus brazos.

Los placeres de la mesa siguieron a los del amor: nos esperaba una soberbia comida. Al calentar nuestras cabezas diferentes tipos de vinos y de licores, volvimos al libertinaje; se perfilaron tres grupos. Sainte-Elme, Delbène y Volmar, como las de más edad, eligieron cada una a una excitadora; por azar o por predilección Delbène no me abandonó; Elisabeth fue elegida por Sainte-Elme, y Flavie por Volmar. Los grupos estaban colocados de manera que cada uno gozase de la vista de los placeres del otro. No pueden hacerse una idea de lo que hicimos. ¡Oh! ¡Cuán deliciosa era Sainte-Elme! Apasionadas ardentemente la una por la otra, nos excitábamos ambas hasta el agotamiento: no dejábamos de hacer cualquier cosa que imaginásemos. Por último, todo se mezcló, y las dos últimas horas de este voluptuoso libertinaje fueron tan lascivas, que quizás en ningún burdel se hayan cometido tantas lujurias.

Una cosa me había sorprendido: el extremo cuidado que tenían por la virginidad de las pensionistas. Sin duda no se observaban las mismas leyes respecto a aquéllas cu ya vocación era muy pronunciada; pero se respetaba, hasta un punto que yo no podía comprender, a aquéllas que se destinaban al mundo.

-Su felicidad depende de eso me dice Delbène, cuando le pregunté sobre esta reserva- queremos divertirnos con estas muchachas, pero ¿por qué perderlas? ¿por qué hacerles detestar los momentos que han pasado junto a nosotras? No, nosotras tenemos esa virtud, y por muy corrompidas que nos creas, nunca comprometemos a nuestras amigas.

Estos procedimientos me parecieron magníficos; pero creada por la naturaleza para proporcionar la maldad sobre todo lo que me rodease, un día el deseo de deshonrar a una de mis compañeras me calentó la cabeza por lo menos tanto como el de ser deshonrada a mi vez. Delbène se dio cuenta enseguida de que yo prefería a Sainte-Elme a ella. Efectivamente, adoraba a esta encantadora muchacha; me era imposible dejarla; pero como era infinitamente menos inteligente que la superiora, una inclinación natural me llevaba inevitablemente hacia ésta.

-Como te veo devorada por la pasión de desvirgar a una muchacha, o por serlo -me dice un día esta encantadora mujer- no me cabe la menor duda de que Sainte -Elme te ha concedido estos placeres, o te los promete para pronto. De ninguna manera hay peligro con ella, porque está destinada como yo a pasar el resto de sus días en el claustro; pero, Juliette, si ella hace contigo otro tanto, nunca podrás casarte, y ¡cuántas desgracias podrían sobrevenirte como consecuencia de esta falta!. Sin embargo, escúchame, ángel mío, sabes que te adoro, sacrifica a Sainte-Elme y yo satisfago al instante todos los placeres que tú desees. Elegirás en el convento a aquélla cuyas primicias quieras recoger, y seré yo la que mancillaré las tuyas... Los desgarramientos... las heridas... tranquilízate, yo arreglaré todo. Pero estos son grandes misterios; para ser iniciada en ellos, necesito tu juramento de que a partir de este momento, no volverás a hablar a Sainte-Elme: de otra forma, no pondré límites a mi venganza.

Como amaba demasiado a esa encantadora muchacha para comprometerla, y como, además, ardía en deseos de probar los placeres que me esperaban si renunciaba a ella, lo prometí todo.

- ¡Y bien! -me dice Delbène al cabo de un mes de prueba-, ¿has hecho tu elección? ¿A quién quieres desvirgar?

Y aquí, amigos míos, ¡no adivinaríais en vuestra vida sobre qué objeto se había detenido con complacencia mi libertina imaginación! Sobre esta muchacha que tenéis ante vuestros ojos... sobre mi hermana. Pero Mme. Delbène la conocía demasiado bien como para no hacerme desistir del proyecto.

- ¡Pues bien! -digo- dame a Laurette.

Su infancia (apenas si tenía diez años), su bonita carita despierta, la altura de su cuna, todo me excitaba... todo me inflamaba hacia ella; y la superiora, viendo que casi no había obstáculos, en vista de que esta huerfanita no tenía como protector en el convento más que a un viejo tío que vivía a cien leguas de París, me aseguró que ya podía dar por sacrificada la víctima que mis deseos inmolaban por adelantado.

El día ya estaba elegido; Mme. Delbène, haciéndome ir la víspera a pasar la noche en sus brazos, hizo recaer la conversación sobre las materias religiosas.

-Mucho me temo -me dice- que hayas ido muy lenta, hija mía; tu corazón, engañado por tu mente, todavía no está en el punto que yo desearía. Esas infames supersticiones te fastidian todavía, lo juraría. Escucha, Juliette, préstame toda tu atención, y procura que en el futuro tu libertinaje, apoyado en excelentes principios, pueda con desfachatez, como en mí, entregarse a todos los excesos sin remordimientos.

El primer dogma que se me ocurre, cuando se habla de religión, es el de la existencia de Dios: comenzaré razonablemente con su examen puesto que es la base de todo el edificio.

¡Oh Juliette! no hay ninguna duda de que sólo a las limitaciones de nuestro espíritu se debe la quimera de un Dios; al no saber a quién atribuir lo que vemos, en la extrema imposibilidad de explicar los ininteligibles misterios de la naturaleza, gratuitamente hemos erigido por encima de ella un ser revestido del poder de producir todos los efectos cuyas causas nos eran desconocidas.

Tan pronto como se consideró a este abominable fantasma el autor de la naturaleza, hubo que verlo igualmente como el del bien y el del mal. La costumbre de creer que estas opiniones eran verdaderas y la comodidad que se hallaba en esto para satisfacer a la vez la pereza y la curiosidad, hicieron que pronto se diese a esta fábula el mismo grado de creencia que a una demostración geométrica; y la persuasión llegó a ser tan fuerte, la costumbre tan arraigada, que se necesitó toda la fuerza de la razón para preservarse del error. No hay más que un paso de la extravagancia que admite un Dios a la que hace adorarlo: nada más sencillo que implorar a lo que se teme; nada más natural que este procedimiento que quema incienso en los altares del mágico individuo que se constituye a la vez en el motor y el dispensador de todo. Lo creían malo, porque resultaban malos efectos de la necesidad de las leyes de la naturaleza; para apaciguarlo se necesitan víctimas: y de ahí los ayunos, las laceraciones, las penitencias, y todas las otras imbecilidades, frutos del temor de unos y del engaño de otros; o, si lo prefieres, efectos constantes de la debilidad de los hombres, porque es cierto que allí donde éstos se encuentran se hallarán también dioses engendrados por el terror de tales hombres, y homenajes rendidos a tales dioses, resultados necesarios de la extravagancia que los erige. Mi querida amiga, no hay duda de que esta opinión de la existencia y del poder de un Dios distribuidor de bienes y males es la base de todas las religiones de la tierra. Pero, ¿cuál de estas tradiciones es preferible? Todas alegan revelaciones hechas en su favor, todas citan libros, obras de sus dioses, y todas quieren ser la que prevalezca sobre las demás. Para aclararme en esta difícil elección no tengo más guía que mi razón, y en cuanto examino a su luz todas estas pretensiones, todas estas fábulas, ya no veo más que un montón de extravagancias y de simplezas que me impacientan y sublevan.

Después de haber dado un rápido recorrido a las absurdas ideas de todos los pueblos sobre este importante tema, me detengo por fin en lo que piensan los judíos y los cristianos. Los primeros me hablan de un Dios, pero no me explican nada de él, no me dan ninguna idea suya, y no veo más que alegorías pueriles sobre la naturaleza del Dios de este pueblo, indignas de la majestad del ser al que quieren que yo admita como el creador del universo; el legislador de esta nación me habla de su Dios sólo con contradicciones sublevantes, y los rasgos con los que me lo pinta son mucho más propios para hacer que lo deteste que para que lo sirva. Viendo que es este mismo Dios el que habla en los libros que me citan para explicármelo, me pregunto cómo es posible que un Dios haya podido dar de su persona nociones tan propias para conseguir que los hombres lo desprecien. Esta reflexión me impulsa a estudiar tales libros con mayor cuidado: ¿qué ocurre cuando no puedo impedir ver, al examinarlos, que no solamente no pueden estar dictados por el espíritu de un Dios, sino que además están escritos mucho tiempo después de la existencia del que se atreve a afirmar que los ha transmitido de acuerdo con el Dios mismo? ¡Y bien!, ¡así es como me engañan! exclamé al final de mis investigaciones; estos libros santos que me quieren presentar como la obra de un Dios no son más que obra de algunos charlatanes imbéciles, y en ellos se ve, en lugar de huellas divinas, el resultado de la estupidez y de la bobería. Y en efecto, ¿hay mayor necedad que la de presentar por todas partes, en estos libros, un pueblo favorito del soberano recién creado por él, que anuncia a las naciones que sólo a él habla Dios; que sólo se interesa por su suerte; que sólo por él cambia el curso de los astros, separa los mares, aumenta el rocío: cómo si no le hubiese sido mucho más fácil a ese Dios penetrar en los corazones, iluminar los espíritus, que cambiar el curso de la naturaleza, y como si esta predilección en favor de un pequeño

pueblo oscuro, abyecto, ignorado, pudiese estar de acuerdo con la majestad suprema del ser al que vosotros queréis que yo conceda la facultad de haber creado el universo? Pero por más que yo quisiera estar de acuerdo con lo que me enseñan estos libros absurdos, pregunto si el silencio universal de todos los historiadores de las naciones vecinas sobre los hechos extraordinarios que en ellos se consignan, no debería bastar para que dudase de las maravillas que me anuncian. ¿Qué debo pensar, por favor, cuando es en el seno del mismo pueblo que tan fastuosamente me habla de su Dios donde encuentro la mayor cantidad de incrédulos? ¡Qué! ¿Este Dios colma a su pueblo de favores y de milagros, y este pueblo querido no cree en su Dios? ¡Qué! ¿Este Dios truena desde lo alto de una montaña con la más imponente aparatosidad, dicta sobre esta montaña leyes sublimes al legislador de este pueblo, que, en la llanura, duda de él, y se elevan ídolos en esta llanura para mofarse del Dios legislador que truena sobre la montaña? Por fin muere, ese hombre singular que acaba de ofrecer a los judíos tan magnífico Dios, expira; un milagro acompaña su muerte: ¡y los descendientes de los que fueron testigos de tantos milagros no creen en Dios! Pero, más incrédulos que sus padres, la idolatría derriba en pocos años los vacilantes altares del Dios de Moisés, y los desgraciados judíos oprimidos no se acuerdan de la quimera de sus ancestros más que cuando recobran su libertad. Entonces, nuevos jefes les hablan: desgraciadamente las promesas hechas no se corresponden con los acontecimientos. Los judíos, según estos nuevos jefes, deberían ser felices si fuesen fieles al Dios de Moisés: nunca lo respetaron tanto, y nunca la desgracia los oprimió con mayor dureza. Expuestos a la cólera de los sucesores de Alejandro, no escapan a los hierros de éstos más que para caer bajo los de los romanos, quienes, cansados por fin de su eterna rebelión, derriban su templo y los dispersan. ¡Y así es como les sirve su Dios! ¡Y así es como ese Dios, que los ama, que sólo en su favor modifica el orden sagrado de la naturaleza, así es como los trata, así es como mantiene lo que les ha prometido!

Así pues, no será entre los judíos donde buscaré el Dios poderoso del Universo; al no encontrar en esta miserable nación más que un repugnante fantasma, nacido de la imaginación exaltada de algunos ambiciosos, aborreceré al Dios despreciable ofrecido por la maldad, y dirigiré mis miradas hacia los cristianos.

¡Qué nuevos absurdos se presentan aquí! Ya no son los libros de un loco sobre una montaña los que deben servirme de reglas; el Dios del que ahora se trata se hace anunciar por un embajador mucho más noble, ¡y el bastardo de María es mucho más respetable que el hijo abandonado de Jocabed! Así pues, examinemos a este impostor: ¿qué hace, qué imagina para probarme su Dios?, ¿cuáles son sus credenciales? Piruetas, comidas de putas, curaciones de charlatanes, juegos de palabras y engañifas. Se me anuncia como el hijo de Dios, ese patán que ni siquiera sabe hablarme y que, desde ese día, no escribió ni una línea; es el Dios mismo, debo creerlo porque él lo ha dicho. El zorro es colgado, ¿qué importa?, lo abandona su secta, }o; 'todo esto da igual: sólo él es el Dios del universo. Solo pudo engendrarse en una judía, sólo pudo nacer en un establo; es por la abyección, la pobreza, la impostura por lo que debe convencerme: y si no le creo ¡tanto peor para mí, me esperan eternos suplicios! ¿Puede esto definir a un Dios y hay ay en él un solo rasgo que eleve el alma y la persuada? ¡Es el colmo de la contradicción! La nueva ley se apoya sobre la antigua, y sin embargo, la nueva aniquila a la antigua. Entonces, ¿cuál será la base de esta nueva? Entonces, ¿ahora es Cristo el legislador al que hay que creer? Solo él va a explicarme el Dios que me lo envía; pero si Moisés tenía interés en predicarme un

Dios del que obtenía su fuerza, ¡cuál no será el interés del Nazareno en hablarme de Dios, del que dice que desciende! Por supuesto, el legislador moderno sabía mucho más que el antiguo: al primero le bastaba charlar familiarmente con su amo; el segundo es de su misma sangre. Moisés, atribuyéndose milagros de la naturaleza, persuade a su pueblo de que el rayo sólo se enciende para él; Jesús, mucho más astuto, hace él mismo el milagro; y si los dos merecen el eterno desprecio de sus contemporáneos hay que convenir al menos en que el nuevo supo, con más picardía, conseguir la estima de los hombres; y la posteridad que los juzga < asignando a uno una sala en los manicomios, no podrá, sin embargo, abstenerse de dar al otro ano de los primeros puestos en el patíbulo.

Puedes ver, Juliette, en qué círculo vicioso caen los hombres en cuanto su cabeza se pierde por estos absurdos... *La religión prueba al profeta, y el profeta a la religión.*

Al no haberse mostrado todavía este Dios, ni en la secta judía, ni en la otra secta tan despreciable de los cristianos, lo busco de nuevo, llamo a la razón en mi ayuda, y analizo a ésta para que me engañe menos. ¿Qué es la razón? Es esa facultad que me ha sido dada por la ; naturaleza para determinarme hacia tal objeto y huir de tal otro, en proporción a la dosis de placer o de daño recibido de esos objetos: cálculo sometido de modo absoluto a mis sentidos, puesto que sólo de ellos recibo las impresiones comparativas que constituyen o los dolores de los que quiero huir o el placer que debo buscar. Como dice Fréret, la razón no es más que la balanza con la que pesamos los objetos, y por la cual, poniendo en el peso aquellos objetos que están lejos de nuestro alcance, conocemos lo que debemos pensar por la relación existente entre ellos, de tal forma que sea siempre la apariencia del mayor placer lo que gane. Puedes ver que esta razón, en nosotros como en los animales, que también la tienen, no es más que el resultado del mecanismo más tosco y más material. Pero como no tenemos otra antorcha, sólo a ella podemos someter esa fe, imperiosamente exigida por los bribones, hacia objetos sin realidad, o tan l prodigiosamente envilecidos por sí mismos, que sólo merecen nuestro desprecio. Ahora bien, sabes, Juliette, que el primer efecto de esta razón es establecer una diferencia esencial entre el objeto que se manifiesta y el objeto que es percibido. Las percepciones representativas de un' objeto son de diferentes tipos. Si nos muestran los objetos como ausentes, pero como presentes en otro tiempo a nuestra mente, es lo que llamamos memoria, recuerdo. Si nos presentan los objetos sin expresarnos ausencia, entonces es lo que llamamos imaginación, y esta imaginación es la causa de todos nuestros errores. Pues la fuente más abundante de estos errores reside en que suponemos una existencia propia a los objetos de estas percepciones interiores, una existencia separada de nosotros, de la misma forma que las concebimos separadamente. Por consiguiente, yo daría, para que me entiendas, daría, digo, a esta idea separada, a esta idea surgida del objeto que imaginamos, el nombre de *idea objetiva*, para diferenciarla de la que está presente, y que yo llamaría *real*. Es muy importante no confundir estos dos tipos de existencia; no puedes ni imaginarte en qué torbellino de errores se cae cuando no se tienen en cuenta estas distinciones. El punto dividido hasta el infinito, tan necesario en geometría, pertenece a la clase de las existencias *objetivas*; y los cuerpos, los sólidos, a la de las existencias *reales*. Por muy abstracto que esto te parezca, querida mía, tienes que seguirme si quieres llegar conmigo al final al que quiero conducirte por mis razonamientos.

En primer lugar, observamos, antes de ir más lejos, que no hay nada más común ni más ordinario que engañarse torpemente entre la existencia real de los cuerpos que están fuera

de nosotros y la existencia objetiva de las percepciones que están en nuestra mente. Nuestras mismas percepciones se diferencian de nosotros, y entre sí, según que perciban los objetos presentes, sus relaciones, y las relaciones de estas relaciones. Son pensamientos en tanto que nos aportan las imágenes de las cosas ausentes; son ideas en tanto que nos aportan imágenes que están dentro de nosotros. Sin embargo, todas estas cosas no son más que modalidades, o formas de existir de nuestro ser, que no se distinguen ya entre sí, ni de nosotros mismos, más de lo que la extensión, la solidez, la figura, el color, el movimiento de un cuerpo, se distinguen de ese cuerpo. A continuación, se imaginaron forzosamente términos que conviniesen de manera general a todas las ideas particulares que eran semejantes; se ha dado el nombre de causa a todo ser que produce algún cambio en otro ser distinto de él, y efecto a todo cambio producido en un ser por una causa cualquiera. Como estos términos excitan en nosotros al menos una imagen confusa de ser, de acción, de reacción, de cambio, la costumbre de servirnos de ellas ha hecho creer que teníamos una percepción clara y distinta, y por último hemos llegado a imaginar que podía existir una causa que no fuese un ser o un cuerpo, una causa que fuese realmente distinta de cualquier cuerpo, y que, sin movimiento y sin acción, pudiese producir todos los efectos imaginables. No hemos querido reflexionar sobre el hecho de que todos los seres, actuando y reaccionando constantemente unos sobre otros, producen y sufren al mismo tiempo cambios; la íntima progresión de los seres que han sido sucesivamente causa y efecto pronto cansó la mente de aquellos que sólo quieren encontrar la causa en todos los efectos: sintiendo que su imaginación se agotaba ante esta larga secuencia de ideas, les pareció más breve remontar todo de una vez a una primera causa, imaginada como la causa universal, siendo las causas particulares efectos suyos, y sin que ella sea, a su vez, el efecto de ninguna causa.

Este es el Dios de los hombres, Juliette; esta es la estúpida quimera de su débil imaginación. Ves cuál ha sido el encadenamiento de sofismas con el que han llegado a crearla; y, según la definición particular que te he dado, ves que este fantasma, al no tener más que una existencia objetiva, no podría estar fuera de la mente de los que lo consideran, y por consiguiente no es más que un puro efecto de la turbación de su cerebro. Sin embargo, ¡este es el Dios de los mortales, este es el ser abominable que han inventado, y en cuyos templos han hecho correr tanta sangre!

Si me he extendido -prosiguió Mme. Delbène- sobre las diferencias esenciales entre las existencias reales y las existencias objetivas, es, querida mía, porque era urgente que te demostrase las variedades que se encuentran en las opiniones prácticas y especulativas de los hombres, y para hacerte ver que dan existencia real a muchas cosas que sólo tienen una existencia especulativa: ahora bien, al producto de esta existencia especulativa es a lo que los hombres han dado el nombre de Dios. Si todo esto sólo tuviese como consecuencia falsos razonamientos, el inconveniente sería mínimo; pero desgraciadamente tiene mayor alcance: la imaginación se inflama, se crea la costumbre, y nos habituamos a considerar como algo real lo que sólo es obra de nuestra debilidad. Todavía no nos hemos convencido de que la voluntad de este ser quimérico es causa de todo lo que nos sucede, cuando ya estamos empleando todos los medios para serle agradables, todas las formas de implorarle.

Así pues, sólo podemos decidarnos a adoptar un Dios después de reflexionar sobre lo que acaba de ser dicho, y con la iluminación de reflexiones más maduras, persuadámonos

de que, al no poder presentarse la idea de Dios más que de una manera objetiva, sólo pueden resultar de ella ilusiones y fantasmas.

Por muchos sofismas que aleguen los partidarios absurdos de la divinidad quimérica de los hombres, no os dicen más que no hay efecto sin causa; pero no os muestran que sea preciso llegar a una primera causa eterna, causa universal de todas las causas particulares, y que ella misma sea causa creadora e independiente de cualquier otra causa. Estoy de acuerdo con que no comprendemos la relación, la secuencia y la progresión de todas las causas; pero la ignorancia de un hecho nunca es motivo suficiente para creer o determinar otro. Aquellos que quieren convencernos de la existencia de su abominable Dios se atreven con descaro a decirnos que, porque nosotros no podemos asignar la verdadera causa de los efectos, tenemos que admitir necesariamente la causa universal. ¿Se puede razonar tan imbécilmente? ¡Como si no fuese preferible aceptar la ignorancia a admitir una cosa absurda!; ¡o como si la admisión de esta cosa absurda se convirtiese en una prueba de su existencia! La confesión de nuestra debilidad no tienen ningún inconveniente, no hay duda alguna; la adopción del fantasma está lleno de escollos contra los que chocaremos constantemente si somos sabios, pero contra los que nos romperemos la cabeza si ésta se exalta: y las quimeras exaltan siempre.

Si se quiere, concedamos por un momento a nuestros antagonistas la existencia del vampiro que les da la felicidad (1). En esta hipótesis, yo les pregunto si la ley, la regla, la voluntad con la que Dios conduce a los seres, es de la misma naturaleza que nuestra voluntad y nuestra fuerza, si Dios, en las mismas circunstancias, puede querer y no querer, si la misma cosa puede gustarle y disgustarle, si no cambia de sentimientos, si la ley por la que se conduce es inmutable. Si es ella la que lo conduce, no hay más que ejecutarla: y desde ese mismo momento, no hay ninguna fuerza superior. Esta ley necesaria, ¿qué es en sí misma?, ¿es distinta de él o inherente a él? Si, por el contrario, este ser puede cambiar de sentimiento y de voluntad, pregunto por qué cambia. Es evidente que necesita un motivo, y un bien más razonable que los que nos determinan, porque Dios debe ganarnos en sabiduría, como nos supera en prudencia; ahora bien, ¿puede imaginarse este motivo sin alterar la perfección del ser que cede a él? Digo más: si Dios sabe de antemano que cambiará de voluntad, ¿por qué, desde el momento en que todo lo puede, no ha dispuesto las circunstancias de forma que esta mutación siempre fatigosa, y que siempre prueba una cierta debilidad, se haga innecesaria?, y si lo ignora, ¿qué es un Dios que no prevé lo que debe hacer? Si lo prevé, y puesto que no puede equivocarse, como hay que creer para tener de él una idea correcta, está obligado entonces, independientemente de su voluntad, a actuar de tal o tal forma; ahora bien, ¿cuál es esta ley que sigue su voluntad?, ¿dónde está?, ¿de dónde saca su fuerza?

(1) El vampiro chupaba la sangre de los cadáveres. Dios hace correr la de los hombres; ambos se muestran quiméricos a un simple examen: ¿nos engañaríamos si diésemos a uno el nombre del otro?

Si vuestro Dios no es libre, si está determinado a actuar siguiendo leyes que lo dominan, entonces es una fuerza semejante al destino, a la fortuna, a la que no afectarán los deseos, no doblegarán las oraciones, no apaciguarán las ofrendas, y a la que es preferible despreciar eternamente que implorar con tan escaso éxito.

Pero si, más peligroso, más malvado y más feroz todavía, vuestro execrable Dios ha ocultado a los hombres lo que era necesario para su felicidad, entonces su proyecto no era hacerlos felices; entonces no los ama, entonces no es ni justo ni bienhechor. Me parece que un Dios no debe querer nada que no sea posible, y no lo es el que el hombre observe leyes que lo tiranizan o que le son desconocidas.

Este Dios villano hace todavía más: odia al hombre por haber ignorado lo que no le ha enseñado; lo castiga por haber transgredido una ley desconocida, por haber seguido inclinaciones que sólo procedían de él. ¡Oh Juliette! —exclamó mi instructora—, ¿puedo concebir a ese infernal y detestable Dios de otra forma que no sea como un tirano, un bárbaro, un monstruo, al que debo todo el odio, toda la furia, todo el desprecio que pueden exhalar a la vez mis facultades físicas y morales?

De este modo, deben llegar a demostrarme... probarme la existencia de Dios; deben lograr convencerme de que ha dictado leyes, que ha elegido hombres para ponerlos de testigos ante los mortales; hacerme ver que reina la más completa armonía en todas las relaciones que proceden de él: nada podría probarme que le complazco siguiendo sus leyes, porque, si no es bueno, puede engañarme, y mi razón, que procede de él, no me tranquilizará, puesto que entonces puede habérmela dado para precipitarme con mayor seguridad al error.

Prosigamos. Ahora os pregunto a vosotros, los deístas, cómo se conducirá ese Dios, que admito por un momento, frente a los que no poseen ningún conocimiento de sus leyes. Si Dios castiga la ignorancia invencible de aquellos a los que no se les han anunciado sus leyes, es injusto; si no puede instruirlos, carece de poder.

Es cierto que la revelación de las leyes del Eterno deben llevar en sí caracteres que prueben el Dios del que emanan; ahora bien, yo pregunto, ¿cuál, de todas las revelaciones que nos han llegado, lleva ese carácter tan evidente como indispensable? Así pues, por la religión se destruye el Dios que anuncia esa misma religión; ahora bien, ¿qué ocurrirá con esta religión cuando el Dios que establece sólo tenga ya existencia en la cabeza de los imbéciles?

Poco importa para la felicidad de la vida que los conocimientos humanos sean reales o falsos; pero no ocurre lo mismo cuando se trata de la religión. Cuando los hombres han hecho suyos los objetos imaginarios que ella presenta, se apasionan por estos objetos, se persuaden de que estos fantasmas que revolotean en su mente existen realmente, y, desde ese momento, nada puede contenerlos. Cada día hay nuevos motivos para temblar: tales son los únicos efectos que produce en nosotros la peligrosa idea de un Dios. Esta sola idea causa los males más perniciosos de la vida del hombre; ella es la que lo obliga a privarse de los más dulces placeres de la vida, en el terror de provocar la ira de ese repugnante fruto de su imaginación delirante. Así pues, mi querida amiga, es necesario liberarse lo antes posible de los terrores que infunde esta quimera; y para eso, sin duda, sólo hay que descargar la hoz sobre el ídolo, sólo hay que pulverizarla con energía.

La idea que quieren darnos los curas de la divinidad no es otra que la de una causa universal, de la que son efectos todas las otras. Los imbéciles, a los que se han dirigido estos impostores, han creído que existía tal causa... que podía existir separadamente de los efectos particulares que ella produce, como si las modalidades de un cuerpo pudiesen ser separadas de ese cuerpo, como si siendo la blancura una de las cualidades de la nieve,

fuese posible separar de ésta tal cualidad. ¿Acaso abandonan las modificaciones los cuerpos que modifican? ¡Y bien!, vuestro Dios no es mas que una modificación de la materia en perpetua acción por su esencia: esa acción que creéis poder separar de ella, esa energía de la materia, ese es vuestro Dios. ¡Examinad ahora, estúpidos adoradores de un ser semejante, de qué homenaje es digno!

Los que sólo atribuyen a la primera causa el movimiento local de los cuerpos, y dan a nuestras mentes la posibilidad de determinarse, limitan esta causa y la despojan de su universalidad, para reducirla a lo más bajo que hay en la naturaleza, es decir, a la simple función de poner en movimiento a la materia. Pero como todo está relacionado en la naturaleza, porque los sentimientos espirituales provocan movimientos en los cuerpos vivos, y los movimientos de los cuerpos excitan sentimientos en las almas, no se puede recurrir a esta suposición para establecer o defender el culto religioso. Sólo como consecuencia de la percepción de los objetos que se nos presentan tenemos voluntad; sólo con motivo del movimiento excitado en nuestros órganos tenemos percepciones: por lo tanto, la causa del movimiento es la de nuestra voluntad. Si esta causa ignora el efecto que producirá en nosotros el movimiento, ¡qué indigna es la idea de un Dios! Si lo sabe, es su cómplice, y consiente en él; si, sabiéndolo, no consiente en él, se ve obligado a hacer lo que no quiere; por consiguiente, existe algo más poderoso que él: y está obligado a seguir leyes. Como nuestras voluntades provocan algunos movimientos, Dios está obligado a competir con nuestra voluntad; por tanto, está en el brazo del parricida, en la llama del incendiario, en el coño de la prostituta. Dios no lo consiente y entonces ahí lo tenemos, menos fuerte que nosotros, obligado a obedecernos. Por tanto, por mucho que se diga, hay que confesar que no existe causa universal; o si deseáis con todas las fuerzas que exista una, tenemos que convenir que consiente todo lo que nos sucede y nunca quiere nada distinto; tenéis que confesar además que no puede amar ni odiar a ninguno de los seres particulares que emanan de ella, porque todos le obedecen por igual, y que, según esto, las palabras de castigos, recompensas, leyes, prohibiciones, orden, desorden, no son más que palabras alegóricas, sacadas de lo que ocurre entre los hombres.

Si no estamos obligados a considerar a Dios como un ser esencialmente bueno, como un ser que ama a los hombres, podemos creer que ha querido engañarnos. De esta forma, aunque fuesen verdaderos todos los prodigios sobre los que se basan los que pretenden conocer las leyes que ha revelado a algunos hombres, como todos nos confirman que es un ser injusto, inhumano, no tenemos ninguna seguridad de que no haga tales prodigios con el fin expreso de engañarnos, y nada nos autoriza a creer que la más estricta observación de sus leyes pueda convertirme nunca en amigo suyo. Si no castiga a los que han observado estas leyes, su observación es inútil; y como esta observación es punible, vuestro Dios, al promulgarla, se ha hecho culpable de inutilidad y de maldad: entonces, os pregunto si éste es un ser digno de nuestros homenajes. Por otra parte, estas leyes no tienen nada de respetable: son absurdas, contrarias a la razón, repugnan a la moral, afligen al cuerpo; los que las anuncian, las violan constantemente; y si hay algunos individuos en el mundo a los que se les ocurre poner fe en ellas, escrutemos su espíritu detenidamente: pronto los reconoceremos como imbéciles. Cuando quiero profundizar en las pruebas de ese fárrago de misterios y de leyes dictadas por ese Dios ridículo, no las encuentro apoyadas más que sobre tradiciones confusas, inseguras, y siempre victoriosamente combatidas por los adversarios.

Digámoslo claramente: de todas las religiones establecidas entre los hombres, no hay ninguna que legítimamente pueda prevalecer sobre las otras; ni una que no esté llena de fábulas, de mentiras, de perversidades, y que no ofrezca al tiempo los peligros más inminentes, junto a las contradicciones más palpables. Cuando los locos quieren imponer sus sueños, apelan en su ayuda a los milagros: de donde resulta que, siempre en el mismo círculo, en ese momento el milagro prueba la religión, mientras que hasta entonces la religión probaba el milagro. Como si no hubiese más que una que pudiese apoyarse en prodigios: pero todas los citan, todas los ofrecen.

*Y el hermoso cisne de Leda
bien vale la paloma de Marta.*

A pesar de todo, si aceptamos que todos estos crímenes son ciertos, resulta necesariamente que Dios ha permitido que sean hechos tanto por las falsas religiones como por las verdaderas, y, según esto, el error lo conmueve tanto como la verdad. Lo que es gracioso es que cada secta esté igualmente convencida de la realidad de sus prodigios. Si todos son falsos, tenemos que concluir que naciones enteras han podido creer prodigios supuestos: por consiguiente, en el capítulo de los prodigios, la firme persuasión de una nación entera no prueba su verdad. Pero no tenemos más que la persuasión de los que creen en ellos para probar la verdad. por consiguiente, no hay ninguno cuya verdad esté suficientemente demostrada; y como estos prodigios son los únicos medios que tienen para obligarnos a creer en una religión, debemos concluir que ninguno está probado, y considerarlos como obra del fanatismo, del engaño, de la impostura y del orgullo.

-Pero -interrumpí yo, llegado a este punto-, si no hay ni Dios, ni religión, entonces, ¿quién gobierna el universo?

MI querida amiga -respondió Mme. Delbene . el universo se mueve por su propio impulso, y las leyes eternas de la naturaleza, inherentes a ella misma, son suficientes, sin una causa primera, para producir todo lo que vemos; el perpetuo movimiento de la materia lo explica todo: ¿qué necesidad hay de suponer un motor para lo que siempre está en movimiento? El universo es un conjunto de seres diferentes que actúan y reaccionan recíproca y sucesivamente unos sobre otros; yo no descubro ninguna limitación en esto, sólo veo un paso continuo de un estado a otro, en relación a los seres que adquieren sucesivamente varias formas nuevas, pero no creo en una causa universal, distinta de él, que le dé su existencia y que produzca las modificaciones de los seres particulares que lo componen: incluso confieso que veo todo lo contrario, y creo haberlo demostrado. No nos inquietemos en absoluto por sustituir las quimeras por otra cosa, y no admitamos nunca como causa de lo que no comprendemos algo que comprendemos todavía menos.

Después de haberte demostrado la extravagancia del sistema deísta -prosiguió esta encantadora mujer- no me costará mucho trabajo, sin duda, destruir en tí los prejuicios inculcados desde la infancia sobre el principio de nuestra vida. En efecto, ¿hay algo más extraordinario que la superioridad que se arrojan los hombres sobre los otros animales? En cuanto se les pregunta en qué se basa esta superioridad, responden estúpidamente: nuestra alma. Pero si les ruegas que te expliquen lo que entienden por esta palabra alma, ¡oh!, entonces los verás balbucir, contradecirse: es una sustancia desconocida, dicen; es

una fuerza secreta distinta de su cuerpo; es un espíritu sobre el que nada sabemos. Pregúntales cómo ha podido ese espíritu, al que, como a su Dios, suponen totalmente desprovisto de extensión, cómo ha podido combinarse con su cuerpo extenso y material; os dirán que no saben nada de él, que es un misterio, que esta combinación es producto de la omnipotencia de Dios. Estas son las ideas claras que se forma la imbecilidad sobre su sustancia oculta, o más bien imaginaria, de la que ha hecho el móvil de todas sus acciones.

A esto yo sólo respondo una cosa: si el alma es una sustancia esencialmente diferente del cuerpo y que no puede tener ninguna relación con él, su unión es algo imposible; por otra parte, al ser esta alma una sustancia esencialmente diferente del cuerpo, debería actuar necesariamente de forma diferente a él; sin embargo, vemos que los movimientos experimentados por el cuerpo repercuten sobre esa pretendida alma, y que estas dos sustancias, diversas en su esencia, actúan siempre de común acuerdo. Nos dirán todavía que esta armonía es un misterio, y yo responderé que no veo mi alma, que lo único que conozco y siento es mi cuerpo, que es el cuerpo el que siente, piensa, juzga, sufre, goza, y que todas sus facultades son resultados necesarios de su mecanismo y su organización.

Aunque a los hombres les sea imposible hacerse la menor idea de su alma, aunque todo les pruebe que no sienten, no piensan, no adquieren ideas, no gozan y no sufren más que por medio de los sentidos o de los órganos materiales del cuerpo, sin embargo están convencidos de que esta alma desconocida está exenta de la muerte. Pero, aun suponiendo la existencia de esta alma, decidme, por favor, si puede impedirse reconocer que ella depende totalmente del cuerpo, y que sufre conjuntamente con él todas las vicisitudes por las que éste atraviesa. Y sin embargo, se lleva el absurdo hasta creer que, por su naturaleza, no tiene ningún parecido con él; se pretende que pueda actuar y sentir sin la ayuda de este cuerpo; en una palabra, se pretende que, privada de este cuerpo y liberada de los sentidos, esta alma sublime podrá vivir para sufrir, gozar del bienestar o sentir terribles tormentos. Y sobre parecido montón de conjeturas absurdas es sobre lo que se ha construido la maravillosa opinión de la inmortalidad del alma.

Si pregunto qué motivos hay para suponer al alma inmortal, me responden con prontitud: es que el hombre, por su propia naturaleza, desea ser inmortal. Pero, replicaré yo, ¿se convierte vuestro deseo en una prueba de su realización? ¿Por qué extraña lógica se atreven a decidir que una cosa no puede dejar de suceder solamente porque se la desea? Los impíos-continúan ellos-, privados de las halagüeñas esperanzas de otra vida, desean ser aniquilados. ¡Y bien!, ¿no tienen ellos el mismo derecho que vosotros de concluir que serán aniquilados, así como vosotros os sentís autorizados a creer que existiréis simplemente porque lo deseáis?

¡Oh Juliette! -prosiguió esta mujer filósofa con toda la fuerza de la persuasión- ¡Oh, mi querida amiga!, no te quepa la menor duda de que morimos por completo, y de que el cuerpo humano, una vez que la Parca ha cortado el hilo, no es más que una masa incapaz de producir los movimientos que constituían la vida. No vemos entonces ni circulación, ni respiración, ni digestión, ni palabra, ni pensamiento. Pretenden que, en ese momento, el alma se ha separado del cuerpo; pero decir que esta alma desconocida es el principio de la vida es no decir nada, es decir sólo que una fuerza desconocida es el principio oculto de movimientos imperceptibles. Nada más natural y más sencillo que creer que el hombre

muerto ya no existe; nada más extravagante que creer que el hombre muerto está todavía en vida.

Nos reímos de la simpleza de algunos pueblos cuya costumbre es enterrar provisiones junto con los muertos: así pues, ¿es más absurdo creer que los hombres comerán después de la muerte, que imaginarse que pensarán, que tendrán ideas agradables o molestas, que gozarán, sufrirán, sentirán arrepentimiento o alegría, cuando los órganos, propios para proporcionarles sentimientos o ideas, estén disueltos y reducidos a polvo? Decir que las almas humanas serán felices o desgraciadas después de la muerte es como pretender que los hombres podrán ver sin ojos, oír sin oídos, gustar sin paladar, oler sin nariz, tocar sin manos, etc. Sin embargo, naciones que se creen muy razonables adoptan ideas parecidas.

El dogma de la inmortalidad del alma supone que el alma es una sustancia simple, en una palabra, un espíritu: pero seguiré preguntando qué es un espíritu.

-Me enseñaron -respondí a Mme. Delbène- que un espíritu era una sustancia privada de extensión, incorruptible, y que no tiene nada en común con la materia.

-Pero si es así -respondió vivamente mi institutriz-, ¿cómo nace tu alma, crece, se fortalece, se altera, envejece, en las mismas proporciones que tu cuerpo?

Siguiendo el ejemplo de todos los imbéciles que tuvieron los mismos principios, me responderás que todo eso son misterios. Pero, imbéciles, si son misterios, entonces no comprenderéis nada de ellos, y si no comprendéis nada, ¿cómo podéis decidir afirmativamente una cosa de la que sois incapaces de formaros una idea? Para creer o afirmar algo, hace falta saber al menos en qué consiste lo que se cree o se afirma. Creer en la inmortalidad del alma es decir que se está convencido de la existencia de algo de lo que es imposible formarse una verdadera idea, es creer en palabras sin poder darles ningún sentido; afirmar que algo es tal como se ha dicho es el colmo de la locura y de la vanidad.

¡Cuán extraños razonadores son los teólogos! En cuanto no pueden adivinar las causas naturales de las cosas, inventan causas sobrenaturales, imaginan espíritus, dioses, causas ocultas, agentes inexplicables, o más bien palabras más oscuras que las cosas que se esfuerzan por explicar. Permanezcamos en la naturaleza cuando queramos darnos cuenta de los efectos de la naturaleza; no nos alejemos de ella cuando queramos explicar sus fenómenos; ignoremos las causas demasiado separadas de nosotros para ser comprendidas por nuestros órganos, y convenzámonos de que, si nos salimos de la naturaleza, nunca encontraremos la solución de los problemas que la naturaleza nos presenta.

En la hipótesis misma de la teología, es decir, suponiendo un motor omnipotente de la materia, ¿con qué derecho negarían los teólogos a su Dios el poder de dar a esta materia la facultad de pensar? ¿Le sería más difícil crear esas combinaciones de materia, de las que resulta el pensamiento, que espíritus que piensan? Al menos, suponiendo una materia que pensase, tendríamos algunas nociones del sujeto del pensamiento o de lo que piensa en nosotros; mientras que al atribuir el pensamiento a un ser inmaterial, nos es imposible hacernos la menor idea de él.

Se nos objeta que el materialismo hace del hombre una pura máquina, lo que se considera muy humillante para la especie humana; pero, ¿será más honrada esta especie humana porque se diga que el hombre actúa por impulsos secretos de un espíritu o de un cierto no sé qué que sirve para animarlo sin que se sepa cómo?

Es fácil darse cuenta de que la superioridad que se ha dado al, espíritu sobre la materia, o al alma sobre el cuerpo, se basa sólo en la ignorancia que se tiene de la naturaleza de esta alma, mientras que se está más familiarizado con la materia o el cuerpo, que se cree conocer y cuyos resortes se imaginan descubiertos; pero los movimientos más simples de nuestro cuerpo son, para todo hombre que los medite, enigmas tan difíciles de adivinar como el pensamiento.

El aprecio que tiene tanta gente por la sustancia espiritual no parece tener otro motivo que la imposibilidad en que se encuentran de definirla de una manera inteligible; el poco caso que prestan los teólogos a la materia no procede más que del hecho de que la familiaridad engendra el desprecio. Cuando nos dicen que el alma es mejor que el cuerpo no nos dicen nada, sólo que aquello que no conocen de ninguna manera debe ser mucho más hermoso que aquello de lo que tienen alguna idea.

Constantemente nos enorgullecemos de la utilidad del dogma de la otra vida; se pretende que, aunque sea una ficción, sería ventajosa porque se impondría a los hombres y los conduciría a la virtud. A esto yo pregunto si es verdad que ese dogma hace a los hombres más prudentes y más virtuosos. Por el contrario, me atrevo a afirmar que no sirve más que para volverles locos, hipócritas, malvados, atrabiliarios, y que se encuentran más virtudes, mejores costumbres en los pueblos que no tienen ninguna de estas ideas que en aquéllos en que constituyen la base de las religiones. Si los que están encargados de enseñar y de gobernar a los hombres tuviesen luces y virtudes, los gobernarían mucho mejor con realidades que con quimeras; pero bribones, ambiciosos, corrompidos, los legisladores han encontrado más fácil adormecer a las naciones mediante fábulas que enseñándoles verdades... que desarrollarles su razón, que impulsarles a la virtud por motivos sensibles y reales... que gobernarles, en fin, de una forma razonable.

No hay ninguna duda de que los curas han tenido sus motivos para imaginar la ridícula fábula de la inmortalidad del alma: ¿hubiesen puesto a los moribundos a contribución sin estos sistemas? ¡Ah! si estos espantosos dogmas de un Dios... de un alma que nos sobrevive, no son de ninguna utilidad para el género humano, convengamos que al menos son de una necesidad imperiosa para aquellos que se han encargado de infectar con ellos la opinión pública (2).

(2) ¿Sobrevivirían sin estos medios? Sólo dos clases de individuos deben adoptar los sistemas religiosos: primero, la de aquéllos que maquinan estos absurdos y, la de los imbéciles que creen eternamente todo lo que se les dice sin profundizar nunca en nada. Apuesto a que ningún ser razonable y espiritual puede afirmar que cree de buena fe en las atrocidades religiosas.

-Pero -objeté a Mme. Delbène- ¿no es consolador para el desgraciado el dogma de la inmortalidad del alma?, ¿no es un bien para el hombre creer en que podrá sobre vivirse a sí mismo, y gozar algún día en el cielo de la felicidad que se le ha negado en la tierra?

-En verdad -me respondió mi amiga- no veo que el deseo de tranquilizar a algunos imbéciles desgraciados valga la pena de envenenar a millones de gentes honradas. Por otra parte, ¿es razonable hacer de sus deseos la medida de la verdad? Tened un poco más de valentía, doblegaos a la ley general, resignaos al orden del destino cuyos decretos son que, al igual que todos los seres, caeréis en el crisol de la naturaleza para salir de él bajo otras formas. Porque, en realidad, nada perece en el seno de esta madre del género huma-

no; los elementos que nos componen se unirán bajo otras combinaciones; un eterno laurel crece sobre la tumba de Virgilio. Esta transmigración gloriosa, ¿no es, imbéciles deistas, tan dulce como vuestra alternativa del infierno o el paraíso? Porque si este último es consolador, tendréis que estar de acuerdo conmigo en que el otro es terrible. Imbéciles cristianos ¿acaso no decís que para salvarse se necesitan gracias que vuestro Dios no concede más que a muy poca gente? Por cierto que son ideas muy consoladoras; ¿y no es cien veces preferible ser aniquilado que arder eternamente? Según esto ¿quién se atreverá a sostener que la opinión que libera de estos temores no es mil veces más agradable que la incertidumbre en que nos deja la admisión de un Dios que, dueño de sus gracias, no las concede más que a sus favoritos, y que permite que todos los demás se hagan dignos de los suplicios eternos? Sólo el entusiasmo a la locura puede hacer que se prefieran conjeturas improbables que desesperan a un sistema evidente que tranquiliza.

-Pero ¿qué será de mí? -digo todavía a Mme. Delbène-; esta oscuridad me aterra, ese eterno anonadamiento me atemoriza.

-¿Y qué eras tú, por favor, antes de nacer? -me respondió esta mujer genial-. Unas porciones llenas de materia no organizada, que no había recibido todavía ninguna forma, o que habían recibido una de la que no puedes acordarte. ¡Y bien! Volverás a las mismas porciones de materia, listas para organizar nuevos seres, en el momento en que las leyes de la naturaleza lo crean conveniente. ¿Gozabas? No. ¿Sufrías? No. Entonces ¿es un estado tan penoso, y ¿cuál es el ser que no estaría de acuerdo en sacrificar todos sus goces a la certeza de no tener nunca penas? ¿Qué sería si pudiese concluir este trato? Un ser inerte, sin movimiento. ¿Qué será después de la muerte? Positivamente lo mismo. Entonces, ¿de qué sirve afligirse, puesto que la ley de la naturaleza nos condena positivamente al estado que aceptaríais de buena gana, si tuvieseis la posibilidad? ¡Y bien! Juliette, la certeza de no existir siempre ¿es más desesperante que la de haber existido siempre? Ya, ya, tranquilízate, ángel mío; el terror de dejar de existir no es un mal real más que para la imaginación creadora del absurdo dogma de otra vida.

El alma, o, si se quiere, ese principio activo... vivificante, que nos ama, que nos mueve, nos determina, no es otra cosa que la materia utilizada hasta un cierto punto, medio por el que ha adquirido las facultades que nos maravillan. Es evidente que todas las porciones de materia no serían capaces de producir los mismos efectos; pero combinadas con las que componen nuestros cuerpos, se hacen susceptibles de ello, de la misma manera que el fuego puede convertirse en llama cuando se combina con cuerpos grasos o inflamables. En una palabra, el alma no puede ser considerada más que bajo estos dos sentidos, como principio activo y como principio pensante; ahora bien, bajo uno u otro aspecto, vamos a demostrar que es materia por dos silogismos sin réplica. 1° Como principio activo, se divide; porque el corazón conserva su movimiento mucho tiempo después de su separación del cuerpo. Ahora bien, todo lo que se divide es materia; el alma, como principio activo, se divide: luego es materia. 2° Todo lo que periclita es materia; lo que fuese esencialmente espíritu no podría periclitar. Ahora bien, el alma sigue las impresiones del cuerpo: es débil en la tierna edad, agobiada en la edad decrepita; luego siente las influencias del cuerpo; sin embargo, todo lo que periclita es materia: el alma periclita, luego es materia.

Atrevámonos a decirlo y volverlo a decir constantemente no hay nada asombroso en el fenómeno del pensamiento, o al menos nada que pruebe que este pensamiento sea distinto

de la materia, nada que demuestre que la materia, sutilizada o modificada de tal o cual forma, no pueda producir el pensamiento; esto es infinitamente menos difícil de comprender que la existencia de un Dios. Si este alma sublime fuese efectivamente la obra de Dios ¿por qué sufriría todos los diferentes cambios o accidentes del cuerpo? Me parece que, como obra de Dios, esta alma debería ser perfecta y no lo es el modificarse al igual que una materia tan llena de defectos. Si esta alma fuese la obra de un Dios, no tendría que sentir ni experimentar sus gradaciones; ni podría ni debería; se uniría al embrión totalmente formado, y desde la cuna, habrían podido componer Cicerón sus Tusculanas, Voltaire su Alcira, etc. Si esto no ocurre ni puede ocurrir, entonces el alma observa las mismas gradaciones que el cuerpo. Luego, tiene partes, puesto que crece, baja, aumenta o disminuye; ahora bien, todo lo que tiene partes es materia: luego el alma es materia, puesto que está compuesta de partes. Convengamos en que es absolutamente imposible que el alma pueda existir sin el cuerpo, y éste sin la otra.

Por lo demás, no hay nada de maravilloso en el poder absoluto del alma sobre el cuerpo; no es más que un mismo todo, compuesto de partes iguales, estoy de acuerdo, pero en el que, sin embargo, las partes groseras deben estar sometidas a las partes sutiles, por la misma razón del poder que tiene la llama, que es materia, sobre el cirio que consume, que es igualmente materia; y éste es el ejemplo, como en nuestro cuerpo, de dos materias enfrentadas, en las que la más sutil domina a la más grosera.

Y aquí tienes, Juliette, más de lo que te hace falta para convencerte, me imagino, de la nada de la existencia de Dios y del dogma de la inmortalidad del alma. ¡Qué habilidad la de aquellos que inventaron estos dos monstruosos dogmas! ¡Y qué no emprenderían sobre un pueblo, erigiéndose en los ministros de un Dios cuyo odio o amor poseía tanto interés para la vida futura! ¡Qué crédito debían tener sobre el espíritu de las gentes que, temiendo las penas o las recompensas futuras, estaban obligadas a recurrir a estos bribones, como a los mediadores de un Dios, únicos capaces de evitar unas y conseguir otras! Así pues, todas estas fábulas no son más que el fruto de la ambición, del orgullo y de la demencia de algunos individuos, alimentadas por la absurdidad de otros, pero que sólo merecen nuestro desprecio... la extinción... absorbidas por nosotros, hasta el punto de que nunca más vuelvan a aparecer. ¡Oh!, ¡hasta qué punto te exhorto, mi querida Juliette, a que las detestes conmigo! Se dice que estos sistemas conducen a la degradación de las costumbres. ¡Y!, luego, ¿son más importantes las costumbres que las religiones? Sometidas de un modo absoluto al grado de latitud de un país, sólo dependen de la arbitrariedad. Nada nos está prohibido por la naturaleza: sólo las leyes se creen autorizadas a imponer ciertos límites al pueblo, relativos a la temperatura del aire, a la riqueza o pobreza del clima, a la especie de hombres a los que dominan. Pero estos frenos, puramente populares, no tienen nada de sagrado, de legítimo a los ojos de la filosofía, cuya luz disipa todos los errores, y sólo deja en el hombre sabio las inspiraciones de la naturaleza. Ahora bien, nada es más inmoral que la naturaleza: ella nunca nos impuso frenos; nunca nos dictó leyes. ¡Oh Juliette! me encontrarás tajante, enemiga total de todas las cadenas; pero voy a rechazar completamente esta obligación tan infantil como absurda que nos dice *no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti*. Es precisamente todo lo contrario de lo que nos aconseja la naturaleza, puesto que su único precepto es *deleitarnos, no importa a costa de quien*. Puede suceder, sin duda, que nuestros placeres turben la felicidad de los otros: ¿serán menos intensos por eso? Esta pretendida ley de la naturaleza, a la que

quieren someternos los estúpidos, es, pues, tan quimérica como la de los hombres, y nosotros sabemos convencernos íntimamente de que no hacemos mal en pisotear a unas y a otras. Pero volveremos sobre estos temas, y me enorgullezco de convencerte en moral como creo haberte persuadido en religión. Ahora, pongamos nuestros principios en práctica, y después de haberte demostrado que puedes hacer cualquier cosa sin incurrir en un crimen, cometamos alguna villanía para convencernos de que lo podemos hacer todo.

Electrizada por este discurso, me arrojé a los brazos de mi amiga; le doy mil gracias por los cuidados que se toma por mi educación.

- ¡Te debo más que la vida, mi querida Delbène! ¡exclamé- porque ¿qué es la existencia sin la filosofía? ¿Acaso merece la pena vivir cuando se languidece bajo el yugo de la mentira y de la estupidez? Bien -proseguí con calor- ahora me siento digna de ti, y sobre tu seno juro por lo más sagrado que nunca más volveré a las quimeras que tu tierna amistad acaban de destruir en mí. Sigue enseñándome, dirigiendo mis pasos hacia la felicidad; me entrego a tus consejos; harás de mí lo que quieras, y ten por seguro que nunca habrás tenido una alumna más ardiente, ni más sumisa que Juliette.

La Delbène estaba embriagada: para un espíritu libertino, no hay mayor placer que el hacer prosélitos. Se goza con los principios que se inculcan; se deleitan con mil sentimientos diversos al ver a los otros entregarse a la corrupción que nos mina. ¡Ah_!, ¡cómo se ama esa influencia obtenida sobre su alma, obra únicamente de nuestros consejos y nuestras seducciones! Delbène me devolvió todos los besos con los que yo la colmaba; me dijo que me convertiría en una muchacha perdida, como ella, una muchacha sin costumbres, una atea, y que ella, como única causante de mi desorden, tendría que responder ante Dios del alma que le robaba. Y al ser sus caricias cada vez más ardientes, pronto encendimos el fuego de las pasiones con la llama de la filosofía.

-Toma -me dice Delbène puesto que quieres ser desvirgada, voy a satisfacerte al momento.

Borracha de lujuria, la bribona se arma al punto con un consolador; me excita para adormecer en mí el dolor que, dice ella, va a causarme, y a continuación me embiste tan terriblemente que mi virginidad desapareció al segundo golpe. No puede decirse lo que sufrí; pero, a los punzantes dolores de esta terrible operación, pronto sucedieron los más dulces placeres. Delbène, a la que nada agotaba, estaba lejos de sentirse cansada; abrazada a mí, su lengua sumergida en mi boca, y acariciando mi trasero con sus manos, hacía una hora que yo descargaba en sus brazos, cuando al fin le pedí una tregua.

-Devuélveme todo lo que acabo de hacerte -me dijo en seguida-... estoy devorada por la lujuria, yo no he gozado mientras tú te deleitabas; quiero descargar a mi vez.

De querida amada me convertí en el amante más apasionado: encoño a Delbène, la froto. ¡Dios!, ¡qué extravío! Ninguna mujer había sido tan digna de ser amada, ninguna se había dejado llevar por el placer como ella; diez veces seguidas se extasió la bribona en mis brazos, creí que se derretiría en flujo.

-¡Oh amada mía! -le digo-, ¿no es cierto que cuanto más inteligencia se tiene mejor se saborean las delicias de la voluptuosidad?

-Evidentemente -me respondió Delbène- y la razón de eso es muy sencilla: la voluptuosidad no admite ninguna cadena, nunca goza mejor que cuando las ha roto todas; ahora bien, cuanto más inteligente es un ser, más cadenas rompe: luego el hombre inteligente será más propicio que ningún otro para los placeres del libertinaje.

-Creo que la extrema delicadeza de los órganos también contribuye mucho a ello -respondí.

-No hay duda --dice Mme. Delbène-: cuanto más pulido está el espejo, mejor recibe y refleja los objetos que se le presentan.

Por fin, agotadas ambas, recordé a mi instructora la promesa que me había hecho de desvirgar a Laurette. -No la he olvidado en absoluto -me respondió Mme. Delbène-, es para esta noche. En cuanto todas estén en los dormitorios, tú te escaparás, Volmar y Flavie harán otro tanto. No temas por lo demás; ahora ya estás iniciada en nuestros misterios: mantente firme, sé valiente, Juliette, y te haré ver cosas asombrosas.

Dejé a mi amiga para volver a la casa; pero pensad cuál no sería mi sorpresa cuando oí contar que una pensionista se había escapado del convento; enseguida pregunté su nombre: era Laurette.

-¡Laurette! -exclamé-; escapada: ¡Oh Dios!, con la que yo contaba; ella, que me había encendido hasta tal punto!... Pérfidos deseos, así pues, ¿os habré concebido en vano?

Pido más detalles, nadie puede dármelos; vuelo hasta Delbène para informarla, su puerta está cerrada, me es imposible hallarla antes de la hora a la que me ha citado. ¡Cuán larga me pareció esta hora! Por fin suena; Volmar y Flavie se me habían adelantado; estaban ya en el cuarto de Delbène (3).

(3) No olvidemos que Volmar es una encantadora religiosa de veintiún años y que Flavie es una pensionista de dieciséis, con el rostro más delicioso que pueda imaginarse.

-Y bien -digo a la superiora-, ¿cómo cumplirás la palabra que me diste? Laurette no está aquí: ¿por quién sustituirla ahora?

Y después, con un poco de acritud:

-¡Ah! Ya veo claramente que nunca gozaré del placer que me has prometido.

-Juliette me dice Mme. Delbène con aspecto muy serio--, la primera de las leyes de la amistad es la confianza: si quieres ser de las nuestras, querida, tienes que ser más reservada y menos suspicaz. ¿Sería verosímil que yo te hubiese prometido un placer que no pudiese hacerte saborear? ¿Y no debía creerme con la suficiente habilidad... creerme con el suficiente crédito en esta casa para que, al depender solamente de mí los medios de estas voluptuosidades, nunca tuvieses que temer no gozar de ellos? Síguenos, todo está en orden. ¿Acaso no te había dicho que te haría ver cosas singulares?

Delbène enciende una pequeña linterna; va delante de nosotras; Volmar, Flavie y yo la seguimos. Una vez que llegamos a la iglesia, ¿cuál no sería mi asombro al ver que la superiora abre una tumba y penetra en el asilo de los muertos! Mis compañeras la siguen en silencio; doy muestras de un cierto terror, Volmar me tranquiliza; Delbène vuelve a bajar la piedra. Y hémos aquí en los subterráneos destinados a servir de sepultura a todas las mujeres que muriesen en el convento. Avanzamos, levantan una piedra, y después de

bajar unos quince o dieciséis escalones, llegamos a una especie de sala con techo bajo artísticamente decorada, que se ventilaba con aire del jardín. ¡Oh amigas mías! Adivinad quién estaba allí... Laurette, preparada como las vírgenes que antiguamente se inmolaban en el templo de Baco... el abad Ducroz, vicario del arzobispado de París, hombre de unos treinta años, con un rostro muy agradable, encargado especialmente de la vigilancia de Panthémont, y el padre Télème, religioso, moreno, guapo, de treinta años, confesor de las novicias y las pensionistas.

-Tiene miedo -dice Delbène acercándose a ambos hombres y presentándome a ellos- aprende, joven inocente -continuó mientras me besaba- que sólo nos reunimos aquí para joder... para entregarnos a horrores... a atrocidades. Si nos sumergimos en el fondo de la región de los muertos, es para estar lo más lejos posible de los vivos. Cuando se es tan libertino, tan depravado, tan criminal, se desearía estar en las entrañas de la tierra, con el fin de poder huir mejor de los hombres y de sus absurdas leyes.

Por muy adelantada que estuviese yo en la carrera de la lubricidad, confieso que este principio me intimidó.

-¡Oh cielos! -digo completamente emocionada ¿qué vamos a hacer en estos subterráneos?

-*Crímenes* -me dice Mme. Delbène-; vamos a mancharnos con ellos ante tus ojos, vamos a enseñarte a que nos imites... ¿Temes alguna debilidad?... ¿Me habré equivocado al responder de ti?

-No temas -respondí yo con prontitud-, juro entre tus manos que no me aterrorizaré por lo que pueda ocurrir.

Enseguida, Delbène ordena a Volmar que me desnude.

-Tiene el culo más bonito del mundo -dice el gran vicario en cuanto me ha visto completamente desnuda. Y enseguida cubren mis nalgas con besos... caricias, después, pasando una de sus manos por mi montecillo, el hombre de Dios trataba de que su miembro pudiese frotarse fuertemente contra mi trasero para excitarse lúbricamente: pronto penetra casi sin trabajo, y en ese mismo momento Télème enfila mi coño. Los dos se corren, y confieso que los sigo enseguida.

Juliette -me dice la superiora- acabamos de proporcionarte los dos mayores placeres de los que puede gozar una mujer: es preciso que nos digas con toda franqueza con cuál de los dos te has deleitado mejor.

-En verdad, señora -respondí-, ambos me han dado tanto placer que me sería imposible pronunciarlos al respecto. Todavía siento, por reminiscencia, sensaciones al mismo tiempo tan confusas y voluptuosas que difícilmente podría asignarles su verdadero valor.

-Hay que hacerla recomenzar -dice Télème- el abad y yo cambiaremos nuestros ataques, rogaremos a la bella Juliette que examine sus sensaciones, y nos dé un informe más exacto de ellas.

-¡Y bien! de buena gana -respondí-, creo como vos que sólo recomenzando me será posible decidir.

-Es encantadora -dice la superiora-; tiene madera para que hagamos de ella la putilla más bonita que hemos formado desde hace mucho tiempo. Pero es preciso disponer todo esto no solamente para que Juliette goce deliciosamente, sino además para que repercuta sobre nosotros algo de los placeres que va a experimentar.

Como consecuencia de estos libertinos proyectos, así es cómo se dispuso el cuadro:

Télème, que acababa de joder mi coño, se colocó en mi culo; lo tenía un poco más gordo que su compañero, pero, sin duda la naturaleza me ha creado para estos placeres, porque no sufrí la diferencia, siendo tan novicia como era. Yo estaba tendida boca abajo sobre la superiora, de forma que mi clítoris reposase sobre su boca, y la bribona, cómodamente tumbada en el suelo, lo chupaba separando los muslos. Entre sus piernas, Laurette, inclinada, le devolvía lo que me hacía a mí, y el placer que la zorra recibía, lo hacía repercutir voluptuosamente sobre Volmar y Flavie, a las que masturbaba a derecha e izquierda. Ducroz, detrás de Laurette, se restregaba ligeramente sobre sus nalgas, pero sin penetrar dentro: el honor del uno y la virginidad del otro, de esta muchacha, me pertenecían exclusivamente.

Todas las escenas de fornicación comienzan con un momento de calma: parece que se quiera saborear la voluptuosidad por entero y que se tema dejarla escapar al hablar. Me habían aconsejado que gozase con atención, con el fin de comparar; yo estaba en un éxtasis delicioso; y tengo que confesar que los increíbles placeres que recibía de las vivas y reiteradas sacudidas del pene de Télème en el agujero de mi culo, las angustias lúbricas en que me sumergían los lengüetazos de la abadesa sobre mi clítoris, las escenas lujuriosas por las que estaba rodeada, por último, tantos episodios lascivos juntos, tenían a mis sentidos en un delirio en el que habría querido vivir eternamente.

Télème fue el primero que trató de hablar, pero sus susurros, sus suspiros entrecortados, expresaban mucho menos sus ideas que su desorden. Todo lo que pudimos comprender es que juraba mucho, y que el extremado calor y la presión de mi ano le hacían saborear grandes placeres.

-¡Estoy listo para correrme en el más divino de los traseros! -exclamó por fin-; no sé si Juliette se deleitará más con el recibimiento de mi semen en su culo que con la eyaculación en su coño; pero en lo que a mí respecta, juro que siento mil veces más sodomizándola de lo que sentí en el fondo de su vagina.

-*Es cuestión de gustos* -dice Ducroz, que se excitaba con el culo de Laurette y besando a Flavie.

-*Es filosofía, es razón* -dice Volmar excitada fuertemente por Delbène y lengüeteando a Ducroz- aunque mujer, pienso igual, y juro que si yo fuese hombre no jodería nunca más que por el culo.

Y la voluptuosa criatura se corre nada más pronunciar estas impuras palabras. Télème la sigue al momento; se pone furioso; al volver mi cabeza hacia él, sumerge su lengua en mi boca; Delbène me chupa tan voluptuosamente mientras tanto que yo me abandono. Quiero gritar de placer, pero la cosquilleante lengua de Télème rechaza mis palabras, el libertino se traga mis suspiros; inundo los labios y el gáznate de mi chupadora quien, a su vez, lanza torrentes en la boca de Laurette; pronto se une a nosotros Flavie, y la encantadora libertina pierde su jugo jurando como un carretero.

-Pasemos a otra cosa dice Delbène levantándose-. Ducroz, encoña a Juliette; ella se acostará en vuestros brazos; Volmar, igualmente boca abajo, le acariciará el culo; yo me deslizaré debajo de Volmar para succionarle el clítoris; mientras que Télème me encoña, Flavie se las arreglará con Télème, el cual acariciará el coño de Laurette, y todo esto mientras me jode.

Nuevas libaciones a Cypris pusieron fin a esta segunda prueba, y me preguntaron.

-¡Oh amiga mía! -digo a Delbène que me preguntaba- puesto que tengo que responder la verdad, diré, que el miembro que se ha introducido en mi trasero me ha producido sensaciones infinitamente más agudas y más delicadas que el que ha recorrido mi delantero. Soy joven, inocente, tímida, poco acostumbrada a los placeres con los que acabo de ser colmada; puede ser que me equivoque sobre la especie y la naturaleza de estos placeres en sí mismos, pero me habéis preguntado lo que he sentido y os lo digo.

-Vena besarme, ángel mío -me dice Mme. Delbéne

eres una muchacha digna de nosotros. No hay duda -prosiguió con entusiasmo- no hay duda de que no existe ningún placer comparable al del culo: ¡desgraciadas las muchachas lo suficientemente simples, suficientemente imbéciles, para *no atreverse* a estos lúbricos extravíos: nunca serán dignas de hacer sacrificios a Venus, y nunca la diosa de Pafos las llenará de favores (4)!

(4) Dulces y voluptuosas criaturas a las que el libertinaje, la pereza o la adversidad reduce a la lucrativa y deliciosa posición de putas, imbuíos de estos consejos; podéis ver que sólo son el fruto de la sabiduría y la experiencia; fornicad por el culo, amigas mías, es el único medio de enriqueceros y de divertirlos. Esposas delicadas y sensibles, recibid el mismo consejo; convertíos en Proteas con vuestro maridos, si queréis retenerlos.

-¡Ah! que me den por el culo -exclama la puta arrodillándose sobre un canapé-. Volmar, Flavie, Juliette, armaos con consoladores; vosotros, Ducroz y Télème, excitaos, que vuestros pitos se entrelacen con los miembros postizos de estas zorras; aquí está mi culo: ¡jodedlo todos! Laurette estará delante de mí durante este tiempo y le haré todo lo que se me pase por la cabeza.

Se obedecen sus órdenes. Por la forma en que la libertina recibe tales ataques, se ve fácilmente hasta qué punto está acostumbrada a ellos; mientras uno de los actores la trabaja, otro, inclinándose sobre ella, le frota el clítoris o la parte interna del monte. La voluptuosidad aumenta con la unión de ambos actos; no es completa hasta que una dulce masturbación por delante viene a dar, a las intromisiones del culo, la sal picante que puede resultar de este goce. A fuerza de excitación, Delbène se puso furiosa; las pasiones hablaban impetuosamente en esta mujer ardiente, y no tardamos en darnos cuenta de que la pequeña Laurette servía más bien a sus furores que a sus caricias; la mordía, le daba pellizcos, la arañaba.

- ¡Santo cielo! -exclamó al fin, sodomizada por Teléne, acariciada por Volmar- ¡Oh! ¡joder, me corro!

¡me habéis hecho morir de voluptuosidad! Sentémonos y hablemos. No está todo en sentir emociones, hay que analizarlas además. Algunas veces, es tan dulce saber hablar de ellas como gozarlas, y cuando ya no se puede más en este sentido, es divino lanzarse al

otro. Hagamos un círculo. Juliette, cálmate, ya leo tu inquietud en tus miradas; ¿acaso tienes miedo de que faltemos a la palabra? Esta es tu víctima -continuó, mostrándome a Laurette-; la encoñará, le darás por el culo, no hay ninguna duda: las promesas de los libertinos son sólidas como su desenfreno. Télème, y vos, Ducroz, poneos cerca de mí; quiero manosear vuestros penes mientras hablo, quiero hacer que se erecten, quiero que la energía que encuentren bajo mis dedos se comunique a mis discursos, y veréis cómo crece mi elocuencia, no como la de Cicerón, en razón de los movimientos del pueblo que rodea la tribuna en las arengas, sino como la de Safo, en proporción al flujo que obtenía de Damofila.

Confieso --nos dice Delbène, una vez que se puso en estado de discurrir- que no hay nada en el mundo que me asombre tanto como la educación moral que se da a las jóvenes: parece que los principios que se les inculca no tienen otro fin que contrariar en ellas todos los movimientos de la naturaleza. Me gustaría que alguno me respondiese para qué sirve una mujer buena en el mundo, y si hay algo más inútil que esas prácticas de virtud con las que no dejan de aturdir a nuestro sexo: existimos en dos situaciones en las que se recomiendan tales prácticas, y voy a intentar probar su inutilidad en ambas épocas de nuestra vida.

¿Para qué sirve, pregunto, que una muchacha conserve su virginidad hasta su matrimonio? ¿Y cómo puede llevarse la extravagancia hasta el punto de creer que una criatura femenina debe valer más por el hecho de que tenga una parte de su cuerpo un poco más o menos abierta? ¿Con qué objeto ha creado la naturaleza a todos los humanos? ¿Acaso no es para ayudarse mutuamente, y por consiguiente para proporcionarse todos los placeres que dependen de ellos? Ahora bien, si es cierto que un hombre debe esperar grandes placeres de una muchacha, ¿no contrariáis las leyes de la naturaleza imponiendo a esta pobre muchacha una virtud feroz que le prohíbe prestarse a los deseos impetuosos de este hombre? ¿Podéis permitir semejante barbarie sin justificarla con algo? Ahora bien, ¿qué me alegáis para convencerme de que esta muchacha hace bien en guardar su virginidad? ¿Vuestra religión, vuestras costumbres, vuestros hábitos? ¿Y hay algo, por favor, más despreciable que todo esto? No hablo de la religión, os conozco lo suficiente a todos como para estar convencida del poco caso que la hacéis. Pero las costumbres, ¿qué son las costumbres, me atrevo a preguntaros? Me parece que se llama así al tipo de conducta de los individuos de una nación, entre sí y con los otros. Ahora bien, estas costumbres, estaréis de acuerdo con esto, deben estar basadas en la felicidad individual; si no aseguran esta felicidad, son ridículas; si la ahogan, son atroces, y una nación inteligente debe trabajar por la rápida reforma de estas costumbres, desde el momento en que ya no sirven para la felicidad general. Ahora bien, pido que se me pruebe que hay algo en nuestras costumbres francesas que, relativo al placer de la carne, pueda cooperar a la felicidad de la nación: ¿en virtud de qué obligáis a esta joven a conservar su virginidad, a pesar de la naturaleza, que le dicta que la pierda, y a pesar de su salud, que la prudencia trastorna! Me responderéis que es para que llegue pura a los brazos de su esposo: pero esta pretendida necesidad, ¿es otra cosa que la historia de los prejuicios? ¡Qué!, ¿es preciso que esta desgraciada se sacrifique diez años para que un hombre goce del frívolo placer de cosechar primicias; es preciso que apene a quinientos individuos para deleitar tristemente a uno solo? ¡Dónde se ha inmolado el interés general más cruelmente que en leyes tan absurdas! ¡Vivan para siempre las naciones que, lejos de estas puerilidades, no estiman a las

jóvenes de nuestro sexo más que en razón de sus desórdenes! Sólo en esta multiplicidad reside la verdadera virtud de una muchacha: cuanto más se entrega, mas digna es de ser amada; cuanto más jode, más felices hace, y más útil es a la felicidad de sus conciudadanos. Por consiguiente, que renuncien, estos bárbaros maridos, al vano placer de coger una rosa, derecho despótico que sólo se arrogan a expensas de la felicidad de los otros hombres; que dejen de subestimar a una muchacha que, al no conocerlos, no pudo esperarlos para hacerles el presente de lo más precioso que tenía, ¡y que ciertamente no lo sería si hubiese consultado a la naturaleza! ¿Examinamos la necesidad de la virtud de los seres de nuestro sexo bajo su segundo aspecto, quiero decir, cuando estamos casadas? Esto nos conduce al adulterio, y quiero tratar a fondo este pretendido delito.

Nuestras costumbres, nuestras religiones, nuestras leyes, todas esas viles consideraciones locales no merecen ninguna consideración en este examen: la cuestión no estriba en saber si el adulterio es un crimen a los ojos del lapón que lo permite, o del francés que lo prohíbe, sino en si la humanidad y la naturaleza se sienten ofendidas por esta acción. Para poder admitir semejante hipótesis, sería necesario desconocer la extensión de los deseos físicos con los que esta madre común de los hombres ha dotado a ambos sexos. Sin duda, si un hombre bastase a los deseos de una sola mujer, o que una mujer pudiese contentar los ardores de un solo hombre, entonces, en esta hipótesis, todo lo que violase la ley ultrajaría también a la naturaleza. Pero si la inconstancia y la insaciabilidad de estos deseos son tales que la pluralidad de hombres sea tan necesaria a la mujer como la de mujeres a los hombres, me confesaréis que, en este caso, toda ley que se oponga a sus deseos se vuelve tiránica y se aleja visiblemente de la naturaleza. Esta falsa virtud a la que se da el nombre de castidad, al ser con toda seguridad el más ridículo de todos los prejuicios, en la medida en que esta manera de ser no coopera en nada a la felicidad de los otros y perjudica infinitamente la prosperidad general, puesto que las privaciones que impone esta virtud son necesariamente muy crueles, esta falsa virtud, repito, al ser el ídolo al que se inciensa, con el temor de que cometa adulterio, debe ser colocada, por todo ser sensato, entre los frenos más odiosos con los que el hombre ha querido cargar a las inspiraciones de la naturaleza. Atrevámonos a descubrir el velo; la necesidad de fornicar no es de menor importancia que la de beber y comer, y estas dos últimas se permiten sin la menor restricción. Estamos completamente seguros de que el origen del pudor no fue más que un refinamiento lujurioso: se estaba de acuerdo con desear durante más tiempo para excitarse más, y en seguida los estúpidos tomaron por una virtud lo que no era más que un refinamiento del libertinaje (5). Es tan ridículo decir que la castidad es una virtud, como lo sería el pretender que también lo es el privarse de alimentación. Que se observe con cuidado: casi siempre es la necia importancia que ponemos en cierta cosa lo que acaba por erigirla en virtud o en vicio; renunciemos a nuestros imbéciles prejuicios sobre esto; que sea tan simple decir a una muchacha, a un muchacho, o a una mujer, que se tiene ganas de divertirse con ella, como lo es, en una casa extraña, pedir los medios de apaciguar su hambre o su sed, y pronto veréis que el prejuicio desaparecerá, que la castidad dejará de ser una virtud y el adulterio un crimen. ¡Y!, ¿qué daño hago, por favor, qué ofensa cometo, al decir a una hermosa criatura, cuando me encuentro con ella: *¿me prestáis un momento la parte de vuestro cuerpo que puede satisfacerme?, y gozad, si eso os complace, de la parte que pueda seros más agradable del mío.*

(5) El hombre no se ruboriza por nada cuando está solo; el pudor empieza en él sólo cuando se le sorprende, lo que prueba que el pudor es un prejuicio ridículo, absolutamente desmentido por la naturaleza. El hombre nació impúdico, la impudicia pertenece a la naturaleza; la civilización puede cambiar estas leyes, pero nunca las ahoga en el alma del filósofo. *Huminem planto*, decía Diógenes mientras jodía a la orilla de un camino. ¿Y por qué ocultarse cuando se planta a un hombre más que cuando se planta una col?

¿En qué puede dañar mi proposición a esta criatura, cualquiera que pueda ser? ¿En qué medida se perjudicará aceptándola? Si yo no tengo nada de lo que necesita para ser complacida, entonces que el interés sustituya al placer, y que, mediante una compensación convenida, me conceda al instante el goce de su cuerpo, y que se me permita emplear la fuerza y todos los malos tratos que trae consigo, si, satisfaciéndola en la medida que pueda, con mi bolsa o con mi cuerpo, no se atreve a darme al momento lo que estoy en mi derecho de exigirle. Sólo ella ofende a la naturaleza negando lo que puede satisfacer a su prójimo: no la ultrajo yo cuando propongo comprar lo que me conviene de ella, y pagar lo que me cede al precio que ella pueda desear. ¡Y no, no!, una vez más, la castidad no es una virtud; no es más que una convención, cuyo origen primero no fue más que un refinamiento del libertinaje; no está de ninguna manera en la naturaleza, y una muchacha, o un muchacho, una mujer que concediese sus favores al primero que llega, que se prostituyese con descaro en todos los sentidos, en todos los sitios, a cualquier hora, sólo cometería algo contrario, estoy de acuerdo con eso, a los hábitos del país en que quizás habite ese individuo; pero no ofendería en nada ni a su prójimo, al que más que ultrajar lo serviría, ni a la naturaleza, siguiendo a la cual no ha hecho más que complacerla al entregarse a los últimos excesos del libertinaje. Estad bien seguros de qué la continencia no es más que la virtud de los estúpidos y los entusiastas; tiene muchos peligros y ningún efecto bueno; es tan perniciosa para los hombres como para las mujeres; es perjudicial para la salud, en la medida en que acumula en los riñones el semen destinado a ser expulsado, como las demás secreciones. En una palabra, la más terrible corrupción de las costumbres tiene infinitamente menos inconvenientes, y los pueblos más célebres de la tierra, así como los hombres que más la honraron, fueron incontestablemente los más libertinos. La comunidad de mujeres es el primer designio de la naturaleza es general en el mundo, los animales nos dan ejemplo de esto; es absolutamente contrario a las inspiraciones de este agente universal unir a un hombre con una mujer, como en Europa, y a una mujer con varios hombres, como en ciertos países de Africa, o a un hombre con varias mujeres, como en Asia y en la Turquía europea; todas estas instituciones son indignantes, contrarían los deseos, fuerzan a los humores, encadenan las voluntades, y, de estas infames costumbres, sólo desgracias pueden resultar. ¡Oh vosotros, que os metéis a gobernar a los hombres, absteneos de unir a ninguna criatura! Dejadla que haga sola sus combinaciones, dejadla que se busque ella misma lo que le conviene y pronto os daréis cuenta de que todo funciona mejor.

Entonces, ¿qué falta hace, dirán todos los hombres razonables, que la necesidad de perder un poco de semen me ligue a una criatura a la que nunca amaré? ¿Qué utilidad puede tener que esta misma necesidad encadene a mí a cien infortunadas que no conozco de nada? ¿Por qué es necesario que esa misma necesidad, con cierta diferencia en la mujer, la someta a una obligación y una esclavitud perpetuas? ¡Y qué!, esta desgraciada muchacha tiene un temperamento ardiente; la necesidad de tranquilizarse la consume, y, para

satisfacerla, ¿vais a unir su suerte a la de un hombre... lejos quizás del gusto por estos placeres, y que o no la verá más que cuatro veces en su vida, o se servirá de ella para someterla a placeres en los que no podrá participar esta joven? ¡Qué injusticia por ambas partes!. ¡Y cómo se lograría que se evitase aboliendo vuestros ridículos matrimonios, y dejando en libertad a los dos sexos para que se busquen y encuentren recíprocamente lo que les hace falta! ¿Qué bien instauran los matrimonios en una sociedad? Lejos de reafirmar los lazos de unión, los rompen. ¿Qué sociedad parece la más unida, la de una sola y misma familia, como lo sería cada gobierno de la tierra, o la de cinco o seis millones de individuos, cuyos intereses, siempre personales, dividen necesariamente el interés general y lo combaten eternamente? ¡Qué diferencia de unión... de cariño entre todos los hombres, si todos por igual, hermanos, padres, madres, esposos, intentando pelearse o perjudicarse, perjudicasen o combatiesen lo que más amasen! Pero esta universalidad, diréis, debilita los lazos; desaparecerían a fuerza de tenerlos. ¿Y qué importa? Es mejor que no haya lazos de ningún tipo a tenerlos con el fin de hacerlos desaparecer. Echemos una ojeada a la historia. ¿Qué habría sido de las ligas, de los diferentes partidos que dividieron a Francia porque cada uno seguía a su familia y se unía a ella para luchar; qué habría sido de todo esto si no hubiese habido en Francia más que una sola familia? ¿Se habría dividido esta familia en grupos para combatirse recíprocamente, para adoptar unos el partido de un tirano y los otros el partido contrario? No más casas de Orleans contra Borbones, no más Guisas contra Borbones, basta de todos estos horrores que han assolado a Francia, y cuyo único objeto era la ambición y el orgullo de las familias. Estas pasiones se aniquilan con la igualdad que yo propongo; se olvidan con la destrucción de esos vínculos ridículos llamados matrimonios. Sólo un objetivo, sólo un proyecto, sólo un deseo en el Estado: vivir felices juntos, y defender juntos la patria. Es imposible que la máquina subsista mucho tiempo más con las costumbres adoptadas hasta ahora. Manteniéndose las riquezas y el crédito, que se buscan constantemente, antes de un siglo habrá necesariamente una parte del Estado tan poderosa y tan rica que aplastará a la otra, y entonces he aquí a la patria desolada (6).

(6) Hay que señalar que las memorias de Justine y las de su hermana fueron escritas antes de la Revolución.

Si se analiza bien todo esto, es fácil ver que nunca han tenido otras causas los disturbios. Una potencia aumentada sordamente ha acabado siempre por intentar aplastar a la otra, y lo ha logrado. ¡Cuántos obstáculos suprimidos, cuántos inconvenientes previstos, si se aboliesen los matrimonios: no más cadenas aborrecidas, no más arrepentimientos amargos, no más crímenes, frutos de esos abusos monstruosos, puesto que la ley es la única que comete crímenes, ya que el crimen desaparece en cuanto la ley deja de existir. Ninguna cábala más en el Estado, no más desigualdades chocantes de fortuna. Pero, ¿los niños... la población?... De esto vamos a tratar.

Comenzaremos por establecer un hecho de difícil respuesta, según creemos: y es que, durante el acto del goce, nos ocupamos muy poco de la criatura que puede resultar de él; el que fuese bastante estúpido como para pensar en él, seguramente se perdería la mitad del placer. Es una ridiculez irritante, sin duda, ver a una mujer sólo con esta idea o concebir esta misma idea al verla. Es una equivocación suponer que la propagación es una de las leyes de la naturaleza: sólo nuestro orgullo nos hace concebir semejante estupidez. La naturaleza permite la propagación, pero no hay que confundir la tolerancia con una orden.

Ella no tiene la menor necesidad de la propagación; y la destrucción total de la raza, desgraciada consecuencia de la negación de la propagación, la afligiría tan poco como si la especie entera de los conejos o las liebres desapareciese sobre nuestro globo, y no por ello interrumpiría su curso. De esta manera, ni la servimos con la propagación, ni la ofendemos con la no propagación. Convenzámonos de que esta interesante propagación, que nuestro orgullo erige tontamente en virtud, es, respecto a las leyes de la naturaleza, la cosa más inútil y que menos debe importarnos. Dos seres de sexo diferente, a los que el instinto acerca, deben dedicarse a probar el placer en toda su extensión, y a aplicarle, para aumentarlo y mejorarlo, todos los refinamientos que puedan conseguir; después deben burlarse de las consecuencias, tanto porque éstas no son en absoluto necesarias, como porque la naturaleza carga con ellas (7).

(7) ¡Hombre! crees que cometes un crimen contra la naturaleza cuando te opones a la propagación o cuando la destruyes, y no piensas que la destrucción de tantos hombres como hay en la superficie de la tierra, no le costaría ni una lágrima a esta naturaleza, y no le produciría la más mínima alteración en la regularidad de su marcha.

En cuanto al padre, se desentiende por completo del cuidado de esta criatura. ¿Y cómo podría preocuparse por él, con la comunidad que yo imagino? Un poco de semen soltado en una matriz común, no puede convertirse en una obligación de ocuparse del embrión germinado, y no puede imponerle deberes hacia este embrión, como no se lo impone el insecto que ha hecho salir con sus excrementos al pie de un árbol: en ambos casos es la materia con su necesidad de liberarse y que se convierte en lo que puede. En el caso supuesto, sólo la mujer se convierte en la dueña del embrión; como único propietario de este fruto ridículamente precioso, puede disponer de él a su antojo, destruirlo en el fondo de su seno, si la molesta, o una vez que haya nacido, si la especie no la conviene, y en cualquier caso nunca se le debe prohibir el infanticidio. Es un bien enteramente suyo, al que nadie reclama, que no pertenece a nadie, que la naturaleza no necesita, y al que, por consiguiente, ella puede alimentar o ahogar, según desee. ¡Y!, no temamos que falten hombres; habrá más mujeres de las que se desee ansiosas de criar el fruto que llevan dentro; y siempre tendréis más brazos de los que os hagan falta para defenderos y para cultivar vuestras tierras. Entonces, cread escuelas públicas, donde sean educados los niños, una vez que no necesiten el regazo de su madre; que, depositados allí como niños del Estado, olviden hasta el nombre de esa madre, y que, uniéndose promiscuamente a su vez, hagan como sus padres.

Según estos principios, ved lo que sería el adulterio y si es posible o cierto que una mujer pueda hacer algún mal entregándose a quien mejor le parezca. Ved si no subsistiría todo de la misma forma, incluso con la completa destrucción de nuestras leyes. Pero, por otra parte, ¿son generales estas leyes? ¿Sienten todos los pueblos el mismo respeto por estos vínculos absurdos? Hagamos un rápido examen de aquellos que los han despreciado.

En Laponia, en Tartaria, en América, es un honor que su mujer se prostituya con un extranjero.

Los Ilirianos tienen asambleas muy particulares de libertinajes, en las que obligan a sus mujeres a entregarse al recién llegado, ante ellos.

El adulterio estaba públicamente autorizado entre los griegos. Los romanos se prestaban mutuamente a sus mujeres. Catón prestó la suya a Hortensio, que deseaba una mujer fecunda.

Cook descubrió una sociedad en Otaítí donde todas las mujeres se entregaban indiferentemente a todos los hombres del pueblo. Pero si una de ellas se quedaba embarazada, el niño era ahogado en el momento de su nacimiento: ¡Cuán cierto es que existen pueblos bastante sabios como para sacrificar a sus placeres las leyes fútiles de la población! Esta misma sociedad, con algunas diferencias, existe en Constantinopla (8).

(8) Existió en Persia. Los brahmanes se reunían igualmente entre ellos, y se entregaban recíprocamente a sus mujeres, sus hijas y sus hermanas. Entre los antiguos bretones, ocho o diez maridos se reunían y ponían a sus mujeres en común. Entre nosotros, los intereses, los partidos diferentes se oponen a estos tráficos deliciosos. ¿Cuándo seremos suficientemente filósofos para establecerlos?

Los negros de la costa de la Pimienta y de Riogabar prostituyen a sus mujeres con sus propios hijos.

Singha, reina de Angola, estableció una ley que permitía la *promiscuidad* de las mujeres. Esta misma ley les impedía quedarse embarazadas, bajo pena de ser emparedadas: ley severa, pero útil, y que debe seguir siempre a la prohibición de los vínculos de la comunidad, con el fin de poner límites a una población cuya proliferación podría llegar a ser peligrosa.

Pero se puede limitar esta población con medios más suaves: por ejemplo, concediendo honores y recompensas al *safismo*, a la *sodomía*, al *infanticidio*, como descubrió Esparta. De esta forma se equilibraría la balanza sin necesidad de, como en Angola o en Formosa, destruir el fruto de las mujeres en su propio seno.

En Francia, por ejemplo, donde la población es mucho más numerosa, al establecer la comunidad de la que hablo, habría que fijar el número de hijos, y matar sin compasión al resto, y, como acabo de explicar, venerar los amores ilegítimos entre sexos iguales. El gobierno, dueño de estos niños y de su número, contaría necesariamente con tantos defensores como hubiese creado, y el Estado no tendría que alimentar a treinta mil desgraciados, en las grandes ciudades, en épocas de hambre. Es llevar demasiado lejos el respeto por un poco de materia fecundada el imaginarse que no se pueda, cuando sea necesario, destruirla antes del plazo o incluso mucho después.

En China existe una sociedad parecida a las de Otaítí y Constantinopla. Se las llama los *maridos cómodos*. No casan a sus hijas más que con la condición de que se prostituyan a otros: su casa es el asilo de todas las lujurias. Ahogan a los niños que nacen de este comercio.

En Japón existen mujeres que, aunque casadas, se ponen, con el consentimiento del marido, en los alrededores de los templos y de los caminos principales, con el seno descubierto, como las cortesanas de Italia, y están siempre dispuestas a favorecer los deseos del recién llegado.

En Camboya hay una pagoda, lugar de peregrinación adonde van todas las mujeres con la mayor devoción; allí se prostituyen públicamente, sin que los maridos tengan nada que

decirles en contra. Las que han amasado una cierta fortuna en este oficio compran, con este dinero, jóvenes esclavas a las que enseñan la misma costumbre y a las que a continuación llevan a la pagoda para que se prostituyan a su vez .

En Pegu, un marido desprecia soberanamente los primeros favores de su mujer; se lo ofrece a un amigo, incluso a menudo a un extraño. Pero no hará lo mismo con las primicias de un joven: este goce es el más delicioso de todos para los habitantes de estos países.

Las indias de Darien se prostituyen al primer llegado. Si están casadas, el esposo se encarga del hijo; si son doncellas, sería una deshonra estar embarazada, y entonces se hacen abortar o, en sus goces, toman precauciones que las liberen de esta inquietud.

Los sacerdotes de Cumane recogen la flor de las jóvenes casadas: el esposo no la aceptaría sin esta previa ceremonia. Por lo tanto, esta preciosa joya no es más que un prejuicio nacional, igual que ocurre con otras cosas sobre las que nunca hemos querido abrir los ojos. ¿Durante cuánto tiempo tuvieron este derecho los señores feudales en varias provincias de Europa, y especialmente en Escocia? Por consiguiente, son prejuicios como el pudor... como la virtud... como el adulterio. Estamos muy lejos de que todos los pueblos hayan estimado igualmente las primicias. En América septentrional, cuantas más aventuras galantes hubiese tenido una muchacha, más esposos encontraba que la deseaban. No la hubiesen querido si fuese virgen: era una prueba de su escaso mérito.

En las islas Baleares, el marido es el último que goza de su mujer: los padres, los amigos, todos lo preceden en esta ceremonia; se convertiría en un hombre muy deshonrado si se opusiese a esta prerrogativa. Esta misma costumbre se observaba en Islandia, y entre los Nazamenos, pueblo de Egipto: después del festín, la esposa, desnuda, iba a prostituirse con todos los convidados y recibía un presente de cada uno de ellos.

Entre los Masagetas, todas las mujeres pertenecían a todos: cuando un hombre encontraba una que le agradaba, la hacía subir a su carro sin que ella pudiese defenderse; colgaba sus armas de la parte delantera, y esto bastaba para impedir que los otros se acercasen.

No fue creando leyes de matrimonio, sino, por el contrario, estableciendo la perfecta comunidad de mujeres, como los pueblos del Norte fueron lo bastante poderosos para aplastar tres o cuatro veces Europa e inundarla de sus emigraciones.

Por consiguiente, el matrimonio es perjudicial para la población, y el universo está lleno de pueblos que lo han despreciado. Por lo tanto, es contrario a la felicidad de los individuos, a los ojos de la naturaleza, y en general a todas las instituciones que pueden asegurar la felicidad del hombre sobre la tierra. Ahora bien, si es el adulterio el que pulveriza el matrimonio, el adulterio el que destruye sus leyes, haciendo volver a las de la naturaleza, el adulterio podría pasar fácilmente por una virtud en lugar de ser un crimen.

¡Oh tiernas criaturas, obras divinas, creadas para los placeres del hombre! dejad de creer que no estáis hechas más que para el goce de uno solo; arrojad a vuestros pies, sin ningún temor, esos vínculos absurdos que, al encadenaros a los brazos de un esposo, ahogan la felicidad que esperáis del amante deseado! Pensad que al resistirle ultrajáis la naturaleza: al formaros el más sensible, el más ardiente de los sexos, grababa en vuestros corazones el deseo de entregaros a todas vuestras pasiones. ¿Os indicaba acaso que cautiva-

seis a uno solo cuando os daba la fuerza de cansara cuatro o cinco seguidos? Despreciad las vanas leyes que os tiranizan; sólo son obra de vuestros enemigos, desde el momento en que no habéis sido vosotras quienes las habéis hecho: desde el momento en que os abstendríais con toda seguridad de aprobarlas, ¿con qué derecho pretenden someteros a ellas? Pensad que sólo existe una edad para gustar, y que en vuestra vejez derramaréis amargas lágrimas si cuando fuisteis jóvenes no gozasteis: ¿y qué fruto obtendréis de esta prudencia, cuando la pérdida de vuestros encantos no os permita aspirar a ningún derecho? La estimación de vuestro esposo ¡qué triste consuelo! ¡qué compensaciones por semejantes sacrificios! Por otra parte, ¿quién responde de su equidad?, ¿quién os dice que vuestra constancia le es tan preciosa como vosotras creéis? Por tanto, ahí os quedáis reducidas a vuestro propio orgullo. ¡Ah! mujeres dignas de ser amadas, el más pequeño de los goces que da un amante vale más que los de uno mismo: todos esos goces íntimos son puras quimeras en las que nadie cree, en los que nadie confía, nadie os agradece, y destinadas a ser sus víctimas, moriréis como tales por prejuicios en lugar de serlo por el amor. Servidlo, jóvenes rebeldes, servid sin temor, a ese Dios encantador que os creó para él: a los pies de sus altares, en los brazos de sus partidarios, encontraréis la recompensa de las pequeñas penas que os produjo el primer paso. Pensad que éste es el único que cuesta; pero desaparece en cuanto se abren vuestros ojos: ya no es el pudor el que colorea de rosas vuestras mejillas frescas y blancas, es el pesar de haber podido respetar por un minuto el despreciable freno con el que se atrevieron a ataros un solo día la atrocidad de los padres o los celos del esposo. .

En el terrible estado en que están las cosas -que es lo que constituirá la segunda parte de mi discurso- en este molesto y terrible estado, sólo nos queda dar a las mujeres algunos consejos sobre la manera de conducirse, y examinar si realmente resulta un inconveniente ese fruto extraño que el marido se ve obligado a adoptar.

En primer lugar, veamos si no es una vana quimera que el marido deposite su honor y su tranquilidad en la conducta de una mujer.

¡El honor!, ¿y cómo puede haber otro ser distinto de nosotros mismos que disponga de nuestro honor? ¿No será esto un medio astuto que han utilizado los hombres para obtener más de sus mujeres, para encadenarlas con mayor fuerza a ellos? ¡Y qué!, ¿se le permitirá a este hombre injusto que se entregue a todos los libertinajes que le plazcan, sin que manche este frívolo honor; y lo deshonor esta mujer cuando recurre a otro, esta mujer a la que descuida, esta mujer viva y ardiente de la que no contenta ni la cuarta parte de sus deseos? Pero con toda seguridad, este es el mismo tipo de locura que el del pueblo en el que el marido se acuesta cuando la mujer da a luz. Por lo tanto, convenzámonos de que nuestro honor está en nosotros mismos, que nunca puede depender de nadie, y que es una extravagancia pensar que las culpas de los otros pueden afectarle en lo más mínimo.

Por consiguiente; si es absurdo pensar que un hombre puede sentirse deshonrado por la conducta de su mujer, ¿qué otra pena pensáis que puede afectarle? Una de dos: o este hombre ama a su mujer o no la ama; en la primera hipótesis; desde el momento en que ella le engaña, es que ya no le ama; ahora bien, decidme si no es la mayor de las extravagancias amar a quien ya no os ama. Por consiguiente, el hombre de que tratamos debe dejar de sentirse unido a su esposa desde ese mismo momento, y, en esta suposición, se le debe permitir la inconstancia a tal esposa. Si es el segundo caso y es el marido el que ha dado lugar a esta inconstancia con su falta de amor, ¿de qué puede quejarse? Tiene lo que

merece, lo que necesariamente debía sucederle al comportarse como lo ha hecho. Por lo tanto, cometería la mayor injusticia si se quejase o si lo encontrase mal: ¿acaso no tiene diez mil objetos como compensación en torno suyo? ¡Y que deje divertirse en paz a esta mujer!, suficientemente desgraciada ya por verse obligada a forzarse, en tanto que él no necesita ocultarse y no hay ninguna opinión que lo condene. Que la deje gustar tranquilamente los placeres que él ya no puede ofrecerle, y su complacencia puede además hacerle amigo de esta mujer... ultrajada si utiliza con ella procedimientos contrarios. Entonces, el reconocimiento hará lo que el corazón no pudo lograr, nacerá la confianza por sí misma, y ambos, una vez que hayan llegado al declive de sus vidas, se compensarán mutuamente, en el seno de la amistad, de lo que les negó el amor.

Esposos injustos, dejad entonces de atormentar a vuestras mujeres si os son infieles. ¡Ah!, si quisierais analizaros, encontraríais que siempre fuisteis vosotros los que cometistéis la primera equivocación, y lo que convencerá al público de que esta equivocación es siempre vuestra es que todos los prejuicios se refieren todavía a la mala conducta de la mujer; porque ellas tienen infinidad de lazos que franquear para ser libertinas, y porque no es natural que un sexo dulce y tímido llegue a esta situación sin buenas razones. ¿Acaso es falsa mi hipótesis? ¿Es la esposa la única culpable? ¿Y qué le importa al marido? ¡Que no se hubiese engañado poniendo en eso su tranquilidad! ¿Siente él dolores físicos por las bobadas de su mujer? ¡Claro que no!, todas ellas son imaginarias. Le disgusta algo que le honraría a quinientas o seiscientas leguas de París. ¡Que arroje los prejuicios! ¿Se piensa en las faltas del himeneo cuando se está en el seno de los placeres de la lujuria? Estos son los más sensuales de todos, que se entregue a ellos y pronto se habrá olvidado de todas las faltas de su mujer.

Entonces, ¿es ese fruto... ese fruto que no ha sembrado él y que sin embargo tiene que recoger, esto es lo que provoca su desolación? ¡Qué ingenuidad! Dos cosas se presentan aquí: o vivís con vuestra mujer, fiel, de forma que os dé herederos, o no vivís con ella; o vivís con ella como algunos esposos libertinos, de forma que podéis estar seguros de que el fruto no es vuestro. No tenéis que aterrorizaros en este último caso: vuestra mujer es lo bastante lista como para no daros hijos; dejadla hacer y no los tendréis; una mujer suficientemente astuta como para conducir una intriga no se comprometerá con tal torpeza. En el otro caso, desde el momento en que os afanáis como vuestro rival por la multiplicación de la especie, ¿quién puede aseguraros que el fruto no os pertenece? Se puede apostar tanto en favor como en contra, y es una extravagancia no seguir el partido que os tranquilice más. O dejáis de ver por completo a vuestra mujer en cuanto sospechéis una intriga, lo cual es la forma más segura y mejor de burlarla; o, si seguís cultivando el mismo jardín que su amante, no acuséis a éste, sino a vosotros mismos, de haber sembrado el fruto que germina. Estas son las dos objeciones respondidas: o no tenéis hijos; o, si los tenéis, se puede apostar lo mismo a favor o en contra de que os pertenezcan a vosotros o a vuestro rival; incluso hay una probabilidad más en favor de esta última opinión: las ganas que debe tener vuestra mujer de tapar la intriga con un embarazo, lo que, estad seguros, la llevará a hacer cualquier cosa para tenerlo con vos, porque es fijo que nunca se sentirá más tranquila que cuando os haya visto poner el bálsamo en la herida, y porque con este proceder obtendrá la seguridad de poder arriesgarse en adelante a cualquier cosa con su amante. Por consiguiente, vuestra inquietud respecto a esto es una locura: el hijo es vuestro, estad seguros de ello; vuestra mujer tiene el mayor interés en que os pertenez-

ca, y, por otra parte, vos habéis trabajado para eso. ¡Y bien!, con estas dos razones juntas tenéis la certeza de lo que queríais saber: el hijo es vuestro, esto es evidente, y lo es por el mismo cálculo que hace que de dos corredores, llegue el primero el que ha sido pagado mientras que el otro no obtenía nada en la misma carrera. Pero supongamos por un momento que no sea vuestro: ¿Qué os importa en realidad? Queríais un heredero, ahí lo tenéis: es la educación lo que da el sentimiento filial, no la naturaleza. Creed que este niño, sin saber que es vuestro hijo, acostumbrado a veros, a llamaros, a quererlos como a su padre, os considerará como tal, y os amará tanto, y quizás más, como si hubieseis cooperado a su existencia. Por tanto, sólo quedará en vosotros la imaginación de enfermo, ahora bien, nada se cura tan fácilmente como estos males. Dad una sacudida más viva a esta imaginación, llenarla con algo que tenga más fuerza, más actividad sobre ella, pronto la reduciréis a lo que queráis, y su enfermedad se curará. En todos los casos mi filosofía os ofrece un medio. Nada es tan vuestro como nuestros hijos; os los damos, os pertenecen todavía más, porque no hay nada tan nuestro como lo que se nos da. Utilizad vuestros derechos, y recordad que un poco de materia organizada, bien que nos pertenezca o que sea propiedad de los otros, le importa muy poco a la naturaleza, que en todo momento nos dió el placer de desorganizarla a nuestro antojo.

Ahora a vosotras, esposas encantadoras, ahora os toca vuestra lección, amigas mías. He tranquilizado el espíritu de vuestros maridos; les he enseñado a que no se disgusten por nada con vosotras; ahora, voy a instruiros en el arte de engañarlos astutamente. Pero antes quiero haceros temblar: quiero exponer ante vuestros ojos el cuadro siniestro de todas las penas impuestas al adulterio, tanto para haceros ver que el pretendido delito tiene que proporcionar grandes placeres, ya que todos los pueblos lo trataron con tanta severidad, como para que agradezcáis a la suerte la felicidad de haber nacido bajo un gobierno dulce, que, confiando vuestra conducta a vosotras mismas, no os impone más penas, si esta conducta no es buena, que la frívola vergüenza de consideraron deshonradas... Un encanto más, convenid en esto, para la mayor parte de vosotras.

Una ley del emperador Constancio condenaba el adulterio a la misma pena que el parricidio, es decir, a ser quemada viva, o metida en un saco cerrado y arrojada al mar: ni siquiera dejaba a estas desgraciadas el recurso de apelar, una vez que eran convictas.

Un gobernador de una provincia había exiliado a una mujer culpable de adulterio; el emperador Mayorino, encontrando el castigo muy suave, expulsó a esta mujer de Italia y dió el permiso de matarla a todos los que se encontrasen con ella.

Los antiguos daneses castigaban el adulterio con la muerte, mientras que el homicida no pagaba más que una simple multa: por tanto lo consideraban un crimen mucho mayor.

Los mongoles parten en dos con su sable a una mujer adúltera.

En el reino de Tonkin, es aplastada por un elefante. En Siam,, es más suave: se la entrega al mismo elefante; goza de ella en una máquina preparada expresamente y en la que cree ver la representación de su hembra. Muy bien podría ser la lubricidad la que hubiese inventado este suplicio.

Los antiguos bretones, en casos parecidos, y quizás con el mismo fin, la hacían expirar bajo las vergas.

En el reino de Luango, en Africa, es lanzada con su amante desde lo alto de una montaña escarpada.

En las Galias, se las ahogaba en el lodo y se las cubría con zarzas.

En Juida, el mismo marido condenaba a su mujer; la hacía ejecutar al momento, delante de él, si la encontraba culpable: lo que era muy cómodo para los maridos cansados de sus mujeres.

En otros países, recibe de las leyes el poder de ejecutarla con su propio brazo, si la encuentra en falta. Esta costumbre era sobre todo la de los godos (10).

Los miamis cortaban la nariz a la mujer adúltera; los abisinios la expulsaban de sus casas, cubierta de harapos. Los salvajes del Canadá le cortaban la cabeza en redondo y le quitaban una tira de piel.

En el Bajo-Imperio, la mujer adúltera era prostituida a la gente.

En Diarbeck, la criminal era ejecutada por su familia reunida, y todos los que entraban debían darle una puñalada.

En algunas provincias de Grecia, donde este crimen no estaba autorizado, como en Esparta, todo el mundo podía matar impunemente a una mujer adúltera.

Los Gaux-Tolliams, pueblos de América, conducían a la mujer adúltera ante el cacique, y allí era cortada en trozos y comida por los testigos.

Los hotentotes, que permiten el parricidio, el matricidio y el infanticidio, castigan el adulterio con la muerte; ante un hecho así, el hijo mismo se convierte en delator de su madre (11).

¡Oh mujeres voluptuosas y libertinas! si, como imagino, estos ejemplos no sirven más que para encenderos más, porque la esperanza de que el crimen es seguro es siempre un placer más para cabezas organizadas como las vuestras, escuchad mis lecciones y aprovechaos de ellas; os voy a desvelar toda la teoría del adulterio.

(10) Esta es la mejor y la más sabia de todas las leyes, sin duda alguna; un delito que se comete en la sombra debe ser castigado sordamente, y la venganza solamente debe corresponder siempre al ultrajado.

(11) Todas estas leyes no son más que fruto del orgullo y de la lujuria.

Nunca miméis tanto a vuestro marido como cuando queráis engañarlo.

Si es libertino, servid sus deseos, someteos a sus caprichos, alabad todas sus fantasías, ofrecedle incluso objetos lujuriosos. Según sus gustos, tened siempre junto a vosotras bonitas muchachas o muchachos, proporcionádselos. Encadenado por el reconocimiento, jamás se atreverá a haceros reproches: y por otra parte, ¿qué podría objetar que no pudieseis volver contra él?

Necesitáis una confidente; os arriesgáis a perderos si actuáis solas: conseguid una mujer segura y no descuidéis nada para unirla a vuestros intereses y al servicio de vuestras pasiones; sobre todo pagadla bien.

Gozad con gente a sueldo mejor que con un amante; los primeros os servirán bien y en secreto; los otros se envanecerán de vosotras y os deshonrarán, sin daros placer.

Un lacayo, un camarero, un secretario, nada de esto marca en el mundo; un petimetre sí, y entonces ya estáis perdidas, a menudo para no haber sido más que frustradas en vuestros deseos.

Nunca hagáis hijos, nada produce menos placer; los embarazos minan la salud, afean el cuerpo, marchitan los encantos, y la incertidumbre de todos estos acontecimientos disgusta al marido. Hay mil medios de evitarlos, uno de los mejores es fornicar por el culo; mientras tanto haceros excitar el clítoris, y esta forma de gozar os producirá mil veces más placer que la otra; vuestros fornicadores también ganarán con ello, el marido no observará nada, y todos contentos.

Quizás vuestro esposo os proponga él mismo la sodomía: entonces, haceos valer: hay que aparentar siempre que se rechaza lo que se desea. Si, temiendo a los hijos, os veis obligadas a ser vosotras la que lo llevéis a este punto, disculpaos con el temor que sentís de morir al dar a luz; sostened que una de vuestras amigas os ha dicho que su esposo la tomaba de esta forma. Una vez hecha a estos placeres, utilizad sólo éstos con los amantes: así tendréis disipadas la mitad de las sospechas, y asegurada vuestra tranquilidad respecto a los embarazos.

Haced espiar los pasos de vuestro tirano; nunca hay que temer sorpresas cuando se quiere gozar con delicia.

A pesar de todo, si alguna vez fueseis descubiertas hasta el punto de no poder negar ya vuestra conducta, haced la comedia de los remordimientos, redoblad los cuidados y atenciones con vuestro marido. Si previamente os habéis ganado su amistad con complacencias y consideraciones, pronto volverá a vosotras. Si se obstina, sed las primeras en lamentaros. Sólo vosotras poseéis su secreto: amenazadlo con divulgarlo; y para que tengáis siempre sobre él este poder es por lo que os recomiendo que estudiéis sus gustos y los sirváis desde el principio de vuestra unión. Por fin, atándolo de esta manera, veréis cómo infaliblemente vuelve: reconciliaos entonces con él, y permitidle todo lo que quiera, con tal de que a su vez os perdone; pero no abuséis de este procedimiento; tomad más precauciones: una mujer prudente debe temer siempre irritar a su marido por excesiva entrega.

Gozad en tanto que no seáis descubiertas: entonces, absteneos de negaros nada.

Frecuentad poco a mujeres libertinas; su comercio no os procurará placeres, y podría daros muchos disgustos; se exhiben más que los amantes, porque saben que siempre es necesario ocultarse con un hombre y no lo creen necesario con una mujer.

Si os permitís relaciones a cuatro, que sea con una amiga segura: examinad bien las cadenas que ella debe respetar; no os arriesguéis si no tenéis más o menos los mismos deberes, porque entonces ella se guardará menos que vosotras y os perderá con sus imprudencias.

Encontrad algún medio para enteraros de la vida de los otros; y si un hombre os engaña, alejaos de él. No hay comparación posible entre la vida de este hombre y vuestra tranquilidad; de donde concluyo que vale cien veces más deshacerse de él que exhibiros o comprometeros: no es que la reputación sea algo esencial, solamente sirve para consoli-

dar los placeres. Una mujer que se considera prudente goza siempre infinitamente mejor que una cuya consideración se ha desvanecido a causa de su mala conducta demasiado conocida.

Sin embargo, respetad la vida de vuestro esposo, no porque haya ningún individuo en el mundo cuyos días merezcan serlo, sino más bien por vuestro propio interés; y en este caso, ese interés personal reside en que tratéis bien a este hombre. Es un estudio largo y fatigoso para una mujer aprender a conocer a su marido: pero una vez realizado con el primero, no le cuesta mucho trabajo con el segundo; incluso quizás no gane mucho con conocerlo. No es un amante lo que busca en su esposo, sino un personaje cómodo, y, en este caso, la larga costumbre tiene más posibilidades de éxito que la novedad.

Si el goce antinatural de que acabo de hablaros no logra inflamaros, fornicad por el coño, lo veo bien; pero vaciad el vaso en cuanto se llene; no dejéis nunca que el embrión llegue a su sitio: es de la mayor importancia, si no os acostáis con vuestro marido, y también si os acostáis con él, porque, como he dicho, de la incertidumbre nacen las sospechas, y de las sospechas casi siempre las rupturas y las peleas.

Sobre todo no tengáis ningún respeto por esa ceremonia civil o religiosa que os encadena a un hombre al que no amáis, o al que ya no amáis, o que no os basta. Una misa, una bendición, un contrato, ¿son bastante fuertes... suficientemente sagradas todas estas simplezas para obligaros a arrastraros bajo cadenas? Este acto de fe dado, jurado y prometido, no es más que una formalidad que da a un hombre el derecho de acostarse con una mujer, pero que no compromete ni al uno ni al otro: mucho menos a aquella que, de los dos, tiene menos medios para desligarse. Vos, que estáis destinada a vivir en el mundo - me dice la superiora señalándome- mi querida Juliette, despreciad, desechad estos absurdos como se merecen; son convenciones humanas, a las que estáis obligada a adheriros a pesar de vos: un charlatán disfrazado que da vueltas alrededor de una mesa, frente a un gran libro, y un pillo que os hace firmar en otro, todo esto no está hecho ni para obligar ni para imponerse. Utilizad los derechos que os ha concedido la naturaleza; y ésta sólo os dictará que despreciéis estos hábitos y que os prostituyáis de acuerdo con vuestro deseos. Vuestro cuerpo es el templo donde quiere ser adorada, y no el altar en el que acaba de vociferar su misa ese cura imbécil. Los juramentos que ella exige de vos no son los que acabáis de hacer a ese despreciable juglar, o los que habéis firmado para aquel hombre lúgubre: los que la naturaleza quiere son que os entreguéis a los hombres, en tanto que vuestras fuerzas os lo permitan. El Dios que ella os ofrece no es el trozo de pasta redonda que este arlequín acaba de hacer pasar a sus entrañas, sino el placer, la voluptuosidad; y sólo si no servís a estos dos últimos, es como ultrajáis a esta tierna madre.

Cuando tengáis que elegir en vuestros amoríos, escoged siempre a gente casada: al ser el mismo el interés por el secreto, tendréis que temer menos indiscreciones. Pero incluso en este caso preferid a la gente a sueldo: os lo he dicho, tiene mucha más cuenta; de esta forma, es posible cambiar como de ropa, y la variación... la multiplicidad, son los dos vehículos más poderosos de la lujuria. Fornicad con la mayor cantidad de hombres que os sea posible: nada divierte, nada excita tanto como el gran número; cada uno os dará un placer nuevo, aunque no sea más que por el cambio de conformación, y no sabréis nada del amor si no conocéis más que un pito. En realidad, a vuestro esposo le da exactamente igual: estaréis de acuerdo en que no está más deshonrado por el que hace el número mil que por el primero, incluso menos, porque parece como si el uno borrara al otro. Por otra

parte, el marido, si es razonable, perdona mucho más fácilmente el libertinaje que el amor: éste le ofende personalmente, aquél no es más que una falta de vuestro físico. El puede muy bien ser razonable y entonces su amor propio está en paz. Por lo tanto le da igual; en cuanto a vuestros principios, ya que no sois filósofas, debéis saber que, una vez que se ha dado el primer paso, no pecáis más con el primero que con el diez mil. Sólo nos queda el público; ahora bien, éste os pertenece enteramente; todo depende del arte de fingir y del de imponeros a él; si tenéis ambos artes-lo que debéis estudiar- haréis del público y de vuestro marido lo que queráis. No perdáis nunca de vista que no es la falta lo que pierde a una mujer, sino el escándalo, y que diez millones de crímenes ignorados son menos peligrosos que el más leve tropiezo que salta a la vista de todo el mundo.

Sed modestas en vuestros vestidos: la ostentación marca más a una mujer que veinte amantes; un peinado más o menos elegante, un vestido más o menos caro, no contribuye en nada a la felicidad; pero fornicar *mucho* y *a menudo* contribuye a ella de una forma asombrosa. Con un aspecto pudoroso o modesto, nunca sospecharán de vosotras: si alguien se atreviese por un momento, mil defensores romperían lanzas por vosotras. El público, que no tiene tiempo de profundizar, no juzga nunca más que por las apariencias: no cuesta nada revestirse con las que le gustan. Por consiguiente, satisfaced al público para que os ayude cuando lo necesitéis.

Cuando vuestros hijos sean mayores, alejadlos de vosotras: con demasiada frecuencia han sido los delatores de su madre. Si os tientan, resistid el deseo: la desproporción de edad produciría un hastío del que seríais víctimas. Este incesto no tiene gran atractivo, y puede ahogar voluptuosidades mucho mayores. Tiene menos riesgos excitarse con la hija, si complace; hacedla compartir vuestros excesos para que no os delate.

Creo que ahora es necesario añadir una conclusión a todos estos consejos: y es que la prudencia de las mujeres es una pérdida, un flagelo para la sociedad, y que debería haber castigos dirigidos contra las absurdas criaturas que, por algún motivo, creen que conservando su ridícula virginidad se ennoblecen en este mundo y se preparan coronas en el otro.

Jovenes y deliciosos objetos de nuestro sexo -pro siguió Delbène con calor-, a vosotras me he dirigido hasta ahora y a vosotras os digo una vez más: Desechad esta salvaje virtud, de la que los estúpidos se atreven a hacer un mérito; renunciad a la bárbara costumbre de inmolaros en los altares de esta ridícula virtud cuyos fantásticos goces no os compensarán nunca de todos los sacrificios que habéis hecho. ¿Y con qué derecho os exigen los hombres tanta contención, cuando no la tienen ellos? ¿No veis con claridad que son ellos los que hacen las leyes, y que su orgullo o su intemperancia presiden su redacción?

¡Oh compañeras, fornicad, habéis nacido para fornicar! Para ser jodidas os ha creado la naturaleza. Dejad que los estúpidos, los mojigatos y los hipócritas griten; sus razones tendrán para blasfemar contra esta deliciosa intemperancia que constituye la felicidad de vuestros días. No pudiendo obtener nada de vosotras, celosos de lo que podéis dar a los otros, os vituperan porque ya no esperan nada, y porque están en un estado en el que no pueden pedir nada; pero consultad a los hijos del amor y del placer, preguntad a la sociedad entera: todos se unirán para aconsejaros *fornicar*, porque *fornicar* es la intención de la naturaleza, y porque la abstinencia es un *crimen*. Que no os asuste el nombre de puta: más estúpida es la que se ofenda. Una puta es una criatura amable, joven, voluptuo-

sa, que, al sacrificar su reputación a la felicidad de los otros, sólo por eso ya merece elogios. La puta es la hija querida de la naturaleza, la muchacha buena es su execración; la puta merece altares, y la vestal la hoguera. ¿Y qué ultraje más duro puede hacer una muchacha a la naturaleza que conservar como pura pérdida, y a pesar de todos los peligros que puede tener para ella, una virginidad quimérica cuyo único valor consiste en el prejuicio más absurdo y más imbécil? ¡Joded, amigas mías, os lo repito, rehusad valientemente los consejos de los que quieren cautivaros bajo los despóticos hierros de una virtud que no es buena para nada! Abjurad para siempre de todo pudor y toda contención; apresuraos a joder: no hay más que una edad para gozar, aprovechadla. Si dejáis que las rosas se marchiten, os prepararéis amargas lamentaciones, y cuando, quizás todavía con el deseo de deshojarlas, no encontréis a nadie que las desee no os podréis consolar de haber perdido los momentos de ofrecérselas al amor. Pero se os dice que una muchacha así se vuelve infame, y el peso de esta infamia es insoportable... ¡Qué objeción! Atrevámonos a decirlo, sólo el prejuicio hace a la infamia: ¡cuántas acciones pasan por tales, y sin embargo no tienen como base de esta opinión más que el prejuicio! Por ejemplo, los vicios de robo, sodomía, la cobardía, ¿no son considerados infamias? Sin embargo, me confesaréis que al microscopio de la naturaleza son totalmente legítimos, lo que es contradictorio con la idea de infamia; porque es imposible que una cosa aconsejada por la naturaleza pueda no ser legítima, y es absurdo decir que una cosa legítima pueda ser infame. Ahora bien, sin que profundicemos en estos vicios ahora, ¿no es cierto que a todos los hombres se les ha inspirado que lleguen a ser ricos? Si esto es así, el medio que los conduzca a eso debe ser tan natural como legítimo. De igual manera, ¿no se les ha dado a todos los hombres que busquen la mayor dosis de voluptuosidad posible en sus placeres? Ahora bien, si la sodomía conduce infaliblemente a eso, la sodomía no es una infamia. ¿Sentimos cada uno el instinto de autoconservación? La cobardía es uno de los medios más seguros: la cobardía no es una infamia; y cualesquiera que puedan ser nuestros ridículos prejuicios sobre cada uno de estos temas, es evidente que nunca podrán ser considerados como infamias estos tres vicios, puesto que los tres están en la naturaleza. Ocurre lo mismo con el libertinaje de los individuos de nuestro sexo. En tanto que sirve a la naturaleza, es imposible que pueda ser infame. Pero supongamos por un momento la realidad de esta infamia: ¿cómo puede detener a una mujer inteligente? ¿Qué le importa que la miren como infame? Si, en realidad, no lo es ante los ojos de la razón, y si es imposible que pueda existir infamia, en su caso se reirá de la injusticia y de la locura de sus semejantes, no por ella dejará de seguir los impulsos de la naturaleza, y se sentirá más tranquila que cualquier otra de las que la insultan; pues todo detiene, todo hace temblar a la que teme perder su reputación, mientras que la que la ha perdido debe ser necesariamente más feliz al no tener nada que arriesgar y al entregarse a todo sin aprensión.

Vayamos más lejos. Si aquello a lo que se entregase esta mujer, la costumbre a la que la arrastra su inclinación, fuese realmente infame respecto a las leyes y principios del gobierno bajo el que vive, si ese algo, sea lo que fuere, afecta de tal forma a su felicidad que no puede abandonarlo sin hacerse desgraciada, ¿no sería una loca si renunciase, sea cual sea la infamia con la que se cubre entregándose a ello? Pues el peso de esta imaginaria infamia no la disgustará, no la afectará tanto como el sacrificar su habitual pecado; este primer sufrimiento no será más que intelectual, capaz de afectar únicamente a ciertos espíritus, y aquello de lo que se priva es un placer al alcance de todo el mundo. De esta forma, como entre dos males indispensables hay que escoger siempre el menor, la mujer

de la que hablamos debe enfrentarse sin duda alguna a la infamia y seguir viviendo como lo hacía, arriesgándose a ella; pues perderá muy poco poniéndole los cuernos a esta infamia, y mucho renunciando a lo que debe hacérsela merecer. Hace falta que se familiarice con ella, que la haga frente, que se acostumbre desde niña a no ruborizarse por nada, a desechar el pudor y la vergüenza, que no conseguirían más que ahogar sus placeres sin contribuir en nada a su felicidad.

Una vez que llegue a este estado, sentirá algo singular y sin embargo verdadero: que los agujijones de esta infamia a la que temía se transformarán en voluptuosidades, y que entonces, lejos de evitar sus heridas, ella misma se clavará los dardos, intensificará la búsqueda de las cosas que mejor puedan introducirse, y pronto llevará el extravío del espíritu hasta el punto de desear que se descubra su infamia. Observad a esta deliciosa pícara: quisiera cometer actos de libertinaje ante los ojos del mundo entero; ya no la afecta la vergüenza, la hace frente, y sólo se queja ya de los pocos testigos de sus errores. Y lo que es más singular no es este momento en que conoce el placer, envuelto en la nube de sus prejuicios, sino que no se encuentre transportada hasta el último grado de la embriaguez más que una vez que haya destruido radicalmente todos los obstáculos que venían, como agujas, a herir su corazón. Pero, algunas veces os han dicho que hay cosas horribles, cosas que van en contra del buen sentido, de todas las leyes aparentes de la naturaleza, de la conciencia y de la honradez, cosas que parecen hechas no sólo para inspirar un horror general, sino además para no poder proporcionar nunca placer... Sí, a los ojos de los estúpidos; pero hay ciertos espíritus que, una vez que han liberado a estas mismas cosas de lo que en apariencia tenían de horrible, y una vez que se han liberado de todo eso desechando el prejuicio que las envilece y condena, no ven ya en estas cosas más que grandes voluptuosidades, y delicias tanto más excitantes cuanto más se alejan estos procedimientos de las costumbres recibidas, cuanto más gravemente ultrajan a esas costumbres, y cuanto más prohibidas sean. Tratad de curar a una mujer semejante, os desafío a que lo consigáis; los goces sentidos por ella al elevar su alma a esas alturas, llegan a ser tan voluptuosos y tan intensos que no entrevé ya nada preferible al divino camino que ha elegido. Cuanto más espantoso es algo, más le agrada, y nunca la oiréis quejarse más que de la falta de medios para desafiar esa infamia tan querida y cuyo peso aumenta sus placeres. Esto es lo que puede explicar por qué los criminales buscan siempre los excesos, y por qué para ellos no hay ningún placer excitante si no está sazonado con un crimen: han separado de él todo lo que tiene de repugnante a los ojos del vulgo, y sólo ven en él sus atractivos. La costumbre de franquear cualquier cosa les hace encontrar sin cesar muy simple lo que al principio les había parecido indignante, y, de extravío en extravío, llegan a monstruosidades respecto a las cuales se sienten todavía atrasados, porque necesitarían crímenes reales para obtener de ellos un verdadero goce, y porque, desgraciadamente, no hay crimen en nada de lo que se haga. De esta forma, superando constantemente sus propios deseos, no son ellos los que cometen horrores cada vez más monstruosos, sino que no existen para ellos semejantes horrores. Absteneos de creer, amigas mías, que la delicadeza de nuestro sexo nos pone a salvo de estos extravíos: más sensibles que los hombres, nos lanzamos más de prisa a sus caminos. Entonces, no es posible hacerse una idea de los excesos a los que nos entregamos; no es posible imaginarse lo que hacemos cuando la naturaleza ya no tiene frenos, ni la religión voz, ni las leyes fuerza sobre nosotras.

Se clama contra las pasiones, sin pensar que a su llama se enciende la de la filosofía, que es al hombre apasionado a quien debemos el derrocamiento total de todas las imbecilidades religiosas que apestaron el mundo durante tanto tiempo. Sólo la llama de las pasiones consumió esta odiosa quimera de la Divinidad, en nombre de la que se asesinaba desde hacía tantos siglos: sólo ella se atrevió a aniquilarla y a consumir sus indignos altares. ¡Ah!, aunque las pasiones no hubiesen prestado al hombre más que este servicio, ¿no bastaría para hacer olvidar sus extravíos? ¡Oh mis queridas muchachas, sabed desafiar la infamia y, para aprender a despreciarla como se merece, multiplicad vuestros pequeños errores: ¡éstos os acostumbrarán a desafiar cualquier cosa... ahogarán en vosotras el germen de los remordimientos! Adoptad como base de vuestra conducta y como regla de vuestras costumbres lo que os parezca mejor para vuestros gustos, sin preocuparos de si esto está de acuerdo o no con nuestras costumbres, porque sería injusto que os castigaseis con la privación de ello por no haber nacido en el país en que está permitido. No escuchéis más que lo que os halague o deleite más: es lo más conveniente para vosotras. Que las palabras no tengan ninguna significación real para vosotras, son arbitrarias y no dan más que meas puramente parciales. Una vez más, creed que la infamia se transforma pronto en voluptuosidad. Recuerdo haber leído en alguna parte, creo que en Tácito, que la infamia era el último de los placeres para aquellos que se han hastiado de los otros a causa de los excesos que han cometido, placer muy peligroso, sin duda alguna, porque hay que encontrar un goce, y un goce muy intenso, en esta especie de abandono de uno mismo, en este tipo de degradación de los sentimientos de donde nacen todos los vicios al tiempo... porque mancilla el alma, y no le da otro aliciente que el de la más completa corrupción, y todo esto sin dejar el menor lugar al remordimiento, totalmente extinguido en un ser que sólo estima aquellos placeres, que sólo se complace en hacerlos revivir para tener el placer de vencerlos, y que llega de este modo, gradualmente, a los excesos más monstruosos, con tanto más facilidad cuanto que los frenos que ha roto, o las virtudes que ha despreciado, se convierten en otros tantos episodios voluptuosos, a menudo mucho más excitantes para su páfida imaginación que el extravío que había concebido. Lo que es más singular es que se cree feliz entonces y que realmente lo es. Si, a la inversa, el individuo virtuoso también es feliz, entonces la felicidad no es ya una situación que cada uno puede vivir comportándose bien: sólo depende de nuestra organización, y puede encontrarse igualmente en el triunfo de la virtud y en el abismo del vicio. Pero, ¿qué digo?, en el triunfo de la virtud... ¡ah!, ¿serán sus cosquilleos tan excitantes? ¿Cuál es el alma fría que podría contentarse con ellos? No, amigas mías, no, nunca se hizo la virtud para la felicidad. Miente el que se enorgullece de haberla encontrado en ella, ¡quiere hacernos tomar por felicidad las ilusiones de nuestro orgullo! En lo que a mí respecta, os digo que la desecho de mi alma, la desprecio tanto cuanto anteriormente fue mi debilidad en quererla, y me gustaría unir a las delicias de ultrajarla constantemente la voluptuosidad de arrancarla de todos los corazones.

¡Cuántas veces, en mis ilusiones, se calentaba mi cabeza hasta el punto de querer estar cubierta con esta infamia que acabo de pintaros! Sí, me hubiese gustado ser declarada infame: me habría gustado que hubiesen decidido, mostrado que soy una puta; ¡me gustaría romper estos indignos votos que me impiden prostituirme públicamente, envilecerme como la última de las mujeres! Confieso que desearía la suerte de esas divinas criaturas que satisfacen, en los rincones de las calles, las sucias lubricidades del primero que pasa; ellas están sumidas en el envilecimiento y la inmundicia; la deshonra es su ajuar, y

ya no sienten nada... ¡Qué felicidad! ¿Y por qué no nos esforzamos en volvernos todas así? ¿Acaso no es el ser más feliz de la tierra aquel al que las pasiones han endurecido el corazón... lo han llevado hasta el punto de ser sensible sólo para el placer? ¿Y qué necesidad hay de estar abierto a otras sensaciones que no sean ésta? ¡Amigas mías, aunque llegásemos a este último grado de ignominia, no pareceríamos más viles, y preferiríamos divinizar nuestros errores antes que despreciarnos a nosotras mismas! Así es como la naturaleza sabe darnos a todos la felicidad.

-Pero, joder, ¡cómo se excitan! -prosiguió Delbène con ardor-, se elevan, estos miembros que palpo mientras discurro; miradlos duros como bronce, y mi culo los desea. Tomadlo, amigos míos, jodedlo, este trasero mío insaciable; derramad en el fondo de este culo libertino nuevos chorros de esperma que refresquen, si es posible, el vivo ardor que lo devora. Ven, Juliette, quiero chuparte tu coño mientras que me dan por el culo; Volmar, en cuclillas sobre ti, te presentará todos sus encantos; tú se los lamerás, los devorarás, mientras que tu mano derecha excita a Flavie y la izquierda golpea las nalgas de Laurette.

Realizamos esta nueva escena. Los dos amantes de la Delbène la sodomizan alternativamente. Inundada con el flujo de Volmar, el mío corre abundantemente en la boca de la superiora, y por fin comenzamos con la desfloración de Laurette.

Destinada a desempeñar el papel de gran-sacerdote, me revisten con un miembro postizo. Siguiendo las bárbaras órdenes de la abadesa, he elegido el más gordo; y así es el desarrollo de esta sesión a la vez lúbrica y cruel: Laurette está atada a un taburete, de tal forma que su rabadilla, apoyada en un cojín muy duro, descansa solamente sobre este mínimo lugar; sus piernas, muy separadas, están sujetas por argollas, igual que sus brazos, pendiendo del lado contrario. En esta postura, la víctima presenta en la más hermosa posición la estrecha y delicada parte de su cuerpo donde debe penetrar la espada. Sentada junto a ella, Teléme debe sostener su bonita cabeza... exhortarla a la paciencia; y esta idea de ponerla en manos del confesor, más o menos como si estuviese en el suplicio, divierte infinitamente a Delbène, cuyas pasiones son tan feroces como libertinos sus gustos. Mientras yo desvirgo el coño de esta Agnés, Ducroz debe darme por el culo. El altar que se encuentra más allá, y que, por su posición, corona a aquel en que la joven debe ser inmolada, servirá de sofá a nuestra voluptuosa abadesa. Allí se deleitará la zorra libidinosamente entre Volmar y Flavie, tanto con la idea del crimen que me impulsa a cometer, como con el delicioso espectáculo de su consumación.

Antes de darme por el culo, Ducroz facilita la introducción que yo debo hacer; lubrica los bordes de la vagina de Laurette y de mi consolador con una esencia olorosa que le hace penetrar casi al instante. No obstante, el desgarramiento es terrible: Laurette no tiene todavía ni diez años, y mi miembro postizo tiene ocho pulgadas de gordo y doce de longitud. Los ánimos que me dan, la excitación en la que me encuentro, el gran deseo que tengo de consumir este acto libertino, todo me hace poner en esta operación la misma actividad, el mismo ardor que hubiese utilizado el amante más vigoroso. La máquina penetra, pero los chorros de sangre que brotan de la ruptura del himen, los terribles gritos de la víctima, todo nos anuncia que la obra emprendida no se realizará sin peligro; y la pobre pequeña, en efecto, acaba de ser herida de un modo tan cruel como para inquietarnos sobre su vida. Ducroz, que se da cuenta, informa con una señal a la abadesa, que, voluptuosamente excitada por sus bribonas, ordena que sigamos adelante.

-La perra es nuestra -exclama-, no la ahorremos sufrimientos; ¡no tengo que dar cuenta de ella ante nadie!

Podéis imaginaros hasta qué punto me enardecieron estos propósitos. Totalmente segura del daño que había causado mi torpeza, no hice más que redoblar con más fuerza mis sacudidas: Mientras que Laurette se desvanece. Ducroz me da por el culo, y Télème. encantado, se excita sobre el bonito rostro de la moribunda, cuya cabeza comprime con rudeza entre sus piernas...

-Necesitaría ayuda, señora -digo a Delbène-, sigue dando sacudidas...

- ¡Semen es lo que nos hace falta! -responde la abadesa-, ¡sí, semen! Esta es la única ayuda que quiero prestar a esa zorra.

Sin embargo, yo sigo frotando, electrizada por el miembro de Ducroz, sumergido hasta tal punto en el agujero de mi culo que no quedan más que dos dedos fuera; no trato a mi víctima con más miramientos de los que me tratan a mí. El éxtasis se apodera de todos nosotros casi al mismo tiempo: las tres zorras del altar descargan como bribonas, mientras que las paredes del consolador que introduzco en Laurette desvanecida se mojan con mi esperma, con el que Ducroz llena mi ano, y Télème mezcla el suyo con las lágrimas de la víctima, descargándose sobre el rostro.

Nuestro agotamiento, la necesidad de volver a Laurette a la vida, si queremos obtener otros placeres de ella, todo nos obliga a darle algunos cuidados. La desatamos; Laurette, rodeada por todos nosotros, abofeteada, manoseada, pronto da señales de vida.

¿Qué tienes? -le pregunta Delbène con crueldad- ¿Eres tan débil que un maque tan ligero te envía ya a las puertas del infierno?

-¡Ay de mí!, señora, yo no aguantaba más -dice esta pobre desgraciada cuya sangre sigue corriendo en abundancia-: me han hecho tanto daño que creí morirme.

-¡Bueno! -dice fríamente la superiora-, otras más jóvenes que tú han soportado estos ataques sin riesgo alguno; prosigamos.

Y sin prestarle otros cuidados que los de cortarle la sangre, la víctima es atada boca abajo, como acaba de estarlo boca arriba; y con el agujero de su culo bien a mi alcance, la Delbène de nuevo en el altar con sus dos bribonas, me apresuro a realizar el asalto por otra brecha. No había nada tan lujurioso como la manera en que se hacía excitar la superiora por Volmar y Flavie. Esta última, tumbada sobre Mme. Delbène, le hacía chupar su coño mientras ella le excitaba el clítoris, y Volmar, un poco más arriba, apretaba sus pezones con la boca, mientras le metía tres dedos en el culo, de forma que la bribona no tema ni una sola parte de su cuerpo que no estuviese entregada al placer. Entretanto, con sus ojos fijos en mi operación, la puta me impulsaba a que acabase: me apresuro; esta vez, es Télème el que debe darme por el culo mientras yo sodomizo a Laurette; y Ducroz, colocado junto a mí, debe preparar la introducción excitándome el clítoris. Las dificultades son insuperables; mi instrumento, rechazado ya por tres o cuatro veces, o se ha descolocado, o se ha metido otra vez en el coño a pesar de mí, lo que no sucede sin ocasionar nuevos dolores a la desgraciada víctima de nuestro libertinaje. Delbène, impaciente por estos retrasos, encarga a Ducroz que prepare el camino dando él mismo por el culo a la pequeña, y, como podéis imaginar, este encargo no le disgusta lo más mínimo. Al ser su

miembro menos terrorífico que la viga que yo tengo, al no tener que temer las vacilaciones que me molestan, el libertino está en el fondo del culo de la virgen en un momento; rompe el mojón virginal, y está listo para arrojar el semen cuando la exigente abadesa le ordena que se retire y que me ceda el puesto.

-¡Santo Dios! -dice el abad retirando su miembro espumeante de lujuria y todo cubierto con las marcas de su victoria-, ¡ah!, ¡redios jodido!, obedezco, pero me vengaré en el culo de Juliette.

-No -dice Delbène, quien, a pesar de los placeres con los que se embriaga, no deja de ocuparse de los nuestros-, no, el culo de Juliette pertenece a Télème, le corresponde a ella gozar esta vez, y no permitiré que pierda sus derechos. Pero, criminal, puesto que te excitas tanto, métete en el culo de Volmar; mira su trasero soberbio ofrecido a tus deseos; métete en su culo, te digo, y así ella me excitará mejor.

-¡Sí, me cago en Dios!, sí dice Volmar-, mira mi culo; que lo enfile el bribón: nunca he sentido tal necesidad de ser sodomizada.

Todo se dispone de nuevo; y al dejar la brecha preparada en Laurette penetra mi instrumento sin demasiadas dificultades, la pobre pequeña pronto lo siente en el fondo de su ano. Entonces, sus gritos crecen; son terribles; pero Télème, bien enclavada en mi culo, y Delbène, que nada en flujo, me animan con tanta fuerza que Laurette pronto siente por detrás lo que le he hecho sentir por delante: la sangre corre, y la pobre niña se desmaya por segunda vez. Aquí es donde me doy cuenta exactamente del carácter feroz de Delbène.

-¡Sigue, sigue! -exclama al verme dispuesta a salirme; no la dejes hasta que hayamos descargado.

-Pero se está muriendo -respondo-.

-¡Va, va, son simulacros! Y por otro lado, ¿qué me importa la existencia de esta puta? Sólo está aquí para nuestros placeres, y, ¡joder, servirá para eso!

Enardecida por esta arpía, y sin sentirme ya afectada por sentimientos pusilánimes de conmiseración con los que la naturaleza no me había provisto con profusión, prosigo, y sólo tengo como señal de mi retirada los testimonios seguros del delirio general que pronto oigo resonar en mis oídos; ya estaba en mi tercera emisión cuando abandoné el puesto.

-Veamos -dice la abadesa acercándose-, ¿está muerta?

-No, está peor que después de los primeros ataques dice Ducroz-, y si queréis la devuelvo a la vida enroñándola.

-La pondremos entre los dos -dice Télème-; mientras que yo la doy por el culo, Delbène me excitará el mío, y yo acariciaré el de Volmar; Juliette socratizará a Ducroz, que lamará el coño de Flavie.

Ponemos en práctica el proyecto, y los rápidos movimientos de nuestros dos jodedores, su fogosa lujuria, no tardan en volver a la vida, por segunda vez, a la pobre Laurette.

-Querida -digo entonces a la abadesa mientras me acerco a ella-, ¿cómo vas a arreglar todo el daño que acabamos de hacer?

-El que tú has sentido pronto estará arreglado, ángel mío -respondió Delbène : mañana te daré una pomada que te curará de tal forma que nadie podrá dudar de tu entereza: En cuanto a Laurette, ¿olvidas acaso que la suponen escapada del convento?... Es nuestra, Juliette, no volverá a aparecer.

-¿Y qué haréis? -respondo totalmente asombrada. -La víctima de nuestras lujurias. ¡Ah Juliette!, ¡cómo se nota que todavía eres una novicia!, ¿no sabes acaso que no hay goces mejores que los criminales, y que cuanto más se les rodea de horrores, más encantos ofrecen?

-En verdad, querida, que no os entiendo. Paciencia, pronto me haré comprender con hechos. Comamos.

Pasamos a una pequeña cueva, vecina de aquélla en la que acababan de celebrarse nuestras orgías. En ella, se encontraban preparados los platos más exquisitos y los vinos más deliciosos, y todo con profusión. Nos sentamos a la mesa. Laurette nos servía. Pronto me dí cuenta, por el tono que utilizaba con ella la sociedad, por la forma brusca en que la trataban, que la pobre desgraciada era considerada ya sólo como una víctima. Cuanto más se calentaban las cabezas, más maltratada era: no prestaba un servicio sin que recibiese, a cambio de él, una torta, un pellizco, una bofetada, y el más leve momento de descuido era castigado con la mayor severidad. Callaré, amigos míos, las acciones y las palabras de estas lujuriosas bacanales. Es suficiente que sepáis que igualaron en horrores, en execraciones, a lo más libertino que yo haya podido ver después en el mundo.

Hacía mucho calor, estábamos desnudas; los hombres en el mismo desorden, y mezclados con nosotras, se entregaban sin ningún pudor a todo lo más sucio y crapuloso que podía inspirarles el delirio. Télème y Ducroz, disputándose mi culo, parecía que iban a negarse para obtener su goce, e, inclinada bajo los dos, yo esperaba humildemente la resolución de este combate cuando Volmar, ya achispada, y más hermosa que la misma Venus en tal estado de embriaguez, se apodera de los dos miembros y los excita sobre su cuenco de ponche que acaba de preparar para, según dice, recoger el semen.

-No lo permito -dice la abadesa más o menos tan aturdida con los vapores de Baco como por todo lo que le rodea-, no lo permito más que a condición de que Juliette mezcle su orina con el semen...

Meo; las putas beben, los hombres las imitan, y, en el culmen del delirio, la extravagante abadesa, que ya no sabe qué inventar para despertar dentro de sí deseos agotados por el libertinaje, anuncia que quiere pasar a la cueva donde reposan las cenizas de las mujeres de esta casa, que quiere elegir el ataúd de una de las que inmoló su rabia de celos, y hacerse joder cinco o seis veces sobre el cadáver de su víctima. La idea pareció buena a todos; subimos, colocamos las velas sobre los ataúdes que rodean al de la joven novicia, envenenada desde hacía tres meses por la abadesa, después de haberla idolatrado. La infernal criatura se tumba sobre el ataúd, y, presentando su coño a los dos clérigos, los desafía alternativamente, Ducroz es el primero que la enfila. Nosotras éramos espectadoras, y nuestro único trabajo, en esta lúgubre escena, consistía en besarla, excitarle el clítoris y prestarnos a sus caricias. Delbène, en el delirio, estaba recordando horrores, cuando oímos un silbido terrorífico y todas las luces se apagan a la vez.

-¡Oh cielos!, ¿qué ocurre? exclama la intrépida abadesa, la única de todos nosotros que conservó su coraje en medio del trastorno general en el que estábamos. -¡Juliette!... ¡Volmar!... ¡Flavie!...

Pero todo está en silencio, todo está prohibido, nadie responde; y a no ser por los detalles que recibí de nuestra superiora al día siguiente, ya que me desmayé, quizás todavía ignorase el origen de todo este estrépito. Un búho, oculto en esta cueva, había sido el único causante: asustado por las luces a las que sus ojos no estaban acostumbrados, había emprendido el vuelo, y el aire, agitado por sus alas, había apagado lo que le molestaba. Cuando recobré el uso de mis sentidos, me encontré en mi cama, y Delbène, que vino a verme en cuanto supo que estaba mejor, me contó que después de haber tranquilizado a los dos hombres, casi tan asustados como nosotras, sólo con su ayuda había conseguido llevarnos a nuestras habitaciones y haber aclarado todo.

-No creo en los acontecimientos sobrenaturales -me dice Delbène-; nunca hay una causa sin efecto, y lo primero que hago, cuando un efecto me sorprende, es remontarme al instante a la causa. En seguida encontré la causa de nuestra aventura de ayer, y, una vez encendidas de nuevo las luces, los hombres y yo hemos puesto en orden todo en un momento.

-¿Y Laurette, señora?

-Está en la cueva, querida, la dejamos allí.

-¡Qué!, ¿la habéis...?

-Todavía no, será el tema de nuestra próxima reunión; no hubiese pasado de ayer sin la catástrofe. -Realmente, Delbène, sois de un libertino... de una crueldad...

-No, nada de eso: tengo unas pasiones muy vivas, sólo a ellas escucho y como estoy convencida de que son los órganos más fieles de la naturaleza, me entrego a lo que me inspiran, sin temor y sin remordimientos. Ya estás mejor, Juliette, levántate, y ven a cenar conmigo a mi cuarto; charlaremos.

-Siéntate, mi niña -me dice en cuanto nos levantamos de la mesa-. Veo que estás sorprendida de verme tan tranquila ante el crimen: quiero que las reflexiones que tengo que exponerte sobre este tema te vuelvan pronto tan apática como yo. Ayer, lo vi, te sorprendías de mi tranquilidad en medio de los horrores que cometimos, y me acusabas de falta de piedad por esa pobre Laurette, sacrificada a nuestros excesos.

¡Oh Juliette! estate segura de que todo está dispuesto por la naturaleza para llegar al estado en que la vemos. ¿Acaso ha dado la misma fuerza, las mismas bellezas, las mismas gracias, a todos los seres que han salido de sus manos? No hay duda de que no. Ya que quiere matices en las constituciones, exige lo mismo en las suertes y las fortunas. Los desgraciados que nos ofrece el azar, o que hacen nuestras pasiones, están en los planes de la naturaleza como los astros con que nos ilumina, y hacemos un mal tan seguro turbando esta sabia economía, como lo sería el cambiar el curso del sol, si este crimen estuviese en nuestras manos...

-Pero interrumpí en este momento- si tú fueses desgraciada, Delbène, ¿no sería fácil socorrerte?...

-Yo sabría sufrir sin quejarme -me respondió esta estoica criatura- y no imploraría la ayuda de nadie. ¿Estoy acaso al abrigo de los males de la naturaleza, y no tengo que temer a la miseria, ni la fiebre, la peste, la guerra, el hambre, las sacudidas de una imprevista revolución, y todas las otras plagas de la humanidad? Que vengan y las recibiré valientemente. Créete, Juliette... sí, convéncete de que cuando permito que los otros sufran sin socorrerlos, es porque yo he aprendido a sufrir, a mi vez, sin ser socorrida. Abandonémos a la naturaleza; lo que sus órganos nos indican no son ayudas mutuas: sólo tenemos que sentir dentro de nosotros la necesidad de adquirir por nosotros mismos toda la fuerza necesaria para soportar los males que nos reserva, y la compasión, lejos de preparar nuestra alma para esto, la debilita y le quita toda la valentía que necesita para sus propios dolores. Quien sepa endurecerse ante los males del otro se vuelve pronto impasible a los suyos propios, y le es más necesario saber sufrir él mismo con valor, que acostumbrarse a llorar sobre los otros. ¡Oh Juliette!, cuanto menos sensible eres, menos te afectan y más te acercas a la verdadera independencia. Nunca somos víctimas más que de dos cosas: o de las desgracias del prójimo, o de las nuestras propias; comencemos por endurecernos frente a las primeras, y las segundas no nos afectarán, y, desde ese momento, no habrá nada que pueda turbar nuestra tranquilidad.

‘Pero ‘respondo yo’ de esta apatía tienen que surgir crímenes.

‘¿Y qué importa?, no hay que apearse ni al crimen ni a la virtud, sino a lo que nos hace felices; y si yo viese que la única posibilidad de que yo fuese feliz estaba en el exceso de los crímenes más atroces, los cometería en ese mismo instante, sin temblar, segura -como ya te he dicho- de que la primera ley que me dicta la naturaleza es deleitarme, *no importa a expensas de quién*. Si ha dado a mis órganos una constitución semejante, de tal forma que sólo con la desgracia de mi prójimo pueda manifestarse mi voluptuosidad, es que, para llegar a sus planes de destrucción... planes tan necesarios como los otros, ha creído necesario crear un ser como yo para que la sirva en sus proyectos.

-Esos son sistemas que pueden llegar demasiado lejos. -¿Y qué importa? -respondió Delbène-, te desafío a que demuestres un límite a partir del cual puedan ser peligrosos; gozamos, y eso es todo lo que hace falta.

-¿Se puede gozar a expensas de los otros?

-Lo que menos me importa en el mundo es la suerte de los otros; no tengo la menor fe en ese *lazo de fraternidad* del que los estúpidos me hablan constantemente, y puedo rechazarlo porque lo he examinado detenidamente.

-¡Oh cielos!, ¿dudáis de la primera ley de la naturaleza?

-Escúchame, Juliette... es increíble hasta qué punto necesitas ser educada...

Estábamos en este punto de nuestra conversación, cuando un lacayo, que llegaba de parte de mi madre, vino a informar a la abadesa de las terribles desgracias de nuestra casa y la peligrosa enfermedad de mi padre; nos pedían `a mi hermana y a mí que nos pusiésemos en camino al instante...

- ¡Oh cielos! -dice Mme. Delbène-, ¡me he olvidado de componer tu virginidad! Espera, ángel mío, espera, toma este frasco, es un extracto de mirtos con el que te frotarás por la

mañana y por la noche, sólo durante nueve días: puedes estar segura de que al décimo te encontrarás tan virgen como si no te hubiese ocurrido nada.

Después, enviando a buscar a mi hermana, nos entregó a ambas a la persona que venía a buscarnos, aconsejándonos que volviésemos en cuanto pudiésemos. La abrazamos y nos marchamos.

Mi padre murió. Ya sabéis los desastres que siguieron a esta muerte: la de mi madre, que sucedió al cabo de un mes, y el abandono en el que nos encontramos. Justine, que desconocía mis lazos secretos con la abadesa, no se enteró de la visita que fui a hacerle unos días después de nuestra ruina; y tengo que hablaros, amigos míos, de los sentimientos que descubrí entonces en ella, puesto que acaban de desvelar el carácter de esta original mujer. El primer rasgo de dureza de la Delbène hacia mí fue negarme la puerta del interior y no consentir en hablar conmigo más que un momento tras las rejas.

Cuando sorprendida de la frialdad que me demostraba quise hacerle valer nuestros lazos, me dijo:

-Hija mía, tengo que olvidarme de todas esas miserias desde el momento en que ya no vivimos juntas, y, en cuanto a mí, os aseguro que no recuerdo el menor detalle de los hechos de los que me habláis. Respecto a la indigencia que os amenaza, recordad la suerte de Euphrosine; se lanzó sin necesidad a la carrera del libertinaje: imitadla por necesidad. Es el único camino que os queda, y el único que os aconsejo; pero cuando lo hayáis tomado, no volváis a verme: quizás no triunféis en ese estado, y entonces necesitéis dinero, créditos, y yo no podría ofrecerlos ni lo uno ni lo otro.

Con estas palabras, la Delbène se levantó y me dejó en tal asombro... que sin duda hubiese sido menos fuerte con un poco más de filosofía; mis reflexiones fueron crueles... Salí de allí en seguida con la firme resolución de seguir los consejos de esta malvada criatura, por muy peligrosos que fuesen. Felizmente me acordaba del nombre y de la dirección de la mujer de la que Euphrosine nos había hablado en otro tiempo; ¡ay de mí!, cuán lejos estaba entonces de prever la necesidad de esta cruel fuente; volé hacia allí. La Duvergier me recibió maravillosamente. El excelente remedio de la Delbène me sirvió para engañar a sus ojos expertos y la puso en condiciones de engañar a muchos otros. Dos o tres días antes de entrar en esta casa fue cuando me separé de mi hermana, para seguir una carrera muy diferente de la suya.

Después de las desgracias que me habían ocurrido, y dependiendo mi existencia únicamente de mi nueva ama, me resigné a cumplir todo lo que me mandaba. Pero en cuanto estuve sola, me puse a reflexionar de nuevo sobre el abandono y la ingratitud de Mme. Delbène. ¡Ay de mí! —me decía-, ¿por qué la enfrió mi desgracia? ¿Acaso Juliette pobre o Juliette rica formaban dos criaturas diferentes? Entonces, ¿cuál es ese extraño capricho que hace amar la opulencia y huir de la miseria? ¡Ah!, yo no concebía todavía que el infortunio tuviese que estar a cargo de la riqueza, ignoraba hasta qué punto lo teme... hasta qué punto huye de él, e ignoraba que la antipatía que siente por él resulta del terror que tiene de aliviarlo. Pero -proseguí en mis reflexiones-, ¿cómo esta mujer libertina... criminal incluso, no teme la indiscreción de aquellos a los que trata con tanta altanería? Otro acto de infantilismo por mi parte; yo no conocía la insolencia y la desfachatez del vicio engendrado por la riqueza y la fama. Mme. Delbène era superiora de una de las más célebres abadías de París, gozaba de sesenta mil libras de renta, tenía con ella a toda la corte,

a toda la ciudad: ¡hasta qué punto debía de despreciara una pobre muchacha como yo que, joven, huérfana y sin un céntimo de renta, no podía oponer a sus injusticias más que reclamaciones aniquiladas con prontitud, o quejas que, tratadas al instante como calumnias, le hubiesen valido a la que hubiese tenido la desfachatez de emprenderlas, la eterna pérdida de la libertad!

Corrompida hasta el punto en que yo estaba ya, este ejemplo asombroso de una injusticia que tenía que sufrir, me impulsó en lugar de corregirme. ¡Y bien! me digo, sólo tengo que tratar de ser rica a mi vez, y pronto seré tan descarada como esta mujer, y gozaré de los mismos derechos y de los mismos placeres. Abstengámonos de ser virtuosos, puesto que el vicio triunfa constantemente; temamos la miseria, puesto que siempre es despreciada... Pero, ¿cómo evitaré el infortunio si no tengo nada? Sin duda, mediante acciones criminales. ¿Qué importa?, los consejos de Mme. Delbène habían gangrenado mi corazón y mi mente: no creo que haya mal en nada, estoy convencida de que el crimen sirve a las intenciones de la naturaleza tanto como la prudencia o la virtud. Lancémonos a este mundo perverso, en el que aquellos que triunfan son los que logran lo mejor; que ningún obstáculo nos detenga, el único desgraciado es el que se queda en el camino. Puesto que la sociedad no está compuesta más que de inocentes y bribones, juguemos decididamente a lo último: es más halagador para el amor propio triunfar que triunfen sobre una misma.

Tranquilizada con estas reflexiones, que quizás os parezcan prematuras a los quince años, pero que son fácilmente explicables teniendo en cuenta la educación que yo había recibido, esperé con resignación los acontecimientos que me reservaba la providencia, decidida a aprovecharme de todos aquéllos que se presentasen para mejorar mi fortuna, al precio que fuese.

No cabe duda de que me quedaba un duro aprendizaje por hacer; estos desgraciados principios debían acabar de corromper mis costumbres, y, para no alarmar las vuestras, amigos míos, creo que haré bien en evitaros detalles que descubrirían a vuestros ojos extravíos más extraordinarios que a los que asistís diariamente...

-Me cuesta creer, señora -dice el marqués, interrumpiendo a Juliette-, que, con todo lo que sabéis de nosotros, pueda asustaros por un momento semejante temor.

-Es que en este caso se trata de la corrupción de ambos sexos -dice Mme. de Lorsange-, pues la Duvergier proporcionaba sujetos a la fantasía de ambos por igual.

-Vuestros cuadros, así mezclados, resultarán tan sólo más agradables dice el caballero-; sabemos más o menos los extravíos de que es capaz el nuestro; será delicioso saber por vos todos aquellos a los que puede entregarse el vuestro.

-Sea -dice Mme. de Lorsange-. Sin embargo, tendré cuidado de no contar más que los excesos más singulares, y, para evitar la monotonía, me callaré los que me parezcan más simples...

Maravilloso -dice el marqués, mostrando a la reunión su instrumento lleno de lujuria-; pero, ¿pensáis en el efecto que pueden tener sobre nosotros tales relatos? Ved el estado en que me pone su simple promesa...

-Y bien, amigo mío -dice esta encantadora mujer-, ¿no soy completamente vuestra? Gozaré doblemente con mi acción, y como el amor propio significa siempre mucho para

una mujer, me permitiréis pensar que el enardecimiento que produzca en vos se deberá más a mi persona que a mis relatos.

-Es preciso que os convenza en este mismo instante -dice el marqués muy excitado, arrastrando a Juliette a una antecámara, donde ambos permanecieron durante bastante tiempo entregándose a los más dulces placeres de la lujuria.

-En lo que a mí respecta dijo el caballero, a quien lo anterior dejaba frente a frente con Justine-, confieso que no me excita lo suficiente como para necesitar perder el semen. No importa, acercaos, hija mía, poneos de rodillas y chupadme; pero, poneos de tal forma, por favor, que yo vea infinitamente más culo que coño. Bien, muy bien -dice, viendo a Justine, acostumbrada a todas estas maniobras, cogerlo-, nadie podría hacerlo mejor, aunque a pesar suyo... sí, así es.

Y el caballero, extraordinariamente bien chupado, iba quizás a abandonarse dulcemente a los efectos de una descarga tan bien provocada, cuando el marqués, volviendo con Juliette, rogó a ésta que siguiese con el hilo de sus aventuras, y a su amigo que dejase para otro momento, si podía, el desenlace al que parecía llegar.

Una vez arreglado todo, Mme. de Lorsange siguió en estos términos:

-Mme. Duvergier no tenía más que seis mujeres en su casa, pero más de trescientas a sus órdenes; dos altos lacayos de cinco pies y ocho pulgadas, hercúleos, y dos jockeys de catorce o quince años, de rostro celeste, eran entregados igualmente a los libertinos que querían mezclar uno y otro sexo, o que preferían lo antinatural al goce de las mujeres; y en el caso de que este pequeño destacamento masculino no hubiese sido suficiente, Duvergier podía suplirlo con más de ochenta individuos del exterior, dispuestos siempre a entregarse allí donde se requiriesen sus servicios.

La casa de Mme. Duvergier era deliciosa. Situada entre un patio y un jardín, y con dos salidas opuestas, las citas se hacían con un misterio que hubiese sido imposible con otra posición; sus muebles eran magníficos, sus dormitorios tan voluptuosos como bien decorados; su cocinero muy bueno, sus vinos deliciosos y sus muchachas encantadoras. Tanto cosas agradables debían de costar muy caro. Y en efecto, nada lo era tanto como las reuniones de este local divino, donde los más simples tête-à-tête costaban diez luisas. Sin costumbres y sin religión, apoyada por la policía, recibiendo a los más grandes señores, Mme. Duvergier, al abrigo de cualquier temor, emprendía cosas que nunca hubiesen imitado sus compañeras, y que hacían temblar a la naturaleza y a la humanidad entera.

Durante seis semanas, esta inteligente zorra vendió mi virginidad a más de cincuenta personas, y, cada noche, utilizando una pomada más o menos parecida a la de Mme. Delbène, arreglaba con cuidado lo que por la mañana desgarraba sin piedad la intemperancia de aquellos a los que me entregaba su avaricia. Como todos estos desvirgadores se comportaban bastante groseramente, os omitiré los detalles, y no me detendré más que en el duque de Stern, cuya manía fue más singular.

Como la lubricidad de este libertino se excitaba con la ropa más sencilla, me presenté ante él como una pequeña verdulera. Después de haber atravesado gran número de apartamentos suntuosos, llegué al fondo de una habitación de espejos, donde me esperaba el duque con su ayuda de cámara, un joven alto de dieciocho años, hecho para ser pintado, y con un rostro muy interesante.

Bien consciente de mi papel, no me quedé corta en ninguna de las preguntas de este hombre grosero. Sentado en el canapé de su dormitorio y excitando el miembro de su ayuda de cámara, mientras yo permanecía de pie delante de él, me preguntó:

-¿Es verdad que estáis en la miseria más extrema, y que lo que hacéis no tiene por objeto más que proveer a las primeras necesidades de la vida?

-Esta verdad es tan cierta, señor, que hace tres días que mi madre y yo nos morimos de hambre.

-¡Ah!, bien -respondió el duque agarrando una de las manos de su hombre para hacerse excitar por él-, era necesario este requisito; me siento muy contento de que vuestro estado sea tal como lo deseaba. ¿Y es vuestra madre la que os vende?

-¡Ay de mí!, sí. -Tenéis hermanas?

-Una, señor.

-¿Y por qué no me la han enviado?

-Ya no está en la casa, la miseria la ha hecho huir; ignoramos lo que haya podido ser de ella.

- ¡Ah, joder!, ¡quiero que la encuentren!, ¿qué edad?

-Trece años.

-Es vergonzoso que conociendo mis gustos me sustraigan esa criatura.

-Pero no se sabe dónde está, señor.

-Hay que buscarla... ¡Ah!, la encontraré... la encontraré. Vamos, Lubin, ¡que se desvista para la verificación!

Y mientras se ejecutaba la orden, el duque, siguiendo a su Ganimedes, se pone a sacudir un miembro negro y flácido que apenas si se veía. En cuanto estoy desnuda, Lubin me examina con la mayor atención y explica a su amo que todo está en las mejores condiciones. -Hacedme ver eso por detrás -dice el duque.

Y Lubin, doblándome sobre el canapé, entreabre mis nalgas, y convenció a su amo no de la no ejecución de ningún asalto, sino de que las brechas ocasionadas por éstos estaban tan bien cerradas que era imposible verlas.

-Y esto -dice Stern, separando mis nalgas y tocando con un dedo el agujero de mi culo- ...

-No, no, con toda seguridad -respondió Lubin.

-Está bien --dice el grosero, tomándome en sus brazos y sentándome sobre uno de sus muslos-; pero puedes ver, hija mía, que no estoy en condiciones de hacer el trabajo yo mismo... Toca este miembro; sientes cuán flácido está: aunque poseyeses las gracias de Venus, no conseguirías endurecerlo. Mira esta temible verga -prosiguió haciéndome empuñar el soberbio pito de su ayuda de cámara-: confiesa que este hermoso miembro te desvirgará mucho mejor que el mío. Por lo tanto, dispónte, te serviré de chulo. Cuando no puedo hacer el mal, me gusta hacerlo hacer: esta idea me consuela...

- ¡Oh señor! -respondo, aterrada ante el grosor del pito que me presentaba-, este monstruo va a desgarrarme, ¡no podré soportar las embestidas!...

Y como tratase de esquivarme:

-Vamos, vamos, ¡nada de remilgos!, me gusta la docilidad en las muchachas; y las que no la tienen conmigo pueden estar seguras de no complacerme por mucho tiempo... Acercaos... Antes de nada me gustaría que besaseis el culo de mi Lubin.

Y mostrándomelo:

-Mira qué hermoso es...

Obedezco.

-Otro tanto en el pito dice el duque.

Obedezco de nuevo.

-Ahora, ponte...

Me sujeta; su criado se acerca y pone en la operación tanta destreza y vigor, que su monstruoso instrumento toca en tres veces el fondo de mi matriz. Lanzo un grito terrible; el duque, que me sujeta y excita el agujero de mi culo mientras tanto, recoge en su boca mis suspiros y mis lágrimas. El vigoroso Lubin, dueño de mí, no necesita la ayuda de su amo, que, situándose enseguida cerca del trasero de mi amante, le da por el culo mientras él me desvirga. Pronto percibo, por el aumento de las sacudidas del criado, las que recibe de su patrón; pero, sola para soportar el peso de estos dos ataques, iba a sucumbir bajo su violencia, cuando la descarga de Lubin me sacó de apuros.

-¡Ah!, santo cielo -dice el duque que no había terminado-, te das demasiada prisa hoy, Lubin; ¿así que te basta un jodido coño para que hagas locuras?

Y al alterar este acontecimiento los ataques del duque, nos muestra un pequeño pito travieso que, furioso por haberse salido, parece no esperar más que un altar para consumir el sacrificio.

-Ven aquí, pequeña -me dice el duque depositando su instrumento en mis manos-, y vos, Lubin, acostaos boca abajo sobre esta cama; dirigid vos, pequeña pécora, este instrumento furioso al agujero que acaba de rechazarlo, después, situándoos detrás de mí mientras que actúo, favoreceréis mis proyectos metiéndome dos o tres dedos en el culo.

Todo responde a los deseos del libertino: acaba la operación, y el caprichoso lascivo paga treinta lises por las primicias de las que no ha dudado en ningún momento.

De vuelta a casa, Fatime, la compañera a la que yo más quería, de dieciséis años y bella como el día, se divertía mucho con la aventura. Ella había pasado por lo mismo que yo, pero, con más suerte, había robado, eso decía, una bolsa con cincuenta lises de la chimenea del duque, para compensarse de todo lo que había sufrido.

-¡Cómo! -digo-, ¿te permites semejantes cosas? -Con la mayor frecuencia que puedo, querida -me respondió mi compañera-, y sin ningún escrúpulo, a mucha honra. Para nosotros es para quien está hecho el dinero de esos pícaros, y seríamos estúpidas si no nos apoderásemos de él cuando podemos. ¿Acaso estás todavía en las tinieblas de la ignorancia para sospechar que haya el menor mal en el robo?

-Con toda seguridad lo creo.

-Y bien, ángel mío -me respondió Fatime-, quiero librarte de ese absurdo prejuicio. Ce-
no mañana en el campo en casa de mi amante; obtendré de Mme. Duvergier el permiso
para que formes parte del grupo: oirás a Dorval razonar sobre este tema.

-¡Oh criminal! -respondí-, acabarás corrompiéndome: me siento ya excesivamente dis-
puesta para estos horrores. Acepto, no tendrás demasiado trabajo para hacer de mí una
excelente alumna... Pero, ¿permitirá la Duvergier?...

-No te inquietes por nada -dice Fatime-, yo me encargo de todo.

Al día siguiente, bastante temprano, un coche nos condujo a la Villette. Entramos en
una casa alejada, pero de bastante buen aspecto; nos recibe un criado, y, una vez que nos
introduce en una habitación muy bien amueblada, se retira y va a despedir nuestro coche.
Entonces fue cuando Fatime se abrió a mí.

-¿Sabes dónde estás? -me dice sonriendo.

-Por supuesto que no -respondo.

-En la casa de un hombre muy extraordinario -replicó mi compañera-. Te engañé
haciéndole pasar por mi amante: es un hombre en cuya casa he asistido a reuniones en
provecho de Mme. Duvergier; lo que gane ahora sólo me pertenece a mí; pero la opera-
ción no deja de tener sus peligros...

-Explícate -respondí rápidamente-, excitas mi curiosidad.

-Aquí estás -me dice Fatime- en casa de uno de los más famosos ladrones de París; el
robo del que saca el pícaro su subsistencia le sirve también para sus más dulces placeres.
Te explicará sus principios, incluso te propondrá que los pongas en práctica. Nadie estará
con nosotras hasta después de su expedición, y sólo encenderá la llama de sus lubricida-
des con el fuego que inflama esta acción dentro de él, según tú criminal; y como quiera
que en todo lo que le rodee se encuentre la imagen de su pasión favorita, sólo robando
aceptará nuestros favores, y estos favores nos los estafará; aparentaremos que no hemos
cogido nada, aunque esté pagado de antemano. Y aquí está la prueba, Juliette: estos diez
luisés te pertenecen, yo tengo otros tantos.

-¿Y la Duvergier?

-Ya te he dicho que no sabe nada de esto; yo estafo a nuestra querida mamá: ¿te arre-
pientes?

-Claro que no -respondí-, al menos aquí todo lo que ganamos es nuestro; no existe ese
maldito reparto que me desespera. Pero al menos acaba de informarme: ¿a quién y cómo
vamos a robar?

-Escúchame -me dice mi compañera-. Este hombre, gracias a la cantidad de espías que
tiene en París, está siempre al tanto de todos los extranjeros y de todos los bobos que lle-
gan a esta ciudad; hace amistad con ellos, los acoge en su casa, les ofrece una cena con
mujeres de nuestro tipo que los roban durante el acto del goce; le devolvemos todo, y, sea
el robo del tipo que sea, las mujeres reciben siempre una cuarta parte, independen-
ientemente de su paga individual.

-Pero -respondo-, ¿no consigue que le detengan pronto con semejante oficio?

-Puedes estar segura de que tardarán mucho tiempo: para eso toma demasiadas precauciones.

-¿Y su casa?

-Tiene treinta. Ahora estamos en ésta. No volverá a ella hasta dentro de seis meses. Cumple tu papel con inteligencia. En la cena se hallarán dos o tres extranjeros: en cuanto acabe la cena, divertiremos a estos señores en diferentes cuartos; roba al tuyo con astucia, yo te prometo que no faltaré al mío. Dorval, oculto, nos vigilará. Una vez realizada la operación, los bobos se dormirán por medio de un brebaje; pasaremos la noche con el dueño del lugar, que se volverá a marchar unas horas después para ir a otra parte, y con otras mujeres, a ejercer las mismas infamias; y nuestros imbéciles, cuando se despierten mañana y no encuentren a nadie en el lugar, se sentirán muy felices de poder escapar con vida.

-Pero, puesto que nos pagan por adelantado -respondí a mi compañera-, ¿qué necesidad tenemos de prestarnos a los gustos de este bribón?

-Sería un mal negocio, no volveríamos a verlo; y si le servimos bien, puede hacernos participar en doce o quince reuniones semejantes al año; por otra parte, con tu forma de pensar, ¿no perderíamos acaso todo lo que sacamos del robo?

-¡Ah, bien!, pero, sin la primera parte de tu respuesta, te habría objetado, quizás, que me parecía inútil devolverle una cuenta tan exacta de lo que robamos en su casa.

-Me gusta tu reflexión, aunque la desapruébe -me dice Fatime-; me demuestra que tienes disposiciones que me hacen esperar que saldrás bien de la aventura.

Apenas habíamos acabado de hablar cuando entró Dorval. Era un hombre de cuarenta años, con un rostro muy hermoso, y que me pareció lleno de inteligencia y de amabilidad; estaba dotado sobre todo con ese don de seducir tan necesario para el oficio que hacía.

-Fatime dice a mi compañera, supongo que esta joven y bonita persona está al corriente; así pues, ya no me queda más que preveniros de que tenemos por convidados a dos viejos alemanes, desde hace un mes en París, y que arden en deseos de conocer a algunas chicas bonitas. Uno de ellos tiene unos veinte mil escudos en diamantes sobre él: Fatime, te lo recomiendo. El otro, que desea comprar una casa en este pueblo, y que está convencido de que yo le encontraría una muy barata si pudiese pagar algo al contado, tendrá seguramente más de cuarenta mil francos en su bolsillo, bien en oro, bien en cartas de pago. Juliette, será vuestro lote; salid bien del encargo, y os proporcionaré a menudo partidas semejantes.

-¡Y bien! -digo-, señor, ¿semejantes horrores pueden excitar vuestros sentidos?

-Encantadora muchacha -me respondió Dorval-, creo que ignoráis la historia del choque de las impresiones criminales sobre la masa de los nervios. Necesitáis información sobre estos fenómenos de la lubricidad: volveremos sobre ello; pasemos a esta sala mientras esperamos; nuestros germanos van a aparecer; tratad de poner todo vuestro arte en seducirlos... encadenarlos: de esto lo espero todo..

Entramos. Scheffner, el alemán que debía tocarme, era un buen barón de cuarenta y cinco años, muy feo, con la cara llena de granos, y tonto, según me pareció, como toda la masa de alemanes, si exceptuamos a *Gessner*. Conrad era el nombre de la gallina que debía desplumar mi amiga; en efecto se nos presentó cubierto de diamantes; su carácter, su rostro y su edad le hacían muy parecido a su compañero, y su torpeza, igual de completa, aseguraban a Fatime unos éxitos tan fáciles al menos como los míos.

La conversación, al principio general, se particularizó enseguida. Fatime, tan hábil como bonita, enseguida se cazó al pobre Conrad; y mi aspecto de inocencia y de timidez me encadenó prontamente a Scheffner. Cenamos. Dorval tuvo buen cuidado en derramar en los vasos de nuestros convidados las bebidas más deliciosas, y el postre se sirvió apenas los dos mostraron el gran deseo de estar con nosotras en privado.

Dorval, que quería examinar cada una de estas operaciones en detalle, con el pretexto de que no tenía más que un cuarto donde se pudiese sacrificar a Venus, tranquilizó lo mejor que pudo los deseos de Conrad, y me hizo pasar con Scheffner. El buen alemán, todo entusiasmado, no se hartaba de caricias. Hacía calor, lo invité a que se metiese desnudo en la cama, yo hice lo mismo para encederlo mejor. Y, colocando su traje bajo mi mano derecha, mientras que el honrado barón me enfilaba, entretanto, para engañarlo mejor, apretaba amorosamente su cabeza sobre mi pecho, y mucho más ocupada en mi operación que en sus placeres, registré con habilidad todos sus bolsillos. Una bolsa muy pequeña encerraba todas sus monedas; pensé que el tesoro estaría en el portafolios, y, agarrándolo hábilmente del bolsillo derecho de su traje, lo oculté rápidamente bajo el colchón del canapé que nos servía de altar.

Una vez dado el golpe, y sin tener necesidad de preocuparme por un animal pesado y apestoso que me daba náuseas, toco el timbre; aparece una mujer, le ayuda al barón a volver al estado normal, le presenta un vaso de licor dosificado según lo convenido, y lo conduce a una habitación donde se duerme con un sueño tan profundo que todavía roncaba después de más de ocho horas. Apenas desapareció, entró Dorval.

-¡Sois deliciosa, ángel mío! -exclama besándome-, no he perdido nada con vuestra maniobra; mirad -prosigue mostrándome un miembro más duro que una barra de hierro-, mirad el estado en que me ha puesto vuestro comportamiento.

Y lanzándose sobre mí en el canapé, veo que la manía de este libertino era *sustraer* con su boca el semen que acababa de serme echado en el coño. Lo sorbe con tanto arte, lengüetea tan deliciosamente por todos los bordes, y hasta el fondo de la matriz, que lo inundé a mi vez... mil veces más, quizás, en razón de la singular acción a la que acababa de entregarme, en razón del individuo que acababa de hacérmela comer, que a causa del placer que recibía de él; pues, por mucho que afectasen a mi físico, no puedo negar que mi moral estaba todavía más emocionada con el horror gratuito que me hacían realizar tan deliciosamente las seducciones de Fatime y Dorval.

Dorval no descargó. Le di la bolsa y el portafolios; cogió ambos sin ningún examen y cedí el puesto a Fatime. Dorval me llevó con él, y mientras él observaba por un agujero la forma en que mi camarada actuaba para llegar al mismo fin que yo, el libertino se hizo excitar por mí; me lo devolvió; de vez en cuando, su lengua se sumergía hasta el fondo de mi gáznate, parecía estar en un éxtasis real. ¡Sublimes efectos de la unión del crimen y de la lujuria, cuánta fuerza dais al delirio de las pasiones! La habilidad con que Fatime actúa

determina por fin la eyaculación de Dorval; apretándose contra mí, me encoña hasta la matriz, y me inunda con las pruebas inequívocas del éxtasis al que acaba de entregarse.

Dorval, vigoroso, vuelve a mi compañera. Como me había dejado en el agujero, no se me escapa nada; se inclina igualmente entre los muslos de Fatime, y sorbe de la misma forma el semen perdido por Conrad; se apodera del robo y, una vez que los dos buenos germanos están en la cama, pasamos a un gabinete encantador donde Dorval, después de haber descargado una segunda vez en el coño de Fatime acariciándome a mí, nos expone de la manera siguiente la apología de sus singulares gustos.

-Amigas mías, una sola diferencia distingue a los hombres en la infancia de las sociedades: la fuerza. La naturaleza ha dado a todos un suelo para vivir, y de esta fuerza, que ha repartido desigualmente, dependerá la repartición que harán de ese suelo. ¿Pero será igual, podrá serlo, esta repartición desde el momento en que estará determinada únicamente por la fuerza? Por consiguiente, ya tenemos aquí un robo establecido; porque la desigualdad de esta repartición supone necesariamente una lesión del fuerte sobre el débil, y esta lesión, es decir, el *robo*, la vemos decidida, autorizada por la naturaleza, puesto que da al hombre lo que debe conducirle necesariamente a cometerla. Por otra parte, el débil se venga, utiliza toda su habilidad para recuperar las posesiones que le ha arrebatado la fuerza, y aquí tenemos ya la estafa, hermana del robo, igualmente hija de la naturaleza. Si el robo hubiese ofendido a la naturaleza, habría formado hombres iguales en fuerza y carácter; la igualdad de las reparticiones, nacida de la igualdad de fuerzas, fruto de su mano, evitaría entonces todo deseo de enriquecerse a expensas de los otros: desde este momento, el robo sería imposible. Pero cuando el hombre recibe de manos de esta naturaleza que lo crea una conformidad que ella necesita, la desigualdad de las reparticiones, y el robo, efecto seguro de esta desigualdad, ¿cómo es posible cegarse hasta el punto de creer que el robo puede ofenderla? Nos prueba, por el contrario, que el robo es su ley más querida, de tal forma que compone el instinto de los animales. Sólo por medio de robos constantes llegan a conservarse, sólo las innumerables usurpaciones mantienen su vida. ¿Y cómo el hombre, que no es más que un animal, ha podido creer que aquello que la naturaleza imprimía en el fondo de los animales puede convertirse en un crimen si lo comete él?

Quando se promulgaron las leyes, cuando el débil consintió en la pérdida de una parte de su libertad para conservar lo demás, el mantenimiento de sus posesiones fue sin duda alguna lo primero que deseó gozar en paz, y el primer objeto de los frenos que pidió. El más fuerte consintió en leyes a las que estaba seguro de sustraerse: se hicieron. Se promulgó que todo hombre poseyese su herencia en paz, y que aquel que lo turbase en la posesión de esta herencia recibiese un castigo. Pero en este acto no había nada natural, nada que la naturaleza dictase o inspirase; todo era obra de los hombres, divididos para entonces en dos clases: la primera, que cedía un cuarto para obtener el goce tranquilo del resto; la segunda, que, aprovechándose de este cuarto, y viendo que tendría los otros tres cuartos cuando quisiera, consintió en impedir, no que su clase despojase al débil, sino que los débiles se despojasen entre sí, para poder ser la única que los despojase con mayor comodidad. De esta forma, el robo, únicamente institución de la naturaleza, no fue destruido de la tierra, sino que existió bajo otras formas: se robó jurídicamente. Los magistrados robaron al hacerse pagar por una justicia que debían impartir gratuitamente. El cura robó haciéndose pagar por servir de mediador entre el hombre y su Dios. El vendedor

robó acaparando, haciéndose pagar su mercancía un tercio más cara que el valor intrínseco que tenía realmente. Los soberanos robaron imponiendo sobre sus individuos derechos arbitrarios de tasas, impuestos, etc. Todos estos latrocinios fueron permitidos, todos fueron autorizados bajo el precioso nombre de derechos, y sólo pensaron en castigar severamente los más naturales, es decir, el procedimiento tan sencillo de un hombre que, falto de dinero, pedía, pistola en mano, a los que sospechaba eran más ricos que él, y esto sin pensar que los primeros ladrones, a los que no se decía ni palabra, se convertían en la única causa de los crímenes del segundo... la única que lo obligaba a recuperar, a mano armada, las propiedades que este primer usurpador le arrebatara tan cruelmente. Porque, si todos estos latrocinios no fueron más que usurpaciones que precisaban la indignancia de los seres subalternos, los segundos robos de estos seres inferiores no eran ya crímenes, puesto que se hacían necesarios por causa de los otros: eran efectos secundarios precisados por causas mayores; y, desde el momento en que permitís esta causa mayor, os es legalmente imposible castigar sus efectos; no lo podéis hacer sin incurrir en una injusticia. Si empujáis a un criado contra un vaso precioso, y con su caída rompe el vaso, no tenéis derecho a castigarlo por su torpeza: sólo lo tenéis respecto a la causa que os impulsó a empujarlo. Cuando ese desgraciado agricultor, reducido a la limosna por la inmensidad de los impuestos con que le abrumáis (12), abandona su carreta, se arma, y va a esperar al camino principal, cometéis una gran infamia si lo castigáis; porque no es él el que ha incurrido en una falta, es el criado empujado contra el vaso: no lo empujéis y no romperá nada, y si lo empujáis, no os asombréis de que lo rompa. De la misma forma, este desgraciado no comete ningún crimen cuando va a robaros: trata de recuperar los bienes que anteriormente le habéis usurpado, vosotros o los vuestros; no hace más que algo muy natural; intenta establecer el equilibrio, que, tanto en lo moral como en lo físico, es la primera de las leyes de la naturaleza; no hace más que lo justo. Pero no era esto lo que quería demostraros; no hacen falta pruebas, no se necesitan argumentos para probar que el débil no hace más que lo que debe cuando intenta recuperar sus posesiones invadidas: de lo que yo quiero convenceros es de que el fuerte tampoco comete un crimen, ni una injusticia cuando trata de despojar al débil, porque éste es mi propio caso; es el acto que todos los días me permito. Ahora bien, esta demostración no es difícil, y la acción del robo, en este caso, está mucho más en la naturaleza que en el caso anterior; porque lo que verdaderamente está en la naturaleza no son las represalias del débil contra el fuerte; éstas están en la moral, pero no en lo físico, puesto que para ejecutar estas represalias tiene que usar fuerzas que no ha recibido, tiene que adoptar un carácter que no se le ha concedido, que de alguna manera contraría a la naturaleza. Lo que está realmente en las leyes de esta madre sabia es la lesión del fuerte sobre el débil, puesto que para llegar a este comportamiento no hace más que usar dones que ha recibido. No adopta, como el débil, un carácter diferente al suyo propio: sólo aprovecha dotes que ha recibido de la naturaleza. Por consiguiente, todo lo que deriva de ahí es natural: su opresión, sus violencias, sus crueldades, sus tiranías, sus injusticias, todas esas manifestaciones diversas del carácter impreso en él por la mano del poder que lo puso en el mundo, son, por consiguiente, simples, puras como la mano que las grabó; y cuando usa de todos sus derechos para oprimir al débil, para despojarlo, no hace más que la cosa más natural del mundo. Si nuestra madre común hubiese querido esa, igualdad que el débil se esfuerza en establecer, si verdaderamente hubiese deseado que las propiedades se repartiesen equitativamente, ¿por qué habría creado dos clases, una de fuertes y otra de débiles? ¿No ha probado acaso

suficientemente con esta diferencia que su intención era que existiese en los bienes como existe en las facultades corporales?, ¿no prueba acaso que su designio es que todo esté de una parte y nada de la otra, y esto precisamente para llegar a ese equilibrio, única base de todas sus leyes? Porque, para que el equilibrio exista en la naturaleza, no hace falta que lo establezcan los hombres; el equilibrio de la naturaleza altera el de los hombres: lo que a nuestros ojos parece que lo contraría es justamente lo que lo establece a los suyos, y esto por la razón de que, según nosotros, de esta falta de equilibrio resultan los crímenes mediante los que se establece el orden en ella. Los fuertes se apoderan de todo: para el hombre, esto es una falta de equilibrio. Los débiles se defienden y saquean al fuerte: he aquí crímenes que establecen el equilibrio necesario en la naturaleza. No tengamos nunca escrúpulos de lo que podamos sustraer al débil, porque no somos nosotros los que cometemos el crimen, sino el débil con su defensa o su venganza: al robar al pobre, al despojar al huérfano, al usurpar la herencia de la viuda, el hombre no hace más que usar los derechos que ha recibido de la naturaleza. El crimen estaría en no aprovecharse: el indigente, que aquélla ofrece a nuestros golpes, es la presa que entrega al usurero. Si el fuerte parece alterar el orden cuando roba al que está por debajo de él, el débil lo restablece cuando roba a sus superiores, y ambos sirven a la naturaleza.

(12) Es evidente que Juliette hace hablar aquí a su orador de los campesinos del antiguo régimen: la miseria oprimía a estos algunas veces, pero los de hoy, inflados de lujo e insolencia, no pueden servir ya de ejemplo.

Si nos remontamos al origen del derecho de propiedad, llegamos necesariamente a la usurpación. Sin embargo, el robo no es castigado más que porque ataca el derecho de propiedad; pero originariamente este derecho no es más que un robo: por consiguiente la ley castiga el robo que va contra el robo, al débil que intenta recuperar sus derechos, y al fuerte que quiere establecer o aumentar los suyos, aprovechándose de lo que ha recibido de la naturaleza. ¿Puede existir en el mundo una inconsecuencia más terrible? En tanto que no haya una propiedad legítimamente establecida (y nunca podrá haber ninguna) será muy difícil probar que el robo sea un crimen, porque lo que el robo altera de un lado, lo restablece por otro, y como la naturaleza no se interesa por uno más que por el otro, es totalmente imposible que pueda constatarse la ofensa a sus leyes favoreciendo a un lado más que a otro.

Por consiguiente, el débil tiene razón cuando, intentando recuperar sus posesiones usurpadas, ataca a propósito al fuerte y lo obliga a la restitución; la única falta que puede cometer es salirse del carácter de debilidad que le imprimió la naturaleza: ella lo creó para ser esclavo y pobre, y su falta está en no querer someterse a esto; y el fuerte, sin esta falta, puesto que conserva su carácter y no actúa más que, de acuerdo con él, tiene razón igualmente cuando intenta despojar al débil y gozar a sus expensas. Ahora, que ambos examinen por un momento dentro de sí mismos: el débil sentirá un pequeño combate cuando se decida a atacar al fuerte, cualesquiera que sean sus derechos; y esta resistencia a satisfacerse procede de que quiere sobrepasar las leyes de la naturaleza revistiéndose con un carácter que no es el suyo; por el contrario, el fuerte, al despojar al débil, es decir, al gozar de todos los derechos que ha recibido de la naturaleza, al darles toda la extensión posible, goza en razón de la mayor o menor extensión. Cuanto más atroz es la lesión que hace al débil, más voluptuosamente excitado es; la injusticia lo deleita, goza con las lágrimas que su opresión arranca al infortunado; cuanto más lo aplasta, más lo oprime,

más feliz es, porque entonces está haciendo un gran uso de los dones que ha recibido de la naturaleza, porque el uso de estos dones se convierte en una necesidad, y, por consiguiente, en voluptuosidad. Por otra parte, este goce necesario, que nace de la comparación que hace el hombre feliz entre él y el desgraciado, este goce ciertamente delicioso no aparece nunca mejor ante el hombre afortunado que cuando la desgracia que produce es completa. Cuanto más pisotea a este desgraciado, más grande es la comparación, y por consiguiente, más alimenta su voluptuosidad. Por lo tanto, hay dos placeres muy reales en las extorsiones sobre el débil: el aumento que consigue de sus fondos materiales, y el goce moral de las comparaciones, que se hacen más voluptuosas cuanto más debilitan sus lesiones al infortunado. Por lo tanto, que saquee, que queme, que robe, que no deje a ese desgraciado más que el soplo que debe prolongar una vida cuya existencia necesita el opresor para establecer sus leyes de comparación: todo lo que haga estará en la naturaleza, todo lo que invente no será más que el uso de las fuerzas activas que ha recibido de ella, y cuanto más ejerza sus fuerzas, más se dará cuenta de su placer, mejor utilizará sus facultades, y, por consiguiente, mejor habrá servido a la naturaleza.

Permitidme, queridas muchachas -prosiguió Dorval-, que apoye mis razonamientos con algunos ejemplos; ambas habéis recibido una educación que os permitirá que no os asombréis.

El robo está autorizado en Abisinia, hasta tal punto que el jefe de los ladrones compra su carga y el derecho de gozar de él tranquilamente.

Esta misma acción se aconseja entre los coriaces; sólo con ella se honran.

Entre los Tohukichi, una muchacha no puede casarse hasta que ha realizado este oficio.

Entre los Mingrelianos, el robo es una señal de habilidad y valentía; se enorgullecen públicamente de sus hermosas acciones en este oficio.

Nuestros modernos viajeros lo encontraron en vigor en la isla de Otaití.

El de pillo es un oficio honroso en Sicilia.

Francia no era más que una vasta guarida de ladrones bajo el régimen feudal: sólo la forma ha cambiado, los efectos son los mismos. Ya no con los grandes vasallos los que roban, sino los robauus; y la nobleza, al perder sus derechos, se ha convertido en la esclava de los reyes que la subyugan (13).

(13) La igualdad prescrita por la Revolución no es más que la venganza del débil sobre el fuerte: es lo que se hacía antiguamente en sentido inverso; pero esta reacción es justa, es preciso que cada uno tenga su turno. Todo cambiará una vez más, porque nada es estable en la naturaleza, y porque los gobiernos dirigidos por hombres deben ser móviles como ellos.

El famoso ladrón sir Edwin Cameron resistió a Cromwell durante mucho tiempo.

El ilustre MacGregor hizo una ciencia del robo; enviaba a sus acólitos a las tierras vecinas, cobraba por la fuerza la renta debida por los granjeros y los liberaba en nombre de los propietarios.

Podéis estar seguras de que no hay ninguna forma de apropiarse del bien del prójimo que no sea legítima. El engaño, la maña o la fuerza no son más que medios buenos para

llegar a un fin permitido; el objeto del débil es igualar a la fortuna; el del fuerte obtener y despojar, no importa cómo, no importa a expensas de quién. Cuando las leyes de la naturaleza exigen un cambio total, ¿consultan con los afectados? Todas las acciones del hombre siguen las leyes de la naturaleza, porque todas las acciones humanas no son más que resultado de las leyes de la naturaleza, lo cual debe tranquilizar al hombre e impulsarlo a no asustarse de ninguna... a entregarse en paz a todas, de cualquier tipo y especie que sean. Nada se hace sin necesidad, y todo es necesario en el mundo; ahora bien, la necesidad lo excusa todo; y desde el momento en que una acción se demuestra necesaria, no puede ser considerada infame.

Un hijo del famoso Cameron, del que acabo de hablaros, perfeccionó el sistema del robo: el jefe daba sus órdenes, se le obedecía ciegamente, y todos los robos eran depositados en almacenes generales, para a continuación ser repartidos con la mayor justicia.

Las grandes hazañas de robos pasaban en otro tiempo por heroísmo; se conseguían demostraciones de honor. Dos famosos ladrones tomaron al Pretendiente bajo su protección; iban a robar para distraerle.

Cuando un ilinois comete un robo, se le absuelve dando al juez la mitad de la suma sustraída, y no se piensa que pueda ser castigado de otra forma.

Hay países donde se castiga el robo con la ley del talión: se despoja al ladrón, y se le deja ir. Por muy suave que parezca esta ley en este caso, hay otros en los que sus efectos son atroces, y quiero haceros ver su iniquidad. Esta pequeña demostración no estará fuera de lugar: una sola reflexión muy simple os hará ver la injusticia del talión. Enseguida volveremos a nuestra disertación.

Supongamos que Pedro insulta y maltrata a Pablo; en razón de esto, por la ley del talión, se devuelve a Pedro todo lo que ha hecho a Pablo. Es una injusticia que clama al cielo; porque cuando Pedro hizo a Pablo la injuria de que tratamos, tenía motivos que, de acuerdo con todas las leyes de la equidad natural, disminuyen de alguna manera la atrocidad de su crimen; pero cuando lo castigáis con el mismo tipo de tratamiento que ha hecho sentir a Pablo, no tenéis la misma razón que él, y sin embargo lo tratáis igual de mal. De esta forma, tenemos aquí una gran diferencia entre él y vosotros: él ha cometido una atrocidad basada en motivos, y vosotros, vosotros cometéis la misma atrocidad sin motivo (14). Esta exposición basta para que veáis toda la injusticia de una ley que los estúpidos encuentran tan hermosa. Prosigamos.

(14) La pereza y la imbecilidad de los legisladores les hicieron imaginar la ley del talión. Era mucho más sencillo decir: *Hagámosle lo que ha hecho*, que dar una pena equitativa a la ofensa. Se necesita infinita inteligencia para este último procedimiento, y más allá de tres o cuatro que me citan en Francia, desde hace ochocientos años, no conozco más que un sólo realizador de leyes que haya tenido solamente sentido común.

Hubo un tiempo en que los señores alemanes tenían entre sus derechos el de robar en los caminos principales. Este derecho se remonta a las primeras instituciones de las sociedades, cuando el hombre libre o vagabundo se alimentaba, como los pájaros, de todo lo que podía sustraer; entonces era el hijo de la naturaleza, hoy es el esclavo de los prejuicios absurdos, de las leyes atroces y de las religiones imbéciles. Todos los bienes, dice el débil, fueron repartidos por igual sobre la superficie de la tierra. Sea: pero la naturale-

za, al crear a fuertes y débiles, indicó suficientemente que ella no destinaba bienes más que al más fuerte, y que el otro no podría gozar de ellos más que sometiéndose al despotismo y al capricho del más poderoso. A éste le inspira que robe al débil para enriquecerse; y al débil, que robe al fuerte para realizar la igualdad; y esto, de la misma forma que aconseja al pájaro que robe la semilla del labrador, al lobo que devore el cordero; a la araña que teja su tela. Todo es robo, todo es extorsión en la naturaleza; el deseo de apoderarse del bien del prójimo es la primera... la pasión más legítima que hemos recibido de ella. Son las primeras leyes que su mano graba en nosotros, es la primera inclinación de todos los seres, y, sin duda alguna, la más agradable.

El robo era un honor en Lacedemonia. Licurgo hizo de él una ley; decía este gran hombre que hacía a los espartanos, ligeros, hábiles, valientes y ágiles. Todavía es un honor entre los filipinos.

Los germanos lo consideraban como un ejercicio que convenía a la juventud; había fiestas en las que los romanos lo permitían; los egipcios lo incluían en la educación; los americanos están entregados a él; en Africa, es norma general; más allá de los Alpes, apenas si es castigado.

Nerón salía todas las noches de su palacio para robar; al día siguiente, los efectos que había sustraído la víspera eran vendidos en las plazas públicas, y en beneficio suyo.

El presidente Rieux, hijo de Samuel Bernard y padre de Boulainvilliers, robaba por inclinación y con las mismas consideraciones que nosotros; atacaba a los transeúntes en el Pont-Neuf y les robaba pistola en mano. Envidioso de un reloj que vio a un amigo de su padre, lo esperó una noche, cuando este amigo volvía de cenar en casa de Samuel; lo roba; el amigo vuelve a la casa del padre, se queja, da el nombre del culpable; Samuel asegura que eso es imposible, jura que su hijo está en la cama; se verifica: Rieux no está en su casa. Vuelve poco después; lo esperaban, lo convencen, es cubierto de reproches, confiesa todos sus otros robos, promete corregirse y lo hace: poco después, Rieux se convierte en un poderoso magistrado (15).

(15) El padre de Enrique IV tenía el mismo gusto.

Nada más sencillo de concebir que el robo como libertinaje: produce un necesario choque en los nervios, y de ahí nace la inflamación que lleva a la lubricidad. Todos aquellos que como yo, y sin ninguna necesidad, han robado por libertinaje, conocen este secreto placer; también se puede sentir haciendo trampas en el juego. El conde de X experimentaba una gran excitación: lo he visto teniendo que estafar cien luises a un joven, en el juego de los cientos, porque tenía ganas de fornicárselo y sólo podía obtener la erección robando. Se empieza la partida, el conde roba, se excita, sodomiza al joven, pero se abstiene de devolverle el dinero.

Con los mismos principios, Argafond roba indiferentemente todo lo que cae en sus manos. Puso una casa de libertinaje donde hacía despojar con todo descaro, en su provecho, a todos aquellos que podía atraer a su serrallo las encantadoras criaturas que lo habitaban.

¿Quién roba más que nuestros hombres de finanzas? ¿Queréis un ejemplo sacado del siglo pasado?

Francia poseía novecientos millones de capital; al final del reinado de Luis XIV, el pueblo pagaba setecientos cincuenta millones de impuestos al año, y en los cofres del rey no entraban más que doscientos cincuenta millones: ¡quinientos millones robados! ¿Creéis que la conciencia de estos grandes ladrones se inquietaba por el robo?

-¡Y bien! -respondí a Dorval-, ya conozco todos vuestros modelos, me gustan vuestros razonamientos, pero confieso que no comprendo cómo un hombre rico como vos, por ejemplo, puede encontrar placer en el robo.

-Porque el choque voluptuoso de esta lesión en la masa de los nervios, a partir del cual surge la erección, según he comprobado -me respondió Dorval-, no es menos intenso por el hecho de ser rico; porque, rico o no, estoy construido igual que los otros hombres. Por otra parte, según yo, sólo tengo lo necesario, y no es lo necesario lo que hace rico, sino lo superfluo; nadie es rico, nadie es feliz más que con lo superfluo; y mis robos me lo proporcionan. No es por la satisfacción de las primeras necesidades por lo que somos felices, sino por el poder de contentar todas nuestras fantasías; aquel que sólo tiene lo que le hace falta para sus necesidades no puede llamarse feliz, es pobre.

Se acercaba la noche; Dorval todavía nos necesitaba; tenía que hacernos probar nuevos detalles lúbricos, que exigían descanso, silencio y tranquilidad.

-Que metan a esos dos alemanes en un coche -dice a uno de los suyos, acostumbrado a servirle en circunstancias semejantes-; estoy seguro de que no se despertarán; dejadles en alguna calle alejada, desnudos: será de ellos lo que Dios quiera.

-¡Oh, señor! dije-, ¡qué crueldad!

-¿Y qué importa?, me siento satisfecho y es todo lo que esperaba de ellos; ya no los necesito, y que sea de ellos lo que sea; existe una Providencia para todo esto: si la naturaleza los necesita, los conservará; si no tiene nada que hacer con ellos, perecerán.

-Pero sois vos quien los exponéis.

-Satisfago la primera parte de las intenciones de la naturaleza, su mano poderosa cumplirá el resto; que se vayan, tienen suerte de que no haga algo peor; quizás debiese hacerlo.

La orden fue cumplida puntualmente; los dos alemanes no se habrían despertado, ni más ni menos que si estuviesen muertos; después supimos que los habían dejado en una calle apartada, cerca del bulevar nuevo, y conducidos al día siguiente a una comisaría de policía, de donde salieron en cuanto vieron que no podían arrojar ninguna luz sobre su extraña aventura.

En cuanto se fueron, Dorval nos entregó exactamente la cuarta parte que nos correspondía de lo que quitamos a esos dos individuos, y salió. Nos quedamos solas un momento, durante el cual Fatime me previno de que todavía nos quedaba por pasar una terrible escena de lujuria, que ella no sabía exactamente en qué consistía, pero que estaba segura, al menos, de que no nos sucedería ninguna desgracia... Apenas había acabado de hablar cuando apareció una vieja y nos ordenó con brusquedad que la siguiésemos; obedecimos; después de algunas vueltas por los corredores más altos de la casa, nos metió en una habitación oscura donde nos fue imposible ver nada hasta la llegada de Dorval.

Apareció casi enseguida, seguido por dos bribones de bigotes cuyo aspecto ya me hacía temblar; las velas que traían nos mostraron enseguida la singularidad de los muebles de la habitación en la que estábamos encerradas: al fondo de este cuarto se veía un cadalso, encima del cual había dos horcas y todos los instrumentos necesarios para la ejecución del suplicio de la horca.

-Señoritas -nos dice bruscamente Dorval-, van a recibir aquí el castigo por sus crímenes.

Y, sentándose en un enorme sillón, ordena a sus dos acólitos que nos desvistan de los pies a la cabeza, sin dejarnos ni siquiera medias, zapatos, ni tocados. Llevan los vestidos a sus pies, los registra, nos quita todo el dinero que encuentra; después, haciendo un paquete con el resto, lo tira por una ventana.

-Estas zorras dice con tono flemático no necesitan ya esos harapos. Pronto lo único que les hará falta será un ataúd, y ya tengo dos preparados.

En efecto, uno de los agentes de Dorval los saca de debajo del patíbulo y nos los enseña.

-Aunque ambas estéis plenamente convencidas -dice Dorval- de haber despojado esta mañana en mi casa, *con toda maldad*, a esos dos honrados individuos de sus joyas y su oro, no por eso deo de conminaron a que me digáis la verdad: ¿sois o no culpables de esta atrocidad? -Somos culpables, señor --respondió Fatime; pues en lo que a mí respecta, totalmente exaltada, empezaba a perder la cabeza.

-Ya que confesáis vuestro crimen -respondió Dorval- es inútil cualquier formalidad; sin embargo, necesito una confesión completa. ¿No es cierto, Juliette -prosiguió el traidor, obligándome de esta forma a responder-, no es cierto que los dejasteis morir al arrojarlos inhumanamente por la noche en medio de la calle?

-Señor, fuisteis vos... Después, reponiéndome:

-Sí, señor, también somos nosotras las culpables de ese crimen.

-¡Vamos! dice bruscamente Dorval-, sólo me queda pronunciarme; escuchad vuestra sentencia de rodillas.

Nos pusimos así; entonces, me di cuenta del efecto que producía en este libertino la escena de horror. Obligado a dar salida a un miembro que su calzoncillo ya no podía contener, nos parecía, al dejarlo que se elevase en el aire, uno de esos jóvenes arbustos desgajados del tronco que se inclina por un momento sobre el suelo.

-¡Vamos, putas! dice mientras se excita-, vais a ser colgadas... ¡vais a ser estranguladas! Rose Fatime y Claudine Juliette son condenadas a muerte por haber vi llanamente... odiosamente robado y despojado, después expuesto a morir en medio de la calle, a dos individuos en la casa del Sr. Dorval: en consecuencia, la justicia ordena que la sentencia sea ejecutada al instante.

Nos levantamos, y a la señal de uno de sus alguaciles, nos acercamos primero una y después otra. Estaba completamente excitado; cogimos su miembro; juró y nos amenazó; sus manos se perdían indiferentemente por todas las partes de nuestro cuerpo y mezclaba sus amenazas con burlas.

-¡Qué cruel soy -decía- entregando tan hermosas carnes a la putrefacción! Pero no hay que esperar ninguna gracia, la sentencia está pronunciada, hay que sufrir la; estos terribles coños serán la presa de los gusanos... ¡oh!, ¡rediós, cuántos placeres!

Y, a un gesto suyo, los dos esbirros que tenía a sus órdenes se apoderaron de Fatime, mientras yo seguía excitándolo. En un minuto, los dos criminales la atan; pero todo estaba dispuesto de forma que la víctima, cayendo sobre un colchón en el suelo, no permaneciese colgada ni un segundo. Vinieron a cogerme; yo temblaba, el miedo me impedía ver: sólo había visto del suplicio de Fatime lo que debía aterrorizarme; el resto se me había escapado, y sólo después de mi propia experiencia reconocí el escaso peligro que corría al sufrir esta singular fantasía. Así pues, me lancé, totalmente aterrorizada, en brazos de Dorval cuando vinieron a cogerme: esta resistencia lo inflamó; me mordió en el costado con tal fuerza que sus dientes dejaron una huella durante dos meses. Sin embargo, me arrastran, y pronto estoy en la misma situación que Fatime. Dorval se acerca. En cuanto caigo al suelo, exclama:

-¡Oh!, ¡santo Dios!, ¿es que no están muertas las zorras?

-Perdonad, señor -responde uno de los suyos-, está hecho, no respiran ya.

Este es el momento del desenlace de la tenebrosa pasión de Dorval; se lanza sobre Fatime, quien se guarda muy bien de moverse, la encoña con su miembro furioso, y, después de unos brincos, cae sobre mí, encontrándome en la misma inmovilidad; introduce, jurando, su miembro hasta el fondo de mi vagina, y allí descarga con síntomas de placer que tienen más de furor que de voluptuosidad.

Fuese vergüenza, fuese desagrado, no volvimos a ver a Dorval. En cuanto a los criados, habían desaparecido en cuanto su dueño se lanzó sobre el patíbulo para so meternos a su frenesí. La misma vieja que nos había traído vino a liberarnos; nos cuidó, pero nos anunció que no nos devolverían absolutamente nada de lo que nos habían quitado.

-Os conduciré completamente desnudas -prosiguió la vieja- a casa de Mme. Duvergier; le presentaréis vuestras quejas, las solucionará: marchémonos, es tarde, tenemos que llegar antes de que empiece el día.

Furiosa por el procedimiento, pido hablar con Dorval: me lo niegan, aunque estoy segura de que el cachondo nos estaba mirando por un agujero. Así pues, tuvimos que irnos lo más rápidamente posible; un coche nos esperaba, subimos a él, y, en menos de cinco cuartos de hora, nos encontrábamos desnudas en casa de nuestra matrona.

Mme. Duvergier no estaba levantada. Nos retiramos a nuestras habitaciones, donde encontramos cada una diez luises y un deshabillé completo, muy por encima del valor de los que habíamos perdido.

-No hablemos de nada -me dice Fatime-; estamos contentas, es inútil que la Duvergier se entere. Te lo he dicho, Juliette, todo esto sucede a sus espaldas, y desde el momento en que no tenemos nada que repartir con ella, no es necesario hablarle de lo ocurrido. Querida -continuó Fatime-, acabas de sufrir un pequeño daño y de recibir una gran lección: que lo uno te consuele de lo otro. Con lo que acabas de aprender en casa de Dorval, estás en condiciones ahora para que todas las partidas que hagas te reporten, con tu habilidad, el triple y el cuádruple de lo que significarían para cualquier otra.

-Realmente -digo a mi compañera- no sé si me atreveré si nadie me sostiene.

-Serías muy tonta si no lo hicieses -respondió Fatime-; nunca olvides la moral y los consejos de Dorval; la igualdad, querida mía, es mi única ley; y allí donde la fortuna no la establece, le corresponde a nuestra habilidad suplirla.

-Juliette -me dice Mme. Duvergier tres o cuatro días después de esta aventura-, vuestras desfloraciones naturales ya están más o menos hechas: ahora es preciso, niña mía, que me reportéis por detrás dos o tres veces más de lo que me habéis reportado por delante. Espero que no seréis escrupulosa a este respecto, y que, siguiendo el ejemplo de algunas imbéciles que tuve en mi casa, no me digáis que el crimen que halláis en esta forma de entregaros a los hombres os impide satisfacerme. Sabed, hija mía, que es la misma cosa: una mujer es mujer en cualquier parte de su cuerpo; no actúa peor prestando su culo que su coño, su boca que su mano, sus muslos que sus axilas; todo esto es indiferente, ángel mío; lo esencial es ganar oro, no importa cómo. ¡Cuán extravagantes son los que se atreven a decir que la sodomía es un crimen que daña a la población! Esto es absolutamente falso: siempre habrá suficientes hombres en la tierra, cualesquiera que puedan ser los progresos de la sodomía. Pero supongamos por un momento que la población se resintiese, ¿acaso no sería la naturaleza a la que habría que quejarse, puesto que de ella han recibido los hombres inclinados a esta pasión no sólo el gusto y la inclinación que los arrastra a ella, sino incluso la falta de organización o de constitución que les hace inhábiles para los placeres ordinarios de nuestro sexo? ¿Acaso no es ella la que nos pone en el estado de no poder ofrecer verdaderos placeres a los hombres, cuando hemos satisfecho durante mucho tiempo esta pretendida ley de población? Ahora bien, si, por un lado, su mano pone al hombre en la imposibilidad de gustar placeres legítimos, y, por otro lado, constituye a la mujer de una forma absolutamente opuesta a la necesaria para gustarlos, me parece que está muy claro que los ridículos ultrajes -que pretenden los estúpidos que se cometen buscando placeres en otras cosas que no sean las mujeres, o con ellas en el sentido contrario- no son más que inspiraciones de esa misma naturaleza, que gustosamente concede una mínima compensación por las penas impuestas por sus primeras leyes, o que se ve obligada quizás a poner un freno a una población cuya demasiada abundancia sólo tendría como consecuencia perjudicarla. Y esta segunda idea se nos muestra todavía mejor en el plazo que ha prescrito a las mujeres para engendrar. ¿Por qué tales frenos si esa constante población fuese tan necesaria como creen algunos?, y si ha puesto sus límites en este sentido, ¿por qué no habría de ponerlos en el otro, inspirando al hombre o pasiones diferentes o desagrado, que, una vez el deber cumplido, lo obligan a liberarse de un germen con el que la naturaleza ya no tiene nada que hacer? Y sin necesidad de tantos razonamientos, contentémonos con apelar a la sensación misma, y podemos estar seguras de que allí donde sea más sensual, es donde la naturaleza quiere ser servida. Ahora bien, puedes estar segura, Juliette (¡y a quién se lo decía!), hija mía, puedes estar segura de que hay infinitamente más placer en entregarse de esta forma que de la otra; las mujeres voluptuosas que lo han probado no pueden volver ya a la vía ordinaria: todas te dirán lo mismo que yo. Por lo tanto, hija mía, inténtalo por los intereses de tu bolsa y por los de tu voluptuosidad; pues puedes estar segura de que los hombres pagan esta fantasía mucho más cara que los goces comunes, y si yo tengo treinta mil libras de renta hoy, puedo decir que las tres cuartas partes las he ganado entregando culos. Los coños ya no valen nada, muchacha, la gente está cansada de ellos, nadie los quiere, y yo renunciaría

ahora mismo a este oficio si no encontrase mujeres dispuestas a esta esencial complacencia.

Mañana por la mañana, corazón mío -prosiguió esta insigne alcahueta-, entrego tu virginidad masculina al viejo arzobispo de Lyon, que me lo paga a cincuenta luisas. Dios te guarde de oponer ninguna resistencia a los deseos exaltados de este buen prelado: se desmayaría tan pronto como se te ocurriese oponerte a ellos. Y deberás las pruebas de su virilidad a tu sumisión antes que a tus encantos, y si el viejo déspota no encuentra una esclava en ti, sólo será un autómeta.

Perfectamente aleccionada sobre el papel que debía cumplir, llego al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, a la abadía de Saint-Victor, donde se hospedaba el prelado cuando venía de viaje a París; el santo hombre me esperaba en la cama:

-Madame Lacroix -dice a una mujer muy hermosa, de unos treinta años, y que me pareció que sólo estaba allí para servir de tercero en las escenas lúbricas del prelado-, acercadme a esta muchachita, para que la vea... No está mal, ciertamente: ¿y qué edad tenéis, angelito? -Quince años y medio, monseñor.

-Vamos, madame Lacroix, desnudadla y no descuidéis ninguna de las precauciones que sabéis.

En cuanto estuve desnuda me fue fácil adivinar cuál era el objeto de tales precauciones. El devoto sectario de Sodoma, sintiendo una terrible aprensión a que los atractivos anteriores de una mujer turbasen su ilusión, exigía que se velasen estos atractivos con tal rigor que ni siquiera pudiese sospecharlos. En efecto, Mme. Lacroix los empaquetó tan bien que no se veía la menor huella. Cumplido este deber, la complaciente criatura me lleva hasta la cama de monseñor.

-El culo, madame -dice a la Lacroix-, el culo y nada más que el culo, os conjuro... tened cuidado. ¿Habéis tenido cuidado?...

-Sí, sí, monseñor, y Vuestra Eminencia puede ver que al exponerle la parte que desea, ofrezco a su libertino homenaje el más bonito culo virgen que se pueda besar.

-Sí, en efecto -dice monseñor-, está bastante bien torneado; veamos que lo acaricie.

Y ayudada por su amiga para mantenerme en la elevación necesaria para que el querido obispo pueda besar ampliamente mis nalgas, las soba y las devora por todas partes durante más de un cuarto de hora. No olvidó la caricia favorita de la gente con tal gusto, quiero decir la introducción de la lengua en lo más profundo del ano; igualmente es característico el más marcado alejamiento de la parte vecina, hasta tal punto que habiéndose entreabierto el coño, me rechazó con tal aire de desdén y de disgusto que hubiese huido a veinte leguas de allí si hubiese sido dueña de mí misma. Durante este primer examen, la Lacroix se había desnudado. En cuanto estuvo desnuda, Monseñor se levantó.

-Hija mía me dice poniéndome sobre la cama en la postura necesaria para sus placeres-, espero que os habrán aconsejado que seáis dócil y complaciente.

-Me atrevo a aseguraros, monseñor --respondí con inocencia-, que no tendréis nada que reprocharme sobre esto.

- ¡Ah!, ¡bien, bien!, es que el menor rechazo me disgustaría infinitamente; y con el trabajo que me cuesta ponerme en tal estado, podéis imaginaros qué sería de mí si se alterase la obra por falta de sumisión. Vamos, madame Lacroix, humedeced el camino y tratad de conducir mi miembro con tal habilidad que una vez dentro nada pueda hacerlo salir, más que el desfallecimiento al que lo reducirá mi descarga.

Nada fue descuidado por el amable tercero. Monseñor no estaba demasiado provisto; una perfecta resignación por mi parte, unida a todos los cuidados tomados para hacer que la empresa tuviese éxito, la hizo llegar con prontitud a bien.

Ya estoy -dice el santo pastor-; por mi fe que hacía mucho tiempo que no jodía nada tan estrecho: ¡oh!, en cuanto a éste, garantizo su virginidad, lo juraría cuantas

veces quisieran... Vamos, colocaos, Lacroix, colocaos, porque siento que mi esperma eyaculará pronto en este hermoso culo.

A esta señal, Mme. Lacroix toca el timbre; llega una segunda mujer, a da que no tuve demasiado tiempo de examinar; con el brazo desnudo, armada con un gran puñado de vergas, se pone a trabajar sobre el culo pontifical mientras que la Lacroix, tumbándose sobre mis riñones, viene a ofrecer su trasero a los lúbricos besos del sodomita que, prontamente vencido por el conjunto de acciones libidinosas, vierte con profusión en mi ano un bálsamo cuya eyaculación sólo debe a los vigorosos golpes que de desgarran el trasero.

Todo acabó: monseñor, excitado, se vuelve a acostar; de preparan su chocolate; y el ama de llaves, vestida de nuevo, me pone en manos de la azotadora, quien, una vez que me ha dado dos luses para mí, además de dos cincuenta que ya llevaba, me embarca en un coche, al que da la orden de que me conduzca a casa de da Duvergier.

Al día siguiente, en la casa, me muestran un hombre de alrededor de cincuenta años, con un rostro sombrío y pálido que no anunciaba nada bueno.

-Abstente de rechazar a éste me dice la Duvergier introduciéndome en la habitación donde lo había recibido-; es uno de mis mejores clientes, y me causarías un perjuicio irremediable si te niegas a él.

Después de algunos preliminares, siempre dirigidos por los gustos predilectos de este sectario de Sodoma, me pone boca abajo sobre la cama y se dispone a sodomizarme. Sus manos ya separaban mis dos nalgas, el tipo se extasía ya ante el pequeño agujero, cuando, sorprendida por el gran cuidado que pone en ocultarse, y como poseída por una especie de presentimiento, me vuelvo con prontitud... ¡Qué veo, gran Dios!... Un miembro cubierto de pústulas... de verrugas... de chancros, etc., síntomas abominables, y por desgracia demasiado reales, de la enfermedad venérea que corroe a este villano.

-¡Oh!, ¡señor! ¡exclamé-, ¿estáis loco queriendo gozar de una mujer en el estado en que estáis? ¿Queréis perderme para toda la vida?

-¡Cómo! dice el bandido intentando cogerme por da fuerza-; pero he arreglado ya todo; tu patrona sabe muy bien mi estado; ¿pagaría a das mujeres tan caro si no fuese por el placer de comunicarles mi veneno? Esta es mi única pasión, la única causa por da que no me hago curar.

-¡Oh!, ¡señor!, es una infamia en da queme guardaré de tomar parte.

Y volando a llamar a Madame, podéis juzgar da calidad de los reproches que de dirigí. Por las señas que hacía a este hombre, vi el deseo que tenía de que yo no supiese nada; pero ya era demasiado tarde.

-No arreglaréis nada, señora --dije montada en cólera--; estoy al tanto de todo; es vergonzoso que hayáis querido sacrificarme. No importa, no os comprometeré; únicamente daos prisa en sustituirme, y permitid que me retire.

La alcahueta no se atrevió a oponerse; pero el hombre, que me devoraba ya, no podía resignarse ad cambio: el villano había jurado mi perdición; y sólo con gran trabajo se decidió a envenenar a otra. Sin embargo, todo se arregló: apareció otra chica; yo salí. Era una pequeña novicia de trece años, a quien este libertino encontró digna de compensarle. Le vendaron dos ojos; no dudó de nada, y, ocho días después, hubo que llevarla ad hospital, adonde fue este criminal a verla sufrir. Este era todo su goce: no conocía, me dice la Duvergier, otro mas delicioso en el mundo.

Otros quince o dieciséis de da misma calaña, pero sanos y bien plantados, pasaron por mi cuerpo en un mes, con más o menos episodios extraños, cuando fui enviada a casa de un hombre cuyos detalles en el acto de la sodomía son suficientemente extraños como para ser contados. Cuál no será vuestro interés, por otra parte, cuando sepáis que este hombre es Noirceuil, que acaba de dejarnos durante los pocos días que debe durar la narración de aventuras demasiado conocidas para él para que necesite oírlas una vez más.

Por un exceso de libertinaje inconcebible, y muy digno del hombre encantador con el que voy a entreteneros, Noirceuil quería que su mujer fuese el testigo de su libertinaje, que le sirviese y se prestase a su vez. Tened en cuenta que me seguían creyendo virgen, y que Noirceuil sólo deseaba a muchachas vírgenes, al menos en esta parte de su cuerpo.

Mme. de Noirceuil era una mujer muy bonita de veinte años a lo sumo. Entregada a su joven esposo, ya entonces con alrededor de cuarenta años y de un libertinaje desenfrenado, os dejo pensar todo lo que había sufrido esta interesante criatura desde que era la esclava de tal libertino. Ambos estaban en el cuarto donde me recibieron. Apenas entré, tocaron un timbre, y aparecieron en seguida dos muchachos de diecisiete a dieciocho años casi desnudos.

-Se dice, corazón mío, que tenéis el culo más hermoso del mundo -me manifiesta Noirceuil en cuanto su reunión estuvo hecha-. Señora -continuó, dirigiéndose a su esposa-, os exijo que me lo hagáis ver.

Realmente, señor --respondió esta pobre mujercilla muy vergonzosa-, exigís cada cosa...

Muy sencillas, señora; y ya deberíais estar acostumbrada, dado el tiempo que hace que las realizáis: doy a vuestros deberes hacia mí una gran amplitud, y me sor prende mucho que todavía no hayáis hecho ninguna objeción a esto.

-¡Oh!, ¡ni la haré nunca!

-¡Por Dios!, ¡tanto peor para vos!, cuando hay obligación de algo, vale cien veces más prestarse a ello de buena gana, que sentir cada día un suplicio. Vamos, señora, ¡desvestid a esta pequeña!

Sufriendo por aquella pobre dama, iba a quitarme yo misma mis vestidos para ahorrarle el trabajo que querían darle, cuando Noirceuil, impidiéndomelo, trató tan bruscamente a su esposa que no tuvo más remedio que obedecerlo. Durante estos preliminares, Noirceuil se hacía besar por estos dos jóvenes, y los excitaba a su vez con cada una de sus manos; uno le excitaba el agujero del culo, el otro el miembro. En cuanto estuve desnuda, Mme. de Noirceuil, siguiendo las órdenes de su marido, le presentó mis nalgas para que las besase, lo que el zorro hizo con los más lúbricos pormenores; y también por orden suya, los dos muchachos están pronto en el mismo estado que yo... ayudado siempre por las manos de su dócil esposa, quien, una vez acabados todos sus servicios, se pone desnuda igual que nosotros. Noirceuil, desnudo igualmente, se encuentra así en medio de dos mujeres bonitas y de dos hermosos muchachos. Indiferente a ambos sexos, sólo desea un altar, el mismo en todos, donde recibir los primeros homenajes de su lujuria; y creo que nunca unos traseros fueron tan lúbricamente besados. El tunante nos mezclaba y algunas veces ponía a un muchacho encima de una mujer para hacer mejor sus comparaciones. Por fin, excitado suficientemente, ordena a su esposa que me tumbe boca abajo sobre el canapé del cuarto y que ella misma dirija su miembro a mi trasero, después de haber tomado la precaución de chuparlo para facilitar la introducción. Como sabéis, Noirceuil tiene un instrumento de siete pulgadas de ancho por once de largo; y por consiguiente, sólo con grandes dolores llegué a recibirlo: sin embargo, lo introdujo hasta los testículos, ayudado constantemente por su triste víctima. Al mismo tiempo, desaparecía en su culo el miembro de uno de nuestros acólitos. Entonces, el libertino, colocando a su mujer cerca de mí, y en la misma postura que yo estaba, exigió de ella que se sometiese a las mismas lubricidades que él se permitía sobre mi cuerpo. Quedaba un miembro libre: Noirceuil lo coge y, mientras me da por el culo, lo introduce en el delicado ano de su tierna mitad. Por un momento, ella intenta resistirse, pero su cruel esposo, doblándola con brazo firme, sabe obligarla a lo que espera de ella.

-Ya estoy satisfecho -dice, en cuanto todo estuvo en marcha-; soy fornicado, doy por el culo a una virgen, hago sodomizar a mi mujer: nada falta a mis fogosos deseos.

-¡Oh!, ¡señor! -dice gimiendo la honrada esposa de este libertino-, ¿pretendéis que me desespere?

-Mucho, señora, infinitamente en realidad; y confieso, con la franqueza que me conocéis, que gozaría mucho menos si os prestaseis de mejor gana.

-¡Hombre sin moral!

-¡Oh!, ¡sin fe, sin Dios, sin principios, sin religión, por último, hombre terrible! Seguid, seguid, señora, seguid insultándome: no os podéis imaginar el arte que tienen las injurias femeninas para precipitar mi descarga. ¡Ah!, ¡Juliette, manteneos, ya me corro!

Y el pícaro, fornicando, fornicado, viendo fornicar, me lanza, hasta el fondo de las entrañas, una lavativa cuyo uso estaba yo muy lejos de adivinar. Como todos habían descargado, se deshicieron los grupos; pero Noirceuil, constantemente tirano de su esposa,

Noirceuil que, para excitarse a nuevos placeres, siente ya la necesidad de una vejación, dice a su mujer que se prepare para lo que ella muy bien sabe...

-¡Y qué!, señor -responde esta infortunada-, ¿acaso repetiréis constantemente esa execrable porquería?

-Constantemente, señora; es esencial para mi lujuria. Y el infame, acostando a su esposa a lo largo del canapé, la obliga a recibir en su boca el semen que depositó en mi culo. Obligada a obedecer, suelto una andanada, no sin un cierto placer malvado en ver al vicio humillar tan cruelmente a la virtud; la desgraciada traga: creo que su marido la hubiese estrangulado si no lo hace.

Y con este ultraje, el cruel esposo encontró las fuerzas necesarias para cometer otros nuevos. Mme. de Noirceuil me sustituye y recibe alternativamente en su trasero el miembro de su marido y el de los dos muchachos. No os podéis imaginar la rapidez con que se sucedían estos tres libertinos en el hermoso culo que se les ofrecía, mientras manoseaban o besaban el mío. Por último, Noirceuil fornicó a sus muchachos, teniendo como perspectiva las nalgas de su mujer. Mientras sodomizaba al primero, nos obligó al que quedaba y a mí a que nos apoderásemos de cada una de las nalgas de su mujer y a que tratásemos con dureza los globos carnosos que ponía en nuestras manos, y cada vez que, en medio de estos episodios, descargaba en el ano de uno o de otro, la pobre criatura estaba obligada a recibir en su boca el semen que él había dejado.

Por último, se redoblaron las ignominias; Noirceuil prometió dos luises a aquel de los tres que vejase mejor a su desgraciada mujer: puñetazos, patadas, bofetadas, capones, nos estaba permitido emplear cualquier cosa; y el criminal, excitándonos, se masturbaba enfrente de la operación. No podéis imaginaros lo que inventamos los jóvenes y yo para atormentar a esa desgraciada; no la dejamos hasta que se desmayó. Entonces, acercándonos al inflamado Noirceuil, lo rodeamos con nuestros culos, y lo excitamos sobre el cuerpo maltratado de la infortunada víctima de su pasión. A continuación, Noirceuil me entregó a los dos jóvenes: mientras uno me fornicaba el culo, el otro me hacía chupar su miembro; algunas veces, entre uno y otro, o yo tenía los dos instrumentos en mi coño, o me poseía uno por delante y otro por detrás.

Recuerdo que estábamos así, cuando Noirceuil, no queriendo que yo tuviese una sola parte de mi cuerpo libre, vino a sumergir su miembro en mi boca para soltar en ella su última descarga, mientras que mi vagina y mi ano recibían la de los dos jóvenes; soltamos todos a la vez: nunca sentí tanto placer.

Noirceuil, a quien mi cuerpo y mis pequeñas maldades habían complacido, me invitó a comer con sus dos jóvenes. Comimos en una sala encantadora, servidos únicamente por Mme. de Noirceuil, completamente desnuda, a quien su esposo prometió una escena más terrible que aquélla por la que acababa de pasar si no se aplicaba en su trabajo.

Noirceuil tiene inteligencia, lo sabéis; no hay nadie como él para razonar sus extravíos: quise aventurar algunos reproches sobre su conducta hacia su mujer.

-No hay nada tan injusto -le digo- como lo que hacéis pasar a esta pobre criatura...

-Sí, es muy injusto -respondió Noirceuil-, pero únicamente bajo la perspectiva de mi mujer: os respondo que, en cuanto a mí, nada hay tan equitativo como lo que hago con

ella, y la prueba de esto es que no hay nada en el mundo que me deleite tanto. Todas las pasiones tienen dos sentidos, Juliette: uno muy injusto, respecto a la víctima; otro singularmente justo, respecto al que la ejerce. Por muy injusto que sea este órgano de las pasiones respecto a las víctimas de tales pasiones, sin embargo, no es más que la voz de la naturaleza; sólo su mano es la que nos da estas pasiones; su energía es lo único que nos las inspira, y sin embargo, nos hacen cometer injusticias. Por consiguiente, hay injusticias necesarias en la naturaleza; y sus leyes, de las cuales sólo desconocemos los motivos, exigen una suma de vicios al menos igual a la de sus virtudes. El que no siente inclinación por la virtud, debe doblegarse ciegamente bajo la mano que lo tiraniza, seguro de que esta mano es la de la naturaleza, y de que él es el ser elegido por ella para mantener el equilibrio.

-Pero -digo a este insigne libertino- cuando se disipa el delirio, ¿no sentís algunos secretos impulsos de virtud... que, si los siguieseis, os conducirían infaliblemente al bien?

-Sí --me respondió Noirceuil-, siento algunas veces esos secretos impulsos, nacen algunas veces en la calma de las pasiones; y creo que puede explicarse de la siguiente manera.

¿Es realmente la virtud la que viene a combatir en mí al vicio?, y suponiendo que así sea, ¿debo entregarme a sus inspiraciones? Para resolver este problema, y resolverlo sin parcialidad, pongo a mi mente en un estado de tranquilidad bastante perfecto para que no me pueda acusar ninguno de los dos partidos de que lo he hecho inclinarse más que el otro, y a continuación me pregunto qué es la virtud. Si viese que su existencia tiene alguna realidad, analizaría esta existencia; y si me pareciese preferible a la del vicio, no hay duda de que la adoptaría. Así pues, al reflexionar, veo que se honra con el nombre de virtud todas las diferentes maneras de ser de una criatura por las que esta criatura, haciendo abstracción de sus placeres y de sus intereses, se entrega a la felicidad de la sociedad: de donde resulta que, para ser virtuoso, debo olvidar todo lo que me pertenece, para no ocuparme ya más que de lo que interesa a los otros; y esto con seres que ciertamente no harán otro tanto conmigo: pero, aunque lo hiciesen, ¿sería ésta una razón para que yo debiese actuar como ellos, si todas las disposiciones de mi ser se oponen en mí a esta forma de existir? Por otra parte, si se llama virtud a lo que es útil a la sociedad, concretizando la definición se dará el mismo nombre a lo que sea útil a sus propios intereses, de donde resulta que la virtud del individuo será con frecuencia todo lo contrario de la virtud de la sociedad; porque los intereses del individuo son casi siempre opuestos a los de la sociedad; de esta forma, no habrá nada positivo en ella, y la virtud, puramente arbitraria, no ofrecerá nada sólido. Si vuelvo a la causa del combate que siento cuando me inclino hacia el vicio, una vez convencido de que la virtud no tiene una existencia real, fácilmente descubriré que no es ella la que combate en mí, sino que esta débil voz que se hace oír por un momento no es más que la de la educación y del prejuicio. Una vez hecho esto, comparo los goces, provocho los de la virtud, y los saboreo en toda su extensión. ¡Qué falta de agitación, qué gélido!, no me emociona nada, no me conmueve nada; y, analizando con justicia, reconozco que todo el goce es para el que he servido, y que a mi vez no obtengo de él más que un frío reconocimiento. Pregunto: ¿esto es gozar? Sin embargo, ¡qué diferencia en el partido contrario! ¡Cómo se excitan mis sentidos, cómo se emocionan mis órganos! Sólo con acariciar la idea del extravío que proyecto, un efluvio divino circula por mis venas, una especie de fiebre me posee; el delirio en el que me sumerge esta idea derrama una deliciosa ilusión sobre todas las facetas de mi proyecto; lo

preparo, me deleita; examino todas sus ramas, me siento embriagado; ya no es la misma vida, ya no es la misma alma: mi espíritu está fundido con el placer, no respiro ya más que para la voluptuosidad.

-Señor -digo a este libertino, cuyos discursos tengo que confesar que me inflamaban extraordinariamente, y a los yo refutaba sólo para que se abriese más- ¡ah!, señor, negar una existencia a la virtud es, me parece, querer alcanzar la meta con demasiada rapidez, y exponerse quizás a no obtenerla, al deslizarnos por los principios que deben llevarnos a las consecuencias.

-¡Y bien! -respondió Noirceuil-, lo entiendo, pero razonemos con más orden. Tus reflexiones me demuestran que estás en disposición de comprenderme; me gusta hablar con gente parecida a ti.

En todos los acontecimientos de la vida -siguió Noirceuil- en todos aquéllos, al menos, que nos dejan la libertad de elección, sentimos dos impresiones, o si se prefiere, dos inspiraciones: una nos empuja a hacer lo que los hombres llaman la virtud, y la otra a preferir lo que llaman el vicio. La historia de este choque es lo que tenemos que analizar. Este flujo no existiría sin nuestras pasiones, dice el hombre honrado; son ellas las que se oponen a los movimientos de la virtud, siempre impresos en nuestras almas por la mano misma de la naturaleza: dominad vuestras pasiones y no se opondrán ya. Pero, ¿quién ha convencido a este hombre, que así me habla, de que las pasiones no son más que los efectos de los segundos movimientos, y que las virtudes son los efectos de los primeros?, ¿qué pruebas seguras podrá darme de su hipótesis? Para descubrir esta verdad, y para asegurarme a cuál de los dos sentimientos pertenece la prioridad que debe decidirme (pues es evidente que la primera de esas dos voces que me hable es a la que debo entregarme, como inspiración de la naturaleza, mientras que la segunda no es más que su corrupción), para reconocer, digo, esta prioridad, examino no las naciones individualmente, porque sus costumbres han podido desvirtuar sus virtudes, sino que observo la masa entera de la humanidad; estudio el corazón de los hombres, primero en su estado salvaje, después en su estado civilizado: éste es el libro que, con toda seguridad, va a enseñarme a quién tengo que preferir, si al vicio o a la virtud, y cuál de estas dos inspiraciones es prioritaria. Ahora bien, en este examen, descubro en primer lugar la constante oposición del interés individual al interés general: veo que si el hombre prefiere el interés general, y, por consiguiente, es virtuoso, será muy infortunado toda su vida, y que si, por el contrario, su interés individual le importa más que el interés general, será perfectamente feliz, si las leyes lo dejan en paz. Pero las leyes no están en la naturaleza: por tanto no deben tener importancia en nuestro examen, examen que, abstracción: hecha de las leyes, debe demostrarnos infaliblemente que el hombre es más feliz en el vicio que en la virtud, de donde concluiré que si la prioridad pertenece al in movimiento más fuerte, es decir, a aquél donde reside la felicidad, no hay ninguna duda de que este movimiento es el de la naturaleza, y el otro no es más que su corrupción; se demostrará que la virtud no es el sentimiento habitual del hombre, que es simplemente el sacrificio forzoso, que la obligación de vivir en sociedad lo obliga a hacer consideraciones cuya observación podrá revertirle una dosis de felicidad que contrarrestará las privaciones. De esta forma, le corresponde a él elegir: o la inspiración viciosa que, con toda seguridad, es la de la naturaleza, pero que, a causa de las leyes, quizás no pueda darle una felicidad completa... quizás pueda perturbar la que espera; o el mundo ficticio de la virtud, que de ningún modo es

natural, pero que al obligarle a algún sacrificio le reportará quizás una compensación por la cruel extinción de la primera inspiración que se ha visto obligado a hacer en su corazón. Y lo que a mis ojos deteriora todavía más el sentimiento de la virtud es que no solamente no es un primer movimiento natural, sino que además, por su propia definición, sólo es un movimiento vil e interesado, que parece decir: *Te doy para que tú me devuelvas*. Por lo que veis que el vicio es tan inherente a nosotros mismos, y es con tanta seguridad la primera ley de la naturaleza, que la más hermosa de todas las virtudes, analizada, sólo es puro egoísmo, y por consiguiente se convierte en vicio. Por lo tanto, todo es vicio en el hombre; el vicio es la única esencia de su naturaleza y de su organización. Es vicioso cuando prefiere su interés al de los otros; sigue siendo vicioso en el seno mismo de la virtud, ya que esta virtud, ese sacrificio de sus pasiones, no es en él más que un movimiento de orgullo, o el deseo de que revierta a él una dosis de felicidad más tranquila que la que le ofrece el camino del crimen. Pero siempre es su felicidad lo que busca, y nunca se ocupa más que de eso; es absurdo decir que hay una virtud desinteresada, cuyo objetivo sea hacer el bien sin motivo; esta virtud es una quimera. Estad seguros de que el hombre no practica la virtud más que por el bien que piensa obtener de ella, o por el reconocimiento que espera de ella. Que no se me objeten las virtudes del carácter: éstas son egoístas como las otras, ya que el que las practica no tiene más mérito que entregar su corazón al sentimiento que más le complace. Analizad cualquier hermosa acción, y veréis si no reconocéis siempre en ella algún motivo interesado. El vicioso trabaja con las mismas miras, pero con mucha más franqueza, y por esto mismo es más estimable; las lograría mucho mejor que su adversario, sin las leyes; pero estas leyes son odiosas, puesto que arrebatando parte de la suma de la felicidad individual para conservar la felicidad general, quitan infinitamente más de lo que dan. De esta definición podéis inducir ahora, como consecuencia, que puesto que la virtud no es en el hombre más que el segundo movimiento; que puesto que es incontestable que el primero que existe en él, abstracción hecha de cualquier otro, es el deseo de conseguir su felicidad, *sin importar a expensas de quién*; que puesto que el movimiento que combate o contraría las pasiones no es mas que un sentimiento pusilánime de comprar a mejor precio la misma felicidad, es decir, por un poco de sacrificio y por temor al cadalso; que puesto que la virtud sólo es un sometimiento a leyes que, al variar de clima a clima, no dejan a esta virtud una existencia determinada; sólo se puede sentir por esta virtud el odio y el desprecio más completo; y que si lo mejor que puede hacerse es determinarse a adoptar para el resto de nuestros días una manera de ser que no es más que el resultado de las leyes, de los prejuicios o de los caracteres, que sólo es vil e interesada, y cuya aceptación debe hacernos tan desgraciados que es imposible que el hombre obtenga su presa: entonces éste es el cálculo de un loco y sólo hay debilidad en entregarse a él.

Sé que algunas veces se dice en favor de la virtud: es tan hermosa que hasta el malvado se ve obligado a respetarla. Pero, Juliette, no te dejes engañar por este sofisma. Si el malvado respeta la virtud, es que le sirve, le es útil; no está en contradicción con él más que por la autoridad de las leyes, nunca por sus procedimientos materiales. Nunca es el hombre virtuoso el que perjudica las pasiones del hombre criminal: es el hombre vicioso, porque, al tener ambos los mismos intereses, ambos deben necesariamente perjudicarse y cruzarse en sus operaciones, mientras que el criminal con el hombre virtuoso no tiene nunca discusiones semejantes. Pueden muy bien no estar de acuerdo en los principios; pero no chocan entre sí, no se perjudican en sus acciones; las pasiones del malvado, al

contrario, al querer dominar imperiosamente, se encuentran a cada momento con las de su semejante, y sus discusiones deben ser eternas. Este homenaje que rinde el criminal a la virtud no es pues más que egoísta: no es al ídolo al que inciensa, es al reposo con el que le deja gozar. Pero a veces os dicen que el partidario de la virtud encuentra un goce en ella: de acuerdo; no hay ningún tipo de locura que no pueda proporcionar ese goce; no es el goce lo que yo niego, tan sólo sostengo que, en tanto que la virtud es goce, no solamente es viciosa, como he demostrado, sino que además es débil, y que entre dos goces viciosos yo debo decidirme por el más fuerte.

Sólo el grado de violencia con el que nos emocionamos caracteriza la esencia del placer. El que no es agitado por una pasión más que de una forma mediocre, no puede ser tan feliz como aquel que se siente vivamente agitado por una pasión fuerte: ahora bien, ¡qué diferencia entre los placeres que da la virtud y los procurados por el vicio! Aquel que pretende haber sentido alguna felicidad poniendo en manos de un heredero el *fideicomiso* de un millón que tenía a su cargo secretamente, ¿podrá sostener que esta porción de felicidad ha sido tan fuerte como la sentida por el que se haya apropiado del millón, después de haberse deshecho sordamente del heredero? Aunque la felicidad esté en nuestra forma de pensar, sólo mediante realidades inflama nuestra imaginación, y, por muy orgulloso de ella que se sienta nuestro honrado hombre, seguramente no habrá sentido tantas sensaciones excitantes como ha obtenido el otro con su millón mediante los goces reiterados. Pero el robo... pero el asesinato del heredero, habrán contrarrestado, diréis, su felicidad. De ninguna manera, si sus principios están firmemente asentados, todas estas cosas pueden perjudicar su felicidad en tanto que le causen remordimientos, pero el hombre asentado en su propia manera de pensar, el que haya llegado a vencer enteramente dentro de él esas reminiscencias molestas del pasado, gustará la felicidad sin ninguna mezcla, y la diferencia existente entre uno y otro consistirá en que el primero no podrá impedir decirse en algunos momentos de su vida: ¡Ah!, *¡si hubiese cogido ese millón, gozaría de él!*, mientras que el otro nunca dirá: *¿Por qué lo cogí?* De esta forma, la acción virtuosa podrá engendrar remordimientos, y la mala los apaga necesariamente por su constitución. En una palabra, la virtud nunca puede procurar más que una felicidad fantástica: sólo existe verdadera felicidad en los sentidos, y la virtud no deleita a ninguno. Por otra parte, ¿es a la virtud a quien se destinan los puestos, los honores, las riquezas?, ¿acaso no vemos todos los días al malvado colmado de prosperidad, y al hombre de bien languidecer en las cadenas? Contentarse con esperar a ver la virtud recompensada en el otro mundo es una quimera inadmisibles ya. Entonces, ¿de qué sirve el culto a una divinidad falsa... tiránica... egoísta, casi siempre viciosa ella misma (lo he demostrado ya) que no concede ningún bien a aquellos que la sirven actualmente, y que sólo promete para el porvenir imposibles o engaños? Por otra parte, es peligroso. querer ser virtuoso en un siglo corrompido; sólo esta particularidad perjudica la felicidad que podría esperarse de la virtud, y es absolutamente preferible ser vicioso con todo el mundo que ser un hombre honrado totalmente solo. "Hay tal distancia entre la forma en que se vive y la forma en que se debería vivir, que aquel que deja -dice Maquiavelo-, lo que se hace por lo que debería hacerse, busca su perdición más que su conservación, y, por consiguiente, es preciso que un hombre que hace gala de ser completamente bueno, entre tantos otros que no lo son, perezca tarde o temprano". Si los desgraciados tienen la virtud, no sigamos engañándonos respecto a su sentimiento: es que ya sólo pueden colocar su orgullo en este endeble goce; les consuela de las pérdidas que tienen, ése es su secreto.

Durante esta inteligente exposición, Mme. de Noirceuil y los muchachos se habían dormido.

-Qué imbéciles son estos seres -dice Noirceuil-; son las máquinas de nuestras voluptuosidades, y eso es demasiado poco para sentir nada. Tu espíritu más sutil, me capta, me entiende, me adivina; Juliette, lo veo, amas el mal.

-Mucho, señor ¡me trastorna la cabeza!

-Llegarás muy lejos, niña mía... te amo, quiero volver a verte.

-Me enorgullezco de vuestros sentimientos, señor; casi me atrevo a decir que los merezco, por la conformidad de los míos con los vuestros... Tuve una educación especial, una amiga mía formó mi espíritu en el convento. ¡Ay!, señor, mi nacimiento habría debido preservarme de la humillación en que me encuentro.

Y después de esto, conté mi historia a Noirceuil.

-Estoy desolado por todo lo que me decís, Juliette -me respondió Noirceuil después de haberme escuchado con la mayor atención.

-¿Y por qué?

-Porque conocí mucho a vuestro padre, soy la causa de su bancarrota, fui yo quien lo arruinó. Por un cierto tiempo fui dueño de su fortuna, podía duplicarla o hacerla pasar a mis manos; por una justa consecuencia de mis principios, me preferí a mí mismo a él; murió arruinado y yo tengo trescientas mil libras de renta. Después de vuestra confesión, debería reparar necesariamente con vos la adversidad en la que os han sumergido mis crímenes, pero esta acción sería un acto de virtud; no me entregaré a ella, porque siento horror por la virtud: esto pone eternas barreras entre nosotros, no me es posible volver a veros.

-Hombre execrable -exclamé-, aunque soy víctima de tus vicios, los amo... sí, adoro tus principios...

¡Oh, Juliette, si supieseis todo!

-No me dejéis ignorar nada.

-Vuestro padre... vuestra madre.

-¿Y bien?

-Su existencia podía traicionarme... Era preciso que los sacrificase; murieron, con escasa distancia de tiempo, de un bebedizo que les hice tomar en una comida en mi casa...

Un súbito escalofrío se apodera entonces de todo mi ser; pero enseguida, mirando a Noirceuil con esa flema apática de la criminal que, a pesar de mí, imprimía la naturaleza en el fondo de mi corazón:

¡Monstruo, vuelvo a repetírtelo -exclamé-, me causas horror y te amo!

-¿Al verdugo de tu familia?

-¿Y qué me importa? Lo juzgo todo por las sensaciones; aquellos de los que tus crímenes me separan no hacen nacer ninguna en mí, y la confesión que tú me haces de ese delito me enamora, me sumerge en un delirio del que no puedo ni hablar.

Encantadora criatura -me respondió Noirceuil-, tu ingenuidad, la franqueza de alma que me muestras, todo me decide a transgredir mis principios: te conservo, Juliette, te conservo, no volverás a casa de la Duvergier.

-Pero, señor... ¿vuestra mujer?

-Estará sometida a ti; reinarás en la casa; todo lo que la ocupa estará bajo tus órdenes; sólo a ti obedecerá. Este es el poder del crimen sobre mi alma: todo lo que lleva su huella se vuelve querido para mí. La naturaleza me ha hecho para amarlo; es preciso que aborreciendo la virtud caiga constantemente, a pesar de mí, a los pies del crimen y de la infamia. Ven, Juliette, me excito, ofrécame tu hermoso culo para que lo fornique; voy a morir de placer al pensar que hago víctima de mi lubricidad al descendiente de las de mi avaricia.

-¡Sí, fornícame, Noirceuil! Me gusta la idea de convertirme en la puta del verdugo de mis padres; haz correr mi flujo en lugar de mis lágrimas: este es el único homenaje que querría ofrecer a las aborrecidas cenizas de mi familia.

Despertamos a los acólitos; Noirceuil se hizo dar por el culo mientras me sodomizaba, y, habiendo puesto las nalgas de su mujer encima de mis riñones, se las mordió, se las pellizó, se las golpeó, y todo ello con tal fuerza que la pobre criatura tenía el culo todo magullado cuando Noirceuil perdió su semen.

Desde ese momento, me instalé en la casa. Noirceuil ni siquiera quiso dejarme volver a casa de la Duvergier a recoger mis trapos. Al día siguiente, me presentó a sus criados, a sus amigos, como una prima, y desde ese momento me encargué de hacer los honores en su casa.

Sin embargo, me fue imposible no sacar un momento para ir a ver de nuevo a mi antigua matrona. Estaba muy lejos del deseo de abandonarla por completo; pero, para sacar mejor partido de ella, no quería parecer que me insinuaba.

-Ven, ven, mi querida Juliette -me dice la Duvergier en cuanto me ve-, te esperaba impaciente, tengo mil cosas que contarte.

Nos encerramos en su habitación, y allí, después de haberme besado calurosamente, felicitado por la felicidad que acababa de tener por gustar a un hombre tan rico como Noirceuil, me dice:

Juliette, escúchame:

No sé qué idea tienes de tu nueva posición; pero si por desgracia te imaginas que tu calidad de muchacha mantenida te garantiza una fidelidad a toda prueba, y esto con un hombre que ve siete u ocho muchachas al año, ciertamente, ángel mío, estás en un grave error. Por muy rico que sea un hombre, y por mucho bien que nos haga, nunca le debemos ningún agradecimiento, porque él trabaja para sí mismo cuando nos colma de bienes. El oro con que nos cubre es únicamente el efecto o del orgullo que siente en tenernos para él solo, o de los celos que le hacen prodigar sus tesoros para que nadie comparta el

objeto de su amor. Pero yo te pregunto, Juliette, si las extravagancias de un hombre deben ser para nosotras motivos suficientes para servir su locura. Por el hecho de que un hombre deba sentirse herido al vernos en los brazos de otro, ¿se sigue de aquí que nosotras debamos forzarnos para no estar en ellos? Voy más lejos: aunque se ame furiosamente al hombre con el que se vive, aunque se sea su mujer, su dueña más querida, siempre será completamente absurdo imponernos cadenas. Se puede fornicar de todas las formas posibles sin que disminuyan en nada los sentimientos del corazón. Aunque se ame todos los días a un hombre hasta el exceso, esto no impide que se fornicar con otro: no es el corazón el que da el placer, sino el cuerpo. Los extravíos más desenfadados, más intensos del libertinaje, no disminuyen la delicadeza del amor. Por otra parte, ¿en qué consiste el mal que se hace a un hombre que se ultraja prostituyéndose a otro? Me confesarás que a todo lo más sólo es una lesión moral; no hay más que tomar las mayores precauciones para que nunca pueda saber la infidelidad de la que es objeto: desde ese momento, no puede ser herido. Digo más: una mujer muy buena que, sin embargo, diese pie a sospechas sobre ella, bien porque estas sospechas naciesen de la imprudencia, bien porque fuesen fruto de la mentira, por muy virtuosa que la creas, sería infinitamente más culpable frente al hombre que la ama, que aquella que, aunque se entregase de la mañana a la noche, tuviese el arte de ocultarlo a todas las miradas. Voy más lejos todavía: digo que una mujer, por muchas razones que tenga para tratar con miramientos a un hombre, para amarlo incluso, puede dar a otro su corazón y su cuerpo; incluso amando mucho a un hombre, puede amar también mucho al ser con el que se acuesta accidentalmente; entonces es una inconstancia, y, según yo, nada va tan bien con las grandes pasiones como la inconstancia. Hay dos formas de amar a un hombre: el amor moral y el amor físico. Una mujer puede idolatrar moralmente a su amante y esposo, y amar física y momentáneamente al joven que le hace la corte; puede entregarse a él sin ofender de ninguna manera los sentimientos morales debidos al primero: cualquier individuo de nuestro sexo que piense de diferente manera es una loca, que no trabaja más que para su infortunio. Por otra parte, ¿puede limitarse una mujer de carácter a las caricias de un solo hombre? Si es así, tenemos entonces a la naturaleza en perpetua oposición con vuestros pretendidos preceptos de constancia y fidelidad. Ahora bien, dime, por favor, qué peso puede tener a los ojos de un hombre sensato un sentimiento en constante contradicción con la naturaleza. Un hombre lo suficientemente ridículo como para exigir de una mujer que no se entregue nunca a otros más que a él, cometería una tontería tan grande como aquel que quisiera que su esposa o su amante no cenase nunca con otros; además ejercería una terrible tiranía: pues si no está en condiciones de satisfacer él solo a una mujer, ¿con qué derecho exige a esta mujer que sufra, y no pueda contentarse con otro? Hay aquí un egoísmo, una dureza increíbles, y tan pronto como una mujer reconociese tales sentimientos en aquel que pretende amarla, esto debe bastarle para decidirla a compensarse al momento de la cruel tortura a que quiere reducirla su marido. Pero si, por el contrario, una mujer está unida a un hombre sólo por el interés, ¿no tiene acaso una razón más poderosa para no forzar en nada sus inclinaciones y sus deseos?; desde ese momento sólo se ve obligada a prestarse cuando la pagan; no debe su cuerpo más que al instante del pago; todas las demás horas son suyas, y entonces es cuando le están más permitidas las inclinaciones del corazón: ¿por qué habría de someterse si no está comprometida más que físicamente? El amante pagador, o el esposo, deben de ser unos jueces excesivos para exigir del objeto de su ternura un corazón que deben saber que es impagable; no razonan demasiado si no saben

que no se compran los sentimientos del alma. Desde ese momento, con tal que la mujer a la que uno y otro pagan se preste a lo que deseen, no pueden reprocharle nada, y serían unos locos si exigiesen algo más. En una palabra, no es la virtud de una mujer lo que quiere un amante o un marido, es la apariencia de la virtud. Quien no fornicque, pero lo parezca, está perdida; por el contrario, quien fornicque con el mundo entero, pero se oculte, ésta es una mujer con buena reputación (17). Hay ejemplos que apoyarán mi exposición, Juliette: el momento en que vienes a verme es bueno para convencerte. Tengo aquí dentro quince mujeres, al menos, que vienen a prostituirse a mi casa, o que envío a hacerse fornicar al campo; échales una ojeada: te contaré la historia de cada una mientras te las señalo; pero piensa que sólo por hacerte un favor cometo semejante imprudencia; no me atrevería con nadie más.

(17) Mujeres mojigatas, devotas o tímidas, aprovechaos diariamente y sin temor de estos consejos: es a vosotras a quienes los dirige el autor.

A estas palabras, la Duvergier abrió una especie de ventana secreta, que, si ser vistas, nos permitía observar todo lo que había en el salón.

-Mira ese círculo -me dice-, ¿te engañaba diciéndote que había quince? Cuéntalas.

Quince mujeres encantadoras, pero todas vestidas de diferente manera, esperaban efectivamente, en silencio, las órdenes que iban a darles.

-Comencemos -me dice la Duvergier- por esa hermosa rubia que ves la primera, en el rincón de la chimenea; seguiremos el círculo partiendo de ahí: es la duquesa de Saint-Fal, cuya conducta no puede ser criticada sin duda alguna; pues con todo lo bonita que es, su marido no puede soportarla. Aunque la veas aquí, aspira a la mayor virtud; tiene una familia que la vigila y que la haría encerrar si su conducta fuese conocida.

-Pero -digo a la Duvergier- ¿no se arriesgan todas esas mujeres al encontrarse reunidas aquí? Pueden volver a verse en otra parte y perderse.

-En primer lugar -me respondió la matrona-, no se conocen; pero sí, por casualidad, llegasen a conocerse, ¿qué podría decir una que no volviese la otra contra su acusadora? Unidas todas por el mismo interés, no tienen que temer traicionarse, y desde hace veinticinco años que sirvo a estas u otras parecidas, nunca he oído hablar de indiscreciones semejantes; ni las temen. Prosigamos.

Esa mujer alta de alrededor de veinte años, que ves cerca de la duquesa, y cuyo rostro celeste se parece al de una hermosa virgen, está loca por su marido; pero la do mina un temperamento fogoso; me paga para que le muestre gente joven. ¿Puedes creer que ya es libertina hasta el punto de que, por mucho que me pague, me es imposible encontrar miembros suficientemente gordos para satisfacerla?

Mira un ángel no lejos de ahí: es la hija de un consejero del parlamento; me la gané con mi astucia; su ama de llaves me la trae; apenas tiene catorce años. Sólo la entrego a pasiones donde no entra el joder; me ofrecen quinientos lises por su virginidad; no me atrevo a darla. Espera a un hombre que descarga con sólo besarle el trasero; quiere darme mil lises por su culo: como ofrece menos peligro, voy a solucionarlo en seguida.

Esa otra muchacha de trece años, que ves a continuación, es una pequeña burguesa a la que he sobornado; va a casarse con un hombre al que ama con locura; pero está entregada

a las mismas lecciones que acabo de darte. Ayer vendí su virginidad antifísica a Noirceuil, mañana gozará de él; un joven obispo me la desvirga hoy en el mismo sitio; como lo tiene más pequeño que tu amante, éste no dudará de nada.

Observa atentamente esa bonita mujer de veinticinco años. Vive con un hombre que la adora... que la cubre de regalos; ambos hacen cosas increíbles el uno por el otro: la zorrilla no jode menos por eso; ama a los hombres con furor; su mismo amante se lo permitió en otro tiempo, y sólo a él le debe los desórdenes en los que se sumerge; sigue los ejemplos que le dio, y fornicación aquí todos los días, sin que el querido hombre lo sepa.

Esa bonita morena que ves cerca de ella es la mujer de un viejo que se casó con ella por amor; lleva las atenciones que tiene con él hasta el punto de crearse una asombrosa reputación de virtud: puedes ver cómo se compensa de eso; espera aquí a dos jóvenes; y, esta tarde, volverá para estar con el que ama; los de esta mañana son por libertinaje: el corazón será satisfecho esta tarde.

Junto a ella hay una devota. Mira su vestido; esa zorra pasa su vida entre el sermón, la misa y el burdel; tiene un marido que la adora, pero que no puede corregir la; agría, imperiosa en su trato, cree que debe perdonársele todo por su beatería. Aunque haya tenido suerte con su marido, no por eso deja de hacerle el más desgraciado de los hombres. A mí me da un trabajo enorme para contentarla porque sólo quiere fornicar con curas. Es verdad que la edad y el porte le son indiferentes: con tal de que sea un servidor de Dios, la puta está contenta.

Más acá de ésta hay una mujer entretenida por doscientos luisas al mes: aunque le diesen el doble no le impedirían que se dedicase a libertinajes colectivos; es una de mis alumnas. Su viejo arzobispo apostaría sus bienes a que es más casta que la Virgen, y a expensas de éste se alimenta. ¡Si vieses cómo lo engaña! Ese es el arte de las mujeres, Juliette; hay que utilizarlo en nuestra condición o resignarse a morir de hambre.

A continuación viene una pequeña burguesa de diecinueve años, bonita, como ves, más allá de lo que pueda decirse con palabras. No hay nada que su amante no ha ya hecho por ella: la ha sacado de la miseria, ha pagado sus deudas, ahora la mantiene en la mejor situación; desearía que hubiese astros de los que apoderarse para ofrecérselos; y la putilla no tiene un solo momento suyo que no lo dedique a joder. No es el libertinaje lo que guía a esta, sino la avaricia; hace, todo lo que se quiera, pasa con quien mejor me parezca, con tal de que la paguen muy caro: ¿está equivocada? El bruto a quien voy a entregarla la dejará en cama por seis semanas, pero ella tendrá diez mil francos; y se ríe de lo demás.

—¿Y el amante?

-¡Bah!, una caída... un accidente... Con el arte que tiene, se lo haría creer al mismo Dios.

-Esa muchachita -siguió la Duvergier, mostrándome una niña de doce años bonita como una diosa- es un caso muy singular: es su madre quien la vende por necesidad. Ambas podrían trabajar, incluso les han ofrecido trabajo: no lo quieren; sólo les conviene el libertinaje. También es Noirceuil a quien está destinado el culo de esta niña.

¡Ese es el triunfo del amor conyugal! No hay una mujer que quiera a su marido como esta -continuó la Duvergier, mostrándome una criatura de veintiocho años, hermosa como

Venus-, ella lo adora, está celosa de él, pero el temperamento la domina; se disfraza; la consideran una vestal y no hay semana que no vea a quince o veinte hombres en mi casa.

Y ahí tienes una por lo menos tan bonita -prosiguió mi institutriz- y en una posición realmente extraordinaria; su propio marido es quien la prostituye. Aunque está loco por ella, será el tercero de la partida, y él mismo servirá de alcahuete a su mujer; pero sodomizará al fornicador.

El padre de esa joven, tan hermosa y gentil, trae él mismo aquí a esa encantadora niña; pero no quiere que la fornicquen; lo demás le es indiferente, con tal de que se respete ambas virginidades; hace igualmente de tercero. Lo estoy esperando, porque el hombre al que voy a entregar a su hija está ya aquí; la escena será bonita. Siento que tengas prisa y no puedas hacer un papel en ella. Sé que estarían de acuerdo en admitirte.

-¿Y qué ocurrirá?

-El padre querrá azotar al hombre al que va a entregar a su hija; éste no querrá; mil bajezas por parte de uno, mil obstinados rechazos por parte del otro, quien, armándose con un bastón, acabará por zurrar al padre, descargando sobre el culo de la hija. ¿Y el papá? Devorará el semen perdido, soltando el suyo, y mordiendo de rabia el culo del que acaba de zurrarle tan bien.

-¡Qué pasión! ¿Y qué haría yo allí?

-El padre te devolvería a ti los golpes que le diesen a él. Quizás quedarías un poco marcada, pero con cien luises de gratificación.

Proseguid, señora, proseguid; sabéis que hoy no puedo.

-Esa es la penúltima: una joven muy bonita, que goza de más de cincuenta mil libras de renta, y de una excelente reputación; ama a las mujeres, observa cómo las mira de reojo; también le gustan los sodomizadores, todo sin dejar de adorar a su esposo. Pero sabe muy bien que lo que le afecta en el físico es absolutamente independiente de lo moral. Fornica con su marido por un lado, y viene a que se lo hagan por el otro; así todo solucionado.

Finalmente, esa última es una soltera con grandes pretensiones, una de las más famosas hipócritas de París; creo que golpearía, en el mundo normal, a un hombre que le hablase de amor; y me paga muy caro por hacerla joder unas cincuenta veces al mes, en mi casita.

¡Y bien, Juliette!, ¿dudas después de todos estos ejemplos?

-Es evidente que no, señora -respondí-; fornicare en vuestra casa por interés y por libertinaje; me entregaré a todos los grupos libidinosos a los que os plazca enviarme; pero cuando mis prostituciones vayan a cuenta vuestra, os prevengo de que no lo haré por menos de cincuenta luises.

-Los tendrás, los tendrás -me respondió la Duvergier en el colmo de la alegría-. Sólo quería tu aprobación; el dinero no me inquieta; sé dulce, obediente, no te niegues nunca a nada; te conseguiré montones de oro. Y como era tarde y yo temía que Noirceuil se inquietase con la duración de esta primera salida, volví pronto a cenar a la casa, verdaderamente desesperada por no haber podido ver a algunas de esas mujeres en acción, o compartirla con ellas.

Mme. de Noirceuil no veía con sangre fría que su rival estuviese instalada en su casa; la manera imperiosa y dura con la que su marido la había obligado a obedecer me contribuía todavía más a la actitud que demostraba en cada momento. No había un solo día que no llorase de despecho: infinitamente mejor alojada que ella, mejor servida, mucho más ricamente vestida, con un coche para mí sola, mientras que ella apenas si tenía acceso al de su marido, es fácil imaginarse hasta qué punto debía de odiarme esta mujer. Pero mi ascendiente sobre el espíritu del señor estaba demasiado bien establecido como para que tuviese nada que temer de las insolencias de la señora.

Sin embargo, podéis imaginaros que Noirceuil no actuaba así por amor. Veía en su unión conmigo los medios para crímenes: ¿necesitaba algo más su pérfida imaginación? No había nada tan regulado como los desórdenes de este criminal. Todos los días, sin que nadie pudiese romper nunca esta orden, la Duvergier le proporcionaba una virgen que no podía tener más de quince años y nunca menos de diez: daba cien escudos por cada una de estas muchachas, y la Duvergier veinticinco luises de daños e intereses, si Noirceuil podía probar que la muchacha no era totalmente virgen. A pesar de todas estas precauciones, mi ejemplo os demuestra hasta qué punto era engañado cada día.

Esta sesión de libertinaje tenía lugar ordinariamente todas las tardes: los dos muchachos, Mme. de Noirceuil y yo nos encontrábamos siempre allí, y cada día la tierna y desgraciada esposa se convertía en la víctima de estas excitantes y singulares lujurias. Los muchachitos se retiraban, y yo comía a solas con Noirceuil, que se embriagaba con bastante frecuencia, y acababa por dormirse en mis brazos.

Tengo que convenir con vosotros, amigos míos, que desde hacía mucho tiempo yo ardía en deseos de poner en práctica los principios de Dorval. Parecía que los de dos me ardiesen; quería robar, al precio que fuese. Yo no había probado todavía, pero no dudaba de mi habilidad: únicamente estaba obstaculizada por el individuo con que debía emplearla. Tenía la oportunidad más hermosa del mundo en casa de Noirceuil: su confianza era tan grande como inmensas sus riquezas, sus desórdenes extremos: no había día que no pudiese sustraerle de diez a doce luises, sin, que se diese cuenta. Por un singular cálculo de mi imaginación... por un sentimiento del que quizás ni me había dado cuenta, no me permití nunca hacer daño a un ser tan corrompido como yo. Sin duda, esto es lo que se llama la buena fe de los bohemios: pero yo la tuve. Había otra razón en este proyecto de reserva: quería hacer mal robando; esta idea me obsesionaba. Ahora bien, ¿qué crimen cometía despojando a Noirceuil? Considerando más sus propiedades, no hacía más que recuperar mis derechos; por consiguiente, no existía ni la más ligera apariencia de delito en este comportamiento. En una palabra, si Noirceuil hubiese sido un hombre honrado, no le habría perdonado; pero era un criminal y yo le respetaba. Viéndome constantemente en infidelidades hacia él, me preguntaréis quizás por qué esta veneración no me seguía para lo demás: ¡oh!, esto era diferente; estaba en mis principios no creer ningún mal en la infidelidad. En Noirceuil me gustaba el libertinaje, la singularidad de su espíritu; pero al no estar loca por su persona, no me creía ligada a él hasta el punto de no engañarle cuando me parecía bien; viendo a muchos hombres, podía encontrar uno mejor que Noirceuil. Aunque esta misma felicidad no me hubiese sucedido, las partidas de la Duvergier significaban mucho para mí; y no podía sacrificarlas a un sentimiento caballeresco por Noirceuil, en el que no podía existir profundamente ningún sentimiento de delicadeza. De

acuerdo con este plan de conducta, acepté, como veréis, una partida que me propuso la Duvergier, unos días después de la entrevista con ella de la que acabo de hablaros.

Esta partida debía tener lugar en casa de un millonario que, no ahorrando nada en sus placeres, pagaba a peso de oro a todas las criaturas bastante complacientes como para satisfacer sus vergonzosas lujurias. No puede imaginarse el grado de amplitud que puede tener el libertinaje; no es posible hacerse una idea de hasta qué punto se degrada el hombre que sólo escucha ya las excitantes pasiones inspiradas por ese delicioso vicio.

Seis muchachas encantadoras de casa de la Duvergier debían acompañarme a casa de este Creso; pero, al ser yo más distinguida que las otras, el verdadero culto se dirigía únicamente a mí, siendo ellas mis sacerdotisas.

En cuanto llegamos, nos introducen en un gabinete cubierto de satén castaño, color adoptado, sin duda, para realzar el color de la piel de las sultanas que eran recibidas en él, y allí, la introductora nos dijo que nos desnudásemos. En cuanto lo estuvimos, me ciñó con una gasa negra y plata que me distinguía de mis compañeras: este arreglo, el canapé en el que me tumbaron, mientras que las otras, de pie, esperaban en silencio las órdenes que debían darles, el aire de atención que tenían hacia mí, todo me convenció pronto de las preferencias que me estaban destinadas.

Entró Mondor. Era un hombre de setenta años, bajito, rechoncho, pero con ojos libertinos y vivos. Examina a mis compañeras, y, después de alabarlas una tras otra, me aborda dirigiéndome algunas de esas groseras gentilezas que no se encuentran más que en el diccionario de los burdeles.

-Vamos -dice a su ama de llaves-, ¡pongámonos al trabajo, si estas señoritas están listas!

Tres escenas componían el conjunto de este acto libidinoso: mientras yo me dirigía a despertar con mi boca la actividad adormecida de Mondor, mis seis compañeras, distribuidas en tres grupos, tenían que realizar, bajo sus miradas, las más voluptuosas posturas de Safo; ninguna de sus posturas podían ser iguales, tenían que cambiarlas a cada momento. Insensiblemente, los grupos se mezclaban, y nuestras seis bribonas, que ensayaban desde hacía unos días, formaron por fin el cuadro más novedoso y libertino que se pueda imaginar. Hacía una media hora que estaban en acción, cuando empecé a percibir un poco de progreso en el estado de nuestro septuagenario.

-Hermoso ángel -me dice-, creo que estas putas hacen que me excite, enseñadme vuestras nalgas, porque, si sucediera que me pusiese en estado de perforar el hermoso culo que dócilmente vais a ofrecer a mis besos, iríamos en seguida al grano, sin necesidad de nada más. Pero Mondor, augurando de esta forma sus fuerzas, no había consultado a la naturaleza.

-Vamos -me dice al cabo de un par de pruebas suficientes para hacerme ver cuál iba a ser el tipo de sus ataques-, vamos, veo que todavía se necesitan algunos vehículos.

Y roto el grupo, lo rodeamos las siete. Entonces, con un buen puñado de vergas cada una, ofrecidas por la carabina, caímos una a una sobre el viejo culo arrugado del pobre Mondor, que mientras que una lo azotaba manoseaba los atractivos de las otras seis. Lo zurramos hasta que brotó sangre, pero no avanzamos nada.

-¡Oh cielos! -nos dice el pobre hombre-, estoy reducido a las últimas.

Y completamente sudando, resoplando, el villano nos miraba para pedirnos ayuda.

Señoritas -nos dice en ese momento la compasiva carabina, refrescando con lociones de agua de colonia las desgarradas nalgas de su amo-, no veo más que una sola forma de volver la vida al señor.

-¿Y cuál es esa forma, señora? -respondí-. No hay ninguna que no adoptemos para sacarlo de esa languidez. -Y bien -respondió la carabina-, voy a tumbarlo encima de ese canapé. Vos, amable Juliette, arrodillada delante de él, seguiréis calentando, en vuestra boca de rosa, el instrumento helado de mi pobre amo. Sé que sólo vos podríais devolverle la vida. En cuanto a ustedes, señoritas, es preciso que vengan, una a una, a realizar tres cosas bastante singulares sobre este individuo: primero abofetearle con fuerza, escupirle en el rostro y peerle en la nariz: en cuanto hayáis pasado todas, veréis los sorprendentes efectos de este remedio.

Cuando la vieja acaba de hablar, todo se ejecuta, y confieso que me quedé sorprendida por la categoría del restaurante: el balón se infla en mi boca hasta el punto de que apenas puedo contenerlo. Es cierto que no os podríais hacer una idea de la rapidez con la que se realizaban todos los episodios ordenados con ese pobre libertino; y nada era tan agradable como los diferentes ruidos que producían a la vez, en el aire, la multiplicidad de los pedos, de las bofetadas y las expectoraciones. Por fin, el perezoso instrumento se desentumece, hasta el punto de que creo que van a estallar mis labios, cuando, levantándose con rapidez, Mondor hace una señal a su ama de llaves para que prepare todo para el desenlace: sólo a mi culo le está reservado el honor. La vieja me coloca en la postura exigida por la sodomía; Mondor, ayudado, conducido por su ama de llaves, se sumerge al instante en el templo de los más dulces placeres de esta pasión. Pero no he dicho todo: yo hubiese fracasado sin el episodio crapuloso con que Mondor coronaba su éxtasis. Mientras que el disoluto me daba por el culo, era preciso

1° que su ama de llaves, armada con un inmenso consolador, le devolviese el mismo servicio;

2° que una de las muchachas, arrodillada debajo de mí, hiciese mucho ruido en mi coño excitándolo con su lengua;

3° que se ofreciese a cada una de mis manos un hermoso culo;

4° y por último, que las dos muchachas que estaban a horcajadas, la primera sobre mi espalda, y la segunda sobre la espalda de ésta, cagasen las dos al tiempo e inundasen de mierda, la una la boca del disoluto, la otra su frente.

Pero cada una, alternativamente, cumplía estos dos últimos papeles: todas cagaron, incluso la vieja; todas me excitaron; todas sodomizaron a Mondor, quien, cediendo a las titilaciones de placer con que lo embriagábamos, lanza por fin hasta el fondo de mi ano los deplorables chorros de su claudicante lujuria.

-¡Qué, señora! -dice el caballero, interrumpiendo en este punto a Juliette- ¡Qué!, ¿también cagó la vieja?

-Claro -respondió nuestra historiadora-; no concibo que con vuestra cabeza, caballero, podáis asombraros de esto; cuanto más arrugada está una mujer, mejor hace esta operación; las sales son más ácidas, los olores más fuertes... En general, nos engañamos sobre las exhalaciones emanadas del *caput mortuum* de nuestras digestiones; no tienen nada de malsano, son muy agradables... No hay nada a lo que uno se acostumbre tan fácilmente como a respirar una mierda; comerla es delicioso, tiene absolutamente el mismo sabor que la aceituna. Estoy de acuerdo en que hay que forzar un poco la imaginación; pero cuando se consigue, os aseguró que este episodio se convierte en un acto de libertinaje muy sensual.

-Pues lo ensayaré antes de que sea demasiado tarde, os lo juro, señora -dice el caballero, manoseando con gusto un miembro excitado horriblemente por la idea de que se hablaba.

-Cuando queráis -dice Juliette- me ofrezco a satisfaceros... En este mismo momento, si lo deseáis; vos tenéis el deseo, yo la necesidad.

Y el caballero, tomando a Juliette la palabra, pasó con ella a un cuarto vecino, del que no salieron hasta después de una media hora larga, empleada sin duda por el caballero en los más voluptuosas pruebas de esta pasión, y por el marqués en algunas vejaciones sobre las nalgas mancilladas de la desgraciada Justine.

-¡Es realmente delicioso! -dice el caballero a su vuelta.

-¿Has comido? -dice el marqués.

-Absolutamente todo...

-Estoy asombrado de que no conocieses eso: hoy no hay un niño de dieciocho a veinte años que no se lo haya hecho hacer a muchachas. ¡Vamos, Juliette, proseguid! Es muy bonito encender nuestras pasiones, como vos lo hacéis, con interesantes relatos, y apaciguarlos después con vuestras deliciosas complacencias.

-Hermoso ángel -me dice Mondor, arrastrándome con él a su cámara posterior después de despedir a las otras mujeres-, os queda un último servicio por prestar me, y de él espero mis más divinos placeres. Tenéis que imitar a vuestras compañeras, tenéis que cagar como ellas, y darme en la boca al mismo tiempo la mierda divina de vuestro culo y el semen con que acabo de regarlo.

-Por supuesto, señor, estoy dispuesta a obedeceros -respondí con humildad.

-¡Qué honor!, ¿puedes hacerlo?... Muchacha adorable, ¡este servicio está en tu poder!... ¡Ah!, nunca habré descargado tan bien.

Nada más entrar en el gabinete, había reparado en un paquete sobre el escritorio, bastante voluminoso, que contenía, por lo que yo imaginaba, cosas que podían ser muy útiles para mejorar mi fortuna. En cuanto reparé en él, el primer deseo de mi corazón fue apoderarme de él con habilidad. Pero, ¿cómo hacerlo? Yo estaba desnuda; ¿dónde ocultar este paquete, casi tan gordo como mis dos brazos, aunque bastante corto?

-Señor -digo a Mondor-, ¿no llamáis a nadie para que nos ayude?

-No --dice el financiero-, yo saboreo solo este último goce; pongo en él episodios tan lúbricos, detalles tan voluptuosos...

- ¡Oh!, no importa, no importa, necesitamos a alguien.

-¿Tú crees?, ángel mío.

-Con toda seguridad, señor.

-Pues bien, ve a ver si todas esas mujeres se han marchado; si no, haz venir a la más joven: su culo me ha excitado bien y es la que más deseo de todas.

-Pero, señor, no conozco vuestra casa; por otro lado, el estado en que estoy...

-Voy a llamar.

-No, señor, no quiero aparecer así ante los ojos de vuestros criados.

-Pero si es la vieja la que vendrá.

-En absoluto, está acompañando a las muchachas.

- ¡Oh, cuánto misterio, cuánto tiempo perdido!

Y lanzándose enseguida a las habitaciones que acabábamos de dejar, el imbécil, sin darse cuenta, me deja en medio de sus tesoros. Aquí no estaba reprimida por ningún motivo que, como en casa de Noirceuil, me impidiese entregarme a la gran inclinación que sentía de apoderarme del bien de otro. Así pues, no pierdo ni un minuto: en cuanto el hombre se ha dado la vuelta, salto sobre el paquete y, metiéndolo en el gran moño que cubría mi cabeza, lo oculto, por este engaño, a todos los ojos. Apenas terminé me llama Mondor. Las muchachas no se habían ido todavía; no deseando que entrasen en su gabinete, prefería que la escena tuviese lugar en el mismo sitio que había sido testigo de las primeras. Volvimos a pasar a él; la más joven chupó el miembro del paciente; se llena la boca de esperma mientras yo dejaba en la suya los platos que tanto le complacían. No se dio cuenta de nada; me arreglé; dos coches nos esperaban, y nos separamos del peregrino, después de haber sido pagadas con largueza.

- ¡Oh Dios! -me digo al entrar en casa de Noirceuil, y viendo cómodamente el rollo que había sustraído-, ¡es posible que el cielo favorezca de tal forma mi primer robo!

El paquete contenía unos sesenta mil francos de billetes pagables al portador y sin que se necesitase ninguna firma.

De vuelta a mi casa, vi que, por una increíble fatalidad, me habían robado mientras yo robaba: habían forzado mi secretaire, y cinco o seis luises que habían encontrado dentro de él habían sido la presa del ladrón. Consulto a Noirceuil sobre este hecho y me asegura que sólo puede haber sido cometido por una tal Gode, una muchacha muy bonita de veinte años que Noirceuil había puesto a mi servicio en cuanto entré en su casa, que servía de tercero con mucha frecuencia en nuestros placeres, y a la que, por un capricho propio del libertinaje de su carácter, se había divertido en hacer un hijo con uno de sus jóvenes: estaba embarazada de seis meses.

- ¡Qué!, señor -digo- ¡creéis que es Gode!

-Estoy segura, Juliette, observa su confusión, su embarazo.

Sin escuchar ya más que a mi pérfido egoísmo, y no las resoluciones que había tomado de no vejar ni atormentar nunca a los que me pareciesen tan criminales como yo, me echo a los pies de Noirceuil para suplicarle que haga detener a la culpable.

-Estoy de acuerdo -me dice Noirceuil con una flema que hubiese debido iluminarme si mi mente hubiese estado más lúcida- pero no gozarás con su suplicio: embarazada, obtendrá aplazamientos, y durante ese plazo, joven y bonita, la zorra podrá sacar provecho.

- ¡Oh Dios, me sentiría desolada entonces!

-Sé que querrías verla en la horca; pero eso puede tardar por lo menos tres meses. Escucha, Juliette, incluso suponiendo que pudieses gozar de tal placer, que se ría muy vivo según la cabeza que te conozco, esta voluptuosidad, en el fondo, no duraría más de un cuarto de hora. Prolonguemos los tormentos de esta desgraciada; hagámosla sufrir toda su vida. No hay nada más fácil: la meteré en un calabozo de Bicétre, donde quizás se pudra durante cincuenta años.

-¡Oh, amigo mío!, ¡qué delicioso proyecto!

-Sólo te pido de tiempo para ejecutarla hasta que acabe el día, para poder actuar y revestir este feliz plan con todos los episodios que pueden darle encanto.

Abraza a Noirceuil; ordena que dispongan sus caballos, y vuelve dos horas después con la orden necesaria para la realización de nuestro proyecto.

-Ahora, divirtámonos -me dice el traidor-; hagamos una comedia de todo esto. Gode, mi querida Gode -dice a esta pobre muchacha, haciéndola ir a su gabinete conmigo, en cuanto cenamos- conocéis mis sentimientos, se acerca el momento en que quiero darte pruebas de ellos; voy a unir tu suerte a la de aquel que ha dejado en tu seno pruebas de su amor por ti, y os regalo dos mil escudos de renta.

-¡Oh!, señor, ¡cuántos favores!

-No, de ninguna manera, muchacha mía, no me lo agradezcas; te juro que no me debes ningún agradecimiento: en todo esto sólo halago a mis gustos. Ya estás segura, al menos en este momento, por las precauciones que acabo de tomar, de tener pan para el resto de tus días.

Y Gode, lejos de comprender el doble sentido de las pérfidas palabras de Noirceuil, regaba con las lágrimas de su alegría las manos de su pretendido benefactor.

-Vamos, Gode -prosiguió mi amante-, un poco de complacencia por última vez; aunque no me gustan las mujeres embarazadas, déjame sodomizarte mientras beso las nalgas de Juliette.

Se dispone todo; nunca había visto a Noirceuil tan apasionado.

- ¡Cómo aumenta la voluptuosidad la idea de un crimen! -le digo por lo bajo.

-De forma asombrosa -me respondió Noirceuil-; ¿pero dónde estaría el crimen si te hubiese robado realmente?

-Tienes razón, amigo mío.

-¡Y bien!, consuélate, Juliette, consuélate, es un crimen en toda su extensión; porque el único culpable de toda esta aventura soy yo: esta desgraciada es tan inocente como tú.

Y mientras tanto la sodomizaba, besando mi boca y golpeando mi trasero. Confieso que este culmen de criminalidad me hizo descargar enseguida y cogiendo la mano de mi amante y llevándola hasta mi clítoris, le pedí que juzgase, por el flujo que cubría sus dedos al retirar la mano, el poderoso efecto de su infamia sobre mi corazón. Me siguió enseguida, dos o tres sacudidas, acompañadas de horribles blasfemias, me anuncian su delirio... Pero apenas si está su miembro fuera del culo, cuando un criado, golpeando la puerta suavemente, le previene de que el comisario, al que ha denunciado el hecho, pide permiso para ejecutar la orden de que es portador.

- ¡Ah!, bien, bien; que espere ahí -dice Noirceuil-, voy a entregarle su víctima... Vamos, Gode, arréglate, ahí está vuestro marido que viene a buscaros para conducirlos él mismo a la casa de campo que os regalo para vuestra vida.

Gode seda prisa; Noirceuil la empuja fuera. ¡Dioses!, ¡cuál no sería su terror al ver al hombre negro y su séquito, sintiéndose coger como una criminal, escuchando sobre todo (parece que era lo que más le importaba) a todos los criados de la casa, prevenidos, gritar:

¡No la soltéis, Sr. Comisario!, con toda seguridad que fue ella la que forzó el escritorio de la señorita y la que, con su conducta espantosa, hizo recaer las sospechas sobre nosotros...

-¡Yo, forzar el escritorio de la señorita! -exclamó Gode desmayándose-; ¡Oh Dios, soy incapaz!

El comisario quiso suspender la detención, pero Noirceuil ordenó que se prosiguiese con la operación sin ninguna consideración, y la desgraciada es llevada y echada en los calabozos más malsanos de Bicêtre; allí tuvo, al llegar, un falso alumbramiento que casi le costó la vida. Respira todavía: como véis, hace muchos años que llora el haber irritado los deseos de Noirceuil, que nunca pasa más de seis meses sin ir a gozar de sus lágrimas, y apretar, sus cadenas tanto como puede, con nuevas recomendaciones.

-Y bien -me dice Noirceuil, en cuanto Gode desapareció, devolviéndome el doble de dinero que me había quitado-, ¿no vale esto cien veces más así que si hubiese sido entregada a la corte de una justicia insegura y compasiva? No hubiésemos sido los dueños de su suerte; ahora lo somos para siempre.

- ¡Oh Noirceuil!, ¡qué pérfido eres, y cuántos goces acabas de darte!

-Sí -me respondió mi amante-, yo sabía que el comisario estaba en la puerta; y descargaba deliciosamente en el culo de la presa que iba a entregarle.

-¡Oh amigo mío, sois un gran criminal!, pero, ¿por qué tenía que gozar yo el mayor placer en la infamia que vos habéis cometido?

-Precisamente porque era tal -me respondió Noirceuil- y no hay ninguna que no dé placer. El crimen es el alma de la lubricidad; sin él nada es real: por tanto hay pasiones que ahogan el humanismo.

-Si es así, ¿no es fruto de la naturaleza ese fastidioso humanismo del que constantemente nos hablan los moralistas?, ¿o hay momentos en los que esta naturaleza inconsecuente apaga con una voz lo que aconseja con otra?

-¡Y!, Juliette, conócela mejor, a esa naturaleza complaciente y dulce; nunca nos aconseja aliviar a los otros más que por interés o por temor: por temor, por que tememos los males que nuestra debilidad alivia; por interés, con la esperanza del provecho o del goce que espera nuestro orgullo.

Pero en cuanto se hace oír una voz más imperiosa, el resto se calla: el egoísmo recupera sus derechos sagrados; nos reímos del tormento de los otros. ¿Y qué ten dría en común con nosotros este tormento? Nunca lo sentimos más que por el terror de una suerte igual; ahora bien, si la piedad nace del terror, es una debilidad de la que debemos abstenernos, purgarnos lo antes posible.

-Esto -digo a Noirceuil- exige un desarrollo mayor. Me habéis demostrado la nada de la virtud: os ruego que me expliquéis lo que es el crimen: porque, si, por un lado, aniquiláis lo que sería preciso que respetase, y por otro, disminuís lo que debo temer, pondréis con toda seguridad mi alma en el estado en que la deseo para en adelante atreverme a todo sin miedo.

-Siéntate, Juliette -me dice Noirceuil-, esto exige una explicación seria, y, para que puedas comprenderme, necesito que me prestes toda tu atención.

Se llama crimen a toda contravención formal, sea fortuita, sea premeditada, de lo que los hombres llaman leyes; por lo que puedes ver que estamos una vez más ante una palabra arbitraria e insignificante; porque las leyes dependen de las costumbres, de los climas; varían de doscientas leguas a doscientas leguas, de manera que con un vapor o un coche de caballos, puedo encontrarme, por la misma acción, culpable de muerte el domingo por la mañana en París, y digno de alabanzas el sábado de la misma semana en las fronteras de Asia o en las costas de Africa. Este completo absurdo ha llevado al filósofo a los principios siguientes:

1° Que todas nuestras acciones son indiferentes en sí mismas; que no son ni buenas ni malas, y que si algunas veces los hombres las califican de esa forma, es únicamente en razón de las leyes que adoptan, o del gobierno bajo el que viven, pero que si tenemos en cuenta únicamente a la naturaleza, todas nuestras acciones son perfectamente iguales entre, si.

2° Que si dentro de nosotros mismos sentimos un murmullo involuntario que lucha contra las malas acciones proyectadas por nosotros, esta voz es únicamente el efecto de nuestros prejuicios o de nuestra educación, y sería muy diferente si hubiésemos nacido en otro clima.

3° Que si, al cambiar de país, no llegamos a perder esta inspiración, esto no probaría su bondad, sino solamente que las primeras impresiones recibidas se borran difícilmente.

4° Por último, q^ue el remordimiento es la misma cosa, es decir, el puro y: simple efecto de las primeras impresiones recibidas, que sólo puede ser destruido por la costumbre y que hay que esforzarse en vencer.

Y efectivamente, para juzgar si una cosa es verdaderamente criminal o no, hay que examinar qué daño puede causar a la naturaleza; porque sólo se puede calificar con razón de crimen, lo que ultraje verdaderamente sus leyes. Por consiguiente, es preciso que este crimen cause un horror igual en todos los pueblos de la tierra, que la execración que inspire se encuentre grabada de una forma tan generalizada en ellos como el deseo de satisfacer sus necesidades; ahora bien no existe ni una sola acción de este tipo: aquélla que nos parece la más atroz y la más execrable ha encontrado altares en otra parte.

Así pues, el crimen no es real; no hay ningún crimen verdadero, ninguna manera de ultrajar a una naturaleza siempre en acción... siempre demasiado por encima de nosotros para que temamos cualquier cosa que se haga. No hay ninguna acción, por espantosa, por atroz, por infame que te la puedas imaginar, que no podamos cometer con total indiferencia, todas las veces que deseamos; ¿qué digo?, que tendremos razón en cometer, ya que es la naturaleza la que nos la inspira; porque nuestros hábitos, nuestras religiones, nuestras costumbres, pueden fácilmente, e incluso deben necesariamente, engañarnos, mientras que la voz de la naturaleza no nos engañará nunca. Sus leyes se sostienen gracias a una mezcla absolutamente igual de lo que llamamos crimen y virtud; renace mediante destrucciones, subsiste mediante crímenes; en una palabra, vive gracias a la muerte. Un universo totalmente virtuoso no podría subsistir ni un minuto; la sabia mano de la naturaleza hace nacer el orden del desorden, y, sin desorden, no llegaría a nada: éste es el equilibrio profundo que mantiene el curso de los astros, que los suspende en las inmensas llanuras del espacio, que los hace moverse periódicamente. Sólo a fuerza de mal consigue hacer el bien; sólo a fuerza de crímenes existe, y todo sería destruido si la virtud fuese la única que habitase en la tierra. Ahora bien, yo os pregunto, Juliette, desde el momento en que e' mal es útil a los grandes designios de la naturaleza, desde el momento en que no puede llegar a nada sin él, ¿cómo podría no ser útil a la naturaleza el hombre que hace el mal? ¿Y quién puede dudar de que el criminal no sea un ser que ella haya formado así para cumplir sus deseos? ¿Por qué no queremos que haya hecho entre los hombres lo que ha hecho entre los animales? ¿Acaso no se devoran mutuamente todas las clases, y acaso no se debilitan sobre la tierra, en razón del estado en que es necesario que se mantengan las leyes de la naturaleza? ¿Quién duda de que la acción de Nerón envenando a Agripina, no es uno de los efectos de esas mismas leyes, tan constante como el del lobo que devora al cordero?, ¿quién duda de que las proscripciones de Mario y de Sila no son algo distinto a la peste y al hambre que ella envía algunas veces sobre la tierra? Sé muy bien que ella no asigna a los hombres preferentemente tal o cual crimen, sino que los crea todos, con una cierta propensión a tal tipo de crímenes; y de la unión de todas las fechorías, del conjunto de todas estas destrucciones legales o ilegales, ella recoge el desorden y el debilitamiento que necesita para encontrar el orden y el fortalecimiento. ¿Para qué nos habría dado los venenos si no hubiese querido que el hombre se sirviese de ellos? ¿Por qué hubiese hecho nacer a Tiberio, Heliogábalo, Andrónico, Herodes, Venceslas, y todos los otros libertinos o héroes (que son sinónimos) que asolaron la tierra, si las destrucciones de estos hombres sangrientos no cumplían sus deseos? ¿Por qué, junto a estos hombres, enviaría pestes, guerras, hambres, si no hubiese sido esencial que ella destruyese, y si el crimen y la destrucción no estuviesen esencialmente en sus leyes? Por lo tanto, si es esencial que la naturaleza destruya ¿por qué tendría que resistirse a sus inclinaciones el que se sienta nacido para destruir? ¿Acaso no habría que decir que, si es preciso que haya un mal sobre la tierra, éste debe ser el que se hace al resistirse a los deseos de la na-

turaliza sobre nosotros? Para que el crimen, que no ofende y que no puede ofender más que a nuestros semejantes, pudiese irritar a la naturaleza, habría que suponer que ella se toma más interés por unos seres que por otros, y que, aunque todos estemos formados igualmente por sus manos, no todos somos igualmente hijos suyos. Pero si todos nos parecemos, casi a la fuerza, si no se ha tomado más trabajo en formar a un emperador que a un sabio, todas estas diferentes acciones son sólo accidentes necesarios del primer impulso, que deben cumplirse necesariamente, al estar formados de la forma en que ha querido construirnos. Cuando a continuación vemos que ha establecido diferencias físicas en nuestros individuos, que ha creado a unos débiles, a otros fuertes, ¿no es evidente que ha acabado de indicarnos, mediante este proceder, que era la mano del fuerte la que debía realizar los crímenes que ella necesitaba, de igual modo que la esencia del lobo debe ser comerse al cordero, y la del ratón ser devorado por el gato?

Los Celtas, nuestros primeros antepasados, tenían pues mucha razón cuando pretendían que el mejor y el más santo de los derechos era el del más fuerte... que era el de la naturaleza, y que, cuando ella había querido asignarnos esta parte de fuerza superior a la de nuestros semejantes, no lo había hecho más que para enseñarnos mejor el derecho que sobre ellos nos daba... Por lo tanto, no se equivocan estos pueblos, de los que descendemos, cuando pretendían que este derecho no sólo era sagrado, sino además que la misma intención de la naturaleza, al dárnoslo, era que nos aprovechásemos de él; que era preciso, para cumplir sus deseos, que el más fuerte despojase al más débil, y que éste abandonase de buena gana lo que no estaba en condiciones de defender. Si las cosas han cambiado físicamente, moralmente siguen siendo las mismas. El hombre opulento representa al más fuerte en la sociedad; ha comprado todos sus derechos; debe gozar de ellos, y, en tanto le sea posible, doblegar para conseguirlo a su capricho a la otra clase de hombres inferior a él, sin ofender en nada a la naturaleza, ya que no hace más que usar el derecho que ha recibido de ella, bien material, bien convencionalmente. ¡Y!, si la naturaleza hubiese querido impedirnos que cometiésemos crímenes, si fuese cierto que los crímenes la irritan, habría sabido muy bien quitarnos los medios de cometerlos. Cuando los deja a nuestra disposición es que no la ultrajan, es que le son indiferentes o necesarios: indiferentes si son pequeños; siempre útiles si son capitales; pues es exactamente igual que yo sustraiga la fortuna de mi vecino, que viole a su hijo, a su mujer o su hermana: todo esto son delitos, tienen demasiada poca importancia para que puedan serle de una utilidad mayor; pero le es muy necesario que mate a su hijo, a su mujer o su hermana, cuando me lo indica. Y he aquí por qué las inclinaciones... los deseos que sentimos por los grandes crímenes son siempre más violentos que los que sentimos por los pequeños, y por lo que los placeres que nos dan tienen una sal mil veces más excitante. ¿Habría puesto placer de esta forma, por gradación, en todos los crímenes, si el crimen no le fuese necesario? ¿Acaso no nos indica, por medio de este atractivo puesto con coquetería por su mano, que su intención es que sigamos la pendiente a la que nos arrastra? Esos cosquilleos indecibles que sentimos maquinando un crimen; esa embriaguez en la que estamos cuando nos entregamos a él; esa alegría secreta que viene a deleitarnos todavía cuando ha acabado: ¿no nos prueba todo esto que, puesto que ella ha dado atractivo al delito, es que quiere que lo cometamos; y que, puesto que ha doblado ese atractivo en razón de la enormidad, es que la mala acción de la destrucción, considerada convencionalmente como la más atroz, es sin embargo la que más le complace? (18). Porque, bien sea que el crimen proceda de la venganza, bien sea porque provenga de la ambición o de la lubricidad, si

examinamos bien, veremos que este atractivo del que hablo acompaña siempre a la fechoría en razón de su violencia o su atrocidad; y cuando la destrucción de nuestros semejantes se convierte en el efecto de la causa, entonces el atractivo ya no tiene límites, porque con esta destrucción necesaria sus leyes ganan más.

(18) Amable La Mettrie, profundo Helvecio, prudente y sabio Montesquieu, ¿por qué si estabais tan infundidos de esta verdad no habéis hecho más que indicarla en vuestros libros divinos? ¡Oh siglo de la ignorancia y de la tiranía, cuántas faltas habéis cometido contra los conocimientos humanos, y en qué esclavitud mantenéis a los mayores genios del universo! Por consiguiente, atrevámonos hoy a hablar, puesto que podemos; y ya que debemos a los hombres la verdad, atrevámonos a desvelarla toda entera.

-¡Oh Noirceuil! -interrumpí en un estado de delirio inexpresable- es cierto que he tenido el mayor placer en la acción que acabamos de hacer, pero hubiese tenido diez veces más en verla ahorcada...

-Entonces, criminal, di que en haberla colgado tú misma...

-¡Oh!, ¡sí, sí, Noirceuil! Lo confieso: descargo con sólo pensarlo.

-Y todos estos placeres se redoblaban porque era inocente, ¿no es así Juliette?; sin eso, la acción que hemos cometido habría sido útil a las leyes: toda la delicia del atractivo del mal habría desaparecido. ¡Ah! -prosiguió Noirceuil-, ¿nos habría dado nuestras pasiones la naturaleza, si no hubiese sabido que el resultado de estas pasiones cumpliría sus leyes? El hombre lo ha adivinado tan bien, que ha querido por su parte hacer algo para reprimir esta fuerza invencible que, al llevarlo al crimen, no le dejaría subsistir un solo momento; pero ha hecho algo injusto, porque las leyes le quitan infinitamente más de lo que le dan; y por un poco que le aseguran, le quitan asombrosamente. Pero estas leyes, que sólo son obra de los hombres, no deben obtener ninguna consideración del filósofo; no deben tener nunca los movimientos que le inspira la naturaleza; no están hechas más que para darle misterio: dejémoslas servir de refugio, nunca de freno.

-Pero, amigo mío -digo a Noirceuil-, si los otros hiciesen otro tanto no habría ya refugio.

-Sea -respondió mi amante-, en este caso, volveríamos al estado de incivilización en que nos creó la naturaleza, que no es nada desgraciado. Entonces, le corresponderá al débil protegerse de una fuerza y una guerra abiertas; al menos verá todo lo que tiene que temer, y será más feliz, porque ahora tiene que sostener esta misma guerra, pero le es imposible hacer valer, para defenderse, lo poco que ha recibido de la naturaleza. Todos los Estados ganarían con este cambio, está bien probado, y las leyes ya no serían necesarias. Pero volvamos (19).

(19) No hay nada tan divertido como la multiplicidad de las leyes que el hombre dicta todos los días para hacerse feliz, mientras que no hay una de estas leyes que no le quite, al contrario, una parte de su felicidad. ¿Y por qué todas estas leyes? ¡Y!, ciertamente, es preciso que los bribones se inflen, y que los imbéciles sean subyugados. En una palabra, éste es todo el secreto de la civilización de los hombres.

Uno de nuestros más grandes prejuicios, sobre las materias que tratamos, nace de la especie de lazo de unión que gratuitamente suponemos que existe entre otro hombre y no-

sotros; lazo quimérico... absurdo, con el que hemos formado esta especie de fraternidad santificada por la religión. Quiero echar alguna luz sobre este tema capital, porque siempre he visto que la idea de este vínculo fantástico impedía y cautivaba las pasiones infinitamente más de lo que se piensa; y en razón del peso que tiene sobre la razón humana, quiero romperlo ante tus ojos.

Todas las criaturas nacen aisladas y sin ninguna necesidad unas de otras: dejad a los hombres en el estado natural, no los civilizéis, y cada uno encontrará su alimento, su subsistencia, sin necesitara su semejante. Los fuertes proveerán a su vida sin necesidad de asistencia; quizás sean los débiles los únicos que tendrán tal necesidad; pero estos débiles nos han sido sometidos por la mano de la naturaleza; nos los da, nos los sacrifica: su condición nos lo prueba; por lo tanto, el más fuerte podrá servirse del débil, en la medida que pueda. Pero es falso que haya un solo caso en el que deba ayudarlo, porque si lo ayuda, hace algo contrario a la naturaleza; si goza de este débil, si lo somete a sus caprichos, si lo tiraniza, lo veja, se divierte con él, lo pasa bien o lo destruye, sirve a la naturaleza; pero, vuelvo a repetirlo, si, por el contrario, lo ayuda, si lo hace igual a él prestándole una parte de sus fuerzas o cediéndole una parte de su autoridad, entonces destruye el orden de--la. naturaleza, pervierte la ley general: de donde resulta que la piedad, lejos de ser una virtud, se convierte en un vicio real, desde el momento en que nos lleva a turbar una desigualdad exigida por las leyes de la naturaleza; y que los filósofos antiguos no se equivocaban cuando la miraban como una debilidad del alma, como una de esas enfermedades de las que hay que curarse con rapidez, porque veían en ella los efectos diametralmente opuestos a las leyes de la naturaleza, cuyas primeras bases son las diferencias y las desigualdades (20). Así pues, el pretendido hilo de fraternidad no puede haber sido imaginado más que por el débil; porque no es natural que el más fuerte, que no necesita nada, haya podido darle existencia: para someter al débil, sólo necesita su fuerza, pero de ninguna manera ese hilo que, desde ese momento, sólo puede ser obra del débil, y que no se basa más que en un razonamiento tan fútil como lo sería el del cordero al lobo: *No debéis comerme, porque tengo cuatro pies cómo vos.*

El débil, al establecer la existencia del hilo de fraternidad, tenía motivos de egoísmo demasiado evidentes como para que el pacto establecido por este vínculo pueda tener algo de respetable. Por otra parte, un pacto cualquiera no adquiere fuerza más que en la medida que tiene la sanción de los dos partidos; ahora bien, éste pudo ser propuesto por el débil, pero es cierto que el fuerte nunca lo aceptó: ¿de qué le habría servido? Cuando se da es para recibir; esta es la ley de la naturaleza: ahora bien, ¿qué ganaba el fuerte con dar ayuda al débil, despojándose a sí mismo de una parte de su fuerza para revestirlo con ella? ¿Y cómo pensar que es real, entre los dos hombres, la existencia de un pacto, cuando una de las partes tiene el mayor interés en no consentirlo? Por último, porque el fuerte se privaba y no ganaba nada si lo aceptaba; por consiguiente, no ha sancionado este acto: desde este momento, el pacto es ideal y no merece ningún respeto. Podemos rechazar sin temor un arreglo propuesto por nuestros inferiores del que sólo obtendríamos pérdidas.

(20) Aristóteles, en su Arte poética, quiere que el objetivo y el trabajo del poeta sean curarnos del temor y de la piedad, que él considera como la fuente de todos los males del hombre; incluso podría añadirse que de todos sus vicios.

Nada hay más sencillo que la religión de ese tunante de Jesús, débil, lánguida; perseguida, especialmente interesada en dominar a los tiranos y en reducirlos a principios de

fraternidad que le aseguraban el descanso, haya sancionado estos ridículos vínculos: des-
empeña aquí el papel del débil; lo representa, debe hablar como él; nada de esto debe
sorprendernos. Pero que aquel que no es ni débil ni cristiano se someta a semejantes ca-
denas, a lazos que le quitan y no le dan nada esto es lo imposible; y de estos razonamien-
tos debemos concluir que el hilo de la fraternidad no solamente nunca ha tenido ni podido
tener existencia entre los hombres, sino que incluso va contra la naturaleza, cuyas inten-
ciones nunca pudieron ser que el hombre igualara lo que ella diferenciaba con tanta fuer-
za. Debemos estar convencidos de que este vínculo pudo ser propuesto por el débil, pudo
ser sancionado por él cuando por azar se encontró en sus manos la autoridad sacerdotal,
pero que su existencia es frívola, y que de ninguna manera debemos someternos a él.

-Así pues, ¿es falso que los hombres sean hermanos? -interrumpí vivamente-. Así pues,
¿no hay ningún tipo de vínculo real entre otro ser y yo, y la única manera en que debo
actuar con este individuo es sacar de él todo lo que pueda, dándole lo menos posible?

-No hay ninguna duda -me respondió Noirceuil-; porque se pierde con él lo que se le
da, y se gana lo que se le quita. Por otra parte, la primera ley que encuentro escrita en el
fondo de mi alma, no es amar, ni mucho menos aliviar a estos pretendidos hermanos, sino
hacerles que sirvan a mis pasiones. De acuerdo con esto, si el dinero, si el goce, si la vida
de esos pretendidos hermanos es útil a mi bienestar o a mi existencia, me apoderaré de
todo ello a mano armada, si soy el más fuerte, tácitamente si soy el más débil. Si me veo
obligado a comprar una parte de esas cosas, trataré de obtenerlas dando lo menos posible;
las arrancaré, si puedo, sin devolver nada; porque, una vez más, ese prójimo no significa
nada para mí, no existe la menor relación entre él y yo, y si yo establezco esa relación es
con vistas a conseguir de él, con habilidad, lo que no puedo obtener por la fuerza; pero si
pudiese lograrlo con la violencia, no utilizaré ningún otro artificio, porque las relaciones
son nulas, y porque al no servirme ya para nada, no necesito emplearlas.

¡Oh Juliette!, aprende a cerrar tu corazón a los falaces acentos del infortunio. Si el pan
que come ese desgraciado está regado con sus lágrimas, si el trabajo penoso de una jor-
nada apenas es suficiente para permitirle proporcionar por la noche a su triste familia el
débil sostén de sus días, si los impuestos que está obligado a pagar vienen a absorber to-
davía más la mejor parte de sus escasos ahorros, si sus hijos, desnudos y sin educación,
van a disputar al bosque el más vil alimento a la bestia salvaje, si el mismo seno de su
compañera, seco por la necesidad, no puede dar a su recién nacido esa primera parte de
subsistencia capaz de darle la fuerza de ir, para procurarse otro, a compartir la de los lo-
bos, si, doblegado bajo el peso de los años, de los males y las penas, ve siempre, curvado
bajo la mano de la desgracia, llegar con pasos lentos el fin de su carrera, sin que el astro
de los cielos se haya levantado por un solo instante puro y sereno sobre su cabeza abati-
da, nada más sencillo, nada más natural, no hay nada que no cumpla el orden y la ley de
esta madre común que nos gobierna a todos, y tú has encontrado a este hombre desgra-
ciado sólo por la comparación que has hecho contigo; pero en el fondo no lo es. Si te ha
dicho que se creía desgraciado, era, igualmente, a causa de la comparación que hacía en
ese momento entre él y tú no lo oirás quejarse cuando se junte con sus iguales. Bajo el
régimen feudal, tratado como la bestia feroz, sometido y golpeado como ella, vendido
como el suelo que pisaba, ¿no era digno de compasión? Lejos de sentir piedad de sus
males, lejos de suavizar sus desgracias y de ocuparte ridículamente de él, no veas en él
más que un ser que la naturaleza te ofrece para que goces de él a tu antojo, y, lejos de

secar sus lágrimas, hazlas brotar como una fuente, si eso te divierte. Estos son los seres que la mano de la naturaleza ofrece a la hoz de tus pasiones; imita a la araña, tiende tus hilos, y devora sin piedad todo lo que te eche la mano sabia de la naturaleza.

-Amigo mío -exclamé apretando a Noirceuil en mis brazos-, ¡cuánto os debo por disipar de esta forma en mí las terribles tinieblas de la infancia y el prejuicio! Vuestras sublimes lecciones son para mi corazón como el rocío benefactor para las plantas secadas por el sol. ¡Oh luz de mi vida, ya no veo, ya no oigo más que por vos! Pero anulando ante mis ojos el peligro del crimen, me dais el ardiente deseo de precipitarme en él: ¿me guiaréis en este camino delicioso?, ¿llevaréis delante de mí la llama de la filosofía? Quizás me abandonaréis después de haberme perdido, y, sola para poner en práctica unos principios tan duros como los que me hacéis tan queridos, entregada a todo el peligro de estas máximas, ya no tendré, en medio de las dificultades con que están sembrados, ni vuestro crédito para sostenerme, ni vuestros consejos para dirigirme.

-Juliette me respondió Noirceuil-, lo que tú dices demuestra debilidad... exige sensibilidad, y es preciso ser fuerte y dura cuando se decide ser malvada. Tú no serás nunca la presa de mis pasiones; pero nunca te serviré tampoco ni de relación ni de protector: hay que aprender a andar y a sostenerse solo en el camino que elijas; hay que librarse solo de los escollos de que está lleno, familiarizarse con su vista, e incluso con la destrucción del navío que viene a estrellarse contra ellos. La peor consecuencia de todo esto, Juliette, es la horca y, en realidad, es muy poca cosa: desde el momento en que está decidido que debemos morir un día, ¿no es igual ahí que en nuestra cama? ¿Hay que confesarlo, Juliette? Es evidente que el primero, cuestión sólo de un minuto, me asusta infinitamente menos que el otro, cuyos detalles pueden ser horribles; en cuanto a la vergüenza, significa realmente tan poco para mí, que no pongo nada en su balanza. Por consiguiente, tranquilízate, hija mía, y vuela con tus propias alas: siempre correrás menos peligros.

¡Ah Noirceuil!, ¡no queréis abandonar vuestros principios ni siquiera por mí!

-No hay ningún ser en la naturaleza en favor del cual pueda renunciar a ellos. Prosigamos; debo apoyar mi exposición sobre la nada de los crímenes con algunos ejemplos, puesto que es la mejor forma de convencer. Echemos una ojeada rápida sobre el universo, y veamos cómo todo lo que llamamos crimen se erige en virtud de una punta a otra del universo...

Nosotros no nos atrevemos a casarnos con dos hermanas: los salvajes de la bahía de Hudson no conocen otros vínculos. Jacob se casó con Raquel y Lía.

Nosotros no nos atrevemos a fornicar a nuestros propios hijos, aunque sea el más delicioso de los goces: no existe otra forma en Persia y en tres cuartas partes de Asia. Lot se acostó con sus hijas y embarazó a ambas.

Consideramos un gran mal la prostitución de nuestras propias esposas: en Tartaria, en Laponia, en América es una cortesía, un honor prostituir a su mujer con un extranjero; los ilirianos las llevan a reuniones de libertinaje y las obligan a entregarse al recién llegado delante de ellos.

Creemos que ultrajamos el pudor ofreciéndonos desnudos a las miradas de unos y otros: casi todos los pueblos del Mediodía van así sin preocupación alguna; las antiguas fiestas de Príapo y de Baco se celebraban de esta manera; con una ley, Licurgo obligó a las mu-

chachas a presentarse desnudas en los teatros públicos; los toscanos, los romanos, se hacían servir la mesa por mujeres desnudas. Hay una comarca en la India donde las mujeres honradas van igual; sólo las cortesanas van vestidas para excitar mejor la concupiscencia: ¿no es esto absolutamente contrario a nuestras ideas sobre el pudor?

Nuestros generales prohíben la violación después del asalto a una fortaleza: los griegos lo concedían como recompensa. Después de la toma de Carbines, los tarentinos juntaron a los muchachos, las vírgenes y las mujeres jóvenes que encontraron en la ciudad; los expusieron desnudos en la plaza pública, y cada uno eligió lo que le convenía, para fornicarlo y matarlo.

Los indios del monte Cáucaso viven como brutos, se mezclan indistintamente. Las mujeres de a isla de Hornos se prostituyen públicamente a los hombres, justo bajo el templo de su dios.

Los escitas y los tártaros reverenciaban a los hombres que quedaban impotentes en la flor de la edad debido a los excesos libertinos.

Horacio nos representa a los bretones, los ingleses de hoy, como muy libertinos con los extranjeros. Asegura que estos pueblos no tenían ningún pudor natural; vivían entremezclados y en común: hermanos, padres, madres, hijos, satisfacían por igual las necesidades de la naturaleza, y lo que salía de esto pertenecía al que se había acostado con la madre cuando todavía era virgen. Estos pueblos se alimentaban de carne humana (21).

Los Otaitianos satisfacen públicamente sus deseos: se sonrojarían si se ocultasen para eso. Los europeos les hicieron ver sus ceremonias religiosas consistentes en la celebración de esa ridícula hipocresía que llaman misa. A su vez pidieron el permiso de hacerles ver las suyas: era la violación de una niña de diez años por un muchacho de veinticinco. ¡Qué diferencia!

La disolución misma es inciensada: se elevan templos a Príapo; en un principio, Venus fue adorada como la diosa de la propagación, a continuación como la de las lujurias más depravadas, su culo recibe incienso, y la que sólo debía ser el ídolo de la procreación se convierte pronto en la diosa de los mayores ultrajes que puede hacer el hombre a la generación. Era natural que el acto de la procreación se convirtiese en vicioso. Este culto, olvidado con el paganismo, resurge con los indios, y el *lingam*, especie de miembro viril que las muchachas de Asia llevan en el cuello, no es otra cosa que un objeto utilizado en los templos de Príapo.

(21) Sin duda, el mejor de todos los alimentos para obtener abundancia y espesor en la materia seminal. No hay nada tan absurdo como nuestra repugnancia a este respecto; un poco de experiencia la vencerá pronto: una vez que se ha probado esta carne, se hace imposible querer otras. (Véase Paw sobre este tema, *Investigaciones sobre los indios, egipcios, americanos*, etc. etc.)

Un extranjero que llegue al Pegu alquila a una muchacha para el tiempo que debe pasar en el país; hace con ella todo lo que quiere; vuelve a continuación con su familia, y no por esto deja de encontrar marido.

La misma indecencia puede llegar a ser una moda: en Francia se tuvo la costumbre, durante mucho tiempo, de realzar las partes naturales del hombre en el pantalón.

Respecto a la prostitución de sus hermanas o de sus hijas, habitual en casi todos los pueblos del norte, no me asombra: el que se conduce de esta forma espera o favores de aquel al que se prostituye, o al menos verlo actuar, y esta lubricidad es lo suficientemente deliciosa como para ser buscada de un modo especial. Hay otro sentimiento muy delicado en estos tipos de prostituciones, y que lleva a muchos hombres a entregar a sus mujeres como yo lo hago: este movimiento consiste en inflamarse con la infamia con la que se cubre uno mismo, y es excesivamente excitante; en este caso, cuanto más se aumentan los efectos de su vergüenza, mejor se goza. Uno quisiera arrastrar al lodo al objeto que se divierte en entregar; se desearía revolverla en la crápula, en una palabra, hacer lo que yo hago: llevar a su mujer y a su hija al burdel o ponerlas en un rincón de la calle, y sujetarlas uno mismo durante el acto de la prostitución.

¿Señor -interrumpí-, vos tenéis una hija?

-Tengo una -respondió Noirceuil.

¿De la esposa que yo conozco?

No, de mi primera; esta es mi octava, Juliette.

¿Y cómo pudisteis hacer un hijo, con los gustos que os conozco?

Tuve varios, querida mía. No te asombres de este comportamiento: algunas veces se superan las repugnancias, cuando deben resultar placeres.

- ¡Ah! Señor, creo que os entiendo.

Te explicaré todo esto, ángel mío, pero será preciso que te estime mucho para probarte cuán poco me estimo a mí mismo.

-¡Hombre encantador! -exclamé-. Nunca me seréis más querido que cuando me hayáis convencido de hasta qué punto despreciáis los prejuicios vulgares; y cuantos más crímenes desveléis a mis ojos, más incienso obtendréis de mi corazón. La irregularidad de vuestra cabeza trastorna la mía; sólo aspiro a imitaros.

- ¡Ah, santo Dios! -exclamó Noirceuil, introduciendo su lengua en mi boca-, jamás vi a una criatura más análoga a mí: creo que la adoraría, si pudiese amar a una mujer... Quieres imitarme, Juliette; te desafío a ello; si el interior de mi alma pudiese entreabrirse aterrorizaría de tal forma a los hombres que quizás ni uno sólo se atrevería a acercarse a mí en toda la tierra. He llevado la impudicia, el crimen, el libertinaje y la infamia hasta su último grado; y si siento algún remordimiento, puedo asegurar con toda sinceridad que sólo se debe a la desesperación de no haber cometido bastantes crímenes.

La prodigiosa agitación en la que se encontraba Noirceuil me convenció de que la confesión de sus errores lo calentaba casi tanto como su misma acción. Aparté el ligero vestido que lo envolvía, y, cogiendo su miembro, más duro que una barra de hierro, lo manoseé: destilaba semen.

-¡Cuántos crímenes me cuesta este miembro! -exclamó Noirceuil-. ¡Cuántas execraciones me he permitido para hacerle perder su esperma con un poco más de calor! No existe ningún objeto sobre la tierra que no esté dispuesto a sacrificar: es un dios para mí, que sea el tuyo, Juliette: adoro este miembro déspota, incienso a este dios soberbio. Me gustaría exponerlo a los homenajes del mundo entero; me gustaría que hubiese un hombre en el

mundo que hiciese morir, entre terribles suplicios a todos aquellos que no quisiesen inclinarse ante él... Si fuese rey, Juliette, no tendría mayor placer que el de hacerme seguir por verdugos que masacrasen, al momento, todo lo que encontrasen mis miradas... Caminaría sobre cadáveres, y sería feliz; descargaría en la sangre, cuyos chorros correrían a mis pies.

Embriagada a mi vez, me precipito a los pies de este asombroso libertino; adoro, entusiasmada, el móvil de tantas acciones, cuyas simples confesiones excitan de tal forma al que las ha cometido; lo tomo en mi boca, lo chupo durante un cuarto de hora con delicia...

-No somos suficientes -dice Noirceuil, que gustaba poco de placeres solitarios-. No déjame; quizás te quemaría si aspirases al honor de hacerme descargar tú sola; mis pasiones concentradas sobre un punto único se parecen a los rayos del astro reunidos por el vidrio ardiente: en seguida queman el objeto que se encuentra bajo su foco.

Y Noirceuil, espumeante, comprimía con fuerza mis nalgas.

Este fue el momento en que uno de los conductores de Gode vino a darnos noticias de su entrada en Bicêtre, y del hijo muerto que había parido al llegar.

-Esto sí que es bueno -dice Noirceuil, despidiendo al hombre con dos luses para una copa-. Me parece añadió en voz baja-, que nunca se pagaría demasiado por el anuncio de tal acontecimiento; al menos tenemos la imagen de un pequeño delito con la broma que nos hemos permitido... ¡Mira, Juliette!... ¡Mira cuán imperioso se pone mi miembro!

Y en ese mismo momento hace venir a su gabinete a su mujer y al joven, padre de la criatura que acaba de destruir; sodomiza a este último mientras le informa de la noticia, y obligando a Mme. de Noirceuil a chupar, de rodillas, el miembro del Ganimedes, mientras entrega mi culo a los besos de este joven, y, cogiendo por debajo los pechos de su mujer, les da tirones hasta el punto de hacerle lanzar gritos de dolor, cuyo efecto es tan poderoso sobre sus órganos, que pierde su semen en ese mismo momento.

- ¡Mira, Juliette! -prosigue, mientras ordena a este joven que le eche en la mano el semen con el que acaba de regarlo, y embadurnando con rudeza el rostro de su mujer-, ¡mira cuán puro y hermoso es mi esperma! ¿Me equivocaba cuando te hacía adorar el dios cuya sustancia es tan hermosa? Nunca sirvió uno tan burbujeante... tan puro... aquel que los estúpidos presentan como motor del universo. Prosigamos, Juliette dice, despidiendo a todos-, me molesta haberme visto obligado a interrumpirme.

Nosotros castigamos el libertinaje -prosiguió mi maestro-: Plutarco nos enseña que los samniamos se entregaban diariamente, y bajo la vigilancia de las leyes, en un lugar llamado *Los Jardines*, mezclados, a voluptuosidades tan lascivas que es casi imposible imaginárselas. En este feliz lugar, continúa el historiador, las distinciones de sexo y los vínculos sanguíneos desaparecían bajo el encanto del placer: el amigo se convertía en la mujer de su amigo; la hija, la querida de su madre, y, todavía con más frecuencia, los hijos, la ramera de su padre, junto al hermano que sodomizaba a su hermana.

Nosotros estimamos mucho las primicias de una muchacha. Los habitantes de las Filipinas no hacen ningún caso de eso: en estas islas, existen oficiales públicos a los que se paga muy caro por encargarse de desvirgar a las muchachas la víspera de su matrimonio.

El adulterio estaba públicamente autorizado en Esparta.

Nosotros despreciamos a las muchachas que se prostituyen: por el contrario, las lidias eran estimadas solamente en razón del número de sus amantes; el fruto de su prostitución era su única dote.

Las ciprianas iban a venderse públicamente a todos los extranjeros desembarcados en su isla para enriquecerse.

En un Estado es necesaria la depravación de las costumbres; los romanos se dieron cuenta de eso y establecieron en toda la extensión de su república burdeles de muchachas y muchachos, y teatros donde bailaban las muchachas completamente desnudas.

Las babilonias se prostituían una vez al año, en el templo de Venus; las armenias eran obligadas a consagrar su virginidad a los sacerdotes del Tanais, quienes las sodomizaban primitivamente, y no les concedían el favor de la desfloración más que si habían soportado valientemente los primeros ataques: una defensa, una lágrima, un movimiento, un grito que se les escapase, y eran privadas del honor de las segundas, y ya no encontraban marido.

Los canarios de Goa hacen sufrir a sus hijas otro suplicio: las prostituyen a un ídolo provisto de un miembro de hierro cuyo grosor es desmesurado; las hunden a la fuerza en este terrible consolador, calentado prodigiosamente; éste es el estado de ensanche en el que la pobre niña va a buscar marido, que no la tomaría sin esta ceremonia.

Los Camaítas, herejes del siglo segundo, pretendían que sólo se llegaba al cielo por la incontinenencia; sostenían que cada acto infame tenía un ángel tutelar, y adoraban a este ángel entregándose a increíbles actos de disolución.

Ewen, antiguo rey de Inglaterra, estableció por ley en sus Estados que ninguna muchacha podía casarse sin que hubiese sido desvirgada antes. En toda Escocia y en algunas partes de Francia, los vasallos importantes gozaban de este derecho.

Las mujeres, así como los hombres, llegan a la crueldad por el libertinaje: trescientas mujeres del inca Atabaliba, en Perú, se prostituyeron al momento a los españoles, por su propia voluntad, y los ayudaron a masacrar a sus propios esposos.

La sodomía es general en todo el mundo; no hay un solo pueblo que no se entregue a ella; ni un solo gran hombre que no la haya realizado. El safismo reina igual mente; esta pasión está en la naturaleza como la otra; en el corazón de la joven se forma en la más tierna edad, en la del candor y la inocencia, cuanto todavía no ha recibido ninguna impresión extraña: por consiguiente, es fruto de la naturaleza, está grabada por su mano.

La zoofilia fue universal. Jenofonte nos enseña que, durante la retirada de los Diez Mil, los griegos sólo se servían de cabras. Esta costumbre está todavía muy extendida en toda Italia: el carnero es mejor que su hembra; su ano, más estrecho, es más caliente; y este animal, naturalmente lúbrico, se excita a sí mismo en cuanto se da cuenta de que descargan dentro de él: convéncete, Juliette, de que sólo hablo por experiencia.

El pavo es delicioso, pero hay que cortarle el cuello en el momento de la crisis; entonces, el estrechamiento de su agujero os colma de voluptuosidades (22).

Los sibaritas sodomizaban a los perros; las egipcias se prostituían a los cocodrilos, las americanas a los monos. Por último, llegamos a las estatuas: todo el mundo sabe que un paje de Luis XV fue encontrado descargando sobre el trasero de la Venus de las hermosas nalgas. Un griego, que llegaba a Delfos para consultar el oráculo, encontró en el templo a dos genios de mármol, y, durante la noche, rindió homenaje a aquel de los dos que había encontrado más hermoso. Una vez hecha su operación, lo coronó de laurel, como recompensa por los placeres que había recibido de él.

(22) Se encuentran en varios burdeles de París; entonces, la muchacha pasa la cabeza entre las piernas, vosotros tenéis su culo en perspectiva, y ella corta el cuello del animal en el momento de vuestra descarga: quizás pronto veréis esta fantasía en práctica.

Los siameses no sólo creen el suicidio permitido, sino que además piensan que matarse a sí mismo es un sacrificio útil al alma, y que este sacrificio le vale la felicidad en el otro mundo.

En Pegu, se da vueltas y vueltas durante cinco días seguidos, sobre carbones ardiendo, a la mujer que acaba de dar a luz: de esta forma se la purifica.

Los caribes compran niños en el seno mismo de la madre: en cuanto ven la luz, los marcan en el vientre con una pintura vegetal, los desvirgan a los siete u ocho años, y en general los matan después de haberse servido de ellos.

En la isla de Nicaragua, a un padre le está permitido vender a sus hijos para ser inmolidos. Cuando estos pueblos celebran la consagración de la primavera, los riegan de semen, y danzan alrededor de esta doble producción de la naturaleza.

En Brasil, se entrega una mujer a cada prisionero que va a ser inmolado; goza de ella; y la mujer, embarazada frecuentemente de él, ayuda a descuartizarlo y participa en la comida que se hace de su carne.

Antes de estar dominados por los incas, los antiguos habitantes del Perú, es decir, los primeros colonos llegados de Scitia, los primeros que poblaron América, tenían la costumbre de sacrificar a sus hijos a los dioses.

Los pueblos de los alrededores de Río-Real sustituyen la circuncisión de las niñas, ceremonia en uso en varias naciones, por una costumbre muy extraña: en cuanto son núbiles, les introducen en la matriz bastones provistos de hormigas gordas que las pican horriblemente; cambian estos bastones para prolongar el suplicio, que nunca dura menos de tres meses y, algunas veces mucho más.

San Jerónimo cuenta que, en un viaje que hizo a las Galias, vio a los escoceses comer con fruición las nalgas de los jóvenes pastores y los pechos de las jóvenes. Yo sentiría más confianza por el primer plato que por el segundo, y creo, junto con todos los pueblos antropófagos, que la carne de las mujeres, como la de todas las hembras de animales, debe de ser muy inferior a la del macho.

Los mingrelianos y los georgianos son los pueblos más hermosos de la tierra, y al mismo tiempo los más entregados a todo tipo de lujurias y de crímenes, como si la naturaleza hubiese querido hacernos conocer mediante esto que estos extravíos la ofenden tan poco que quiere adornar con todos sus dones a los que más entregados están a ellos. Entre ellos, el incesto, la violación, el infanticidio, la prostitución, el adulterio, el crimen, el

robo, la sodomía, el safismo, la zoofilia, el incendio, el envenamiento, el rapto, el parricidio, son acciones virtuosas y de las que se vanaglorian. Cuando se reúnen es para hablar entre sí de la inmensidad o de la enormidad de sus fechorías: recuerdos y proyectos de acciones semejantes son objeto de sus más deliciosas conversaciones, y así es como se excitan a cometer otras nuevas.

En el norte de Tartaria hay un pueblo que se construye un nuevo dios todos los días: este dios debe ser el primer objeto que se encuentren al despertarse por la mañana. Si por azar es un mojón de mierda, el mojón se convierte en el ídolo del día; y en la hipótesis de que esto sea así, ¿no vale aquél tanto como el ridículo Dios de harina adorado por los católicos? El uno es ya materia de excrementos, el otro lo será pronto: realmente la diferencia es mínima.

En la provincia de Matomba, encierran en una casa muy oscura a los niños de ambos sexos, cuando alcanzan la edad de doce años; y allí sufren, en estado de inanición, todos los malos tratos que los sacerdotes tengan a bien imponerles, sin que puedan revelar nada, ni quejarse, al salir de estas casas.

En Ceylán, cuando una muchacha se casa, son los hermanos quienes la desvirgan: su marido nunca tiene derecho a eso.

Consideramos la piedad como un sentimiento que nos impulsa a hacer buenas acciones. En Kamtchatka es considerada, con mucha más razón, como una falta: en estos pueblos, sería un pecado capital evitar a alguien el peligro a que lo ha llevado su suerte. Estos pueblos ven a un hombre ahogarse y pasan sin detenerse; se abstendrían de prestarle ninguna ayuda.

Perdonar a sus enemigos es una virtud entre los imbéciles cristianos: en Brasil, es una acción soberbia matarlos y comérselos.

En la Guyana, se expone a una joven a la picadura de las moscas la primera vez que tiene la regla: muere con frecuencia en la operación. El espectador, encantado, pasa entonces todo el día lleno de gozo.

La víspera de la nupcias de una joven, en Brasil, le hacen un gran número de heridas en las nalgas para que su marido, demasiado lanzado ya por la sangre y el clima a ataques antifísicos, renuncie a ellos por las heridas que se le oponen (23).

(23) Hay una gente mal organizada a la que este espectáculo le haría excitarse todavía mejor, y que, al verlo, sólo lamentarían no haber participado ellos mismos.

Los pocos ejemplos que te he dado, Juliette, son suficientes para demostrarte lo que son las virtudes a las que nuestras leyes y nuestras religiones europeas parecen hacer tanto caso, lo que significa ese odioso hilo de fraternidad preconizado por el infame cristianismo. Puedes ver si está o no en el corazón del hombre: ¿serían generales tantas execraciones si la existencia de la virtud, a la que contrarían, tuviese alguna realidad?

No dejaré de decírtelo : el sentimiento de humanidad es quimérico; nunca podrá hacer frente a las pasiones, ni siquiera a las necesidades, puesto que vemos cómo los hombres se devoran mutuamente durante siglos. Así pues, no es más que un sentimiento de debilidad, absolutamente extraño a la naturaleza, hijo del temor y del prejuicio. ¿Puede ocultarse que la naturaleza es la que nos da nuestras pasiones y nuestras necesidades? Sin em-

bargo, las pasiones y las necesidades desconocen la virtud del humanismo; por lo tanto, esta virtud no está en la naturaleza; desde este momento, no es más que un puro efecto del egoísmo, que nos ha llevado a desear la paz con nuestros semejantes con el fin de gozar de ella nosotros mismos. Pero aquel que no teme las represalias no se encadena más que con un gran esfuerzo a un deber respetable únicamente para aquellos que las temen. ¡Y!, no, no, Juliette, no hay una piedad sincera, no hay una piedad que se reduzca a nosotros. Analicemos el momento en que nos sorprendemos sintiendo conmiseración, y veremos que una voz secreta grita en el fondo de nuestros corazones: *Lloras por este desgraciado, porque a tu vez eres desgraciado, y porque temes serlo todavía más*. Ahora bien, ¿qué voz es ésta sino la del temor?, ¿y de dónde nace el temor sino del egoísmo?

Por consiguiente, destruyamos en nosotros este sentimiento pusilánime: sólo puede ser doloroso, ya que es imposible concebirlo más que como una comparación que nos conduce a la desgracia.

En cuanto tu espíritu, querida niña, haya concebido perfectamente la nulidad, digo más, la especie de crimen que habría en admitir la existencia de ese pretendido hilo de fraternidad, exclama con el filósofo: " ¡Y!, ¿por qué dudaré en satisfacerme, cuando la acción que concibo, por mucho daño que haga a mi semejante, puede procurarme a mí el más sensible placer? Porque aun suponiendo por un momento que al cometer esta acción cualquiera cometo una injusticia hacia mi prójimo: sucede que al no hacerla cometo una hacia mí misma. Despojando a mi vecino de su mujer, de su herencia, de su hija, yo puedo, como acabo de decirlo, cometer una injusticia hacia él; pero, privándome de estas cosas que me dan el mayor placer, cometo una hacia mí; ahora bien, entre estas dos injusticias necesarias, ¿seré suficientemente enemigo de mí mismo para no dar la preferencia a aquella de la que puedo obtener unos cosquilleos agradables? Si no actuase así sería por conmiseración. Pero si la admisión de un sentimiento así es capaz de hacerme renunciar a goces que me halagarían tanto, debo utilizar cualquier cosa para curarme de este penoso sentimiento, hacer todo para impedirle que en el futuro tenga ninguna influencia sobre mi alma. Una vez que lo haya logrado (y esto se consigue acostumbrándose gradualmente al espectáculo de los males de otro), ya no me entregaré más que al encanto de satisfacerme; no será contrarrestado con nada, ya no temeré los remordimientos, porque no podrían ser ya la consecuencia de la conmiseración, puesto que está extinta. Así pues, me entregaré a mis inclinaciones sin temor, preferiré mi interés o mi placer a males que no me afectan ya, y pensaré que perder un bien real porque costaría una situación desgraciada a un individuo (situación cuyo choque no puede llegar ya hasta mí) sería una verdadera ineptia, puesto que sería amar a ese extraño más que a mí, lo que iría contra todas las leyes de la naturaleza y todos los principios del buen sentido".

Que los lazos de familia no te parezcan ya sagrados, Juliette: son tan quiméricos como los otros. Es falso que debas algo al ser del que has salido; todavía más falso que debas cualquier sentimiento al que ha salido de ti; absurdo imaginar que se deba algo a los hermanos, hermanas, nietos, nietas. ¿Y por qué razón tendría que establecer la sangre deberes? ¿Por qué nos esforzamos en el acto de la generación? ¿No es por nosotros? ¿Qué podemos deber a nuestro padre, si se ha divertido en crearnos? ¿Qué podemos deber a nuestro hijo, porque nos ha apetecido perder un poco de semen en el fondo de una matriz; a nuestro hermano o a nuestra hermana, porque han salido de la misma sangre? Destruyamos todos estos lazos como los otros, son igualmente despreciables.

-¡Oh Noirceuil! -exclamé, ¡cuántas veces lo habéis demostrado!... ¿y no queríais decírmelo?

-Juliette -me respondió este amable amigo-, tales confesiones sólo pueden ser la recompensa a vuestra conducta; os abriré mi corazón cuando os crea verdaderamente digna de mí: tenéis que sufrir algunas pruebas antes.

Y el ayuda de cámara llegó para advertirle de que el ministro, íntimo amigo suyo, lo esperaba en el salón, y así nos separamos.

No tardé en colocar lo más ventajosamente posible los sesenta mil francos robados en la casa de Mondor. Por muy segura que estuviese de la aprobación de Noirceuil, como el robo no podía contarse sin el episodio de la infidelidad, y como por otra parte mi amante podía temer de mí las mismas lesiones sobre sus propiedades, juzgué más prudente no decir nada, y sólo me ocupé de nuevos medios de aumentar, por las mismas vías, la cantidad de mis rentas. Otra partida en casa de la Duvergier me daría pronto la ocasión.

Se trataba de ir, yo como cuarta, a la casa de un hombre cuya manía, tan cruel como voluptuosa, consistía en azotar muchachas. Tres criaturas encantadoras se habían reunido conmigo en el café de la puerta de Saint-Antoine, para ir juntas en un coche que deberíamos encontrar allí, en casa del duque de Dennemar, a su deliciosa mansión de Saint-Maur. No había nada más fresco, no había nada tan bonito como las muchachas que se me unieron en la cita: la mayor no tenía dieciocho años, la llamaban Minette; me gustaba hasta el punto de que no pude contenerme de colmarla con las más voluptuosas caricias; había una de dieciséis, otra de catorce. Muy difícil la elección de sus víctimas, supe, por la mujer que nos llevaba, que era la única cortesana de las cuatro; mi juventud, mi belleza, habían animado al duque a franquear las reglas que se había impuesto de no ver nunca a ninguna mujer de mundo. Mis compañeras eran jóvenes obreras de la costura, completamente extrañas a estas partidas; muchachas honradas, bien educadas, y seducidas únicamente por las grandes sumas que ofrecía el duque y por la seguridad de que, al limitarse aquél a la fustigación, respetaría su virginidad: teníamos cincuenta lises cada una, veréis si nos los ganamos o no.

Introducidas las cuatro en un apartamento magnífico, nuestra conductora nos dice que esperemos, mientras nos desvestimos, las órdenes que el señor quisiera darnos.

Entonces, pude examinar a placer las gracias ingenuas, los delicados y dulces encantos de mis tres jóvenes camaradas. No había nada tan esbelto como su talle, nada tan fresco como su pecho, nada tan apetitoso como sus muslos, nada tan torneado y tentador como sus tres encantadores traseros. Devoré a estas muchachas con los más tiernos besos, y sobre todo a Minette. Me los devolvieron con una ingenuidad que me hizo descargar en sus brazos. Hacía más de tres cuartos de hora que mientras esperábamos el momento de los deseos de monseñor el duque, nos entregábamos retozando a toda la impetuosidad de los nuestros, cuando un hermoso y alto lacayo, casi desnudo, vino a prevenirnos de que íbamos a comparecer, pero que era preciso que empezase la mayor. Al colocarme esta orden en tercer lugar, penetré cuando me tocó en el santuario de los placeres de este nuevo Sardanápalo; y lo que voy a contaros es totalmente semejante a lo que habían padecido mis compañeras.

El gabinete donde nos recibió el duque era redondo; absolutamente cubierto de espejos; en medio, había una columna de pórfido de alrededor de seis pulgadas de alta. Me hizo subir a un pedestal; el ayuda de cámara, que nos daba las órdenes y que servía a los placeres de su amo, ató mis pies a cadenas de bronce, colocadas a propósito en el bloque; a continuación levantó mis brazos, los ató a una cuerda que los mantenía lo más alto posible. Sólo entonces se acercó el duque; hasta ese momento había estado tumbado en un canapé, donde se excitaba ligeramente el miembro. Totalmente desnudo de cintura para abajo, le cubría el busto una simple camiseta de satén castaño; sus brazos estaban descubiertos; en el izquierdo tenía un puñado de vergas, delgadas y flexibles, atadas con un lazo negro. El duque, de cuarenta años, tenía una fisonomía muy dura, y me pareció que su moral no era más dulce que su físico.

-Lubin -dice a su ayuda de cámara-, esta me parece mejor que las otras, su culo es más redondo, su piel más fina, su rostro más interesante; la compadezco porque sufrirá más.

Y, diciendo esto, el villano, acercando su hocico a mi trasero, besó primero y mordió después. Lanzo un grito.

-¡Ah, ah!, sois sensible, por lo que parece. Tanto peor, pues no estáis en el final.

Y entonces sentí cómo sus uñas curvas se hundían profundamente en mis nalgas y me arrancaban la piel en dos o tres sitios. Nuevos gritos que lancé no hicieron más que excitar a este criminal que, llevando entonces dos de sus dedos al interior de mi vagina, no los retira más que con la piel que desgarrar en este lugar sensible.

Lubin -decía entonces, mostrando sus dedos llenos de sangre al ayuda de cámara-, querido Lubin, ¡triunfo!, tengo la piel del coño.

Y la puso en la cabeza del miembro de Lubin, que se excitaba bastante bien en ese momento. En ese instante abrió un pequeño armario disimulado por espejos; sacó de él una larga guirnalda de hojas verdes; yo ignoraba el uso que iba a hacer de ella, y con qué planta estaba formada. ¡Ay de mí!, apenas se acercó a mí cuando no tardé en darme cuenta de que era de espinas. Ayudado por el cruel agente de sus placeres, me la pasa y vuelve a pasar tres o cuatro veces alrededor del cuerpo, y acabó por fijarla de una manera muy pintoresca, pero al mismo tiempo muy dolorosa, ya que desgarraba absolutamente todo mi cuerpo y principalmente mis senos, sobre los que la apretaba con la más feroz afectación. Pero mis nalgas, destinadas a otra fiesta, no participaban de ninguna manera en este maldito preámbulo; bien separadas de todas partes, ofrecían sin obstáculo a este libertino todas las carnes que debían recorrer sus vergas.

-Vamos a comenzar -me dice Dennemar-, en cuanto me vio en el estado que deseaba; os pido un poco de paciencia, porque esto puede ser muy largo.

Diez golpes de vergas bastante ligeros se convierten en el anuncio de la terrible tormenta que va a desencadenarse sobre mi culo.

-¡Vamos, santo Dios!, ¡más! -exclamó entonces-

Y con un brazo vigoroso flagelando mis dos nalgas, me aplica más de doscientos seguidos, y sin detenerse. Durante la operación, su ayuda de cámara, de rodillas, delante de él, trataba de exprimir, chupando, el veneno que hacía a esta bestia tan malvada; y mientras flagelaba, el duque gritaba con todas sus fuerzas:

-¡Ah!, ¡la puta... la zorra!... ¡Oh!, ¡cómo detesto a las mujeres!, ¿ y no podré exterminarlas a todas a vergazos?... Ella sangra... sangra por fin... ¡Ah, joder!, sangra... ¡Chupa, Lubin, chupa! Soy feliz, veo la sangre.

Y acercando su boca a mi trasero, recogió cuidadosamente lo que veía correr con tanto placer; después, continuando:

-Pero mira, Lubin, no me excito, y es preciso que la azote hasta que se me empine, y hasta que me excite, hasta que descargue... ¡Vamos, vamos!, ¡la puta es joven y resistirá!

La sangrienta ceremonia empieza de nuevo; pero ahora los episodios cambian: Lubin no chupa a su amo; armado con un vergajo, le devuelve centuplicados los golpes vigorosos que recibo de él. Estoy en sangre, corre sobre mis nalgas, veo que enrojece el pedestal; las espinas hundidas en mi carne, desgarrada por las vergas, me era imposible poder decir en qué parte de mi cuerpo se hacen sentir los dolores con más fuerza, cuando el verdugo, cansado de suplicios y tumbándose de nuevo sobre el canapé espumeante de lujuria, ordena al fin que me desaten. Llego hasta él, tambaleante.

-Excítame -me dice, besando las huellas de su crueldad-... o mejor no... excita a Lubin; prefiero verlo descargar que descargar yo mismo, por muy bonita que seáis, dudo que lo logréis.

Lubin se apodera en seguida de mí; yo todavía tenía la funesta guirnalda: el bárbaro, a propósito, la aprieta contra mi piel, mientras que yo le chupo; su postura era tal que si cedía a las suaves agitaciones de mi puño el semen se lanzaba sobre el rostro de su amo, que, siguiendo apretándome, pellizcándome el trasero, se excitaba ligeramente él solo: el efecto ocurrió, el criado descarga, y todo el rostro del amo se cubre de esperma. Sólo el suyo se niega a unirse a aquél; lo reserva para una escena más lúbrica: oiréis los detalles.

-Salid -me dice en cuanto Lubin lo consiguió-, tengo que hacer pasar a vuestra cuarta compañera antes de que os vuelva a llamar.

Abren, y veo a las que me habían precedido en un cuarto de al lado... ¡Pero, santo cielo, en qué estado!... Era peor que el mío: sus cuerpos tan bonitos, tan blancos, tan deliciosos, daba horror mirarlos; las desgraciadas lloraban, se arrepentían de haber aceptado semejante partida; pero yo, más orgullosa, más firme y más vengativa, sólo pensaba en obtener una compensación. Una puerta entreabierta me deja ver el dormitorio del duque: entro en él apresuradamente. En seguida se presentan tres objetos a mi vista: una gran bolsa de oro, un soberbio diamante y un reloj hermosísimo. Abro precipitadamente la ventana, veo que da a un cobertizo que forma ángulo con la muralla, y que todo esto está situado cerca de la puerta por donde hemos entrado. Me quito listamente una de mis medias, meto estos tres objetos dentro, y dejo caer todo sobre un arbusto situado en el ángulo del que acabo de hablaros; las hojas ocultan el depósito, y vuelvo con mis compañeras. Apenas me había unido a ellas, cuando Lubin viene a buscarnos: el gran sacerdote consumaría el sacrificio con las cuatro víctimas juntas. Ya había fustigado a la más joven, y nos pareció que su culo no había sido tratado con más miramientos que los nuestros; estaba cubierto de sangre. Ya no estaba el pedestal; Lubin nos tumba boca abajo, a las cuatro, en medio del gabinete; nos enlaza con tanto arte que no ve ya más que nuestras nalgas... os dejo imaginar en qué estado. El duque se acerca a este grupo, su criado lo excita con una mano,

mientras que destila con la otra aceite hirviendo sobre nuestros culos; felizmente, la crisis no fue larga.

-¡*Quémalas, quémalas!* -exclamaba el duque, mezclando su semen con el licor inflamado que nos calcinaba, *quema a estas putas... descargo.*

Y nos levantamos en un estado que os describiría mejor el cirujano, que tardó diez días en hacer desaparecer las marcas de esta abominable escena, y que logró tanto más fácilmente conmigo, cuanto que, por un feliz azar, no me habían caído sobre el trasero más que dos o tres gotas de este aceite ardiente, con el que se encontraba totalmente cubierta la más joven de mis compañeras, sin duda por maldad del duque.

Fuese cual fuese mi estado, no perdí la cabeza al bajar, y, volando al rincón donde había dejado caer mi tesoro, me apoderé prontamente de lo que debía compensarme de los males que me habían hecho sufrir.

Cuando llegué a casa de la Duvergier, la acusé agriamente por haberme expuesto a aquella vejación: ¿debía hacerlo sabiendo como sabía que yo estaba ricamente entretenida? Y declarándole que no me complacía ya en inmolarle a su rapacidad, me retiré a mi casa avisando a Noirceuil de que estaba enferma y que le rogaba que me dejase guardar cama tranquilamente durante unos días. Noirceuil, en absoluto enamorado, menos todavía sensible, y muy poco inquieto, no apareció; su mujer, más dulce y más política, vino a verme dos veces, pero sin preocuparse mucho por mi salud. Al décimo día todo había desaparecido de tal forma que yo estaba más fresca que antes. Entonces eché la mirada sobre mi presa: había trescientos luises en la bolsa, el diamante valía cincuenta mil francos, el reloj mil escudos. Coloqué esta nueva suma como la otra, y hallándome, con ambas, cerca de las doce mil libras de renta, creí que era el momento de trabajar un poco para mí misma y que el papel de juguete de la avaricia de los otros no convenía ya a mi pequeña fortuna.

Así se pasó un año, durante el cual hice algunas partidas por mi cuenta, pero en las cuales el azar no ofreció a mi destreza los mismos medios dignos de mención; por otra parte, seguía siendo la alumna de Noirceuil, ayuda de sus libertinajes, y detestada por su mujer.

Aunque viviésemos en la indiferencia, Noirceuil, que sin amarme tenía un gran interés por mi cabeza, seguía pagándome muy caro; era mantenida en todo, y tenía veinticuatro mil francos al año para mis placeres; unid a esto la renta de doce mil que yo había logrado y juzgaréis mi comodidad. Deseando muy poco a los hombres, satisfacía mis deseos con dos mujeres encantadoras; dos compañeras suyas se unían a veces a nosotras: entonces no había ningún tipo de extravagancia que no realizásemos.

Un día, una de las amigas de aquella de las dos mujeres a la que yo prefería, me suplicó que me interesase por uno de sus parientes al que le había sucedido una aventura bastante desagradable. Sólo se trataba -decía- de decir una palabra a mi amante cuyo crédito frente al ministro solucionaría todo en seguida; el joven, si yo quería, vendría él mismo a contarme su historia. Arrastrada aquí, como a pesar de mí, por el deseo de hacer feliz a alguien, fatal deseo que la mano de la naturaleza, que no me había creado para la virtud, tuvo buen cuidado de castigar bien pronto, acepto; aparece el joven: ¡Dios!, cuál no será mi sorpresa al reconocer a Lubin. Hago lo que puedo para disimular mi turbación. Lubin me asegura que ya no está en casa del duque; me hace una novela que no tiene pies ni

cabeza; le prometo servirle; el traidor sale contento -dice- de haberme vuelto a encontrar, después de un año que no dejaba de buscarme. Pasaron unos días sin que oyese hablar de nada; me inquietaba sobre la desgraciada consecuencia que podía tener este encuentro, y mostraba mi resentimiento contra la amiga de mi ayuda de cámara que me había comprometido en esta trampa, aunque no dudé de si era o no por maldad cuando, saliendo una noche de la Comedia-Italiana, seis hombres detienen mi coche, detienen a mi gente, me hacen descender ignominiosamente y me echan a un coche, gritando al cochero. ¡Al hospital!

¡Oh cielos! -me digo- ¡Estoy perdida! Pero recuperándome en seguida:

-Señores -exclamo-, ¿no se equivocan conmigo? -Os pedimos perdón, señorita, nos equivocamos -me responde uno de estos criminales al que pronto reconozco como el mismo Lubin-, no hay duda de que nos equivocamos, porque es a la horca adonde os deberíamos llevar; pero si, hasta tener más amplias informaciones, la policía, por consideración al Sr. de Noirceuil, no quiere más que enviaros al hospital en vez de daros en seguida lo que os corresponde, esperamos que esto sólo sea un ligero retraso.

- ¡Y bien! -digo con descaro-, ¡lo veremos! Sobre todo, tened cuidado de que no haga arrepentirse pronto a aquellos que, creyéndose por un momento los más fuertes, se atreven a atacarme con tanta audacia.

Me echan en un calabozo oscuro, donde, durante treinta y seis horas, no vi absolutamente nada más que carceleros.

Quizás os sea fácil, amigos míos, suponer cuál era el estado de mi interior en este caso; voy a abrirlo con toda franqueza. Tranquila como en la fortuna, desesperada de verme engañada por haber escuchado por un momento a la virtud, resuelta... profundamente decidida a no volverle a permitir ninguna influencia sobre mi corazón; cierta pena, quizás, por ver venirse abajo en un instante mi fortuna; pero ni un remordimiento... ni una sola resolución de ser mejor, si era vuelta a la sociedad; ni el más pequeño proyecto de acercarme a la religión, si debía morir. Esta es mi alma completamente al desnudo. Sin embargo, sentía cierta intranquilidad... ¿Acaso no las tenía cuando era buena? ¡Ah!, ¿qué importa? Prefiero no ser pura y sentir estas ligeras inquietudes, prefiero entregarme al vicio que encontrarme estúpidamente tranquila en el seno de una inocencia que detesto... ¡Oh crimen ¡, sí, incluso tus serpientes son goces: por sus agujones preparan el abrazo divino con el que consumes a tus partidarios; todos tus sobresaltos son placeres; es preciso que se agiten almas como las nuestras; les es imposible serlo por la virtud, y sienten demasiado horror por ella: que sea entonces por tus deliciosos extravíos... ¡Oh divinas desviaciones de la vida! Sí, sí, que me liberen; ¡cuántos nuevos delitos se me ofrecen, y verán cómo robaré! Estas eran mis reflexiones; queríais saberlas, os las pinto: ¿dónde estarían mejor confiadas que en el seno de mis mejores amigos?

Estaba en la mitad del segundo día de esta horrible detención, cuando oigo que se abre la puerta con un gran estrépito.

- ¡Oh Noirceuil! -exclamé reconociendo a mi amante-, ¿qué dios os trae hasta mí? ¿Y cómo puedo interesaros después de todas mis faltas?

Juliette -me dice Noirceuil en cuanto nos dejaron solos-, la manera en que vivimos juntos no me pone en situación de tener que reprocharos nada; sois libre: el amor no entraba

para nada en nuestros arreglos; sólo era cuestión de confianza. Por la analogía que había entre mi forma de pensar y la vuestra, creísteis que debíais negarme esta confianza, nada más simple; pero lo que no lo es es que seáis castigada por una bagatela como la que os hace estar detenida. Mi niña, amo vuestra cabeza, lo sabéis, hace mucho tiempo que os lo he dicho, y serviré siempre sus extravíos, en tanto que sean análogos a los míos. No creáis que es ni por conmiseración ni por un sentimiento por lo que vengo a romper vuestras cadenas; me conocéis lo suficiente como para estar convencida de que no puedo emocionarme ni con una ni otra de las dos debilidades. En este caso no actué más que por egoísmo, y os juro que si me excitase mejor viéndoos colgada que retirándoos de aquí, no dudaría ni un minuto. Pero me gusta vuestra compañía, me privaría de ella si fuereis colgada; por otra parte, habéis merecido serlo, ibais a serlo, y estos son derechos muy poderosos sobre mi alma; y os amaría más si hubieseis merecido la rueda... Seguidme, sois libre... Sobre todo, nada de agradecimiento, lo aborrezco.

Y viendo que yo iba a entregarme a él, a pesar de mí:

-Ya que lo sentís, Juliette -respondió vivamente Noirceuil-, no saldréis de aquí hasta que no os haya probado lo absurdo del sentimiento al que parece llevaros la debilidad de vuestro corazón a pesar de vos.

Después, obligándome a que me sentara y situándose cerca de mí

-Querida muchacha -me dice-, tú sabes que no quiero perder ninguna ocasión de formar tu corazón e iluminar tu espíritu; déjame enseñarte lo que es el agradecimiento.

Se llama gratitud, Juliette, al sentimiento con que se corresponde a una buena acción. Ahora bien, yo pregunto cuál es el motivo de aquel que realiza una buena acción. ¿Actúa para él o para nosotros? Si actúa para él, me confesarás que no le-debemos nada; y si es para nosotros, la fuerza que adquiere a partir de ese momento, lejos de excitar en nosotros el agradecimiento, sólo podrá engendrar celos: ha herido nuestro orgullo. ¿Pero cuál es su objetivo obligándonos a él? ¿Cómo no verlo en seguida?, el que obliga, el que saca de su bolsillo cien luises para dárselos a un hombre que sufre, no ha actuado de ninguna manera por la felicidad de este infortunado. Que analice su corazón: verá que no ha hecho más que halagar su orgullo, que sólo ha trabajado para él, bien encontrando un placer intelectual más halagador al dar cien luises a un pobre que guardándoselos, bien imaginando que la publicidad de este acto le creará una buena reputación: pero en ambos casos, yo sólo veo egoísmo. Dime, pues, ahora lo que debo a un hombre que sólo ha trabajado para él. Aunque pudieseis demostrarme que sólo ha considerado al hombre al que obliga, al actuar como lo ha hecho, que su acción es secreta, que nunca saldrá a la luz, que no puede haber obtenido ningún placer en dar esos cien luises puesto que, por el contrario, se siente molesto por este don, y que, en una palabra, su acción es tan desinteresada que no se puede mezclar en ella el egoísmo: a esto yo os respondería en primer lugar que es imposible, y que, analizando bien la acción de este bienhechor, siempre descubriremos en su cuenta algún goce secreto que disminuye su precio; pero incluso aceptando que el desinterés que vos admitís sea completo, nunca estaréis en el caso de la gratitud, puesto que este hombre, con su acción, al elevarse por encima de vos hiere vuestro orgullo y hace que sintáis, por este procedimiento, mortificaciones en un sentimiento cuyas ofensas no se perdonan nunca. Desde este momento, este hombre, sea lo que sea lo que haya hecho por vos, sólo tiene derecho, si sois justa, a vuestra perpetua antipatía; os aprovecharéis de

su servicio, pero detestaréis al que os lo ha prestado; su existencia os pesará, nunca lo veréis sin que os sonrojéis. Si os informan de su muerte, os regocijaréis interiormente, y os parecerá haberos quitado un peso de encima... una servidumbre; y la seguridad de haberos librado de un ser ante el que no podíais aparecer sin una especie de vergüenza será un goce: ¿qué digo?, si vuestra alma es verdaderamente independiente y orgullosa, quizás iríais más lejos, quizás lo deberíais... Sí, llegaréis hasta a destruir esta existencia que os molesta; os libraréis de la vida de este hombre como de un fardo que os cansa; y lejos de haber engendrado en vos el servicio prestado amistad por este benefactor, como veis, sólo habrá producido el odio más implacable. ¡Oh!, ¡esta reflexión debe probarte, Juliette, cuán ridículo y peligroso es prestar servicios a los hombres! Después de mi manera de analizar la gratitud, observa, querida, si quiero la tuya, y si no debo guardarme, al contrario, de ponerme frente a ti, en vista del servicio prestado. Por lo tanto, te repito que al romper tus cadenas no hago nada por ti: actúo absolutamente por mí. Vayámonos.

En cuanto estuvimos ante los jueces, Noirceuil tomó la palabra.

-Señor -dice a uno de los jueces-, esta señorita, al recobrar su libertad, no quiere ocultar el nombre de la que cometió el robo del que injustamente se acusaba a mi amiga: acaba de asegurarme que fue una de las tres muchachas que la acompañaron a la casa del Sr. Dennemar. Hablad, Juliette, ¿recordáis el nombre de esa muchacha?

-Claro que sí, señor -respondí comprendiendo perfectamente al pérfido Noirceuil-, era la más bonita de las tres, tiene de dieciocho a diecinueve años, la llaman Minette.

-Era todo lo que pedíamos, señorita -dice el hombre de la ley-, ¿juraríais esta denuncia?

-Sin duda, señor -respondí.

Y levantando la mano hacia el crucifijo:

-Juro y declaro -digo en voz alta e inteligible- y hago ante Dios el juramento sagrado de que la llamada Minette es la única culpable del robo perpetrado en la casa del Sr. Dennemar.

Salimos y subimos rápidamente al coche.

-Y bien, Juliette -me dice mi amante-, ¡sin mí nunca habrías cometido esta pequeña maldad! Te conozco lo suficiente para estar seguro de que era inútil ponerte al corriente, y que me entenderías a la primera palabra. Bésame, ángel mío... Me gusta chupar esta boca blasfema. ¡Ah!, te has portado como un dios. Minette será colgada, y es delicioso, cuando se es culpable, no solamente sacar provecho, sino además incluso hacer perecer al inocente en su lugar.

-¡Oh Noirceuil -exclamé-, cuánto te amo! Eres el único ser que me conviene en el mundo; vas a hacer que me lamente por haberte engañado.

-¡Bah!, Juliette, tranquilízate me respondió Noirceuil-, te -libero de los remordimientos del crimen: sólo exijo de ti los de la virtud. No tienes que ocultarme nada prosiguió mi amante mientras nos llevaban a casa-; no te impido que hagas partidas, si la avaricia o el libertinaje te empujan a ellas: todo lo que tiene su fuente en tales vicios es asombrosamente respetable para mí; pero deberías abstenerte de los conocimientos de la Duvergier: no ve, no procura más que libertinajes cuyas crueles pasiones podrían llevarte a tu perdi-

ción. ¡Si me hubieses confiado tus gustos, te habría procurado partidas muy caras donde los riesgos fuesen mínimos y donde hubieses podido robar con toda comodidad! Porque nada hay tan sencillo como robar, es una de las fantasías más naturales en el hombre; el mismo que te habla lo hizo durante mucho tiempo; me he corregido haciendo casas peores. No hay nada que cure los pequeños vicios como los grandes crímenes; cuanto más se ataca a la virtud, más se acostumbra uno a ultrajarla; y entonces sólo nos excitan la voluptuosidad las mayores ofensas. Mira cuánto has perdido, Juliette: al ignorar tus caprichos, te he negado a cinco o seis amigos míos que ardían en deseos de tenerte y en cuyas casas habrías estado a salvo presentando el culo. Por lo demás -prosiguió Noirceuil-, nada de esto habría pasado sin ese maldito Lubin que, al sospechar su amo de él, había jurado hacer las pesquisas más exactas sobre el robo. Pero tú estás vengada, ayer lo mandamos a Bicêtre para el resto de sus días. Es esencial que sepas que es al ministro Saint-Fond, amigo mío, a quien debes tu libertad y la liquidación de tu asunto. Ya está todo dicho: mañana te llevaré ante él. Declararon veintidós testigos; aunque hubiese habido quinientos, nuestro crédito no los temía; este crédito es inmenso, Juliette, y nosotros estamos seguros, Saint-Fond y yo, o de arrancar al instante de la horca al mayor criminal de la tierra, o de hacer subir a ella al más virtuoso de los hombres. Esto es lo que se gana bajo el reinado de príncipes imbéciles. Son dirigidos por quienes les rodean, y los tontos autómatas, creyendo que-son ellos los que gobiernan, no rigen más que por nuestras pasiones. Podíamos vengarnos de Dennemar, tengo todo lo necesario para eso; pero es tan libertino como nosotros, sus caprichos lo han demostrado; no atacemos nunca a los que se nos parecen. El duque sabe que ha obrado mal al conducirse como lo ha hecho; hoy estaba muy avergonzado, te concede el producto del robo y te volverá a ver con gusto; sólo ha pedido que colgásemos a una: él está contento y nosotros también. No te aconsejo que vuelvas a ver a ese viejo avaro; sabemos que te desea sólo para obtener la gracia de Lubin; pero no te mezcles en eso. Yo tuve a Lubin a mi servicio, me jodía muy mal y me costaba muy caro; me disgustaba hasta el punto de que ya había querido encerrarlo varias veces; ya no lo tenemos, que se quede ahí. En cuanto al ministro, quiere verte; te concedo esta noche para que cenes con él; es un hombre excesivamente libertino... Gustos, fantasías... pasiones, infinidad de vicios. No necesito encomendarte la más extrema sumisión: es la única manera de probarle tu agradecimiento cuyos efectos querías, equivocadamente, derramar sobre mí...

-Mi alma se ajusta a la tuya, Noirceuil -digo con sangre fría-, no te doy las gracias desde el momento en que me pruebas que sólo has actuado para ti, y me parece que te amaré mucho más al no estar obligada a deberte nada. Respecto a la sumisión que me pides, será completa, dispón de mí, te pertenezco; como mujer me pongo en mi lugar, sé que la dependencia es mi suerte.

-No, de ninguna manera -me dice Noirceuil-; la comodidad de que gozas, tu espíritu y tu carácter te liberan absolutamente de esa esclavitud. Yo no someto a ella más que a las *mujeres-esposas* o a las *putas*, y en esto sigo las leyes de la naturaleza, que, como ves, sólo permite a esos seres arrastrarse. La inteligencia, el talento, la riqueza y el crédito sacan de la clase de los débiles a aquellos que la naturaleza hizo nacer allí; y desde el momento en que entran en la de los fuertes, todos los derechos de éstos, la tiranía, la opresión, la impunidad, y el entero ejercicio de todos los crímenes, les están permitidos. Quiero que tú seas mujer y esclava con mis amigos y conmigo, déspota con los otros... y

desde ese momento, te juro que te daré los medios. Juliette, necesitas una pequeña compensación por las treinta y seis horas de prisión... Bribona, ya estoy enterado de tus doce mil libras de renta, me habías ocultado todo eso: no importa, lo he sabido; yo te doy diez mañana, y el ministro me ha encargado de que te dé esta noticia: es una tensión de mil escudos a cuenta de los hospitales; los enfermos tendrán algunos caldos de menos y tú algunas borlas de más, todo viene a ser lo mismo. Así que ahí estás a la cabeza de veinticinco mil libras de renta, sin contar con tu sueldo que te será pagado siempre con exactitud. ¡Y bien!, corazón mío, ves cómo las consecuencias del crimen no siempre son desgraciadas: el proyecto de una virtud, el de ayudar a Lubin, te ha sumergido en el fondo de los calabozos; el robo en casa de Dennemar decide y motiva tu fortuna: ¡atrévete a dudar ahora! ¡Ah!, ¡comete tantos crímenes como quieras!, ahora conocemos tu cabeza, nos divertiremos con sus extravíos, y te prometo la impunidad.

- ¡Oh!, Noirceuil, ¡cuán injustas son las leyes humanas! Gode, inocente, gime en un calabozo; Juliette, culpable de su suerte, cubierta con los dones de la fortuna.

-Todo eso está en orden, hija mía -me respondió Noirceuil-; el infortunio es el juguete de la prosperidad; le está sometido por las leyes de la naturaleza; es preciso que el débil sirva de pasto al fuerte. Echa una mirada al universo; en todas las leyes que lo rigen encontrarás ejemplos parecidos: la tiranía y la injusticia, como únicos principios de todos los desórdenes, deben ser las primeras leyes de una causa que no actúa más que mediante desórdenes.

-¡Oh!, amigo mío -digo llena de entusiasmo-, al legitimar a mis ojos todos los crímenes, al darme, como haces, los medios para sumergirme en ellos, pones mi alma en un estado delicioso, en una turbación, en un delirio, que no podría explicar con palabras. ¿Y no quieres que te dé las gracias?

-Una vez más, no me debes nada; me gusta el mal, le proporciono agentes: puedes ver que también aquí soy egoísta, como en todas las otras ocasiones de mi vida.

- ¡Pero tendré que reconocer de algún modo todo lo que haces por mí!

-Cometiendo muchas fechorías, y no ocultándome ninguna.

-Ocultártelas ¡nunca!, mi confianza será completa; serás dueño de mis pensamientos como de mi vida; no nacerá en mi corazón ningún deseo que no te comunique, ningún goce que no compartas... Pero, Noirceuil, tengo que pedirte un favor más: la amiga de aquella de mis mujeres que me ha traicionado presentándome a ese Lubin excita poderosamente mi venganza; quiero que la castigues cuando lleguemos.

-Dame su nombre y su dirección -dice Noirceuil--, mañana estará en la cárcel para el resto de sus días. Entramos en la casa.

-Aquí está Juliette --dice Noirceuil presentándome a su mujer, cuyo aspecto era frío y circunspecto. Esta encantadora criatura -prosiguió mi amante- había sido víctima de la calumnia; es la muchacha más honrada del mundo, y os ruego, señora, que continúen las consideraciones que le debéis por más de una razón.

¡Oh cielos! -me digo, en cuanto, de nuevo en mi voluptuoso cuarto, miro la feliz situación de que iba a gozar, la inmensa renta de la que sería dueña-, ¡oh cielos!, ¡qué vida voy a llevar! Fortuna, suerte, Dios, agente universal, quienquiera que seas, si es así como

tratas a los que se entregan a los delitos, ¿cómo no voy a seguir esta carrera? ¡Ah!, está decidido, nunca seguiré otra. Extravíos divinos que se atreven a llamar crímenes, en adelante seréis mis únicos dioses, mis únicos principios y mis leyes; ¡sólo a vosotros querré en el mundo!

Mis criadas me esperaban para darme un baño. Pasé en él dos horas, otras tantas para mi arreglo, y fresca como una rosa aparecí en la cena del ministro, más hermosa, según me aseguraron, que el mismo astro del que me habían privado los infames zorros durante dos días.

SEGUNDA PARTE

El Sr. de Saint-Fond era un hombre de alrededor de cincuenta años, ingenioso, con un carácter muy falso, muy traidor, libertino, feroz, infinitamente orgulloso, que poseía el arte de robar a Francia hasta el infinito, y el de distribuir cartas con el sello real de encarcélamiento por el solo deseo de sus más mínimas pasiones. Más de veinte mil individuos de todo sexo y de toda edad gemían, por sus órdenes, en las diferentes fortalezas reales que ha heredado Francia; y entre estos veinte mil seres -me decía un día, con mucha gracia- te juro que no hay uno solo que sea culpable. D'Albert, primer presidente del parlamento de París, estaba también en la comida; sólo cuando entrábamos me previno Noircueil.

-Debes las mismas consideraciones -me dice- a ese personaje que al otro; hace doce horas era dueño de tu vida, sirves de compensación a los miramientos que tuvo contigo; ¿podía pagarle mejor?

Cuatro muchachas encantadoras componían, junto con Mme. de Noircueil y conmigo, el serrallo ofrecido a estos señores. Estas criaturas, vírgenes todavía, eran de la casa de la Duvergier. La más joven se llamaba Eglée, rubia, de trece años y con un rostro encantador. Seguía Lolotte, era el vivo retrato de Flora; nunca se vio tanta frescura; apenas tenía quince años. Henriette tenía dieciséis, y reunía por sí sola más atractivos de los que los poetas cantaron a las tres Gracias. Lindane tenía diecisiete años; digna de ser pintada, ojos con una singular expresión, y el cuerpo más hermoso que sea posible ver.

Seis jóvenes, de quince años, nos servían desnudos y peinados como mujeres: cada uno de los libertinos que asistía a la comida tenía, como veis por este arreglo, cuatro objetos de lujuria a sus órdenes: dos mujeres y dos muchachos. Como ninguno de estos individuos estaba todavía en el salón cuando yo aparecí, d Albert y Saint-Fond, después de haberme besado, mimado y alabado durante un cuarto de hora, me felicitaron por mi aventura.

-Es una encantadora pequeña criminal -dice Noircueil- y que, por la sumisión más ciega a las pasiones de sus jueces, viene a agradecerles la vida que les debe.

-Me habría molestado quitársela --dice d'Albert--: por algo lleva Thémis una venda; y estaréis de acuerdo en que cuando se trata de juzgar a bonitos seres como estos, debemos tenerla siempre delante de los ojos.

-Le prometo la más absoluta impunidad para su vida -dice Saint-Fond-; puede hacer absolutamente todo lo que quiera, le juro que la protegeré en todos sus extravíos y que la vengaré, si lo exige la ocasión, de todos aquellos que quieran turbar sus placeres, por muy criminales que puedan ser.

-Le prometo otro tanto -dice d'Albert-; le prometo además para mañana una carta del canciller que la pondrá al abrigo de todas las persecuciones que, por cualquier tribunal, pudiesen intentarse contra ella en todo el territorio de Francia. Pero, Saint-Fond, yo exijo algo más; todo lo que estamos haciendo es absolver el crimen, pero hay que estimularlo: por consiguiente, te pido para ella una pensión de dos mil hasta veinticinco mil francos, en razón del crimen que cometa.

-Juliette -dice Noirceuil- creo que hay aquí poderosos motivos para que des a tus pasiones toda la amplitud que pueden tener, y para que no nos ocultes ninguno de tus extravíos. Pero hay que convenir señores -prosiguió mi amante sin darme tiempo a responder que hacéis un uso maravilloso de la autoridad que os han confiado las leyes y el monarca.

-El mejor posible respondió Saint-Fond-; nunca se actúa mejor que cuando se está bajando para uno mismo; nos han concedido esta autoridad para que hagamos felices a los hombres: ¿acaso no la utilizamos haciendo la nuestra y la de esta amable niña?

-Al investirnos con esta autoridad -dice d'Albert- no nos han dicho: haréis la felicidad de tal o cual individuo, abstracción hecha de tal o cual otro; simplemente nos han dicho: los poderes que os transmitimos son para que hagáis la felicidad de los hombres; ahora bien, es imposible hacer a todo el mundo igualmente feliz; por consiguiente, desde el momento que hay entre nosotros algunos contentos, nuestro fin está cumplido.

-Pero --dice Noirceuil, que sólo discutía para hacer brillar mejor a sus amigos- sin embargo, vos trabajáis en la desgracia general al salvar a la culpable y al perder al inocente.

-Eso es lo que yo niego --dice Saint-Fond-; el vicio hace mucho más feliz que la virtud: por lo tanto sirvo mucho mejor a la felicidad general protegiendo el vicio que recompensando la virtud.

¡Estos son sistemas propios de pícaros como vos! --dice Noirceuil.

Amigo mío --dice d'Albert-, ya que también hacen vuestra alegría, no os quejéis.

Tenéis razón -dice Noirceuil-, además, me parece que deberíamos actuar más en vez de charlar. ¿Deseáis tener a Juliette sola un momento, antes de que lleguen?

No, yo no -dice d'Albert-, no tengo ningún interés en los tête-à-tête, soy muy torpe... La gran necesidad que tengo de ser ayudado en estas cosas hace que me guste tanto aguardar hasta que todo el mundo esté aquí. No pienso así -dice Saint-Fond- y voy a pasar un rato con Juliette al fondo de este cuarto.

Apenas estuvimos allí, Saint-Fond me anima a que me desnude. Mientras obedezco:

-Me han asegurado -me dice-, que tendréis una ciega complacencia para mis fantasías, repugnan un poco, lo sé, pero cuento con vuestra aceptación. Sabéis lo que he hecho por vos, haré todavía más: sois malvada, vengativa; pues bien -prosiguió mientras me entregaba seis cartas de encarcelamiento en blanco, que sólo había que llenar- para hacer perder la libertad a quien bien me pareciese- esto es para que os divirtáis; además, tomad

este diamante de mil luses, para pagaros el placer que tengo en conoceros esta noche... Tomad, tomad, todo esto no me cuesta nada: es dinero del Estado.

-En verdad, monseñor, estoy confundida con tantas bondades.

- ¡Oh!, no me detendré en esto; quiero que vengáis a verme a mi casa; necesito una mujer que, como vos, sea capaz de todo; quiero encargaron la partida de los venenos.

¿Qué, monseñor, vos servís semejantes cosas?

-Es preciso, ¡hay tanta gente de la que estamos obligados a deshacernos!... ¿no sentiréis escrúpulos, espero?

- ¡Ah!, ¡ni el más mínimo, monseñor!, os juro que no hay en el mundo un crimen capaz de aterrorizarme, y no hay ni uno sólo que no cometa con placer.

-¡Ah!, besadme, ¡sois encantadora! -dice Saint-Fond-, ¡y bien!, en medio de lo que me prometéis aquí, renuevo mi juramento de conseguiros la más completa impunidad. Haced por vuestra cuenta lo que mejor os parezca: os aseguro que os sacaré de todas las malas aventuras que pudiesen sucederos. Pero tenéis que demostrarme enseguida que sois capaz de realizar el trabajo al que os destino. Tomad -me dice entregándome una cajita-, sentaré cerca de vos a la muchacha que me apetezca para que caiga en la prueba; acariciadla bien: el fingimiento es el manto del crimen; engañadla lo más hábilmente posible y echad este polvo, en los postres, en uno de los vasos de vino que se le servirán: el efecto no será largo; en eso reconoceré si sois digna de mí; y, en tal caso, vuestro puesto os espera.

-¡Oh!, monseñor -respondí con calor-, estoy a vuestra disposición; dadme, dadme, y veréis cómo me comportaré.

-¡Encantadora!..., ¡encantadora!... Ahora, divirtámonos, señorita, vuestro libertinaje me excita... Sin embargo, antes de nada, permitidme que os ponga al corriente de una fórmula de la que es esencial que no os alejéis: os prevengo de que nunca tenéis que apartaros del profundo respeto que yo exijo y que se me debe por más de una razón; en esto soy un orgulloso implacable. Nunca me oiréis tutearos; imitadme, sobre todo, no me llaméis nunca más que monseñor; hablad en tercera persona siempre que podáis, y estad siempre delante de mí en actitud respetuosa. Independientemente del puesto eminente que ocupo, mi nacimiento es de los más ilustres, mi fortuna enorme, y mi crédito superior al del mismo rey. Es imposible no ser muy vanidoso cuando se está en tal situación: el hombre poderoso que, por una falsa popularidad, consiente en dejar que se le acerquen, se humilla y rebaja enseguida. La naturaleza ha colocado a los grandes en la tierra como a los astros en el firmamento; deben iluminar el mundo y nunca descender a él. Mi orgullo es tal que querría que me sirviesen sólo de rodillas, hablar siempre a esa vil canalla que se llama pueblo mediante un intérprete, y detesto todo lo que no está a mi altura.

-En este caso -digo- monseñor debe odiar a mucha gente, porque hay muy pocos seres aquí abajo que puedan igualarse a él.

Muy pocos, tenéis razón señorita; también aborrezco al mundo entero, excepto los dos amigos que veis ahí, y algunos otros: odio soberanamente a todos los demás.

-Pero monseñor -me tomé la libertad de decir a este déspota-, ¿acaso los caprichos del libertinaje a los que os entregáis no os quitan un poco de esa altura en la que me parece que siempre desearíais estar?

-No -dice Saint-Fond- todo eso se alía, y para cabezas dispuestas como las nuestras, la humillación de ciertos actos de libertinaje sirve de alimento al orgullo (1).

(1) Eso es fácil de comprender: se hace lo que nadie hace; por lo tanto, se es único en su género. Ese es el pasto del orgullo.

Y como yo estaba desnuda:

-¡Ah!, ¡qué hermoso culo, Juliette! -me dice el disoluto mirándolo-, me habían dicho que era soberbio, pero supera su fama; inclinaos para que sumerja mi lengua... ¡Ah, Dios!, está de una limpieza que me desespera: ¿no os ha dicho Noirceuil en qué estado quería encontrar este culo?

-No, señor.

-Lo quería enmierdado... lo quería sucio... es de una frescura que me desespera. Vamos, arreglemos esto con otra cosa. Tomad, Juliette, aquí está el mío... está en el estado en que quería el vuestro: encontraréis mierda en él... Poneos de rodillas delante de él, adoradlo, felicitaos por el honor que os concedo al permitir que ofrezcáis a mi culo el homenaje que querría rendirle toda la tierra... ¡Cuán felices serían otros seres por estar en vuestro lugar! Si los dioses descendiesen hasta nosotros, ellos mismos desearían gozar de este favor. Chupad, introducid vuestra lengua; nada de repugnancia, hija mía.

Y fuesen las que fuesen las que yo sintiese, las vencí; mi interés hacía de eso una ley. Hice todo lo que deseaba el libertino: le chupé los huevos, me dejé abofetear, pero en la boca, cagar en el pecho, escupir y mear en el rostro, dar tirones a mis pezones, dar patadas en el culo, bofetones, y, al final, joder en el culo, donde no hizo más que excitarse, para descargar después en la boca, con la orden de tragar su esperma.

Hice todo; la más ciega docilidad coronó todas sus fantasías. ¡Divinos efectos de la riqueza y el crédito, todas las virtudes, todas las voluntades, todas las repugnancias se quebrarán ante vuestros deseos, y la esperanza de ser acogidos por vosotros, someterá a vuestros pies a todos los seres y todas las facultades de esos seres! La descarga de Saint-Fond era brillante, decidida, violenta; entonces pronunciaba en voz alta las blasfemias más fuertes y más impetuosas; su pérdida era considerable, su esperma ardiente, espeso y sabroso, su éxtasis elevado, sus convulsiones violentas y su delirio muy pronunciado. Su cuerpo era hermoso, muy blanco, el culo más hermoso del mundo, sus huevos muy gordos, y su miembro musculoso podía tener siete pulgadas de largo, por seis de grueso; estaba rematado con una cabeza de dos pulgadas al menos, mucho más gorda que la mitad del miembro, y casi siempre desmochada. Era alto, bien construido, la nariz aquilina, gruesas cejas, hermosos ojos negros, bonitos dientes y el aliento muy puro. Cuando acabó, me preguntó si no era verdad que su semen era excelente...

¡Pura crema, monseñor, ¡pura crema! -respondí-, es imposible tragar uno mejor.

¡Alguna vez os concederé el honor de comerlo -me dice-, y también tragaréis mi mierda, cuando esté contento de vos. Vamos, poneos de rodillas, besad mis pies, y agradecedme todos los favores que he querido dejaros recoger hoy.

Obedezco, y Saint-Fond me besó jurando que estaba encantado conmigo. Un bidet y algunos perfumes hicieron desaparecer todas las manchas con que estaba mancillada. Salimos; cuando atravesábamos los apartamentos que nos separaban del salón de la reunión, Saint-Fond me recuerda la caja.

- ¡Y qué! -ligo-, una vez disipada la ilusión, ¿os ocupa todavía el crimen?

-¡Cómo! -me dice este hombre terrible-, ¿acaso has tomado mi propuesta por una eferescencia de la cabeza?

-Así lo había creído.

Te engañas; son cosas necesarias cuyo proyecto excita mis pasiones, pero que, aunque concebidas en el momento de un delirio, no deben dejar de ser ejecutadas en la calma.

-Pero ¿vuestros amigos lo saben? -¿Acaso lo dudas?

-Habrá una escena.

-En absoluto, estamos acostumbrados a eso. ¡Ah!, si todos los rosales del jardín de Noirceuil dijese a qué sustancias deben su belleza... Juliette... Juliette ¡no hay bastantes verdugos para nosotros!

-Estad tranquilo, monseñor, os he dado mi juramento de obediencia, y lo mantendré.

Volvíamos. Nos esperaban; las mujeres habían llegado. En cuanto aparecimos, d'Albert mostró el deseo de pasar al dormitorio con Mme. de Noirceuil, Henriette, Lindane y dos muchachos, y sólo cuando después vi actuar a d'Albert, me di cuenta de sus gustos. Me quedé sola con Lolotte, Eglée, cuatro muchachos, el ministro y Noirceuil; nos entregamos a algunas escenas lujuriosas; las dos muchachitas, con medios más o menos parecidos a los que había utilizado yo, intentaron volver a excitar a Saint-Fond; lo lograron; Noirceuil, espectador, se hacía joder mientras me besaba las nalgas. Saint-Fond acarició mucho a los jóvenes y tuvo unos minutos de conversación secreta con Noirceuil; ambos reaparecieron muy excitados, y, habiéndose unido a nosotros el resto de la gente, nos sentamos a la mesa.

Juzgad, amigos míos, mi sorpresa cuando, recordando la orden secreta que me habían dado, veo que con la mayor afectación colocan a Mme. de Noirceuil junto a mí.

-Monseñor -digo en voz baja a Saint-Fond, que se sentaba al otro lado... ¡Oh!, monseñor, así pues, ¿es esa la víctima elegida?

-Con toda seguridad -me dice el ministro-, reponeros de esa turbación; os rebaja ante mí; una semejante pusilanimidad más y perdéis mi estima para siempre.

Me senté; la comida fue tan deliciosa como libertina; las mujeres, arregladas apenas, exponían a los manoseos de estos disolutos todos los encantos que les habían distribuido las Gracias. Uno tocaba un pecho apenas abierto, el otro manoseaba un culo más blanco que el alabastro; solamente nuestros coños eran poco festejados: no es con tales gentes con quienes hacen fortuna atractivos semejantes; convencidos de que es preciso ultrajar con frecuencia a la naturaleza para reconquistarla, sólo ofrecen el incienso a aquellas partes cuyo culto se dice que está prohibido por ella. Los vinos más exquisitos, los platos más suculentos calientan las cabezas, y Saint-Fond agarra a Mme. de Noirceuil; el criminal se excitaba con el atroz crimen que su perversa imaginación maquinaba contra esta

infortunada; la lleva a un canapé, en una punta del salón, y la sodomiza mientras me ordena que vaya a cagarle en la boca; cuatro jóvenes muchachos se colocan de manera que excita a cada uno con una mano, mientras un tercero encoña a Mme. de Noirceuil, y un cuarto, situado más alto que yo, me hace chupar su miembro; un quinto da por el culo a Saint-Fond.

¡Ah!, ¡santo cielo! -exclama Noirceuil-, ¡este grupo es encantador! No conozco nada tan bonito como ver joder así a la mujer de uno; no la tratéis con miramientos, Saint-Fond, os lo ruego.

Y colocando las nalgas de Eglée a la altura de su boca, hace cagar en ella a esta pequeña, mientras que él sodomiza a Lindane y el sexto muchacho lo da por el culo a él. D'Albert, uniéndose al cuadro, viene a completar la partida izquierda; sodomiza a Henriette, besando el culo del muchacho que fornicaba al ministro, y manosea, a derecha e izquierda, todo lo que sus manos pueden alcanzar.

¡Ah!, ¡cuán necesario hubiese sido aquí un grabador para transmitir a la posteridad este voluptuoso y divino cuadro! Pero la lujuria, al coronar demasiado pronto a nuestros actores, quizás no hubiese dado al artista el tiempo necesario para captarlos. No es fácil para el arte, que no tiene movimiento, plasmar una acción cuyo movimiento afecta a toda el alma; y esto es lo que hace del grabado a la vez el arte más difícil y más ingrato.

Volvimos a sentarnos a la mesa.

-Mañana --dice el ministro- tengo que expedir una carta de procesamiento contra un hombre culpable de un extravío bastante singular. Es un libertino que, como vos, Noirceuil, tiene la manía de hacer fornicar a su mujer por un extraño; esta esposa, que sin duda os parecerá muy extraordinaria, ha hecho la tontería de quejarse de una fantasía que haría la felicidad de muchas otras. Las familias se han mezclado en todo esto y, definitivamente, quieren que haga encerrar al marido.

-Ese castigo es demasiado duro -dice Noirceuil-. -Y yo lo encuentro demasiado suave -dice d'Albert-; hay un montón de países donde harían perecer a un hombre como ese.

- ¡Oh!, ¡así es como son ustedes, los señores golillas! -dice Noirceuil : felices cuando corre la sangre. Las horcas de Thémis son vuestra casa; os excitáis pronunciando una sentencia de muerte, y a menudo descargáis cuando la hacéis ejecutar.

-Sí, eso me ha sucedido algunas veces -dice d'Albert-, ¿pero qué inconveniente hay en hacerse un placer de los deberes?

-Ninguno, sin duda -dice Saint-Fond-, pero volviendo a la historia de nuestro hombre, estaréis de acuerdo con que hay mujeres muy ridículas en el mundo.

-Es que -dice Noirceuil- hay un montón que creen haber cumplido sus deberes hacia el marido, cuando han respetado su honor, y que les hacen comprar esta virtud tan mediocre por la acritud y la devoción, y sobre todo por negaciones constantes a todo lo que se aleja de los placeres permitidos. Constantemente a caballo sobre su virtud, las putas de esta calaña se imaginan que nunca las respetan demasiado, y que, de acuerdo con esto, hay que permitirles la gazmoñería más ofensiva sin ningún reproche. ¿Quién no preferiría a una mujer tan zorra como os la queráis imaginar, pero que disimulase sus vicios con una complacencia sin límites, con una sumisión completa a todas las fantasías de su marido?

¡Y!, ¡jodan, señoras, jodan todo lo que les plazca! Para nosotros es la cosa más indiferente del mundo; pero atended nuestros deseos, satisfacedlos sin ningún escrúpulo; transformaos para complacernos, desempeñad ambos sexos a la vez, convertíos en niñas incluso, a fin de dar a vuestros esposos el extremo placer de azotaros, y estad seguras de que con tales extravíos, cerrarán los ojos a todo lo demás. Para mí, estos son los únicos procedimientos que pueden mitigar el horror del lazo conyugal, el más terrible, el más detestable de todos aquéllos con los que los hombres hicieron la locura de atarse.

- ¡Ah!, Noirceuil, ¡no sois galante! -dice Saint-Fond, apretando un poco más fuerte los pezones de la mujer de su amigo-, ¿olvidáis que vuestra esposa está aquí?

-No por mucho tiempo, espero -respondió malvadamente Noirceuil.

-¿Cómo así? -dice d'Albert lanzando sobre la pobre una mirada tan falsa como hipócrita.

-Vamos a separarnos.

-¡Qué crueldad! -dice Saint-Fond, al que inflamaban extraordinariamente todas estas maldades, y quien, excitando a un muchacho con su mano derecha, continuaba apretando con la izquierda los bonitos pezones de Mme. de Noirceuil-... ¡Qué!, ¿váis a romper vuestros lazos... vínculos tan dulces?

-¿Pero no hace poco tiempo que duran?

-Pues bien --dice Saint-Fond, constantemente manoseando y vejando-, si abandonas a tu mujer, yo la tomo; yo siempre he amado en ella ese aire de dulzura y de humanidad... ¡Besadme, bribona!

Y como estaba cubierta de lágrimas, a causa del daño que, desde hacía un cuarto de hora, le causaba Saint-Fond, el libertino devora sus lágrimas limpiándolas con su lengua; después, prosiguiendo:

-Ciertamente, Noirceuil, separarse de una mujer tan bella (y la mordía), tan sensible (y la pellizcaba)... os lo aseguro, amigo mío, es un crimen...

-¿Un crimen? --dice d'Albert-... sí, efectivamente, creo que Noirceuil va a romper sus lazos con un crimen. -¡Oh, qué horror! --dice Saint-Fond, el cual, habiendo hecho que la desgraciada esposa se levantase, empezó a tratarle cruelmente el trasero mientras le hacía empuñar el miembro-; mirad, amigos míos, creo que tengo que sodomizarla una vez más para hacerle olvidar su pena.

-Sí dice d'Albert, acercándose a tomarla por delante-, y yo voy a encoñarla entretanto. Pongámosla en seguida entre los dos; me gusta increíblemente esta manera de joder su parte próxima.

-¿Y entonces qué haré yo? -dice Noirceuil.

-Vos sujetaréis la vela y maquinareis --dice el ministro.

-Quiero emplear mejor mi tiempo --dice el bárbaro esposo-, no ocupéis la cabeza de mi dulce compañera; quiero gozar con su rostro lleno de lágrimas, abofetearla de vez en cuando, mientras que doy por el culo a Eglée, y dos muchachos se turnan en mi culo,

depilaré los coños de Henriette y de Lolotte, y Lindane y Juliette fornicarán ante nuestros ojos, una con el culo, otra con el coño, con los jóvenes que quedan.

La sesión fue tan larga como rebuscados habían sido los cuadros; los tres libertinos descargaron y la pobre Noirceuil no salió de sus manos más que llena de golpes. D "Albert, al perder su semen, le había mordido una teta con tal fuerza que estaba cubierta de sangre. Imitando a mis amos y fornicada perfectamente por los dos jóvenes, confieso que descargué increíblemente igual que ellos; roja, desmelenada como una bacante, les parecí deliciosa cuando salí de eso; sobre todo Saint-Fond no dejaba de colmarme de caricias.

¡Cuán bien está así! decía-, ¡cómo la embellece el crimen!

Y me chupaba indistintamente todas las partes del cuerpo.

Seguimos bebiendo, pero sin volvernos a sentar en la mesa; esta forma es infinitamente más agradable, y uno se embriaga mucho más pronto si la utiliza. Las cabezas ardían de tal forma que hacían temblar a las mujeres. Vi perfectamente que echaban sobre ellas miradas fulminantes y que sólo les dirigían palabras llenas de amenazas y de invectivas., Sin embargo, dos cosas se veían claramente: que yo no estaba incluida de ninguna manera en la conjuración y que ésta se dirigía casi exclusivamente a Mme. de Noirceuil; por otra parte, lo que yo sabía contribuía a tranquilizarme.

Pasando alternativamente de las manos de Saint-Fond a las de su marido, y de las de éste a las de d'Albert, la infortunada Noirceuil estaba ya muy maltratada: sus tetas, sus brazos, sus muslos, sus nalgas, y en general todas las partes carnosas de su cuerpo, empezaban a tener las marcas sensibles de la ferocidad de estos criminales, cuando Saint-Fond, que estaba muy excitado, la cogió, y, después de aplicarle previamente doce golpes en el trasero y seis bofetadas de igual fuerza, la puso recta en medio del comedor, a una gran distancia, con los pies sujetos al suelo y las manos atadas al techo. En cuanto estuvo en esta, postura, le pusieron doce velas encendidas entre las piernas, de tal forma que las llamas, penetrando por una parte en el interior de la vagina y por las paredes del ano, y por otra calcinando el monte y las nalgas, destacasen vivamente los músculos del bonito rostro de esta mujer y los llevasen a las voluptuosas angustias del dolor. Saint-Fond, armado con otra vela, la miraba atentamente durante esta crisis, haciéndose chupar el pito por Lindane y el agujero del culo por Lolotte; cerca de allí, Noirceuil, haciéndose joder mientras mordía las nalgas de Henriette, anunciaba a su mujer que iba a dejarla morir así, mientras que d Albert, sodomizando a un muchacho y manoseando el culo de Eglée, animaba a Noirceuil a que tratase todavía peor a esta desgraciada compañera de su suerte. Encargada de servir y cuidar de todo, me di cuenta de que las puntas de las velas eran demasiado cortas para hacer sentir a la víctima el grado de dolor que se deseaba de ella; levanté las llamas sobre un taburete; los gritos de la Noirceuil, que se hicieron insostenibles, me valieron los mayores aplausos de parte de sus verdugos. Fue entonces cuando Saint-Fond, con la cabeza extraviada, se permitió una atrocidad; el criminal, con una vela que mantenía bajo la nariz de la paciente, le quemó las pestañas y casi el ojo entero; d Albert, apoderándose igualmente de una vela, le calcinó la punta de una teta, y su marido le quemó el pelo.

Singularmente calentada con este espectáculo, yo animaba a los autores y los llevaba a cambiar de suplicio. Siguiendo mi consejo, la frotan con alcohol y la prenden fuego; por un momento parecía no formar más que una llama, y, cuando la materia se apagó, su epi-

dermis, totalmente quemada, le hacía horrible a la mirada. No es posible imaginarse las alabanzas que me valió esta cruel idea. Saint-Fond, a quien calienta increíblemente este acto criminal, deja la boca de Lindane para venir a darme por el culo, seguido por Lolotte que, por orden suya, no deja de acariciarle el culo.

-¿Qué la haremos ahora? -me dice Saint-Fond, devorando mi boca a besos e introduciéndome su miembro hasta las entrañas-; inventa, Juliette, inventa algo; tu cabeza es deliciosa, todo lo que propones es divino.

-Todavía hay que hacerle sentir mil tormentos -respondí- y cada uno más excitante que el otro.

E iba a proponer algunos, cuando Noirceuil, acercándose a nosotros, dice a Saint-Fond que tenía que hacerle tragar en seguida la dosis con que yo estaba provista, antes de quitarle las fuerzas necesarias para que nos diese los medios de juzgar y gozar los efectos de este veneno. Consultamos a d'Albert y está de acuerdo con esta opinión; desatamos a la dama y me la entregan.

-Querida infortunada -le digo después de haber mezclado el polvo en un vaso de vino de Alicante-, tragad esto para reponeros y veréis cómo este brebaje reconfortará vuestros ánimos.

Nuestra imbécil traga con docilidad, y tan pronto como lo ha hecho, Noirceuil, que no había dejado de sodomizarme mientras yo actuaba, celoso de no perder ninguna de las contorsiones de esta agonía, me deja para acercarse a observar más de cerca a la víctima.

-Vais a morir -le dice-, ¿estáis dispuesta?

-La señora es demasiado razonable -prosiguió d'Albert- para no darse cuenta de que cuando una mujer ha perdido la consideración y la ternura de su esposo, que está disgustado y cansado de ella, lo más sencillo es desaparecer.

-¡Oh, sí!, la muerte... ¡la muerte! -exclamó esta infortunada-, ¡es la última gracia que pido!... ¡En nombre del cielo, no me la hagáis esperar!

-La muerte que deseas, infame bribona, está en tus entrañas -le dice Noirceuil, haciéndose excitar el miembro ante los ojos de su triste esposa por uno de los jóvenes-, la has recibido de manos de Juliette; era tal su afecto por ti que nos ha disputado la felicidad de envenenarte.

Y Saint-Fond, ebrio de lubricidad, no sabiendo ya lo que hacía, sodomizaba a d'Albert, el cual, prestándose con complacencia a los sodomitas ataques de su amigo, devolvía a un hermoso joven todo lo que recibía del ministro, cuyo ano acariciaba yo.

-Un poco de orden en todo esto -dice Noirceuil, que empezaba a darse cuenta, por las contorsiones de su mujer, que era bueno no perderla de vista.

Hace poner una alfombra en medio de la habitación, sobre la que se tiende a la víctima, y formamos un círculo alrededor de ella. Saint-Fond me da por el culo mientras acaricia a un muchacho con cada mano. D'Albert es chupado por Henriette, él chupa un miembro acariciándolo con la mano derecha y con la izquierda trabaja el culo de Lindane; Noirceuil da por el culo a Eglée, se le fornica, él chupa un miembro, y hace joder a Lolotte sobre sus piernas por el sexto muchacho. Empiezan las crisis; son horribles, no es posible

hacerse idea de los efectos de este veneno; la pobre mujer se retorció algunas veces hasta el punto de formar tan sólo una bola; nada igualaba sus crispaciones, sus alaridos se hacían cada vez más espantosos; pero habíamos tomado nuestras precauciones para no oír nada.

- ¡Oh, cuán delicioso es! -decía Saint-Fond, trabajando mi culo-; no sé lo que daría por sodomizarla en ese estado.

-No hay nada más fácil -dice Noirceuil-, inténtalo, nosotros te la sujetamos.

La paciente, fuertemente agarrada por los jóvenes, presenta, a pesar de sus esfuerzos, el culo deseado por Saint-Fond; el criminal se introduce en él.

- ¡Oh, joder! -exclama-, no puedo aguantarlo.

D Albert lo sustituye, Noirceuil a continuación; pero en cuanto su desgraciada_ a esposa lo siente encima de ella, sus esfuerzos se hacen terribles, y escapa a los que la sujetan y se lanza con furia sobre su verdugo; Noirceuil aterrado se pone a salvo, y el círculo vuelve a formarse. -Dejémosla, dejémosla -dice Saint-Fond, que acababa de volver a entrar en mi culo-; no hay que acercarse a una bestia venenosa cuando siente los estertores de la muerte.

Sin embargo, Noirceuil, picado, quiere vengarse del insulto; maquina nuevos suplicios, a los que Saint-Fond se opone, asegurando a su amigo que todo lo que podría hacer ahora a su víctima sólo serviría para turbar el examen de los efectos del veneno que se proponía hacer.

¡Y señores! -exclamé-, nada de eso es lo que necesita la señora: en este momento precisa un confesor. ¿Que se vaya al infierno esa puta dice Noirceuil, chupado por Lolotte en ese momento-; sí, sí, ¡que se vaya al infierno!... Si alguna vez he deseado un infierno, era con la esperanza de saber que su alma estaría en él, y de llevar hasta mi último suspiro la deliciosa idea de que no habrían acabado los más vivos dolores para ella.

Esta imprecación pareció decidir el último estertor; Mme. de Noirceuil entregó el alma, y nuestros tres pícaros descargaron mientras blasfemaban como criminales.

-Esta es una de las mejores acciones que hayamos hecho en nuestra vida -dice Saint-Fond, apretando su miembro para exprimir hasta la última gota de semen-; hacía mucho tiempo que deseaba el fin de esta aburrida tipa; estaba más cansado de ella que su marido.

-A fe mía -dice d' Albert-, os la habíais fornicado por lo menos tanto como él.

-¡Oh!, mucho más -dice mi amante.

-Sea lo que sea -dice Saint-Fond a Noirceuil-, mi hija es vuestra ahora; sabéis que os la he prometido como recompensa de esta prueba. Estoy encantado con es te veneno, y es una pena que no podamos gozar así del espectáculo de la muerte de todos aquellos a los que hacemos perecer de esta manera... Vamos, amigo mío, os lo repito, mi hija es vuestra, ¡que el cielo bendiga una aventura en la que gano un yerno muy querido y la certeza de no haber sido engañado por la mujer que me proporciona estos venenos!

Aquí Noirceuil pareció hacer una pregunta en voz baja a Saint-Fond, que le respondió afirmativamente.

Y el ministro, dirigiéndome la palabra a continuación:

-Juliette -me dice-, vendréis a verme mañana y os explicaré lo que no he hecho más que aflorar hoy. Al volverse a casar Noirceuil, no puede teneros ya en su casa; pero los efectos de mi crédito, los favores que voy a derramar sobre vos, el dinero con que os cubriré, os compensarán muy ampliamente de lo que os ofrecía mi amigo. Estoy muy contento de vos; vuestra imaginación es brillante, vuestra flema en el crimen completa, vuestro culo soberbio, os creo feroz y libertina: esas son las virtudes que necesito.

Monseñor -respondí-, acepto con gratitud todo lo que os place ofrecerme, pero no puedo ocultaros que amo a Noirceuil; no me separaré de él sin pena.

-No dejaremos de vernos, niña mía -me respondió el amigo de Saint-Fond : yerno del ministro e íntimo amigo suyo, pasaremos la vida juntos.

-Sea -respondí-, con esas condiciones acepto todo. Los jóvenes y las muchachas, a quienes se hizo entrever una muerte segura en el caso de la menor indiscreción, juraron un silencio eterno; Mme. de Noirceuil fue enterrada en el jardín, y nos separamos.

Una circunstancia imprevista retrasó el matrimonio de Noirceuil, así como los proyectos del ministro. Tampoco me fue posible volver a verlo al día siguiente: el rey, especialmente contento de Saint-Fond, acababa de darle una prueba segura de confianza encargándole un viaje secreto por el que se vio obligado a partir al momento, y a la vuelta del cual obtuvo una banda azul y cien mil escudos de pensión.

-¡Oh! -me decía mientras me informaba de estos favores-, ¡cuán verdad es que la suerte recompensa el crimen y cuán imbécil sería aquel que, iluminado con semejantes ejemplos, no recorriese todo el camino de esta carrera!

No obstante, después de las cartas que Noirceuil obtuvo del ministro, yo recibí la orden de montarme una casa espléndida. Habiéndoseme proporcionado el dinero necesario para la realización de este proyecto, alquilé rápidamente una magnífica mansión, en la calle de Faubourg-St-Honoré; compré cuatro caballos, dos coches encantadores; tomé tres lacayos altos y de porte majestuoso, y con un rostro encantador, un cocinero, dos ayudas de cámara, un ama de llaves, una lectora, tres camareras, un peluquero, dos criadas y dos cocheros; deliciosos muebles adornaron mi casa; y al volver el ministro, fui a presentarme en seguida a su casa. Acababa de cumplir mis diecisiete años y puedo decir que pocas mujeres había en París tan bonitas como yo; estaba arreglada como la misma diosa de los amores; era imposible juntar más arte a más lujo; cien mil francos no hubiesen pagado los trajes con que había adornado mis atractivos, y llevaba cien mil escudos de joyas y diamantes. Todas las puertas se abrieron ante mi aspecto; el ministro me esperaba solo. Empecé con las felicitaciones más sinceras por las gracias que acababa de recibir y le pedí permiso para besar las pruebas de su nueva dignidad; consintió en ello, con tal de que lo hiciese de rodillas: conociendo su altivez, lejos de oponerme a ella, hice lo que deseaba. Es por bajaza como el cortesano compra el derecho de ser insolente con los otros.

-Me veis, señora -me dice-, en medio de mi gloria; el rey me ha colmado, y me atrevo a decir que he merecido esos dones; nunca estuvo mi crédito más asegurado, y nunca fue más considerable mi fortuna. Si hago recaer sobre vos una parte de estos favores, es inútil deciros con qué condiciones. Después de lo que hemos hecho juntos, creo poder estar

seguro de vos; tenéis mi mas completa confianza; pero, antes de que entre en detalles, echad los ojos, señora, sobre esas dos llaves: ésta es la de los tesoros que van a cubriros, si soy bien servido por vos; aquélla es la de la Bastilla: una eterna prisión está preparada para vos, si faltáis a la obediencia o a la discreción.

-Entre tales amenazas y una esperanza semejante, no esperaréis que dude -digo a Saint-Fond-; por lo tanto, confiaos a vuestra sumisa esclava y estad totalmente seguro de ella.

-Dos cuidados muy importantes serán puestos en vuestras manos, señora; sentaos y escuchadme.

Y como iba a sentarme en un sillón inadvertidamente, Saint-Fond me hizo una señal para que me colocase tan sólo en una silla. Me deshice en excusas, y así es cómo me habló:

-El puesto que ocupo, y en el que quiero mantenerme durante mucho tiempo, me obliga a sacrificar un número infinito de víctimas. Esta es una caja con diferentes venenos; los utilizaréis de acuerdo con las órdenes que recibáis de mí; a los que me perjudican están reservados los más *cruels*; los *rápidos*, para aquellos cuya existencia me molesta hasta el punto de no querer perder ni un momento en sacarlos de este mundo; por último, estos que veis bajo la etiqueta de *venenos lentos* serán para aquellos cuya existencia debo prolongar, por poderosas razones políticas, a fin de alejar de mí las sospechas. Todas estas expediciones, según sea el caso, se harán bien en vuestra casa bien en la mía, algunas veces en provincias o en los países extranjeros.

Ahora pasemos a la segunda parte de vuestros trabajos: sin duda ésta será la más penosa para vos, pero al mismo tiempo la más lucrativa. Dotado de una imaginación muy ardiente, hastiado desde hace mucho tiempo de los placeres ordinarios, habiendo recibido de la naturaleza un temperamento de fuego, gustos crueles, y de la fortuna todo lo que hace falta para satisfacer estas furiosas pasiones, haré en vuestra casa, bien con Noirceuil bien con algunos otros amigos, dos comidas libertinas a la semana, en las cuales es necesario que se inmolen al menos tres víctimas. Quitando del año el tiempo de los viajes, a los que me seguiréis sin que se trate de tales orgías, veis que esto hace alrededor de doscientas muchachas, cuya búsqueda sólo os concierne a vos; pero existen cláusulas difíciles para la elección de estas víctimas. En primer lugar, Juliette, es preciso que la más fea sea al menos tan bella como vos; nunca tienen que estar por debajo de nueve años, ni por encima de dieciséis; es preciso que sean vírgenes, y de la mejor familia, todas con título, o, al menos, con una gran riqueza...

-¡Oh monseñor!, ¿y las inmolaréis a todas?

-Por supuesto, señora, el asesinato es la más dulce de mis voluptuosidad es; me gusta la sangre con furor, es mi pasión más querida; y está en mis principios que hay que satisfacerlas todas, sea al precio que sea.

-Monseñor -digo, viendo que Saint-Fond esperaba mi respuesta-, creo que lo que os he hecho ver de mi carácter os prueba suficientemente que es imposible que os traicione; mi interés y mis gustos responden de eso... Sí, monseñor, he recibido de la naturaleza las mismas pasiones que vos... las mismas fantasías, y aquel que se presta a todo eso por amor a la cosa misma sirve con toda seguridad mucho mejor que aquel que sólo obedeciese por complacencia: el lazo de la amistad, la semejanza de los gustos, estos son, estad seguro, los lazos que cautivan con más seguridad a una mujer como yo.

-¡Oh!, ¡no me habléis de la amistad! -respondió vivamente el ministro-; ya no tengo más fe en ese sentimiento que en el del amor. Todo lo que procede del corazón es falso; sólo creo en los sentidos, sólo creo en las costumbres carnales... sólo en el egoísmo, en el interés... sí, el interés será siempre, de todos los lazos, en el que crea más. Por tanto, quiero que el vuestro sea infinitamente halagado, prodigiosamente acariciado mediante los arreglos que haré con vos. Si el gusto viene después a cimentar el interés, que sea en buena hora; pero al cambiar los gustos con la edad, puede llegar un tiempo en el que ya no estéis dirigida por ellos, y nunca se deja de estarlo por el interés. Así pues, calculemos vuestra pequeña fortuna, señora: Noirceuil os entrega diez mil libras de renta, yo os he dado tres, vos teníais doce: hacen veinticinco; y veinticinco, cuyo contrato veis aquí, hacen cincuenta; ahora hablemos de las ganancias.

Fui a echarme a los pies del ministro para darle las gracias por este nuevo favor; no se opuso en absoluto, y habiéndome hecho una señal para que me volviese a sentar:

-Podéis imaginaros, Juliette -continuó-, que con una renta tan pingüe no podríais darme de comer dos veces a la semana, ni mantener una casa como la que os ordené coger: así pues, os entrego un millón al año para esas comidas; pero recordad que deben ser de una magnificencia increíble; quiero siempre los platos más exquisitos, los vinos más raros, la carne de caza y las frutas más extraordinarias; es preciso que la gran cantidad acompañe a la delicadeza, y, aunque estuviésemos a solas, no habría suficiente con cincuenta platos. Las víctimas os serán pagadas a veinticinco mil francos la pieza, lo que no es demasiado, según las cualidades que deseo. Tendréis treinta mil francos más de gratificación por cada víctima ministerial inmolada por vuestra mano; hay perfectamente unas cincuenta al año: este artículo se eleva, pues, a quinientos mil francos, a los que añadido veinte mil francos al mes de sueldo. Por lo que puedo ver, señora, esto os pone a la cabeza de seis millones setecientos noventa mil francos; añadiremos doscientas mil libras para vuestros pequeños placeres, a fin de componeros una suma redonda de siete millones al año, cincuenta mil francos de los cuales pasados por acta no se os pueden escapar. ¿Estáis contenta, Juliette?

En este punto me esforcé en ocultar mi alegría, a fin de servir todavía mejor a la avaricia que me devoraba, y contesté al ministro que los deberes que me imponía eran, al menos, tan onerosos como considerables las sumas que ponía a mi disposición; que en el deseo de servirle bien, no descuidaría nada, y que veía que era muy posible que los gastos enormes que me vería obligada a hacer excederían en mucho las cuentas; que además...

-No; así es como quiero que se me hable -me dice el ministro-, me habéis demostrado interés, Juliette, es lo que quiero, y ahora estoy seguro de estar bien servido; no escatiméis nada, señora, y recibiréis diez millones al año: ninguno de estos suplementos me asusta; sé de donde cogerlos todos, sin tocar mis rentas. Sería muy loco el hombre de *Estado* que no hiciese pagar sus placeres al *Estado*; ¿y qué nos importa la miseria de los pueblos, con tal de que nuestras pasiones estén satisfechas? Si creyese que el oro podía correr por sus venas, los haría sangrar a todos uno detrás de otro para atiborrarme con su sustancia (2).

(2) ¡Helos aquí, hélos aquí, esos monstruos del antiguo régimen! No os los habíamos prometido guapos, sino verdaderos: mantenemos la palabra.

-Hombre adorable -exclamé-, vuestros principios me trastornan; os he mostrado interés, ahora, creed en el gusto, .y convenceos, os suplico, de que será mil veces más por idolatría hacia vuestros placeres, que por otro motivo, por lo que los serviré con tanto celo.

-Lo creo -dice Saint-Fond-, tengo pruebas de ello. ¿Cómo no ibas a amar mis pasiones? Son las más deliciosas que puedan nacer en el corazón del hombre. Y el que puede decir: ningún prejuicio me detiene, los he vencido todos; éste es, por un lado, el crédito que legitima todas mis acciones, y, de otro, estas son las riquezas necesarias para cubrirlas con todos los crímenes; ése, digo, no lo dudes Juliette, es el más feliz de todos los seres... ¡Ah!, esto me hace recordar, señora, la carta de impunidad que os prometió d'Albert la última vez que comimos juntos: aquí está, pero es a mí a quien se lo acaba de conceder esta mañana el canciller, y no a d'Albert, que, según su costumbre, os había olvidado por completo.

La manera en que todas mis pasiones se hallaban halagadas, con esta multitud de acontecimientos felices, me tenía en una especie de embriaguez... de encanta miento, de donde resultaba una especie de estupidez que me quitaba hasta el uso de la palabra. Saint-Fond me sacó de este aturdimiento atrayéndome hacia él...

-¿Dentro de cuánto tiempo empezaremos, Juliette? -me dice besando mi boca y pasando una mano por mi trasero, en el que al momento introdujo un dedo.

Monseñor -le digo-, necesito al menos tres semanas para preparar todos los diferentes servicios que Vuestra Grandeza exige de mí.

-Os las concedo, Juliette; hoy es primero de mes: como en vuestra casa el veintidós.

-Monseñor -proseguí-, al confesarme vuestros gustos, me habéis dado algún derecho a confiaros los míos. Vos me habéis reconocido los del crimen, tengo los del robo y la venganza; satisfaré los primeros con vos: la carta que acabáis de darme me asegura la impunidad del robo, dadme ahora los medios para la venganza.

-Seguidme -respondió Saint-Fond. Pasamos al gabinete de un empleado.

-Señor le dice el ministro-, examinad bien a esta joven; os ordeno que le firméis y entreguéis todas las cartas de encarcelamiento que os pida, no importa para qué casa.

Y volviendo a pasar al gabinete en que estábamos: -Ya está --prosiguió el ministro- un punto arreglado; la carta que os he dado satisface el otro. Trincad, cortad, desgarrad, os entrego toda Francia; y cualquiera que sea el crimen que cometáis, su extensión, su gravedad, respondo de que nunca os pasará nada. Voy más lejos, y os concedo, como he dicho, treinta mil francos de gratificación por cada uno de los crímenes que cometáis Por cuenta vuestra.

Renuncio a deciros, amigos míos, lo que me hicieron sentir todas estas promesas, todas estas concesiones. ¡Oh, cielos! -me digo-, con la extraviada imaginación que he recibido de la naturaleza, héme aquí, por un lado, bastante rica para satisfacer mis fantasías, del otro, con bastante fortuna para estar segura de la impunidad de todas. No, no existen goces interiores parecidos a éstos; ninguna lubricidad me hace sentir en el alma un cosquilleo más grande.

-Hay que sellar el trato, señora -me dice entonces el ministro-. En primer lugar aquí está la gratificación -continuó, haciéndome el presente de una caja donde había cinco mil lises en oro, en pedrerías y en magníficas joyas-, no olvidéis hacer llevar esto con la caja de los venenos.

Atrayéndome entonces a un gabinete secreto, donde el fasto más opulento se unía al gusto más refinado: -Aquí -me dice Saint-Fond- sólo seréis ya una puta; fuera de aquí, una de las más grandes damas de Francia.

-En todas partes, en todas partes, vuestra esclava, monseñor; en todas partes vuestra admiradora y el alma de vuestros más delicados placeres.

Me desvestí. Saint-Fond, ebrio de placer al tener por fin una excelente cómplice, hizo horrores. Os he dicho sus gustos, los refinó todos: si me elevaba saliendo de su casa, me rebajaba cruelmente en su interior; en voluptuosidad, era el hombre más sucio... más déspota... más cruel. Me hizo adorar su miembro, su culo; cagó, tuve que hacer un dios de su mismo excremento, pero, por una manía muy extraordinaria, me hizo mancillar aquello de donde obtenía sus más poderosos motivos de orgullo: exigió que cagase sobre su Espíritu Santo y me envolvió el culo con su banda azul.

Ante la sorpresa que yo demostré ante esta acción:

-Juliette -me respondió-, quiero mostrarte con esto que todos estos trapos, que están hechos para emocionar a los tontos, no se imponen de ninguna manera al filósofo.

-¿Y acabáis de hacérmelo besar?

-Eso es verdad; pero de la misma forma que estos juguetes motivan mi orgullo, igualmente lo pongo en profanarlos: estas son rarezas que no son conocidas más que de libertinos como yo.

Saint-Fond me excitaba extraordinariamente; descargué en sus brazos: con una imaginación como la mía, no se trata de lo que repugna, sólo es cuestión de lo que es irregular, y todo es bueno cuando es excesivo. Adiviné el gran deseo que él tenía de hacerme comer su mierda: lo previne; le pedí permiso para hacerlo, él estaba en las nubes; devoró la mía, uniendo al episodio excitarme el culo a cada bocado. Me enseñó el retrato de su hija: apenas tenía catorce años, y se parecía al mismo Amor. Le rogué que la uniese a nosotros.

-No está aquí -me dice-, no os habría dejado que os formaseis el deseo si hubiese estado.

-Así pues le digo-, ¿no habéis gozado de ella antes de dársela a Noirceuil?

-Por supuesto -me respondió-, me habría disgustado haber dejado a otros tan deliciosas primicias.

-¿Y ya no la amáis?

-No amo nada, Juliette: nosotros los libertinos, no amamos nada. Esta niña me ha hecho excitarme mucho; ya no me excita, porque he hecho demasiadas cosas con ella; se la doy a Noirceuil, a quien calienta mucho; todo esto es un asunto de conveniencias.

-Pero, ¿cuándo Noirceuil esté cansado de ella?

-¡Y bien!, tú conoces la suerte de las mujeres; le ayudaré, verdaderamente; todo eso es bueno, todo eso está bien; es lo que me gusta...

Y estaba extraordinariamente excitado.

-Monseñor -le digo-, me parece que si estuviese en vuestro lugar, habría ciertos momentos en que me gustaría abusar de mi autoridad.

-Para excitarte ¿verdad? -Sí.

-Ya veo.

- ¡Oh!, monseñor, sacrifiquemos a algunos inocentes, esa idea me trastorna la cabeza.

Y yo lo excitaba, con uno de mis dedos cosquilleaba el agujero de su culo.

-Tomad -me dice sacando un papel de su portafolios-, sólo tengo que firmar esto, y hago morir mañana a una persona muy bonita a la que su familia acaba de hacer encerrar a través de mí, únicamente porque le gustan las mujeres. La he visto; y es encantadora; me divertí con ella el otro día: desde entonces tengo tanto miedo de que hable, que no he vivido un momento sin el deseo de desembarazarme de ella.

-Hablará, monseñor, hablará, estad seguro; vuestra seguridad depende de la muerte de esta muchacha... Firmad en seguida, os suplico.

Y cogiendo el papel, lo apoyé sobre mis nalgas, suplicándole que lo firmase allí. Lo hizo.

-Quiero llevar la orden yo misma -le digo.

-Estoy de acuerdo. -me respondió Saint-Fond. Vamos Juliette, tengo que descargar: no os alarméis del personaje que necesito para el desenlace de esta crisis.

Y como tocó un timbre, apareció al momento un hombre joven bastante guapo.

-Poneos de rodillas, Juliette; es preciso que este hombre os dé tres golpes con un bastón sobre los hombros, cuya marca permanece algunos días; a continuación, os sujetará mientras yo os doy por el culo.

Y el joven, desnudándose a su vez, hizo en seguida besar su trasero al ministro, que lo lamió gustosamente. Entretanto, yo obedecía y estaba de rodillas; el joven se sirvió de su bastón y me aplica tres golpes tan fuertes sobre los hombros que tuve la marca durante quince días. Saint-Fond, enfrente de mí, me observaba durante esta crisis, con una curiosidad lúbrica vino a examinar las magulladuras; se quejaba de lo poco fuertes que eran, y ordenó al joven que me sujetase; me da por el culo mientras besa las nalgas de aquel que facilitaba su operación.

-¡Ah, joder! -exclamó descargando-, ¡ah!, ¡santo dios, la puta está marcada!

El hombre se retiró. Sólo mucho tiempo después de esto, un acontecimiento, del que hablaremos, echó alguna luz sobre éste. El ministro me acompañó, y volviendo a adoptar conmigo, en cuanto estuvimos fuera de este gabinete, el aire de consideración que había tenido antes de entrar en él:

-Haced que recojan estas cajitas, señora -me dice-, recordad que nuestro arreglo empieza dentro de tres semanas. Vamos, Juliette, libertinaje, crimen, discreción y seréis feliz. Adiós.

Mi primer cuidado fue examinar si estaba en orden lo que yo llevaba. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi asombro cuando vi que se pedía a la superiora del convento que envenenase secretamente ¿a quién?... ¡a Saint-Elme, esa encantadora novicia de Panthemont a la que yo había adorado durante mi estancia en el convento! Otra que no hubiese sido yo habría roto ese monumento de maldad; pero yo había hecho demasiado camino en la carrera del crimen para volverme atrás: nada me detiene, ni siquiera tengo el mérito de dudar. Entrego la orden a la superiora de Saint-Pélagie, donde Saint-Elme gemía desde hacía tres meses; pido ver a la culpable, la interrogo, me confiesa que el ministro puso su libertad al precio de su complacencia, y que ha hecho con él todo lo que puede hacerse. Ninguna de las suciedades a las que se entregaba ese monstruo de lujuria había sido ahorrada: boca, culo... coño, el infame había mancillado todo, y lo que la consolaba de este sacrificio era la esperanza de su libertad.

-La traigo yo -digo a Saint-Elme abrazándola.

Me da las gracias, me devuelve mis besos duplicados... Mi crica se moja al traicionarla... Al día siguiente estaba muerta.

Vamos -me digo, en cuanto supe el efecto de mi maldad-, estoy hecha para actuar a lo grande, ya lo veo; y trabajando con rapidez en los preparativos de los proyectos de Saint-Fond, en tres semanas, como me había comprometido, estuve en condiciones de darle su primera comida.

Seis excelentes ayudantes, que tenía bajo mis órdenes, me habían conseguido, para mi debut, tres jóvenes hermanas, robadas de un convento de Meaux, de doce, trece y catorce años, y con el rostro más celeste que sea posible ver.

El primer día, el ministro vino con un hombre de sesenta años. Al llegar, se encerró conmigo unos minutos; miró mis hombros y pareció descontento de no encontrar en ellos las marcas que me había hecho imprimir la última vez que nos habíamos visto. Apenas me tocó; pero me aconsejó el mayor respeto y la más profunda sumisión para el hombre que traía, el cual era uno de los grandes príncipes de la corte; este hombre lo sustituyó en seguida en el gabinete donde me había hecho pasar Saint-Fond. Prevenida por mi amante, le mostré mis nalgas en cuanto entró. Se acercó con unas gafas en la mano.

-Si no peéis -me dice- daos por mordida.

Y como no le satisfacía tan pronto como deseaba, sus dientes se clavaron en mi nalga izquierda y dejaron profundas huellas. Se me muestra por delante, ofreciéndome un rostro severo y desgraciado:

-Meted vuestra lengua en mi boca -me dice-; y en cuanto la tuvo dentro: Si no eructáis -prosiguió-, daos por mordida.

Pero, viendo que no podía obedecer, me retiré bastante deprisa para evitar la trampa. El viejo pícaro se enfureció, cogió un puñado de vergas y me zurró durante un cuarto de hora. Se para y vuelve a mostrarse a mí

-Veis -me dice-, el escaso efecto que las mismas cosas que me gustan producen ahora en mis sentidos; mirad este miembro flácido, nada consigue enderezármelo: para eso haría falta que yo os hiciese mucho daño.

-Y eso es inútil, mi príncipe -le digo-, porque vais a encontrar en seguida tres objetos deliciosos a los que podréis atormentar a vuestro gusto.

-Sí... pero vos sois bella... vuestro culo (y no dejaba de manosearlo) me gusta infinitamente; me gustaría excitarme con él.

Se libera, diciendo esto, de sus ropas, y deja sobre la chimenea un reloj de repetición enriquecido con diamantes, un estuche, una tabaquera de oro, su bolsa con doscientos luisés y dos sortijas soberbias.

-Intentémoslo ahora dice-, mirad, aquí está mi culo, tenéis que pellizcarlo y morderlo fuertemente, excitándome con toda la elasticidad de vuestro puño. Bien dice, en cuanto se dio cuenta de un pequeño cambio en su estado-; ahora acostaos boca abajo sobre ese canapé y dejadme que os pinche las nalgas con esta aguja de oro.

Me presto; pero al lanzar un grito furioso, y pareciendo que me desmayaba a la segunda herida, el desgraciado completamente aturcido, y temiendo disgustar al ministro por molestar en demasía a su amante, sale al momento para que me tranquilice. Echo sus ropas en la otra pieza, salto sobre los efectos preciosos, los meto en mi bolsa y me apresuro a reunirme con Saint-Fond, que me pregunta la causa de una vuelta tan rápida.

-No es nada -le digo-, pero mi rapidez en recoger las ropas del señor es la causa de que el dormitorio se haya cerrado, y la llave está dentro: son cerraduras inglesas que nadie puede abrir; puesto que el señor tiene todo lo que necesita, podemos dejar para otro momento la entrevista que desea.

Arrastro a mis dos convidados al jardín, donde todo está preparado para recibirles; el príncipe olvida sus efectos, se pone el traje que le presento y sólo piensa ya en sus placeres.

Hacía una noche deliciosa; estábamos bajo un bosquecillo de lilas y de rosas, mágicamente iluminado, sentados los tres en tronos sostenidos por nubes, que exhalaban los perfumes más deliciosos; el centro estaba ocupado por una montaña de las flores más raras, entre las cuales estaban los cuencos del Japón y los cubiertos de oro que debían servirnos. En cuanto estuvimos colocados, se abrió la parte alta del bosquecillo, y vimos aparecer en seguida, sobre una nube de fuego, a las Furias, que tenían encadenadas con sus serpientes a las tres víctimas que debían ser inmoladas en esta comida. Descendieron de la nube, ataron cada cual la que se le había confiado a arbustos cercanos a nosotros, y se prepararon a sernos útiles. Esta comida sin orden sólo debía ser servida según la voluntad de los convidados; se pedía lo que se pasaba por la cabeza, y las Furias lo servían al instante. Más de ochenta platos de diferentes especies son pedidos sin que se niegue uno sólo; diez tipos de vinos son servidos, y todo abunda, todo se sirve con profusión.

-Esta es una comida deliciosa -dice mi amante-. Espero, mi príncipe, que estéis satisfecho del debut de mi directora.

-Encantado -dice el sexagenario, al que la abundancia de los platos y licores espirituosos había trastornado de tal forma la cabeza, que casi no podía hablar-.

Realmente, Saint-Fond, vuestra Juliette es divina... ¡Pero qué culo más hermoso tiene!

--Olvidémoslo un momento -dice Saint-Fond-, para ocuparnos de los de estas Furias; ¿sabéis que los creo soberbios?

Y, a la simple señal de un deseo, estas tres diosas, representadas por tres de las más hermosas muchachas que habían podido encontrarme en París las ayudantes que había empleado, exponen al momento sus nalgas a los dos libertinos, que las besan, las lamen, las muerden a placer.

-¡Oh!, Saint-Fond -dice el príncipe-, hagámonos azotar por estas Furias.

-Con ramas de rosas --dice Saint-Fond.

Y aquí están los culos de nuestros disolutos al aire, cruelmente azotados, con haces de flores y con las serpientes de estas harpías.

-¡Cuán lúbricos son estos extravíos! -dice Saint-Fond, volviéndose a sentar y mostrando su miembro al aire. ¿Se os pone tiesa, mi príncipe?

-No, -responde el desgraciado tullido-, nada de todo esto es bastante fuerte para mí: en cuanto estoy en un acto libertino, me gustaría que las atrocidades me rodeasen sin cesar; me gustaría que todo lo que es sagrado entre los hombres fuese turbado al instante por mí... que sus más rígidos lazos fuesen rotos por mis manos pérfidas.

-¿No amáis a los hombres, verdad, mi príncipe?

-Los aborrezco.

-No hay un solo momento en el día -respondió Saint-Fond-, en que no tenga el deseo más vehemente de hacerles daño: en efecto, no hay una raza más espantosa. ¿Es poderoso este hombre peligroso?, el tigre de los bosques no lo iguala en maldad. ¿Es desgraciado?, entonces, ¡cuántas bajezas, cuán vil y repugnante se vuelve! ¡Oh!, ¡a menudo me ocurre ruborizarme por haber nacido entre tales seres! Lo que me complace es que la naturaleza los aborrezca tanto como yo, pues los destruye diariamente; me gustaría tener tantos medios como ella para aniquilarlos de la tierra.

-Pero vos, vos, respetables seres -interrumpí-, ¿creéis realmente que sois hombres? ¡Y!, ¡no, no!, cuando se es tan poco parecido a ellos, cuando se los domina con tanta fuerza, es imposible ser de su raza.

-Tiene razón -dice: Saint-Fond-, sí, nosotros somos dioses: ¿acaso no nos basta, como a ellos, formar un deseo para que sea satisfecho al momento? ¡Ah!, ¿quién duda de que, entre los hombres, haya una clase bastante superior a la especie más débil, para ser lo que los poetas llamaban en otro tiempo divinidades?

-En cuanto a mí, no soy Hércules, lo sé -dice el príncipe-, pero me gustaría ser Plutón; querría estar encargado del cuidado de desgarrar a los mortales en el infierno.

-Y a mí -dice Saint-Fond-, me gustaría ser la caja de Pandora, a fin de que todos los males salidos de mi seno los destruyesen a todos uno por uno.

Aquí, se hicieron oír algunos gemidos; surgían de las tres víctimas encadenadas.

-Que las desaten dice Saint-Fond-, y que se muestren ante nosotros.

Las furias las desatan y las presentan a los dos convidados; y como era imposible unir más gracias a más bellezas, os dejo pensar cómo fueron cubiertas de lujuria en un momento.

-Juliette -me dice el ministro transportado-, sois una criatura encantadora; puede decirse con razón que vuestros intentos son golpes maestros; vamos a perder nos por estos bosquecillos, vamos a entregarnos, en la sombra y el silencio, a todo lo que el desvarío de nuestras cabezas pueda dictarnos... ¿Has hecho cavar algunas fosas?

-Casi al pie de todos los lugares que pueden ofrecer una sede a vuestras impurezas.

-Bien; ¿y no hay ninguna luz en los paseos?

-Ninguna; la oscuridad le va bien al crimen y gozaréis de él en todo su horror; vamos, príncipe, perdámonos por estos laberintos, y que nada detenga en ellos la impetuosidad de nuestros arrebatos.

Salimos al principio todos juntos, los dos libertinos, las tres víctimas y yo. A la entrada de un camino de arbustos, Saint-Fond dice que no podía ir más lejos sin fornicar; y cogiendo a la más joven de las muchachas, en menos de diez minutos, el villano hace saltar las dos virginidades; entretanto, yo excitaba al viejo príncipe, al que nada podía poner en erección.

-Así pues, ¿no jodéis vos? -le dice Saint-Fond, apoderándose de la segunda muchacha.

-No, no, desvirgad -dice el viejo disoluto-, me contentaré con vejaciones; dádmelas a medida que salgan de vuestras manos.

Y en cuanto tiene a la más joven de estas muchachitas, la atormenta de la manera más cruel, mientras que yo le chupo con todas mis-fuerzas. No obstante, Saint-Fond seguía desflorando, y, después de poner a la segunda en el mismo estado que la primera, se la entrega al príncipe y agarra a la de catorce años.

-¡Cómo me gusta fornicar así, en la oscuridad! -decía-, los velos de la noche son agujeros del crimen, ¡nunca se cometen mejor que en la sombra!

Saint-Fond, que todavía no había descargado, lo hizo en el culo de la mayor de las muchachas, y preguntando a continuación al príncipe a cuál quería inmolar, le cede la que acababa de hacerle descargar; y el viejo disoluto, provisto con todos los instrumentos necesarios para los suplicios que meditaba, se perdió con sus dos víctimas; y yo seguí a mi amante con la que debía recibir la muerte de sus manos. En cuanto estuvimos más o menos solos, le declaré el robo que había cometido; se rió mucho conmigo, y me aseguró que como, para ponerse en situación, el príncipe, siguiendo su costumbre, había ido al burdel antes de venir a la comida, no había nada más fácil que hacerle creer que lo había perdido todo en ese lugar.

-¿Sois amigo de ese hombre? -digo a Saint-Fond. -No soy amigo de nadie -me respondió el ministro-, trato con cuidado a este original hombre por cuestiones de política: no deja de contribuir a mi fortuna, y tiene mucha influencia junto al rey; pero si mañana cae en desgracia, me convertiré en el más ardiente de los que lo aplasten. Ha adivinado mis gustos, no sé cómo; ha querido compartirlos, he consentido y esos son todos mis lazos. ¿Es que no os gusta, Juliette?

-¡No puedo soportarlo!

-¡Por mi fe!, si no fuese por las razones de política que acabo de explicaros, os lo entregaría; pero lo perderé si queréis: me gustáis hasta tal punto, señora, que no hay nada que no haga por vos.

-¿No decís que le debéis favores?

-Algunos.

-Pues bien, ¿cómo, según vuestros principios, podéis mirarlo a la cara un solo momento?

-Dejadme hacer, Juliette, arreglaré todo esto.

Y, al mismo tiempo, Saint-Fond repitió todos sus elogios sobre la forma en que había yo dirigido esta fiesta.

-Estás -me dice- llena de gusto y de ingenio, y cuanto más te conozco, más necesidad siento de unirme a ti.

Era la primera vez que me tuteaba; me hizo ver este favor, concediéndome al propio tiempo el de usarlo con él.

-Te serviré toda mi vida, si quieres, Saint-Fond -respondí-, conozco tus gustos, los satisfaré, y, si tú deseas ligarte a mí todavía más, contentarás igualmente los míos.

- ¡Bésame, ángel celeste!, ¡mañana te serán enviados cien mil escudos: mira si te adivino!

Estábamos en estas, cuando una vieja pobre nos aborda para pedirnos limosna.

-¿Cómo es -dice Saint-Fond sorprendido- que han dejado entrar a esta mujer?

Y el ministro, al verme sonreír, entendió en seguida la broma...

-¡Ah!, bribona -me dice-, ¡es delicioso! Y bien, ¿qué deseáis? -continuó, aproximándose a la vieja.

-¡Ay!, una caridad, monseñor -respondió la infortunada-. Venid, venid a ver mi miseria.

Y cogiendo de la mano al ministro, lo llevó a una pobre barraca, iluminada con una lámpara que pendía del techo, y en la que dos niños, macho y hembra y de ocho a diez años todo lo más, reposaban desnudos sobre un poco de paja.

-Ved, ved esta triste familia -nos dice la pobre-, hace tres días que no tengo ni un trozo de pan para darles; dignaos vos, que tenéis fama de rico, darme algo para sostener su triste vida. ¡Oh!, monseñor, quienquiera que seáis, ¿conocéis al Sr. de Saint-Fond?

-Sí -respondió el ministro.

-¡Pues bien!, aquí veis su obra: hizo encerrar a mi marido; se ha apoderado del poco bien de que gozábamos; este es el cruel estado al que nos ha reducido desde hace más de un año.

Y, amigos míos, este es el gran mérito que yo tenía en la escena; todo era exactamente verdad: había descubierto a estas tristes víctimas de la injusticia y la rapacidad de Saint-Fond, y se las ofrecía realmente, para despertar su maldad.

- ¡Ah, bribona! -exclamó el ministro mirando fijamente a esta mujer-, sí, sí, lo conozco, y tú también debes conocerme... ¡Oh!, Juliette, ¡habéis puesto mi alma en un estado con esta hábil escena!... Y bien, ¿qué tenéis que reprocharme? Hice encerrar a vuestro inocente esposo, eso es verdad; hice todavía más, porque ya no existe... Vosotros os habíais escapado de mí, quiero trataros de la misma forma.

-¿Qué daño hemos hecho?

-El de tener un bien, a mi alcance, que no queríais venderme; al aplastaros, lo he tenido... Vos morís de hambre, ¿qué me importa?

-¿Y estos desgraciados niños?

-Hay diez millones de más en Francia: es prestar un servicio a la sociedad podar todo eso -y dándoles la vuelta con el pie-: ¡Hermoso grano para recoger!

Entonces, el criminal, a quien todo esto excitaba extraordinariamente, agarra al muchacho y lo da por el culo; después, apoderándose de la niña, la trata de la misma manera.

¡Vieja zorra! -dice entonces-, muéstrame tus arrugadas nalgas, necesito verlas para conseguir una descarga.

La vieja llora y se resiste; colaboro en los proyectos de Saint-Fond. Después de haber colmado de ultrajes a ese desgraciado culo, el libertino lo enfila, teniendo bajo sus pies a los dos niños, a los que aplasta mientras descarga en el culo de su madre, a la que salta la tapa de los sesos en el momento de la crisis. Y así dejamos este infortunio reducido a la nada, siempre con la pequeña víctima de catorce años, cuyas nalgas había besado durante la operación.

- ¡Y bien!, monseñor -le digo al salir de allí-, ibais a gozar del bien de esa familia con toda seguridad, y no podíais. Esta gente había encontrado apoyos, iban a organizar un escándalo; sé muy bien que os habríais burlado de eso, pero estas cosas siempre son desagradables; los he descubierto, los he engañado: ya os habéis deshecho de ellos.

Y en este punto, Saint-Fond, besándome, estaba en una embriaguez inconcebible.

- ¡Ah!, ¡cuán dulce es el crimen y cuán voluptuosas son sus consecuencias!... Juliette, no puedes creerte en qué estado ha puesto a mis sentidos la divina acción que acabas de hacerme cometer... Angel mío, mi único dios, dime lo que quieres que haga por ti.

-Sé que os gusta dejarme hablar del deseo de tener dinero: aumentaréis un poco la suma prometida.

-¿No era de cien mil escudos?

-Sí.

-¡Oh Juliette, te prometo el doble! Pero, ¿qué es esto...? -dice el ministro, asustado de dos hombres que avanzaban hacia nosotros pistola en mano-, tiemblo; no hay nadie más cobarde que yo... Señores, ¿qué deseáis?

-Vas a verlo -responde uno de estos hombres agarrando a Saint-Fond y atándolo a un árbol, con los panatones bajados hasta los talones.

-Pero, ¿qué pretendéis?

Enseñarte dice el hombre, armado con un puñado de vergas con que ya acariciaba el nalguero ministerial-, sí, criminal, enseñarte a tratar, como tú has hecho, a los pobres habitantes de la choza que dejas.

Y cuando éste ha dado trescientos o cuatrocientos golpes, que sólo han servido para empinar más la máquina enervada de Saint-Fond, el otro se acerca y perfecciona su éxtasis sodomizándolo con un miembro enorme. Cuando ha fornicado, azota; y cuando ha azotado, el primer flagelador lo da por el culo. Saint-Fond, entretanto, manosea las nalgas de la joven a la derecha y las mías a la izquierda; lo desatan, los hombres desaparecen y nosotros erramos de nuevo en las tinieblas.

- ¡Oh Juliette, no dejaré de decírtelo, eres divina!... Pero, ¿sabes que he- tenido mucho miedo? Es delicioso dar a dos nervios esta primera conmoción antes de imprimirlas da de da voluptuosidad: estas son gradaciones que dos estúpidos ignoran y que no deberían ser conocidas más que por gente como nosotros.

-Así pues, ¿el miedo actúa con mucha fuerza sobre ti? -digo a Saint-Fond.

-¡Oh, prodigiosamente, querida mía! Soy el más Juan Lanas de todos dos seres, y do confieso sin da más mínima vergüenza. El miedo no es más que el arte de conservarse, y esta ciencia es da más necesaria para el hombre: es absurdo atribuir honor a no temer dos peligros; yo pongo el mío en temerlos todos.

- ¡Ah, Saint-Fond!, si el miedo tiene tal efecto sobre tus sentidos, ¡juza el estado en que pones a das desgraciadas víctimas de tus pasiones!

-¡Y es do que me gusta! dice el ministro-, me gusta hacerles sentir esa especie de cosa que más cruelmente turba y trastorna mi existencia... Pero, ¿dónde estamos?... Tu jardín es enorme.

-Aquí estamos -digo-, ad borde de una de esas fosas preparadas para das víctimas...

-¡Ah! ¡Ah! -dice Saint-Fond, tanteando con da mano-; el príncipe tiene que haber inmolado aquí a una de das suyas: siento un cadáver.

-Saquémoslo -digo-, veamos quién es... No está muerta; es da más joven de das tres hermanas: sólo parece ahogada, y el criminal da había enterrado completa mente viva; hay que volverla a da vida, tendrás el placer de matar a dos.

Efectivamente, después de algunos socorros, esta desgraciada vuelve en sí, pero de es imposible decirnos do que el príncipe de hacía cuando perdió el concimiento. Las dos hermanas se abrazan llorando, y el bárbaro

Saint-Fond des declara que va a matarlas a das dos. Y en efecto procede a ello; pero teniendo muchas otras aventuras semejantes que contaros, prefiero echar un vedo sobre ésta, a correr el riesgo de caer en da monotonía. El monstruo había descargado en el culo de da más joven de estas desgraciadas, ad proceder a su último suplicio; echamos un poco de tierra sobre el agujero, y proseguimos.

-¡Oh!, ¡no hay acción tan voluptuosa como da de da destrucción! -me dice este insigne libertino-, no conozco otra que cosquillee más deliciosamente; no hay éxtasis semejante al que se siente ad entregarse a esta divina infamia: si todos dos hombres conociesen este

placer, da tierra se despoblaría en diez años. Querida Juliette, he reconocido, en do que acabamos de hacer, que amas el crimen tanto como yo.

Y convencí a Saint-Fond de que me excitaba quizás todavía más que a él. Mientras decía estas palabras vimos en el bosque, a da claridad de da duna que salía, una especie de pequeño convento.

-¿Qué es esto? -dice Saint-Fond-, ¿acaso pretendes ahogarme en voluptuosidades?

Realmente -digo- ignoro dónde estamos; llamemos.

Se presenta una vieja religiosa.

-Mi queridísima madre -de digo-, ¿podéis dar hospitalidad a dos viajeros que se han perdido?

Entrad -dice da buena mujer-, aunque esto sea un convento de religiosas, da virtud que imploráis no es extraña a nuestros corazones y nosotras da practicamos tan voluntariamente con vos como acabamos de hacerlo con un viejo señor de da corte que nos ha perdido do mismo; está con nuestras damas, que acaban de levantarse para maitines.

Comprendimos, por estas palabras, que el príncipe estaba allí: nos reunimos con él. Otra religiosa y seis pensionistas de doce a dieciséis años lo rodeaban. El viejo zorro, completamente cubierto con la sangre de su última víctima, empezaba ya a perder el respeto.

-Señor -dice a Saint-Fond la religiosa que nos encontramos arriba-, oponeos a las tentativas de este ingrato. Con insultos es como pretende agradecer la hospitalidad que le concedemos.

-Señora -dice el ministro-, mi amigo, que no es más moral que yo, detestando a la virtud como yo, no le gusta concederle ninguna recompensa; vuestras pensionistas me parecen extraordinariamente bonitas, y, o pegamos fuego a vuestro convento, o ¡por Dios!, violamos a las seis.

Y Saint-Fond, agarrando al momento a la más pequeña, llenando de puñetazos a las dos religiosas que quieren defenderla, la viola delante de nuestros ojos, por delante. ¿Qué puedo decir, amigos míos?, pronto las otras cinco siguieron la misma suerte, con la diferencia de que Saint-Fond, temiendo que se le debilitase el instrumento, dejó los coños para perforar los culos. A medida que salían de sus manos, el príncipe se apoderaba de ellas y las fustigaba hasta hacerlas brotar sangre, alternando esta operación con besos sobre mis nalgas, a las que adoraba, decía él, por encima de todo. Saint-Fond, dueño de sí, no había descargado; se apodera de las dos religiosas, una de las cuales tenía sesenta años, se encierra con ellas en una celda vecina, y vuelve solo al cabo de una media hora.

-¿Has acabado con esas dueñas, amigo mío? -digo al ministro, al verle volver muy emocionado.

-Para ser los amos de la casa -nos dice- teníamos que desembarazarnos de estas guardianas; he comenzado por divertirme en esa celda: me gustan infinitamente los culos viejos; después, habiendo descubierto una escalera que llevaba hasta un pozo, las he tirado a él para que se refrescasen.

-¿Y qué vamos a hacer con estas pollitas? Espero que no las dejaremos con vida... -dice el príncipe.

Se cometieron nuevos horrores, que dejó una vez más velados; pero el convento fue devastado.

Los dos libertinos, habiendo descargado completamente con esta escena y viendo que el día estaba a punto de aparecer, desearon por fin retirarse. Una comida suntuosa, servida por tres mujeres desnudas, nos esperaba en mis habitaciones privadas; le hicimos un gran honor dada la necesidad que teníamos de ella. El príncipe quiso, con el permiso de mi amante, pasar unas horas en la cama conmigo; y Saint-Fond, en medio de dos de mis lacayos, se hizo joder el resto de la noche.

Las tentativas del viejo señor no hicieron correr demasiados riesgos a mi pudor; después de infinitos trabajos, llegó a introducirse un momento en el agujero de mi culo; pero engañando la naturaleza a su esperanza, el instrumento se dobló; el villano, que ni siquiera tuvo fuerzas para descargar, porque, decía él, había perdido semen dos veces en toda la partida, se durmió con la nariz en mi trasero.

En cuanto nos levantamos, Saint-Fond, más encantado que nunca conmigo, me dió un bono de ochocientos mil francos, a cobrar al instante del tesoro real, y se llevó a su amigo.

La historia de esta primera partida fue más o menos la de todas las demás, con episodios que mi fértil imaginación tenía buen cuidado en cambiar constantemente. Noirceuil se encontraba en casi todas, pero nunca volví a ver a personajes tan extraños como el príncipe.

Hacía tres meses que conducía esta barca inmensa con todo el éxito posible, cuando Saint-Fond me anunció que para el día siguiente tenía un crimen ministerial que cometer. ¡Cruelles efectos de la política más bárbara! ¡Oh amigos míos!, ¿adivinaríais quién era la víctima?, el mismo padre de Saint-Fond, viejo de setenta años, respetable en todos los conceptos: le ponía trabas en sus asuntos, intentando que lo perdiesen; incluso lo perjudicaba en la corte, a fin de obligarlo a dejar el ministerio, creyendo, y con razón, que sería más ventajoso para este hijo criminal dejar el ministerio por sí mismo, que ser despedido. Esta conducta disgustó a Saint-Fond, quien, por otra parte, ganaba trescientas mil libras de renta con esta muerte, y la sentencia parricida fue pronunciada muy pronto. Noirceuil vino a explicarme de qué se trataba, y, como observó que este crimen me espantaba un poco, este es el discurso con el que trató de hacer desaparecer la atrocidad que mi debilidad suponía imbécilmente en él.

-El mal que creéis hacer al matar a un hombre, y aquél con que queréis agravarlo cuando se trata de un parricidio, me parece, querida, que es lo que debo combatir a vuestros ojos. No examinaré la cuestión bajo su primer aspecto: estáis por encima de los prejuicios que suponen que hay un crimen en la destrucción de un semejante (3). Este homicidio es simple para vos, porque no existe ningún lazo entre vuestra existencia y la de la víctima: sólo se complica cuando se refiere a un amigo; teméis el parricidio con que éste va a mancillarse: así pues, debo considerar la acción propuesta bajo este punto de vista.

¿Es el parricidio un crimen o no lo es?

(3) Por otra parte, este sistema se encuentra ampliamente desarrollado más tarde.

Por supuesto, si hay en el mundo una acción que yo crea legítima, es esta; ¿Y qué relación, por favor, puede existir entre aquel que me ha puesto en el mundo y yo? ¿Cómo queréis que me crea ligado por algún tipo de gratitud hacia un hombre, porque tuvo la fantasía de descargar en el coño de mi madre? No hay nada tan irrisorio como este imbécil prejuicio. Pero si no conociese a este padre, si me hubiese puesto en el mundo sin que yo me enterase ¿me lo indicaría la voz de la naturaleza?, ¿acaso no sería tan frío con él como con los otros hombres? Si este hecho es seguro, y creo que no puede dudarse de ello, el parricidio no añade nada al mal supuesto al homicidio. Si matase a un hombre que me hubiese dado la luz, sin conocerlo, seguramente no tendría ningún remordimiento por haberlo matado como padre: así pues, sólo cuando me dicen que es mi padre, me detengo o me arrepiento; ahora bien, os ruego que me digáis qué peso puede tener esta opinión para agravar un crimen y si es posible que ella cambie el impulso natural. ¡Qué!, ¿puedo matar sin remordimiento a mi padre si no lo conozco, y no puedo si lo conozco?, de manera que no tienen más que persuadirme de que un individuo al que acabo de matar es mi padre, aunque no lo sea, y héme entonces con remordimientos aplicados a una falsa noción. Ahora bien, si existen aunque la cosa no sea cierta, no podrían legítimamente existir cuando lo es. Si podéis engañarme sobre esto, mi crimen es una quimera; si la naturaleza no me indica, por sí misma, al autor de mis días, es que ella no quiere que yo sienta por él mas cariño del que me inspira un ser indiferente. Si el remordimiento puede ser aplicado de acuerdo con vuestra opinión, y vuestra opinión puede engañarme, el remordimiento es nulo; soy un loco al concebirlo. ¿Acaso conocen los animales a su padre, lo sospechan siquiera? ¿Motiváis mi agradecimiento filial por los cuidados que ese padre se ha tomado en mi infancia? Otro error. Al tomárselos, ha cedido a las costumbres de su país, a su orgullo, a un sentimiento que él, como padre, puede haber tenido por su obra, pero del que yo no tengo ninguna necesidad de concebir hacia el obrero; porque este obrero, ocupado únicamente en su placer, de ninguna manera pensaba en mí cuando le complació proceder, con mi madre, al acto de la creación: sólo se ocupaba de él y no veo que haya que formarse por esto sentimientos ardientes de gratitud. ¡Ah!, dejemos de hacernos durante más tiempo ilusiones sobre este ridículo prejuicio: no le debemos a aquel que nos ha dado la vida más que al ser más frío y más lejano nuestro. La naturaleza no nos indica absolutamente nada hacia él; digo más: no podría indicárnoslo; y la amistad no va mucho más allá; es falso que se ame al padre, es falso que se pueda siquiera amarlo; se le teme pero no se le ama; su existencia molesta, pero no complace; el interés personal, la más santa de las leyes de la naturaleza, nos impulsa invenciblemente a desear la muerte de un hombre del que esperamos nuestra fortuna; y bajo este aspecto, sin duda, no solamente sería muy sencillo odiarlo, sino, incluso mucho más natural aún, atentar contra su vida por la gran razón de que es preciso que a cada uno le llegue su hora, y que si mi padre ha gozado durante cuarenta años de la fortuna del suyo, y yo me veo envejecer, yo, sin gozar de la suya, seguramente y sin ningún remordimiento, debo ayudar a la naturaleza que lo olvida en este mundo y apresurar por todos los medios el goce de los derechos que me otorga y que sólo retrasa por un capricho que debo corregir en ella. Si el interés es la medida general de todas las acciones del hombre, hay, pues, infinitamente menos mal en matar a un padre que a otro individuo; porque las razones personales que tenemos para deshacernos de aquel que nos trajo al mundo deben ser siempre mucho más poderosas que las que tenemos para deshacernos de otra persona. Hay además en este punto otra consideración

metafísica que no debemos perder de vista: la vejez es el camino de la muerte; la naturaleza, al hacer envejecer al hombre, lo acerca a su tumba; el que mata a un viejo no hace, entonces, más que cumplir sus intenciones: esto es lo que hizo, en muchos pueblos, una virtud del asesinato de los viejos. Inútiles para la tierra a la que cargan con su peso, consumiendo un alimento que falta al más joven, o que éste último se ve obligado a pagar más caro a causa del excesivo número de consumidores, está demostrado que su existencia es inútil, que es peligrosa, y que no se puede hacer nada mejor que suprimirla. Así pues, no sólo no es un crimen matar a un padre, sino que además es una excelente acción; es una acción meritoria hacia uno mismo, al que sirve, meritoria hacia la naturaleza, a la que descarga de un peso oneroso, y digna de elogio, porque supone un hombre bastante enérgico, bastante filósofo para preferirse, él que puede ser útil a los hombres, a ese viejo que sólo estaba ya olvidado. Así pues, vais a hacer una excelente acción, Juliette, al destruir al enemigo de vuestro amante, quien, sin duda, sirve al Estado tan bien como puede hacerlo; porque aunque se permita algunas pequeñas prevaricaciones, Saint-Fond no deja de ser por eso un gran ministro: le gusta la sangre, su yugo es duro, cree que el asesinato es útil para el mantenimiento de todo gobierno. ¿Se equivoca? Sila, Mario, Richelieu, Mazarino, todos los grandes hombres ¿han pensado acaso de diferente manera? Maquiavelo ¿dio otros principios? No lo dudemos; se necesita sangre sobre todo para el sostenimiento de los gobiernos monárquicos; el trono de los tiranos debe estar cimentado sobre ella, y Saint-Fond está lejos de hacer derramar toda la que debería correr... En fin, Juliette, conserváis a un hombre que, pienso, os hace gozar de un estado bastante floreciente; aumentáis la fortuna del que hace la vuestra: pregunto si debéis dudar.

Noirceuil -digo con desvergüenza-, ¿quién os ha dicho que dudase? Se me ha podido escapar un movimiento involuntario; soy joven, debuto en la carrera a la que me arrastráis: ¿algunos débiles desvíos deben asombrar a mis maestros? Pero pronto verán que soy digna de ellos. Que Saint-Fond se apresure en enviarme a su padre: estará muerto dos horas después de que haya entrado en mi casa. Pero, querido, hay tres clases de veneno en la cajita que me ha confiado vuestro amigo: ¿de cuál debo servirme?

-Del más cruel de todos, el que hace sufrir más -dice Noirceuil-, es un consejo más que tengo el encargo de darte, Saint-Fond quiere que su padre, al morir, sea castigado por las terribles intrigas que ha urdido para perjudicarlo, quiere que sus dolores sean espantosos.

-Lo comprendo -respondí-, dile que estará satisfecho. ¿Y cómo sucederá todo?

-Así será -dice Noirceuil:

En tu calidad de amiga del ministro, invitarás a ese viejo a cenar contigo; tu nota le hará comprender que quieres charlar con él con el deseo de conciliar todo, y porque tú misma apruebas las razones que él da para el retiro de su hijo. El viejo Saint-Fond vendrá, lo llevarán enfermo a su casa, su hijo se encarga de lo demás. Esta es la suma convenida por el crimen que aguarda: un bono de cien mil escudos sobre el tesoro ¿estás contenta, Juliette?

-Saint-Fond me da lo mismo por una fiesta -digo devolviéndole el papel-, dile que le serviré por nada. -Aquí hay un segundo bono por la misma suma dice Noirceuil-, estaba encargado de responder a la objeción, y ésta no disgusta a tu amante. Quiero que sea pagada, y pagada como lo desea, me dice todos los días, en tanto me muestre interés y yo satisfaga ese interés, estaré seguro de conservarla.

-Saint-Fond me conoce -respondí-, me gusta el dinero, no lo oculto, pero nunca le pediré más de lo necesario. Estos seiscientos mil francos son por la ejecución del proyecto; pido otro tanto para el día en que expire su padre.

-Los tendrás Juliette, puedes estar tranquila, te respondo de eso. ¡Oh, Juliette, cuán feliz es tu posición! Cuídala, goza y, si sabes conducirte bien, te convertirás, en poco tiempo, en la mujer más rica de Europa: ¡qué amigo te he dado para eso!

-Imbuida ya de tus principios, no te lo agradezco, Noirceuil; esta relación te da placer, tú mismo ganas con ella, es un orgullo para ti ser el amigo de una mujer cuyo lujo y crédito borran ya el de las princesas de la corte... Me daría vergüenza ir a la Opera como apareció ayer la princesa de Nemours: ni una mirada recibí, mientras que todos los ojos estaban fijos en mí.

-¿Y gozas con todo eso, Juliette?

Infinitamente querido; en primer lugar, ruedo sobre oro, lo que es para mí el primero de los goces. -Pero, ¿jodes?

Mucho; hay muy pocas noches en que no vengan a ofrecerme su homenaje lo mejor que tiene París en ambos sexos.

-¿Y tus crímenes favoritos?

-Siguen su camino, robo todo lo que puedo... hasta un escudo, como si me muriese de hambre.

-¿Y la venganza?

-Le doy la mayor importancia; el justo castigo del príncipe de X, que constituye la noticia del día, es únicamente obra mía; cinco o seis mujeres están en la Bastilla desde hace dos meses, por haber querido estar en mejor situación que yo.

A continuación entramos en algunos detalles sobre las fiestas que yo daba al ministro.

-No te ocultaré -me dice Noirceuil-, que pareces relajarte desde hace un tiempo; Saint-Fond se ha dado cuenta; en la última comida no había cincuenta platos. Sólo comiendo mucho se descarga bien -prosiguió Noirceuil- y nosotros los libertinos tenemos muy en cuenta la calidad y la cantidad del esperma. La glotonería halaga infinitamente todos los gustos que la naturaleza se ha complacido en darnos, y parece que nunca se tiene el miembro tan erecto y el corazón tan duro como cuando se acaba de hacer una comida suntuosa. También te aconsejo la elección de las muchachas: Saint-Fond, aunque lo que tú nos des sea muy bonito, no encuentra en ellas suficientes refinamientos. No puedes ni imaginarte hasta qué punto hay que llevar los refinamientos: queremos que la caza ofrecida sea no solamente de una excelente raza, sino además que posea todas las cualidades morales y físicas que puedan hacer su muerte interesante.

Respecto a eso, informé a Noirceuil sobre los excelentes medios que utilizaba; en lugar de seis, veinticuatro mujeres trabajaban ahora sin descanso, y todas ellas tenían un número parecido de mujeres corresponsales que recorrían las provincias; yo era la clavija maestra de todo eso, y con toda seguridad que me dedicaba a ello a fondo.

-Antes de que te decidas por un individuo -me respondió Noirceuil-, aunque esté a treinta leguas, haz por verlo, y no aceptes nunca más que lo que te parezca delicioso.

-Lo que me aconsejáis es muy difícil -respondí-, porque con frecuencia el individuo es robado antes de que me hayan hablado de él.

-Y bien -dice Noirceuil-, hay que robar veinte, para tener diez.

-¿Y qué haré con las no aceptadas?

-Te diviertes con ellas, las vendes a tus amigos... a alcahuetas; es lo que en tu condición se llama la vuelta *del bastón*; hay cien mil francos que ganar en eso al año.

-Sí, si Saint-Fond me pagase todos los individuos, pero sólo me paga los tres por comida.

-Lo animaré a que te pague todos.

-Será mucho mejor servido. Ahora Noirceuil -proseguí, entrad en algunos detalles que me son absolutamente personales. Conocéis mi cabeza: con tantos me dios para hacer el mal, podéis creer que me entrego por completo a ello; no es posible expresar ya lo que concibo, lo que imagino; pero, amigo mío, necesito vuestros consejos. ¿No estará Saint-Fond celoso de todos los extravíos a los que me entrego?

-Nunca -me dice Noirceuil-, Saint-Fond es demasiado razonable para no saber que tú debes entregarte a muchos defectos; sólo esta idea le divierte y me decía ayer: Temo que no sea lo bastante bribona.

- ¡Oh!, ¡en ese caso, que se tranquilice, amigo mío!, aseguradle que es difícil llevar más lejos el gusto por todos los vicios.

-Algunas veces -dice Noirceuil-, he oído preguntar si los celos eran una manía halagadora o desfavorable para una mujer, y confieso que nunca he dudado de que, este impulso al no ser más que personal, las mujeres no tenían nada que ganar con la acción que produce en el alma de sus amantes. No es porque se ame mucho a una mujer por lo que se está celoso, es porque se teme la humillación que originaría su cambio; y la prueba de que no hay más que puro egoísmo en esta pasión, es que no hay un sólo amante de buena fe que no convenga en preferir ver a su amante muerta que infiel. Es esta inconstancia, más que su pérdida, lo que nos aflige, y sólo nos tenemos en cuenta a nosotros en este acontecimiento. De donde concluyo que, después de la imperdonable extravagancia de enamorarse de una mujer, la mayor que se puede cometer sin duda es estar celoso. Este sentimiento es vergonzoso para ella, porque prueba que no se la estima; es penoso para uno mismo y siempre inútil, puesto que es un medio seguro de dar a una mujer las ganas de engañarnos el dejarle ver el temor que tenemos de que eso suceda. Los celos y el terror de los cuernos son dos cosas que dependen absolutamente de nuestros prejuicios sobre el goce de las mujeres; sin esa maldita costumbre de querer ligar imbécilmente, en este objeto, la moral con el físico, fácilmente nos liberaríamos de estos prejuicios. ¡Y qué!, ¿acaso no es posible acostarse con una mujer sin amarla, y no es posible amarla sin acostarse con ella? ¿Pero qué necesidad hay de que el corazón intervenga en lo que sólo es cuestión del cuerpo? Me parece que son dos deseos, dos necesidades muy diferentes. Araminthe tiene el cuerpo más hermoso del mundo, su rostro es voluptuoso, sus grandes ojos negros y llenos de fuego me prometen una amplia eyaculación de su esperma, cuando las paredes de su vagina o de su ano sean electrizadas vivamente con el frotamiento de mi verga; gozo con ella, te doy mi palabra. ¡Qué necesidad hay, por favor, de que los sentimientos

de mi corazón acompañen el acto que me somete el cuerpo de esta criatura! Una vez más, me parece que son cosas muy diferentes amar y gozar, y no sólo no es necesario amar para gozar, sino que incluso basta gozar para no amar. Porque los sentimientos de cariño se conceden a las relaciones de humor y de conveniencia, pero no se deben de ninguna manera a la belleza de un seno o al bonito torneado de un culo, y estos objetos que, según nuestros gustos, pueden excitar vivamente los afectos físicos, me parece, sin embargo, que no tienen el mismo derecho a los afectos morales. Para terminar con mi comparación, Bélise es fea, tiene cuarenta años, ni una sola gracia en toda su persona, ni un rasgo regular, ni un solo atractivo; pero Bélise tiene ingenio, un carácter delicioso, un millón de cosas que se encadenan con mis sentimientos y mis gustos: no tendré ningún deseo de acostarme con Bélise, pero no por eso dejaré de amarla con locura; desearé con todas mis fuerzas tener a Amaranthe, pero la detestaré cordialmente en cuanto la fiebre del deseo se me haya pasado, porque sólo he encontrado un cuerpo en ella y no cualidades morales que podían hacerla digna de los afectos de mi corazón. Por otra parte, no se trata de nada de esto aquí, y en las infidelidades que Saint-Fond te deja hacer, entra un sentimiento de libertinaje que merece una explicación muy diferente a la ofrecida. Saint-Fond goza con la idea de saberte en los brazos de otro; él mismo te pone en ellos, se excita viéndote así; multiplicarás sus gozes con la extensión que des a los tuyos, y nunca serás más amada por Saint-Fond que cuando hayas hecho lo que te valdría el mayor odio de otro. Estos son extravíos de la cabeza que sólo conocemos nosotros, pero que no son menos deliciosos por ello.

-Me tranquilizáis -digo a Noirceuil-, ¿Saint-Fond amará mis gustos, mi espíritu, mi carácter, y no estará nunca celoso de mi persona? ¡Oh!, ¡cómo me consuela esta idea!, porque os lo confieso, amigo mío, la continencia me sería imposible, mi temperamento quiere ser satisfecho, al precio que sea. Con esta sangre impetuosa, con esta imaginación que vos me conocéis, con la inmensa fortuna de que gozo, ¿cómo podría resistirme a pasiones que cualquier cosa excita e inflama?

-Entrégate, Juliette, entrégate, es lo mejor que puedes hacer; pero, para el resto de los hombres, un poco de hipocresía, te exhorto a ello. Recuerda que, en el mundo, la hipocresía es un vicio esencial, para aquel que tiene la suerte de poseer a todos los otros; con artimañas y falsedad, se logra todo lo que se desee, pues no es vuestra virtud lo que el mundo necesita, sino solamente poder suponérsela. Para un par de ocasiones en que necesitéis esta virtud, habrá treinta en la que sólo necesitaréis la máscara: por lo tanto, sabed ponérsela, mujeres disolutas, pero solamente hasta la indiferencia del crimen, nunca hasta el entusiasmo de la virtud, porque el primer estado deja en paz el amor propio de los otros y porque el segundo lo irrita. Por otra parte, es fácil ocultar lo que se ama, sin estar obligada a fingir lo que se detesta; si todos los hombres fuesen viciosos con buena fe, la hipocresía no sería necesaria; pero, falsamente convencidos de que la virtud tiene ventajas, quieren mantenerla absolutamente por alguna parte. Hay que hacer como ellos y, para ganárselos, ocultar todo lo que se pueda de los defectos de uno bajo el manto de este viejo y ridículo ídolo, dispuesto a vengarse del homenaje forzado que se le presta con sacrificios más grandes al rival. Por otra parte, la hipocresía, al enseñar a engañar, facilita una infinidad de crímenes; se entregan a vos porque vuestro aire desinteresado les impone, y claváis el puñal con tanto menos trabajo cuanto menos capaz os creen de meterlo. Esta manera sorda y misteriosa de satisfacer así las pasiones hace su goce infinitamente

más vivo. El cinismo tiene algo excitante, lo sé, pero no os entrega, no os asegura las víctimas como la hipocresía; y después, la desvergüenza, los crapulosos desvíos del crimen no son realmente buenos más que en los actos de libertinaje. ¿Quién le impide al hipócrita entregarse a ellos dentro de su casa, cuando satisface su libertinaje? Pero se me confesará que, lejos de esto, el cinismo está fuera de lugar, es de mal tono y, al alejarnos de la sociedad, nos pone fuera de condiciones de gozar de él. Los crímenes de libertinaje no son los únicos que presentan delicias: hay muchos llenos con otras muy interesantes, muy lucrativas, que la hipocresía nos asegura, y de los que nos alejaría el cinismo. ¿Había en el mundo una criatura más falsa, más hábil, más criminal que la Brinvilliers? Era a los hospitales a donde iba a hacer las pruebas de sus venenos, era bajo el velo de la piedad y de la buena acción como intentaba con impunidad los deliciosos medios de sus crímenes. Su padre le decía en el lecho de muerte a donde ella acababa de reducirlo mediante un brebaje envenenado: " ¡Oh mi querida hija, sólo lamento perder la vida por la imposibilidad en que estaré de hacerte todo el bien que yo desearía!" Y la respuesta de la hija fue una dosis mayor en el vaso de tisana que administraba al buen hombre (4). No había en el mundo una criatura más fina, más hábil; jugaba el papel de la devoción, iba a misa, daba incontables limosnas, y todo ello para asegurar sus crímenes; mucho tiempo actuó así sin ser descubierta, y quizás no lo hubiese sido nunca, sin su imprudencia y la desgracia de su amante (5). Que esta mujer te sirva de ejemplo, querida mía, no podría ofrecerte otro mejor.

(4) Ved las *Memorias de la marquesa de Frène*, el *Diccionario de los Hombres ilustrados*, etc.

(5) Se sabe que Saint-Croix, amante de la Brinvilliers, murió haciendo un veneno cuya receta se encontrará más adelante. Se había puesto una máscara de vidrio para evitar respirar las exhalaciones: la violencia del veneno rompió la máscara, y el químico expiró. La imprudente Brinvilliers reclamó al momento la cajita donde su amante encerraba sus otros venenos. Eso fue lo que la traicionó. A continuación, esta cajita fue llevada a la Bastilla, y lo que encerraba ha servido a todos los miembros de la familia de Luis XV. Esta famosa mujer fue convicta de haber envenenado igualmente a sus dos hermanos y a su hermana, y, en consecuencia, se le cortó la cabeza en 1976.

-Conozco toda la historia de esta famosa criatura -respondí-, y sin duda deseo ser digna de ella. Pero, amigo mío, me gustaría como modelo una mujer más cercana a mí; desearía que tuviese más edad, que me amase, que tuviese mis gustos, mis pasiones, y que, aunque nos excitásemos juntas, me permitiese todos los otros extravíos sin el menor celo: me gustaría que tuviese una especie de dominio sin, no obstante, intentar dominarme; que sus consejos fuesen buenos, que tuviese una infinita condescendencia hacia mis caprichos y experiencia en el libertinaje: sin religión y sin principios, sin costumbres y sin virtud, un espíritu ardiente, y el corazón helado.

-Tengo lo que deseas -me respondió Noircœur-, es una viuda de treinta años, de una belleza extraña, criminal hasta el último extremo, que posee todas las cualidades que tú exigas y que te será de una gran ayuda en la carrera que acabas de comenzar. Me sustituirá en tu educación; porque ya ves que, separados como lo estamos, ya no podría seguirte con el mismo calor: Mme. de Clairwil, en una palabra, rica con millones, conoce todo lo que se puede conocer, sabe todo lo que se puede saber, y respondo de que es lo que te hace falta.

-¡Ah!, Noirceuil, ¡sois encantador! Pero, amigo mío, todavía no está todo: me gustaría devolver los consejos que voy a recibir; siento la necesidad de ser instruida tan vivamente como la de contribuir a una educación, y deseo una alumna con tanto ardor como una institutriz.

-¡Eh!, pero... mi mujer -dice Noirceuil.

-¡Qué! -respondí con entusiasmo-, ¿me confiaréis la educación de Alexandrine?

-¿Podría estar en mejores manos? Te la confiaré con toda seguridad: Saint-Fond desea que haga de ti su más íntima amiga.

-¿Y por qué se retrasa ese matrimonio?

-Por mi duelo demasiado reciente aún, una baja sumisión a indignos prejuicios, que yo adopto a causa de la costumbre y que desprecio en el fondo de mi corazón.

-Una cuestión más, amigo mío: ¿no tengo que temer, ante el ministro, de la rivalidad de la mujer cuya amistad me ofrecéis?

-Ni la menor cosa. Saint-Fond la conoció antes que a ti, se divirtió con ella; pero Mme. de Clairwil no cumpliría tus funciones, y no encontraría, lo sé, el mismo placer en hacerlas ejecutar.

-¡Ah! -exclamé-, ambos sois divinos, y vuestras bondades hacia mí serán calurosamente correspondidas por mis cuidados en servir vuestras pasiones. Ordenadme, ¡siempre me sentiré feliz de ser instrumento de vuestros libertinajes y el primer medio de vuestros crímenes!

No volví a ver a mi amante hasta la ejecución de la fechoría que debía cometer para él; la víspera me recomendaron de nuevo firmeza, y el buen viejo apareció. Utilicé todo el arte posible, antes de sentarnos a la mesa, para ponerle a bien con su hijo, y me asomé al ver que la cosa no sería quizás muy difícil. De golpe, cambié de baterías. No es la reconciliación lo que es necesario ahora, pensé en seguida; si ésta tiene lugar, pierdo la ocasión de un crimen que me excita mucho y doscientos mil francos prometidos para su ejecución: dejemos de negociar, actuemos. Administro la droga con la mayor facilidad; el viejo se desmaya, se lo llevan, y, al día siguiente, me entero con el mayor placer de que ha muerto en medio de horribles dolores.

Acababa de expirar cuando llegó su hijo para una de las comidas que hacía en mi casa dos veces por semana. El mal tiempo nos obligó a permanecer en el interior, y Noirceuil era el único convidado que había admitido ese día Saint-Fond. Les había preparado tres muchachitas de catorce a quince años, más bellas de lo que era posible ver en todo el mundo; un convento de la capital me las había proporcionado, y me costaban cien mil francos cada una; ya no dudaba en los precios, desde que Saint-Fond pagaba mucho mejor.

-Aquí tenéis digo, presentándoselas al ministro con qué consolaros de la pérdida que acabáis de sufrir.

-Me afecta muy poco, Juliette dice Saint-Fond, besando mi boca-, haría morir con gusto a quince criminales como ése por día, sin tener el menor remordimiento. No tengo otra pena que la de no haberle visto sufrir más; era un estúpido muy despreciable.

-Pero, ¿sabéis -digo- que no estaba lejos de la reconciliación?

-Habéis hecho bien en no seguir su partido. ¡Cuanto me hubiese pesado la existencia de ese canalla, si me hubiese visto obligado a soportar todavía su peso! Le reprocharé hasta la sepultura los terribles prejuicios que me obligó a aceptar; hubiese querido ver su cuerpo devorado por las culebras con que envenenó mis días.

Y, como para aturdirse, el libertino se puso en seguida manos a la obra; mis tres vírgenes fueron inventariadas. Sobre ellas no podían recaer críticas amargas: por te, familia, primicias, infancia, todo se encontraba en ellas; pero me di cuenta de que los dos amigos no se excitaban, y que nada complacía a estos insaciables; vi que no estaban contentos y que, sin embargo, no se atrevían a quejarse.

-Decidme, pues, lo que necesitáis, si estos objetos no os satisfacen -les digo-, porque estaréis de acuerdo conmigo en que me es imposible adivinar lo que puede valer más que esto.

-Nada más cierto -respondió Saint-Fond, que se hacía manosear inútilmente por dos de estas pequeñas-, pero Noirceuil y yo estamos agotados, acabamos de hacer horrores, y no sé lo que haría falta para despertarnos ahora.

-¡Ah!, si me contaseis vuestras proezas, quizás encontraríais en los detalles de esas infamias las fuerzas necesarias para cometer otras nuevas.

-Lo creo dice Noirceuil.

-Y bien; haced que se desnuden -dice Saint-Fond-, que Juliette se desnude igualmente y escuchadnos.

Dos de las jóvenes rodearon a Noirceuil: una lo chupaba, él lamía a la otra y manoseaba los dos culos; yo me encargo de excitar al orador, mientras que él golpea las nalgas de la tercera de las vírgenes; y estas son las atrocidades que nos reveló Saint-Fond:

-He llevado -nos dice- a mi hija a la casa de mi padre moribundo. Noirceuil estaba conmigo; nos hemos encerrado, con las puertas bien atrancadas; allí (y el miembro del disoluto se levantaba con esta confesión), digo, allí he tenido la voluptuosa barbarie de anunciar a mi padre que sus dolores eran obra mía; le he dicho que, siguiendo mis órdenes, lo había envenenado tu mano, y que se acostumbrase rápidamente a la idea de la muerte. Después, arremangando el vestido de mi hija, la he sodomizado ante sus ojos. Noirceuil, que me adora cuando cometo infamias, me fornicaba entretanto; pero el pícaro, viéndome que desvirgaba por el culo a Alexandrine, me sustituyó pronto en el puesto... y yo, acercándome al buen hombre, lo obligué a hacerme descargar mientras lo estrangulaba. Noirceuil se extasiaba durante este tiempo en el fondo de las entrañas de mi hija. ¡Cuántos goces! Yo estaba cubierto de maldiciones, de imprecaciones, *cometía un parricidio, un incesto, asesinaba, prostituid, sodomizaba!* ¡Oh Juliette, Juliette, nunca en mi vida había sido tan feliz! Mira en qué estaco me pone el relato de estas voluptuosidades, mira cómo se me excita igual que por la mañana.

El disoluto coge entonces a una de las muchachas, y, mientras que la mancilla por todas partes, quiere que Noirceuil y yo martiricemos a las otras ante su vista. Lo que inventamos es horrible; la naturaleza ultrajada en estas dos jóvenes actúa fuertemente en Saint-Fond, y el pícaro está listo para perder su semen, cuando, para recuperar sus fuerzas, se

retira prudentemente del culo de la novicia, para perforar los otros. Feliz por seguir contentándose, se adueña, ese día, de las seis virginidades, dejando a Noirceuil rosas abiertas. No importa, el disoluto se aprovecha de lo poco que se le da, y mi trasero así como el de Saint-Fond, le sirven de perspectiva todo el tiempo que tarda en fornicar; los besa, los acaricia, y recibe en su boca los pedos que nos divertimos en darle.

Comimos, fui la única admitida en los honores del festín, pero desnuda; las muchachas, puestas encima de la mesa boca abajo, nos iluminaban con velas que les habíamos metido en el culo; y como estas velas eran muy cortas y la comida muy larga, les habíamos quitado cualquier medio de moverse, y, al llenar su boca de algodón, les habíamos despojado del de aturdirnos con sus clamores. Este episodio divirtió infinitamente a nuestros libertinos, y, palpándoles a uno y a otro con mis manos, los encontré durante toda la comida en el mejor estado del mundo.

Noirceuil --dice Saint-Fond, mientras nuestras novicias se asaban-, explícanos, te lo ruego, con tu metafísica habitual cómo es posible llegar al placer, bien sea viendo sufrir a los otros, bien sea sufriendo uno mismo. -Escuchadme -dice Noirceuil-, voy a demostraros eso.

"El dolor, en definición de la lógica, no es otra cosa que un sentimiento de aversión que el alma concibe, hacia algunos impulsos contrarios a la constitución del cuerpo que anima." Esto es lo que nos dice Nicole, que distinguía en el hombre una sustancia aérea a la que llamaba alma y que diferenciaba de la sustancia material que nosotros llamamos cuerpo. En lo que a mí se refiere, que no admito esta edificación frívola y que no veo en el hombre más que una especie de planta absolutamente material, diré solamente que el dolor es una secuencia de pequeñas relaciones de los objetos extraños con las moléculas orgánicas de que estamos compuestos; de suerte que, en lugar de que los átomos emanados de estos objetos extraños se unan con los de nuestro fluido nervioso, como lo hacen en la conmoción del placer, les presentan en este caso ángulos, los agujonean, los rechazan y no se encadenan nunca. Sin embargo, aunque los efectos sean repulsivos, siguen siendo efectos, y bien sea placer o dolor lo que se nos ofrece, siempre hay una conmoción segura sobre el fluido nervioso. Ahora bien, ¿qué impide que esta conmoción del dolor, infinitamente más viva y más activa que la otra, llegue a excitar en este fluido el mismo abrazo que se propaga por la unión de los átomos emanados de los objetos del placer?, y conmovido para ser conmovido, ¿qué impide que con la costumbre yo me habitúe a encontrarme tan bien agitado por los átomos que rechazan como por los que unen? Hastiado de los efectos de aquellos que sólo producen una sensación simple, ¿por qué no habría de acostumbrarme a recibir igualmente placer de aquellos cuya sensación es *angustiosa*? Ambos golpes se reciben en el mismo lugar; la única diferencia que puede haber es que uno es violento, el otro dulce; pero, para las gentes hastiadas, ¿no vale el primero infinitamente más que el otro? ¿Acaso no vemos todos los días a gente que ha acostumbrado su paladar a una irritación que les complace, junto a otra gente que no podría soportar ni un solo momento esa irritación? ¿No es verdad entonces (una vez admitida mi hipótesis) que la costumbre del hombre, en estos placeres, es intentar emocionar a los objetos que sirven a su goce, de la misma manera en que se emociona él, y que estos procedimientos son los que, en la metafísica del placer, se llaman *efectos de su delicadeza*? Por lo tanto, ¿qué puede haber de extraño en que un hombre dotado de órganos como los que acabamos de describir, por los mismos procedimientos de su adversario y por los mismos principios de

delicadeza, crea que emociona al objeto que sirve a su goce por los medios con que él mismo es afectado? No está más equivocado que el otro, no hace más que lo que el otro hace. Las consecuencias son diferentes, estoy de acuerdo, pero los primeros motivos son los mismos; el primero no ha sido más cruel que el segundo, y ninguno de los dos comete una falta: ambos han utilizado sobre el objeto de su goce los mismos medios de que se sirven para conseguir placer.

Pero *eso no me complace*, responde a esto el ser agitado por una voluptuosidad brutal. Sea, queda por saber ahora si puedo obligaros a ello o no. Si no puedo, retiraos y dejadme; si, al contrario, mi dinero, mi crédito o mi posición me dan o alguna autoridad sobre vos o alguna seguridad de poder destruir vuestras quejas, sufriréis sin una palabra todo lo que me plazca imponeros, porque es preciso que yo goce, y porque sólo puedo gozar atormentándoos y viendo correr vuestras lágrimas. Pero en ningún caso os asombréis, me insultéis, porque yo sigo el impulso que la naturaleza ha puesto en mí, la dirección que me ha hecho tomar, y porque, en una palabra, al obligaros a mis voluptuosidades duras y brutales, las únicas que llegan a darme el colmo del placer, actúo por los mismos principios de delicadeza que el amante afeminado que no conoce más que las rosas de un sentimiento del que yo sólo admito las espinas; porque, al atormentaros, al desgarraros, os hago lo único que me emociona, como lo hace, encoñando tristemente a su amante, el que sólo se agita con cosas agradables; pero esta delicadeza afeminada se la dejo a él, porque es imposible que pueda emocionar a órganos contruidos con tanta fuerza como los míos. Sí, amigos míos prosiguió Noircueil-, estad seguros de que es imposible que el ser verdaderamente apasionado por las voluptuosidades de la lujuria pueda mezclar la delicadeza con éstas; la delicadeza no es más que el veneno de estos placeres, y supone una repartición imposible para el que quiere gozar bien: todo poder compartido se debilita; es una verdad reconocida. Intentad hacer gozar al objeto que sirve a vuestros placeres: no tardaréis en daros cuenta de que sólo lo consigue a expensas vuestras; no existe una pasión más egoísta que la de la lujuria; no hay ninguna que quiera ser servida con más severidad; no hay que ocuparse más que de uno mismo cuando se excita, y no considerar nunca el objeto que nos sirve más que como una especie de víctima destinada al furor de esta pasión. ¿No exigen todas víctimas? ¡Y bien!, el objeto pasivo, en el acto de la lujuria, es el de nuestra pasión lúbrica; cuanto menos tenido en cuenta es, mejor se cumple el objetivo; cuanto más vivos son los dolores de este objeto, cuanto más completas son su degradación y su humillación, más completo es nuestro goce. No son placeres lo que hay que hacer sentir a este objeto, son impresiones lo que hay que producir en él; y al ser la del dolor mucho más viva que la del placer, es incontestable que vale más que, la conmoción producida sobre sus nervios por este espectáculo extraño, llegue a través del dolor que a través del placer. Esto es lo que explica la manía de esa masa de libertinos que, como nosotros, no llegan a la erección y a la emisión del semen más que cometiendo los actos de la más atroz crueldad, más que atiborrándose con la sangre de sus víctimas. Los hay que ni siquiera experimentarían la más ligera erección si no considerasen, en las angustias del dolor más violento, al triste objeto vendido a su lúbrico furor, si no fuesen ellos mismos las primeras causas de esas angustias. Quieren hacer sentir a sus nervios una conmoción violenta; saben que la del dolor será más fuerte que la del placer; la utilizan y la encuentran buena. Pero la belleza, me objeta un imbécil, entenece, interesa; invita a la dulzura, al perdón: ¿cómo resistirse a las lágrimas de una bonita muchacha que, con las manos juntas, implora a su verdugo? ¡Y!, es lo que se pretende, incluso es este estado del

que el libertino en cuestión obtiene su goce más delicioso: sería para lamentarse si actuase sobre un ser inerte que no siente nada; y esta objeción es tan ridícula como la de un hombre que me asegurase que nunca debemos comernos un cordero porque el cordero es un animal dulce. La pasión de la lujuria quiere ser servida, y exige, tiraniza; por lo tanto, debe ser satisfecha haciendo abstracción total de cualquier consideración. La belleza, la virtud, la inocencia, el candor, el infortunio, nada de esto debe servir de refugio al objeto que codiciamos. Al contrario, la belleza nos excita más; la inocencia, la virtud y el candor embellecen el objeto; el infortunio nos lo entrega, nos lo facilita: todas estas cualidades deben servir solamente para inflamarnos mejor, y deben ser consideradas por nosotros solamente como vehículos para nuestras pasiones. Por otra parte, hay en esto un freno más que romper: hay la especie de placer que proporciona el sacrilegio o la profanación de los objetos ofrecidos a nuestro culto. Esta bella muchacha es un objeto de homenaje para los imbéciles; al convertirla en el objeto de mis más vivas y duras pasiones, siento el doble placer de sacrificar a esta pasión un bello objeto, y un objeto digno del culto de los demás. ¿Se necesita estar pensando mucho tiempo en esto para llegar al delirio? Pero no tenemos constantemente en nuestras manos tales objetos; sin embargo, estamos acostumbrados a gozar por medio de la tiranía, y querríamos gozar así todos los días. ¡Y bien? Hay que saber obtener una compensación de otros pequeños placeres: la dureza de alma hacia los desgraciados, el negarse a aliviarlos, la acción de sumergirlos uno mismo en el infortunio, si es posible, sustituyen de alguna manera a ese sublime goce de hacer sufrir a un objeto del libertinaje. La miseria de esos infortunados es un espectáculo que prepara ya la conmoción que estamos acostumbrados a recibir mediante la impresión del dolor; nos imploran, no los aliviamos: y casi tenemos ya conseguido el estremecimiento; un paso más, el fuego se enciende, nace de todos esos crímenes, y nada lleva con más seguridad al placer como la sal que tiene el crimen. Pero yo he cumplido mi tarea: me habéis preguntado cómo se puede llegar al placer sufriendo' o haciendo sufrir. Lo he demostrado teóricamente. Ahora convenzámonos por la práctica, y que los suplicios de estas señoritas sean, de acuerdo con la demostración, tan vivos, os lo ruego, como nos sea posible.

Nos levantamos de la mesa, y las víctimas, sólo por refinamiento, fueron cuidadas y refrescadas durante un momento. No sé por qué Noircueil parecía esa noche más enamorado de mi culo que nunca; no podía dejar de besarlo, de alabarlo, de acariciarlo, de joderlo; me sodomizaba en todo momento; después retira bruscamente su miembro para dársele a chupar a las muchachas; a continuación volvía, y me daba manotazos extraordinariamente fuertes en las nalgas y en los riñones; incluso se olvidó de excitarme el clítoris. Todo eso me calentaba prodigiosamente, y les debí parecer a mis amigos de un puterío increíble. Pero, ¿cómo satisfacerse con muchachas manoseadas o con dos libertinos agotados que apenas la tenían empinada? Les propuse hacerme joder por mis lacayos delante de ellos; pero Saint-Fond, lleno de vino y de ferocidad, se opuso diciendo que ya no sentía otra necesidad que la del tigre, y que, puesto que allí había carne fresca, había que darse prisa en devorarla. En consecuencia, luchaba con una fuerza terrible con los tres pequeños culos de estas encantadoras vírgenes: los pellizcaba, los mordía, los arañaba, los desgarraba; la sangre corría ya por todos lados, cuando, levantándose como un loco, su miembro pegado al vientre, se quejó amargamente de la imposibilidad en que se creía ese día de encontrar algo que pudiese hacer sufrir a las víctimas hasta el grado de sus caprichos.

-Todo lo que invento hoy -nos di e- está por debajo de mis deseos: por lo tanto, imaginemos algo que tenga a estas putas durante tres días en las más terribles angustias de la muerte.

- ¡Ah! -digo-, descargarías en ese intervalo y, una vez destruida la ilusión, las aliviarías.

-No perdono a Juliette -dice Saint-Fond- que me conozca tan mal en ese aspecto. Estás en un gran error, ángel mío, si crees que mi crueldad sólo se enciende en el fuego de las pasiones. ¡Ah!, me gustaría, como Herodes, prolongar mis ferocidades incluso más allá de la tumba; cuando me excito soy bárbaro hasta el frenesí, y cuando el semen ha corrido, cruel con sangre fría. Algo mejor, Juliette `prosiguió este insigne criminal`, toma, si quieres, descargaré: comenzaremos el suplicio de estas zorras sólo cuando no haya más semen en los cojones, y entonces verás si soy más blando.

-Saint-Fond, vos os excitáis mucho -dice Noirceuil-, es lo único claro que veo en cuanto decís; se trata de lanzar el esperma y, si queréis seguir mis consejos, podemos proceder a ello en seguida. Soy de la opinión de sencillamente ensartar en un asador a estas señoritas, y, mientras ellas se queman vivas ante nuestros ojos, Juliette nos excitaría el miembro y nos haría regar con semen tres soberbios solomillos.

- ¡Oh santo Dios! -dice Saint-Fond, mientras frota su miembro con la sangre de las nalgas de la más joven y más bonita de las tres-, os juro que esta que tengo sufrirá más de lo que os imagináis.

-¿Y qué diablos le harás tú? -dice Noirceuil, que acababa de volver a introducirse en mi culo.

-Vas a verlo -dice aquel criminal.

Y con sus manos, parecidas a tablas de carnicero, le casca los dedos, le disloca todos los miembros, y la acribilla con más de mil golpes con la punta de un estilete.

-¡Y bien! -dice Noirceuil, que seguía dándome por el culo-, habría sufrido lo mismo asándola.

-También lo será -dice Saint-Fond-, pero al calcinar el fuego sus heridas, sufrirá mucho más que si la hubieseis asado completamente fresca.

-Vamos -dice Noirceuil- , estoy de acuerdo, hagamos lo mismo con esas bribonas.

Yo agarro a una, él coge a la otra, y, siempre dentro de mi culo, el pícaro la pone en el mismo estado que la martirizada por Saint-Fond. Yo lo imito, y pronto están las tres asándose en un fuego de infierno, mientras que Noirceuil, blasfemando contra los dioses del paraíso, descarga en mi trasero y mientras yo hago eyacular, a base de puñetazos, el semen de Saint-Fond sobre los cuerpos calcinados de estas tres desgraciadas víctimas de la más terrorífica lujuria. Las tres fueron arrojadas a un agujero. Nos pusimos a beber. Calentados con nuevos deseos, los libertinos quisieron hombres; mis lacayos aparecieron y se agotaron toda la noche en sus insaciables culos, sin llegar a excitarlos; y en esta sesión fue donde conocí mejor que nunca cuán cierto era que estos monstruos eran tan crueles a sangre fría como en el mayor fuego de sus pasiones.

Un mes después de esta aventura, Noirceuil me presentó la mujer que deseaba darme por amiga. Como su matrimonio con Alexandrine se retrasó una vez más a causa del due-

lo de Saint-Fond, y no quiero describiros a esta encantadora muchacha hasta que la haya poseído plenamente, vamos a ocuparnos de Mme. de Clairwil y de los arreglos que hice con esta mujer deliciosa para cimentar nuestra relación.

Noirceuil tenía razón al hacerme los mayores elogios de Mme. de Clairwil. Era alta, digna de ser pintada; era tal el fuego de sus miradas, que resultaba imposible mirarla fijamente a los ojos; unos ojos grandes y negros que imponían más que gustaban en general, el conjunto de esta mujer era majestuoso más que agradable. Su boca, un poco redonda, era fresca y voluptuosa; sus cabellos, negros como el azabache, le llegaban hasta sus piernas; su nariz, extrañamente bien cortada; su frente, noble y majestuosa; un gran seno, la piel más hermosa, aunque morena, las carnes firmes, llenas, las formas redondeadas: en una palabra, era el porte de Minerva con los atractivos de Venus. Sin embargo, bien porque yo fuese más joven, bien porque mi rostro tuviese en gracias lo que ella tenía de nobleza, yo gustaba más a todos los hombres. Ella sobrecogía, yo me contentaba con encadenarlos; ella exigía el homenaje de los hombres, y yo me lo apropiaba.

A estas gracias imperiosas Mme. de Clairwil unía una inteligencia muy elevada; era muy instruida, singularmente enemiga de los prejuicios... que había arrancado de sí en la infancia; era difícil que una mujer llevase la filosofía más lejos. Por otra parte, tenía muchos talentos: hablaba perfectamente el inglés y el italiano, representaba comedias como un ángel, danzaba como Terpsícore, sabía química, física, hacía bonitos versos, dominaba la historia, el dibujo, la música, la geografía, escribía como Sévigné, pero llevaba quizás un poco demasiado lejos todas las extravagancias del hombre culto, cuyas consecuencias eran en general un orgullo insoportable con aquellos a los que no elevaba a su altura, como yo... la única criatura, decía, en quien había hallado realmente inteligencia.

Hacía cinco años que esta mujer era viuda. Nunca tuvo hijos; los detestaba, y esto es una especie de pequeña dureza que, en una mujer, demuestra siempre insensibilidad: y podía asegurarse que la de Mme. de Clairwil era completa. Se jactaba de no haber vertido jamás una sola lágrima, de no haberse enternecido nunca por la suerte de los desgraciados. Mi alma es impasible, decía; desafío a que me afecte algún sentimiento, excepto el del placer. Soy dueña de los afectos de mi alma, de sus deseos, de sus impulsos; todo en mí está a las órdenes de mi cabeza; y esto es lo peor que puede haber -continuaba-, porque esta cabeza es detestable. Pero no me quejo de ella: me gustan los vicios, aborrezco la virtud; soy enemiga jurada de todas las religiones, de todos los dioses; no temo ni las desgracias de la vida, ni las consecuencias de la muerte; y aquel que se parece a mí, es feliz.

Con un carácter semejante, era fácil ver que Mme. de Clairwil no tenía más que adulaadores y muy pocos amigos; no creía en la amistad más que en la bondad y tampoco en las virtudes más que en los dioses. Unid a esto enormes riquezas, una casa muy buena en París, otra deliciosa en el campo, todos los lujos, la mejor edad, una salud de hierro. O no hay felicidad en el mundo, o el individuo que reúne todas estas cosas agradables puede jactarse de que la posee.

Mme. de Clairwil se abrió a mí desde el primer día con una franqueza que me asombró en una mujer que, como acabo de decir, estaba tan orgullosa de su superioridad; pero debo hacerle la justicia de confesar que nunca la tuvo conmigo.

-Noirceuil os ha descrito bien -me dice-; observo que tenemos la misma alma, el mismo carácter, los mismos gustos; estamos hechas para vivir juntas: unámonos, e iremos muy lejos; pero, sobre todo, desterremos todos los frenos, sólo están hechos para los tontos. Caracteres elevados, almas orgullosas, espíritus fuertes como los nuestros rompen todas esas tonterías populares riéndose de ellas; saben que la felicidad está más allá, la alcanzan con valentía, desechando las pequeñas leyes, las frías virtudes y las imbéciles religiones de esos hombres de barro que no parecen haber recibido la existencia más que para deshonrar a la naturaleza.

Unos días después, Clairwil, por quien yo comenzaba a estar chiflada, vino a comer a solas conmigo. En este segundo encuentro fue donde abrimos nuestros corazones, donde nos confiamos nuestros gustos, nuestros sentimientos ¡Oh!, ¡qué alma la de Clairwil! creo que si el vicio hubiese habitado en la tierra, nunca hubiese establecido su imperio más que en el fondo de esta alma perversa.

En un momento de mutua confianza, antes de sentarnos a la mesa, Clairwil se inclinó sobre mí; estábamos ambas en una alcoba de cristal, cómodamente tumbadas sobre unos cojines cuyos blandos plumones sostenían nuestras espaldas vacilantes; un día muy dulce parecía llamar al amor y favorecer sus placeres.

-¿No es cierto, ángel mío dice Clairwil besándome el pecho-, que dos mujeres como nosotras deben entablar amistad excitándose mutuamente?

Y la bribona, levantándose el vestido mientras decía eso, introducía ya su lengua encendida en lo más profundo de mi garganta... Los libertinos dedos alcanzan su meta.

-Está ahí -me dice-, el placer dormita sobre un lecho de rosas; ¿quiere mi tierno amor que lo despierte? ¡Oh Juliette!, ¿me permites que me abrace al fuego de los arrebatos que voy a encender en ti?

-Bribona, tu boca me responde, tu lengua llama a la mía, la invita a la voluptuosidad.

- ¡Ah!, devuélveme lo que te he hecho, y muramos de placer.

-Desvistámonos -digo a mi amiga-, los libertinajes de la voluptuosidad no son buenos más que cuando se está desnudo; no descubro nada de ti, y quiero verlo todo; desembaracémonos de estos velos inoportunos; ¿acaso no son ya demasiados los de la naturaleza? ¡Ah!, cuando excite en ti arrebatos, querría ver palpar tu corazón.

- ¡Qué idea! -me dice Clairwil-, me pinta tu carácter; Juliette, te adoro; hagamos todo lo que quieras.

Y mi amiga se desnudó como yo; en ese momento, nos examinamos primero durante varios minutos, en silencio. Clairwill se inflamaba a la vista de las bellezas que me había prodigado la naturaleza. Yo no me cansaba de admirar las suyas. Nunca se vio un talle más hermoso, nunca un seno mejor sostenido... ¡Esas nalgas!, ¡ah Dios!, era el culo de la Venus adorada por los griegos: nunca vi uno tan deliciosamente moldeado. Yo no dejaba de besar tantos encantos, y mi amiga, prestándose al principio con gusto, me devolvía después centuplicadas todas las caricias con que yo la colmaba.

-Déjame hacer -me dice al fin, después de haberme tumbado en la otomana, las piernas muy abiertas-, déjame probarte, amada, que sé dar placer a una mujer.

Entonces, dos de sus dedos trabajaron mi clítoris, y el agujero de mi culo, mientras que su lengua, sumergida en mi crica, sorbía ávidamente el flujo que excitaban sus titilaciones. Nunca en mi vida había sido excitada de esa manera; descargué tres veces seguidas en su boca con tales transportes que creí desvanecerme. Clairwil, ávida de mi flujo, cambió, para la cuarta carrera, todas sus maniobras con tanta ligereza como habilidad. Esta vez introdujo uno de sus dedos en mi coño, mientras que con el otro agitaba mi clítoris, y su lengua dulce y voluptuosa penetraba en el agujero de mi culo...

-¡Cuánto arte... qué gusto! -exclamé- ¡Ah!, Clairwil, me vas a matar.

Y nuevos chorros de flujo fueron el fruto de los divinos procedimientos de esta voluptuosa criatura.

-¡Y bien! -me dice en cuanto me repongo-, ¿crees que sé excitar a una mujer? Las adoro: ¿cómo no iba a conocer el arte de darles placer? ¿Qué quieres, querida?, ¡soy una depravada! ¿Es culpa mía si la naturaleza me ha dado gustos contrarios a los de todo el mundo? No conozco nada tan injusto como la ley de mezclar los sexos para conseguir una voluptuosidad pura; ¿y qué sexo sabe mejor que el nuestro el arte de agujonear los placeres, devolviéndonos lo que se hace, para deleitarse uno mismo haciéndonos lo que es propio? ¿No debe lograrlo él mejor que ese ser diferente de nosotras, que no puede ofrecernos más que voluptuosidades muy alejadas de las que exige nuestro tipo de existencia?

-¡Qué Clairwil!, ¿no te gustan los hombres!

-Me sirvo de ellos porque mi temperamento lo exige, pero los desprecio y los detesto; me gustaría poder inmolar a todos aquellos ante cuyas miradas he podido envilecerme.

-¡Qué orgullo!

-Es mi carácter, Juliette; a este orgullo uno la franqueza, es el único medio de que me conozcas en seguida. -Lo que dices supone crueldad; si deseas lo que acabas de expresar, lo harías si pudieras.

-¿Quién te dice que no lo haya hecho? Mi alma es dura y estoy muy lejos de creer que la sensibilidad sea preferible a la feliz apatía de que gozo. ¡Oh Juliette! `prosiguió mientras nos vestíamos-, quizás te equivocas sobre esa peligrosa sensibilidad con la que se honran tantos imbéciles.

La sensibilidad, querida, es el hogar de todos los vicios, como es el de todas las virtudes. Conduce a Cartucho a la horca, de la misma forma que inscribe en letras de oro el nombre de Tito en los anales de la bondad. Por ser demasiado sensibles nos entregamos a las virtudes; por serlo demasiado queremos las fechorías. El individuo privado de sensibilidad es una masa bruta, tan incapaz del bien como del mal y que sólo tiene de hombre el rostro. Esta sensibilidad, puramente física, depende de la conformidad de nuestros órganos, de la delicadeza de nuestros sentidos, y más que nada, de la naturaleza del fluido nervioso, en el que yo sitúo generalmente todos los afectos del hombre. La educación y, después de ella, la costumbre, adiestran en tal o cual sentido la parte de sensibilidad recibida de manos de la naturaleza; y el egoísmo... lo que cuida nuestra vida, viene a continuación a ayudar a la educación y a la costumbre para que se decidan por tal o cual elección. Pero la educación nos engaña casi siempre, en cuanto ha acabado, y la inflamación

causada sobre el fluido eléctrico en relación a los objetos exteriores, operación a cuyo efecto llamamos *pasiones*, impulsa a la costumbre al bien o al mal. Si esta inflamación es mediocre, en razón de la densidad de los órganos que se opone a una acción ejercida por el objeto exterior sobre el fluido nervioso, o de la poca velocidad con la que el cerebro le renvía el efecto de esta presión, o incluso de la poca disposición de ese fluido a ser puesto en movimiento, entonces los efectos de esta debilidad nos impulsan a la virtud. Si, al contrario, los objetos exteriores actúan sobre nuestros órganos fuertemente, si los penetran con violencia, si provocan una acción rápida en las partículas del fluido nervioso que circulan en la concavidad de nuestros nervios, en este caso, los efectos de nuestra sensibilidad nos impulsan al vicio. Si la acción es todavía más fuerte, nos arrastra al crimen, y definitivamente a las atrocidades, si la violencia del efecto alcanza su último grado de energía. Pero, bajo todos los aspectos, observamos que la sensibilidad no es más que mecánica, que todo nace de ella, y que ella es la que nos conduce a todo. Si observamos en una persona joven el exceso de esta sensibilidad, hagamos rápidamente su horóscopo, y convenzámonos de que esta sensibilidad acabará por llevarla un día al crimen; porque no es, como podría creerse, el tipo de sensibilidad lo que conduce al crimen o a la virtud: es su último grado; y el individuo en el que su acción es lenta estará dispuesto al bien, como es seguro que aquel en el que esta acción hace estragos se inclinará necesariamente hacia el mal, al ser el mal más excitante, mas atrayente que el bien. Así pues, hacia él deben dirigirse los efectos violentos, por el gran principio que acerca y junta siempre, en la moral y en lo físico, todos los efectos iguales.

Por consiguiente, es cierto que el procedimiento necesario, en semejante caso, frente a una persona joven a la que se está formando, sería debilitar esta sensibilidad, puesto que dirigirla es imposible. Quizás perderéis algunas virtudes al debilitarla, pero os ahorraréis muchos vicios, y, en un gobierno que castiga severamente todos los vicios, y que no recompensa nunca las virtudes, vale infinitamente más aprender a no hacer mal, que escoger hacer el bien. No hay absolutamente ningún peligro en no hacer el bien, pero lo hay en hacer el mal, antes de la edad en que se siente la obligada necesidad de ocultar aquel mal al que nos arrastra invenciblemente la naturaleza. Digo más: que lo más inútil del mundo es hacer el bien, y lo más esencial del mundo es no hacer el mal, no por uno mismo, pues la mayor de todas las voluptuosidades nace a menudo del exceso del mal, no por la religión, porque nada es tan absurdo como creer en la idea de un Dios, sino únicamente en relación a las leyes, porque, descubierta su infracción, por muy deliciosa que ésta pueda ser, nos arrastra siempre al infortunio cuando nos falta experiencia.

Por consiguiente, no habría ningún peligro en poner al joven individuo, cuya educación suponemos aquí, en tal estado de ánimo que nunca hiciese en verdad una buena acción, pero que, como recompensa, nunca imaginase una mala... al menos antes de la edad en que su experiencia le advierta de la necesidad de la hipocresía. Ahora bien, el procedimiento que habría que utilizar en semejante caso sería embotar radicalmente su sensibilidad, tan pronto como nos diésemos cuenta de que su excesiva actividad podría arrastrarlo al vicio. Porque, aun suponiendo que de la apatía a la que reduciríais su alma pudiesen nacer algunos peligros, esos peligros serán mucho menores que los que pudiesen nacer de su excesiva sensibilidad. Los crímenes cometidos, en el caso del endurecimiento de la parte sensitiva, lo serán siempre a sangre fría y por consiguiente el supuesto alumno tendrá tiempo de ocultarlos y de compaginar sus consecuencias, mientras que los cometidos

en la efervescencia lo arrastran, sin que tenga tiempo de prevenirlo, a los últimos excesos del infortunio. Los primeros serán quizás más sombríos, pero también más secretos, porque la flema con la que serán cometidos dará el tiempo suficiente para prepararlos sin tener que temer sus consecuencias; los otros, al contrario, cometidos con la cara al descubierto y sin reflexión, llevarán a su autor al cadalso. Y lo que debe preocuparos no es que vuestro alumno, convertido en hombre, cometa o no crímenes, porque, en realidad, el crimen es un accidente de la naturaleza cuyo instrumento voluntario es el hombre, de la que es preciso que sea juguete a pesar de sí mismo, cuando sus órganos lo fuerzan; sino que debe preocuparos, digo, el que este alumno cometa el delito menos peligroso, teniendo en cuenta las leyes del país que habita, de tal forma que si lo más inocuo es castigado y lo más terrible no lo es, hay que dejarle hacer lo más terrible. Porque, una vez más, no es del crimen de lo que hay que protegerlo, sino de la espada que cae sobre el autor del crimen; el crimen no tiene el menor inconveniente, pero el castigo muchos. Da exactamente igual para la felicidad de un hombre que cometa crímenes o no; pero es esencial para esa misma felicidad que no pueda ser castigado por los que haya hecho, de cualquier tipo o atrocidad que puedan ser los crímenes. Por lo tanto, el primer deber de un instructor sería dar al alumno que tiene a su cargo las facultades necesarias para que pueda entregarse al menos peligroso de los males, puesto que desgraciadamente, es demasiado verdad que tiene que inclinarse hacia uno o hacia otro; y la experiencia os demostrará fácilmente que los vicios que puedan nacer del endurecimiento del alma serán mucho menos peligrosos que los producidos por el exceso de sensibilidad y esto por la gran razón de que la sangre fría puesta en unos ofrece los medios de protegerse del castigo, mientras que está demostrado que es imposible que pueda escapar de él aquel que, al no haber tenido tiempo de preparar nada, se entrega ciegamente a la efervescencia de sus sentidos. De esta forma, en el primer caso, quiero decir al dejar a una persona joven toda su sensibilidad, hará algunas buenas acciones que hemos demostrado como inútiles; en el segundo, no hará ninguna buena, lo que no tiene el menor inconveniente; y la educación que le habéis dado no le hará cometer más que el tipo de infracción que pueda ser cometida sin peligro. Pero vuestro alumno llegará a ser cruel... ¿Y cuáles serán los efectos de esta crueldad? Con un poco de energía, consistirán en negarse constantemente a todos los efectos de una piedad que no admitirá la transformación que habréis dado a su alma. Hay muy poco peligro en esto: son algunas virtudes menos, pero la virtud es lo más inútil del mundo, puesto que es penosa para el que la ejerce y puesto que en nuestros climas no obtiene ninguna recompensa. Con un alma fuerte y vigorosa, esta crueldad puesta en práctica consistirá en algunos crímenes sordos, cuyas relaciones agudas inflamarán, mediante su frotamiento, las partículas eléctricas del fluido nervioso de sus nervios, y que quizás costarán la vida a algunos seres oscuros. ¿Qué importa?, al no haber alterado la efervescencia de su pasión las facultades de su juicio, habrá procedido en todo con tal misterio... con tal arte, que la antorcha de Thémis no podrá penetrar nunca en sus recovecos; por lo tanto, habrá sido feliz sin arriesgar nada: ¿no es esto todo lo que hace falta? No es el mal lo que es peligroso, sino su apariencia; y el más odioso de todos los crímenes, si está bien oculto, tiene infinitamente menos inconvenientes que la más mínima debilidad al descubierto. Ahora, dirigid los ojos al otro caso. Dotado del completo ejercicio de sus facultades sensitivas, el supuesto alumno ve un objeto que le conviene; los padres se lo niegan: acostumbrado a dar a su sensibilidad toda la amplitud posible, matará, envenenará todo lo que, rodeando a este objeto, pueda obstaculizar sus deseos y será

ahorcado. Como puede verse, en los dos casos, siempre supongo lo peor: no ofrezco más que un ejemplo de los peligros de una y otra situación, y dejo a la inteligencia la combinación de los otros datos. Si, cuando estén hechos vuestros cálculos, aprobáis, como no puedo dejar de creerlo, la extinción de toda sensibilidad en un alumno, entonces la primera rama que hay que podar del árbol es necesariamente la piedad. En efecto ¿qué es la piedad? Un sentimiento puramente egoísta que nos lleva a lamentar en los otros el mal que tenemos para nosotros. Presentadme un ser en el mundo que, por su naturaleza, esté exento de todos los males de la humanidad, y este ser no solamente no tendrá ninguna especie de piedad, sino que ni siquiera la concebirá. Una prueba mayor aún de que la piedad no es más que una conmoción puramente pasiva, impresa en el fluido nervioso, en razón o en proporción de la desgracia acaecida a nuestro semejante, es que siempre seremos más sensibles a esta desgracia si sucede ante nuestros ojos, aunque sea un desconocido, que a la desgracia que puede haber sentido a cien leguas de nosotros el mejor de nuestros amigos. ¿Y por qué esta diferencia, si no estuviese demostrado que este sentimiento sólo es el resultado físico de la conmoción del accidente sobre nuestros nervios? Ahora bien, yo pregunto, si un sentimiento semejante puede tener en sí mismo algo de respetable y si puede ser visto de otra forma que como debilidad. Además, es un sentimiento muy doloroso, puesto que sólo aparece en nosotros por una comparación que nos reduce a la desgracia. Por el contrario, su extinción produce un goce, ya que permite darse cuenta, a sangre fría, de un estado del que estamos exentos y entonces nos permite una comparación ventajosa... destructiva, si nos ablandamos hasta el punto de lamentar el infortunio, lo hacemos sólo por el cruel pensamiento de que, quizás mañana, puede ocurrirnos otro tanto. Afrontemos este desagradable temor, sepamos arrastrar sin miedo ese peligro por nosotros mismos, y ya no lo lamentaremos en los otros.

Otra prueba de que este sentimiento no es más que debilidad y pusilanimidad, reside en que afecta mucho más a las mujeres y a los niños que a aquellos cuyos órganos han adquirido toda la fuerza y la energía convenientes. Por la misma razón, el pobre, más cerca del infortunio que el rico, tiene de modo natural el alma más abierta a los males que ofrece a sus miradas la mano de la suerte; como estos males están más cerca de él, los compadece más. Por consiguiente, todo esto prueba que la piedad, lejos de ser una virtud, no es más que una debilidad nacida del temor y de la desgracia, debilidad que debe ser eliminada antes de nada, cuando se trabaja en embotar la excesiva sensibilidad de los nervios, enteramente incompatible con las máximas de la filosofía.

Estos son, Juliette, estos son los principios que me han llevado a esta tranquilidad, a este reposo de las pasiones, a este estoicismo que me permite ahora hacer y soportar todo sin emoción. Así pues, date prisa en iniciarte en estos misterios `prosiguió esta encantadora mujer, que todavía no sabía en qué punto estaba yo sobre todo esto-. Apresúrate a aniquilar esa estúpida conmiseración que te turbaría al menor espectáculo desgraciado que se ofreciese a tu vista. Una vez que hayas llegado a este punto, ángel mío, a través de continuas experiencias que te convencerán pronto de la extrema diferencia que media entre ti y ese objeto, de cuya triste suerte te lamentas, convéncete de que las lágrimas que derramases sobre este individuo no lo aliviarían y, sin embargo, te afligirían a ti; de que las ayudas que le prestases no podrían añadir realmente más que un placer insípido a tus sentidos, y que puede nacer otro muy vivo de la negación de tales ayudas. Persuádetes de que sacar de la clase de la indigencia a los que han querido colocarse en ella es turbar el

orden de la naturaleza; que, enteramente sabia y consecuente en todas sus operaciones, tiene sus designios sobre los hombres, designios que no nos corresponde conocer ni contrariar; que sus intenciones respecto a nosotros se demuestran por la desigualdad de las fuerzas, seguida necesariamente por la de las fortunas y las condiciones. Considera ejemplos antiguos, Juliette; tu mente está llena de ellos: recuerda tus lecturas. Acuérdate del emperador Licinio, que, bajo las penas más rigurosas, prohibía toda compasión hacia los pobres y todo tipo de ayuda a la indigencia. Recuerda esa secta de filósofos griegos que sostenía que era un crimen querer turbar los matices establecidos por la naturaleza en las diferentes clases de hombres; y, cuando hayas llegado al mismo punto que yo, entonces deja de deplorar la pérdida de las virtudes producidas por la piedad; porque al no tener estas virtudes como base más que el egoísmo, no pueden ser respetables. Puesto que no existe ninguna seguridad de que hagamos bien sacando al desgraciado del infortunio en que lo ha colocado la naturaleza, es mucho más simple ahogar el sentimiento que nos hace sensibles a sus desgracias que dejarlo germinar, quizás con la aprehensión de ultrajar a la naturaleza si trastornamos sus intenciones con la compasión: entonces, lo mejor es ponernos en tal estado que sólo veamos ya esos males con indiferencia. ¡Ah!, querida amiga, si, como yo, tuvieses la fuerza de dar un paso más, si tuvieses el valor de encontrar placer en la contemplación de los males de otro, sólo por la satisfactoria idea de no experimentarlos uno mismo, idea que produce necesariamente una voluptuosidad segura, si pudieses llegar hasta ese punto, sin duda habrías ganado mucho para tu felicidad, puesto que habrías llegado a convertir en rosas una parte de las espinas de la vida. No dudes ni un momento de que los Denis, Nerón, Luis XI, Tiberio, Venceslas, Herodes, Andrónico, Heliogábalo, Retz, etc. (6), han sido felices por estos principios, y que si ellos pudieron hacer todas las atrocidades que hicieron sin temblar, no fue con toda seguridad más que porque habían llegado a encender la voluptuosidad en la llama de sus crímenes. Eran monstruos, me objetan los estúpidos. Sí, según nuestras costumbres y nuestra forma de pensar; pero con respecto a las grandes intenciones de la naturaleza sobre nosotros, no eran más que los instrumentos de sus designios; para que cumpliesen sus leyes, ella los dotó con esos caracteres feroces y sanguinarios. De esta forma, aunque parecía que ellos hacían mucho mal según las leyes humanas, cuyo fin es conservar al hombre, no hacían ninguno según las de la naturaleza, cuyo fin es destruir por lo menos tanto como crea. Al contrario, hacían un bien real, puesto que cumplían sus intenciones; de donde resulta que el individuo que tenga un carácter semejante al de estos pretendidos tiranos, o el que llegase a demostrar el suyo, no solamente evita grandes males, sino que incluso podría encontrar, en el cumplimiento de esos sistemas, la fuente de una voluptuosidad muy grande, a la que podría entregarse con tanto menos temor cuanto que estaría totalmente seguro de ser tan útil a la naturaleza, bien con sus crueldades bien con sus desórdenes, como el más honrado de los hombres con sus cualidades bienhechoras y con sus virtudes. Alimenta todo esto con acciones y ejemplos; mira con frecuencia a los infortunados; acostúmbrate a negarles ayuda, a fin de que tu alma se habitúe al espectáculo del dolor abandonado a sí mismo; atrévete a hacerte culpable, por tu cuenta, de algunas crueldades más atroces, y pronto verás que entre los males producidos que no te afectan y la conmoción de esos males que han hecho experimentar a tus nervios una vibración voluptuosa, aunque no fuese más que por la comparación del bien con el mal que tú has sacado de él, que ves toda en tu favor, aunque no fuese, digo, más que a causa de eso, no podrías dudar ni un momento. Entonces, tu sensibilidad se embotará imperceptiblemente; no habrás evitado

grandes crímenes, sino que al contrario, los habrás hecho cometer y los habrás cometido tú misma, pero habrá sido, al menos, con flema, con esa apatía que permite a las pasiones velarse y que, al ponerte en estado de prever sus consecuencias, te preserva de todos los peligros.

(6) Es del mariscal de quien se habla aquí.

- ¡Oh Clairwill, me parece que con esta manera de pensar, no te has arruinado con *buenas obras*.

-Soy rica -me respondió esta mujer extraordinaria-, hasta el punto de no saber bien lo que tengo. ¡Y bien!, Juliette, te juro que preferiría tirar mi dinero al río antes que emplearlo en lo que los tontos llaman limosnas, plegarias o caridades: creo que todo esto es muy perjudicial para la humanidad, fatal para los pobres, cuyas energías absorben tales costumbres, y todavía más peligroso para el rico, que cree haber adquirido todas las virtudes cuando ha dado unos escudos a curas o a holgazanes, medio seguro de cubrir todos sus vicios animando los de los otros.

-Mujer adorable -digo a mi amiga-, si conoces mi puesto ante el ministro, debes imaginarte que mi moral, respecto a todos los temas de los que me acabas de hablar, no es mucho más pura que la tuya.

Con toda seguridad -me dice-, sé todos los servicios que prestas a Saint-Fond. Siendo amiga suya, así como de Noirceuil, desde hace mucho tiempo, ¿cómo no iba a conocer los excesos a los que se entregan esos dos criminales? Tú los sirves, yo te alabo; los serviría yo misma en caso de necesidad; me basta que esos extravíos sean criminales para adorarlos. Pero también sé, Juliette, que al trabajar mucho por los otros, sólo haces muy poco por ti misma, y dos o tres robos no son hechos con la suficiente fuerza como para que no necesites todavía ejemplos y lecciones: así pues, déjame que te anime y te impulse a más grandes acciones, si realmente quieres ser digna de nosotros.

- ¡Ah! -digo-, ¡cuánta estima y amistad te debo por tales cuidados! Sigue con ellos, y estoy segura de que en ninguna parte encontrarás una escolar más sumisa. No hay nada que yo no emprenda contigo, nada que no imagine, guiada por tus consejos; y voy a poner todas mis pretensiones para el futuro en la firme ambición de sobrepasar un día a mi maestra. Pero, querida mía olvidamos nuestros placeres; yo los he recibido divinos de ti, y tú todavía no me has permitido devolvértelos: ardo en deseos de hacer pasar a tu alma una parte de esta llama divina con la que acabas de abrasarme.

-Juliette, eres deliciosa, pero soy demasiado vieja para ti: ¿has pensado que tengo treinta años? Hasiada de las cosas ordinarias, necesito refinamientos tan groseros, episodios tan fuertes... Necesito tantos preliminares para excitarme, tantas ideas monstruosas, tantas acciones obscenas para que descargue... Mis costumbres te aterrorizarán; mi delirio te escandalizará; mis exigencias te cansarán...

Después, mientras sus hermosos ojos se llenaban de fuego y sus labios se cubrían con la espuma de la lubricidad

-¿Tienes mujeres aquí? -me dice-, ¿son lascivas?... Bonitas, eso me da lo mismo; sólo me calentaré contigo pero al menos quiero que esas criaturas sean bien zorras, impúdicas,

pacientes, enérgicas, que juren increíblemente, y que sólo desnudas lleguen hasta mí. ¿Cómo puedes hacerme ver semejantes mujeres?

No tengo aquí más que cuatro `respondí- para mis más apremiantes necesidades.

-Son muy pocas: rica como eres, cada día deberían estar a tus órdenes al menos veinte mujeres, y deberías renovarlas cada semana. ¡Ah!, ¡cómo necesitas que te enseñe a gastar el dinero con que te cubres! ¿Acaso eres avara? No estaría mal. Yo idolatro el oro hasta el punto de haberme excitado ante la inmensidad de luises que amaso, y eso en la idea de que puedo hacerlo todo con las riquezas que están ante mi vista. Así pues, encuentro muy sencillo que se tenga el mismo gusto, pero sin embargo, yo no quiero negarme nada; los tontos son los únicos que no comprenden que se pueda ser avaro y pródigo a la vez, que se pueda tirar la casa por la ventana para los placeres de uno y negarse a todo para buenas obras... Vamos, haz que vengan tus cuatro mujeres, y sobre todo varas, si quieres verme descargar.

- ¡Varas!, ¿es que acaso azotas, querida mía?

- ¡Ah!, ¡hasta hacer brotar sangre, mi amor!... E igualmente recibo. No hay una pasión más deliciosa para mí; no hay ninguna que inflame con más seguridad todo mi ser. Nadie duda hoy de que la flagelación pasiva es de la mayor efectividad para devolver el vigor apagado por los excesos de la voluptuosidad. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que toda la gente agotada por la lujuria busque ávidamente en la dolorosa operación de la flagelación el soberano remedio para el agotamiento, para la debilidad de sus riñones y para la pérdida total de sus fuerzas, o para un físico frío, vicioso y mal organizado. Esta operación da necesariamente a las partes relajadas una conmoción violenta, una irritación voluptuosa que se apodera de ellos y los hace lanzar el semen con infinitamente más fuerza: el agudo sentimiento del dolor de las partes golpeadas nos hace más sutiles y precipita la sangre con más abundancia, atrae los sentidos dando a las partes de la generación un calor excesivo, por último proporciona al ser libidinoso que busca el placer el medio de consumir el acto de libertinaje, a pesar de la misma naturaleza, y de multiplicar sus goces impúdicos más allá de los límites de esta naturaleza madrastra. Respecto a la flagelación activa, ¿puede haber en el mundo una voluptuosidad mayor para seres endurecidos como nosotros? , ¿hay alguna que dé mejor la imagen de la ferocidad, que satisfaga más, en una palabra, esa inclinación a la crueldad que hemos recibido de la naturaleza?... ¡Oh Juliette!, someter a esta degradación a un objeto joven, interesante y dulce, y que tenga la mayor cantidad de afinidades posible con nosotros, hacerle experimentar duramente esta forma de suplicio, cuyos alcances tienen todos por emblema la voluptuosidad, divertirse con sus lágrimas, excitarse con sus penas, exaltarse con sus saltos, inflamarse con sus brincos, con esos *retorcimientos* (7) voluptuosos que arranca el dolor de la víctima, hacer correr su sangre y sus lágrimas, encarnizarse con ellas, gozar sobre su bonito rostro de las contorsiones del dolor y de los juegos musculares impresos por la desesperación, recoger de su lengua esos chorros púrpura que tan bien contrastan con el tinte de los lirios de una piel suave y blanca, aparentar que te calmas un momento para aterrorizar a continuación con nuevas amenazas, y no realizar las amenazas más que con otros refinamientos más ultrajantes y más atroces todavía, no ahorrar nada de cólera, y recorrer con la misma rabia las partes más delicadas, las mismas que la naturaleza parece haber creado para homenaje sólo de los tontos, como el pecho o el interior de la vagina, como el mismo rostro. ¡Oh, Juliette, qué delicias! ¿No es de alguna manera invadir los derechos del verdugo?, ¿no es

desempeñar su papel?, ¿y esta sola idea no basta para determinar invenciblemente la eyaculación del esperma en seres que, hastiados como nosotros de todas las cosas ordinarias y simples, necesitan esos sabios refinamientos para reencontrar lo que los excesos les ha hecho perder? Que no te sorprenda semejante gusto en una mujer. El mismo Brantôme, del que acabamos de tomar una expresión, nos habla con candor e ingenuidad de diferentes ejemplos que apoyan estas máximas (8). Había -dice él-, una dama de mucho mundo, tan hermosa como rica, y viuda desde hacía varios años, a la que nadie igualaba en la corrupción de las costumbres. Rodeada de jóvenes muchachas de compañía, siempre extremadamente bellas, se complacía en hacerlas desnudar y en golpearlas con su mano, sobre las nalgas, lo más fuerte que podía. Les inventaba faltas con el fin de tener el derecho de castigarlas: entonces, las azotaba con varas y hacía consistir toda su voluptuosidad en verlas agitarse bajo sus golpes; cuanto más se movían, más se lamentaban, más sangraban, más -lloraban, más feliz era la puta. Algunas veces se contentaba con arremangarlas el vestido, en lugar de ponerlas desnudas, encontrando en el acto de levantar y sujetar sus faldas más placer aún que en la excesiva facilidad ofrecida por su completa desnudez.

(8) Tomo I de las *Vidas de las Damas galantes* de su tiempo, edición en Londres, 1666, in-12. Quizás tendríamos que haber *col* piado literalmente al autor citado; dos razones nos lo han impedido: la primera es que las citas siempre forman abigarramientos desagradables; la segunda, que Brantôme no ha hecho más que esbozar lo que nosotros hemos querido pintar con más fuerza, sin alejarnos, no obstante, de la verdad.

(7) Expresiones de Brantôme, en el mismo artículo, que se va a citar en seguida.

Un gran señor -dice un poco más lejos- experimenta también el mismo placer en fustigar extrañamente a su mujer o desnuda o remangada.

Una madre -añade el mismo autor- azotaba regularmente a su hija dos veces al día, no por alguna falta que hubiese cometido, sino por el placer de contemplar la en este dolor. Cuando la joven alcanzó la edad de catorce años, inflamó de tal manera la concupiscencia de su madre, que ésta se pasaba cuatro horas al día fustigándola cruelmente.

-Pero -prosiguió Clairwil- si nos contentásemos con nuestros anales, ¡cuántos modelos más interesantes encontraríamos en ellos sobre este tema!, y tu amigo Saint-Fond, que no pasa un solo día sin azotar a su hija, ¿no podría coronar acaso nuestras modernas investigaciones?

-He sido la víctima de ese gusto -respondí-, y a pesar de eso, lo comprendo hasta el punto de adoptarlo quizás un día, siguiendo tu ejemplo. ¡Oh sí!, Clairwil, tendré todos tus gustos, quiero identificarme contigo ¡ya no puede haber felicidad en el mundo para Juliette hasta que no haya aprendido todos tus vicios!

Entraron las cuatro mujeres: estaban desnudas, como había deseado mi amiga, y le ofrecían con toda seguridad uno de los más hermosos conjuntos de lubricidad que sea posible ver. La mayor no tenía todavía dieciocho años, la más joven quince: era difícil ver cuerpos más hermosos y rostros más agradables.

-Están bien -dice Clairwil, examinándolas por encima.

Y como cada una traía un puñado de varas, Clairwil las cogió y puso a las cuatro cerca de ella.

-Acercaos -dice a continuación a la más joven (visitó a una tras otra por orden de edad)-, sí, acercaos, y prosternándoos a mis pies pedid humildemente perdón por las tonterías que hicisteis ayer.

-¡Oh!, señora, no hice ninguna.

Un enérgico bofetón fue la respuesta de Clairwil.

-Os digo que hicisteis tonterías, y os ordeno que me pidáis perdón de rodillas.

-Y bien, señora -dice la pequeña obedeciendo-, os lo pido de todo corazón.

-No os concederé ese perdón hasta que hayáis sido castigada; levantaos y venid a ofrecerme humildemente vuestras nalgas.

Entonces Clairwil, que había frotado ligeramente el bonito culo con la palma de su mano, le aplica una bofetada tan fuerte que sus cinco dedos quedaron señalados. Las lágrimas empezaron a correr sobre las hermosas mejillas de esta pobre niña, que al no haber sido prevenida y al no haber experimentado nunca nada semejante, se encontraba dolorosamente afectada por esta recepción. Clairwil la examina y le chupa los ojos en cuanto ve lagrimas en ellos; los suyos lanzaban llamas, su respiración se hacía cada vez más agitada, su bello seno, al moverse de excitación, parecía seguir las palpitaciones de su corazón. Metió su lengua en la boca de esta muchacha, la chupó durante mucho tiempo, después, animándose todavía más con esta segunda caricia, le aplicó una segunda bofetada sobre el culo, más fuerte que la primera.

-Sois una putilla -le dice-, ayer os sorprendí excitando vergas, y no soportaré que ultrajéis las buenas costumbres hasta ese punto... Me gustan las costumbres, deseo el pudor en una joven.

-Os respondo, señora...

-Vamos, ni una excusa, zorra -interrumpió Clairwil dando un enérgico puñetazo en los costados de la joven-; culpable o no, es necesario que os veje y me divierta. Pequeños seres tan despreciables como vos sólo son buenos para los placeres de una mujer como yo.

Y diciendo esto, Clairwil pellizca sobre las partes más carnosas de su bonito cuerpecito, hasta el punto de hacerla gritar; y, en cuanto la desgraciada lanzaba un grito, nuestra libertina lo ahogaba al paso recogéndolo en su boca. Su cólera aumentó; entonces, las palabras más sucias y más crapulosas, los juramentos más infames, exhalaban de sus labios impuros; eran entrecortados como suspiros; inclinó a la víctima sobre el canapé, examinó lúbricamente su trasero, lo entreabrió, metió su lengua, después, volviendo a las nalgas, las mordió en cuatro sitios diferentes, lo que la joven no soportó sin saltos y brincos que divertían mucho a mi amiga y que excitaban en ella esas risas malvadas que salen más bien de la ferocidad que de la alegría.

-Vamos, jodida bribona, ¡vas a ser azotada! -le dice-, sí, sagrado bribón de Dios, voy a zurrarte, deseando que cada uno de los golpes que recibas de mi mano deje sobre tu villano culo huellas imborrables.

Entonces, cogiendo un puñado de varas, hace levantarse a la joven, le enlaza el cuerpo con su brazo izquierdo, y metiéndole una rodilla en el vientre, le hace ofrecer el culo en la más hermosa posición; lo examina un momento en este estado; después, comenzando a zurrar con su mano derecha, sin preparativos, sin miramientos, aplica primero veinticinco golpes que mancillan ese culo fresco y de color de rosa de tal forma que ya no se veía ni una sola parte que no estuviese cubierta de cardenales. Entonces, llama a las otras tres mujeres una detrás de otra, hace que cada una de ella le meta la lengua en la boca, ordenándolas, a medida que se hace besar, que le manoseen con fuerza las nalgas, que le exciten el agujero del culo y que llenen de elogios la operación que ella hace, sobre todo denunciándola algunas nuevas faltas de .a delincuente. Yo pasé después de las tres muchachas y la besé de la misma manera, socratizándola, aprobando el suplicio que ella imponía a la víctima y alimentando su rabia lúbrica con una sarta de calumnias sobre esta infortunada. Cuando la besé, quiso que le llenase la boca de saliva, y se la tragó; volviendo a continuación a la obra, aplicó, en esta segunda sesión, el doble de golpes que había propinado en la otra; después, en seguida, una tercera sesión, que elevó a ciento cincuenta el número de golpes recibidos. El culo de la muchacha más joven estaba cubierto de sangre; ordena a las otras tres mujeres que laman esa sangre y que se la entreguen en la boca; y en cuanto a mí, me besó, devolviéndome toda la sangre que ella había recibido.

-Juliette -me dice-, la fiebre del delirio se apodera de mis sentidos; te prevengo de que tus otras tres zorras van a ser azotadas con más fuerza.

Lame a la pequeña, y se hace pasar ligeramente la lengua por el coño y el culo.

-Vamos -dice a la segunda, designando a la que seguía en edad-, ¡vamos, avanza, puta!

Esta, aterrorizada por lo que acababa de hacer a su compañera, se echa hacia atrás en lugar de obedecer. Pero Clairwil, que no estaba de humor para concederle la gracia, la atrae con fuerza hacia ella con un brazo y la abofetea un montón de veces. La joven se echa a llorar.

- ¡Bien! -dice Clairwil-, eso es lo que me gusta.

Y como esta encantadora criatura, de dieciséis años, tenía ya el pecho bastante hermosamente formado, se lo apretó hasta el punto de hacerla gritar; después, besándola en seguida, la mordió hasta dejarle marcas. -Vamos -le dice, jurando-, veamos vuestro culo.

Y como le pareció delicioso, no pudo dejar de decir, antes de golpearlas:

-¡Ah!, ¡qué hermosas nalgas!

La misma superioridad que las concedía la obligó a nuevos homenajes: se curva, besa el sublime trasero y acaricia el agujero, le da la vuelta, hace otro tanto con el clítoris y vuelve prontamente al culo. Pero no son bofetadas lo que aplica esta vez, son enérgicos puñetazos lo que distribuye y extiende desde las piernas hasta los hombros, de tal forma que en un momento vuelve negras las partes tan blancas de este hermoso cuerpo.

-¡Santo Dios! -exclama-, ¡me excito!, esta zorrilla tiene uno de los culos más hermosos que yo haya visto en mi vida.

Coge las varas y se pone a fustigar extraordinariamente; pero, al cabo de algunos golpes, utiliza con esta un episodio que no había empleado con la otra: con la mano izquier-

da, con la que le enlaza el cuerpo, separa las nalgas de la paciente, para que los golpes que le da con la mano derecha caigan sobre las partes más sensibles del agujero del culo y las carnes delicadas que lo rodean; así, toda esa parte está bien pronto ensangrentada. En este punto, quiso que los besos que se le daban en la boca y las caricias de su trasero tuviesen lugar durante toda la operación. Las otras tres muchachas y yo cumplimos esto; sin embargo, sólo conmigo observó el rito de tragar y hacerme tragar saliva. La tercera muchacha fue tratada como la primera, y la cuarta como la segunda; todas fueron desgarradas sin piedad, todas fueron cubiertas de sangre. Saliendo de esto como una bacante, y más hermosa que Venus, Clairwil hizo que las cuatro muchachas se colocasen en fila una junto a otra, a fin de comparar el conjunto de sus culos y verificar si todos estaban igualmente lacerados. Al encontrar uno mejor tratado, volvió a coger las vergas y le aplicó cincuenta nuevos golpes que pronto lo pusieron en un estado tan deplorable como el de sus vecinos.

-Juliette me dice-, ¿quieres que te zurre a ti también?

-Claro -respondí-, ¿cómo puedes sospechar que no desee con tanto ardor como tú lo que parece aumentar la suma de tus voluptuosidades? Azota, aquí está mi culo, este es mi cuerpo, aquí está toda mi persona a tus órdenes.

-Y bien -me dice-, súbete a los hombros de la más joven de esas muchachas, y, mientras yo te azoto, que las otras tres observen lo que voy a prescribir. Apoderaos de varas, que empeece la menos fuerte; a continuación, las otras das; vos, de quien voy a recibir los primeros latigazos, escuchad con atención lo que tenéis que hacer: os arrodillaréis ante mi culo, lo elogiaréis, lo besaréis, separaréis mis nalgas, deslizaréis vuestra lengua muy dentro del agujero, pasando por debajo uno de vuestros dedos, que irá a parar al clítoris; os volveréis a levantar y, llenándome de insultos y amenazas, me aplicaréis todo seguido, y sin parar, doscientos golpes sobre el trasero, aumentando constantemente su fuerza; vosotros, las que debéis seguir, me habéis oído, imitaréis a vuestra compañera; empecemos.

Clairwil atormentaba, con pellizcos y arañazos, el culo de la pequeña, sobre cuyos hombros estaba yo, y al mismo tiempo me zurraba de la forma más enérgica. Por otra parte, ejecutaban a las mil maravillas lo que ella había aconsejado; y la puta, que quería hacer uso de todo, besaba alternativamente las bocas de aquellas que no la azotaban. A medida que mi culo recibía las impresiones de sus varas, la feroz criatura besaba y lamía las marcas con avidez: en cuanto recibió el número de golpes que ella misma había fijado, cambió de postura.

La muchacha de dieciocho años se puso de rodillas ante ellas; Clairwil le apoyó el coño sobre el rostro, frotando con todas sus fuerzas los labios de su vagina y su clítoris sobre la nariz, la boca y los ojos de la muchacha, a la que recomendó que la lamiese. Una muchacha apostada a la derecha, y otra a la izquierda, zurraban enérgicamente a mi amiga, que, con un puñado de varasen cada mano, se vengaba sobre los dos culos de los golpes que ella recibía; a caballo sobre la cabeza de la que le lamía el coño, le presentaba el mío para que lo chupase; en este momento la puta descargó, pero con gritos, blasfemias y convulsiones que caracterizaban uno de los delirios más lúbricos y más lujuriosos que yo había observado en mis días; el bonito rostro contra el que había luchado la bribona estaba inundado de flujo.

_ -¡Vamos, santo Dios!, hagamos otra cosa -exclamó, sin darse tiempo a respirar-, nunca descanso cuando mi esperma está corriendo; ¡trabajadme, putas!, ¡sacudidme, azotadme, excitadme de la forma más fuerte!

La muchacha de dieciocho años se tumba sobre la otomana, yo me siento sobre su rostro, Clairwil acampa sobre el mío; yo le devolvía cuanto a mí me chupaban elevada por encima de mí, la más joven de las muchachas hacía besar sus nalgas a Clairwil, a quien otra daba por el culo con un consolador; la más delgada de las cuatro, inclinada, excitaba con sus dedos el clítoris de Clairwil, casi encima de mi boca, y presentaba, al mismo tiempo, su coño a las mismas poluciones ejercidas por la mano de mi amiga. De esta manera, nuestra libertina lamía un culo con su lengua, era acariada, sodomizada, y excitada en el clítoris.

-Juliette -me dice al cabo de unos minutos-, ya te dije que sólo me excitaba con imaginación; una de las cosas que más calienta la mía es oír jurar mucho alrededor de mí: tus putas no dicen una palabra.

Esto era harto difícil; estas muchachas, elegidas de la clase de la mejor burguesía, y habiendo sido libertinas únicamente conmigo, conocían mal el lenguaje que podía convenir a Clairwil. Hicieron lo que pudieron; pero yo me vi obligada a suplirlas y a sostener, casi yo sola, las caústicas injurias que se complacía en oír dirigir al Ser supremo; en la existencia del cual la zorra no creía más que yo. En consecuencia, la que le excitaba el clítoris me había sustituido en acariciarla; y yo la excitaba blasfemando contra los tres despreciables dioses del cristianismo como nunca lo habían sido en su vida. La bribona se movía mucho, pero no, llegaba a nada, una vez más había que cambiar de posturas y de episodios. Nunca había visto -grada tan hermoso ni tan animado como esta mujer cuando-salió de esta escena: si se hubiese querido pintar a la diosa misma de la lubricidad, hubiese sido imposible buscar otro modelo. Me salta al cuello, me lengüetea durante un cuarto de hora, me enseña su culo: parecía escarlata y contrastaba agradablemente con la resplandeciente blancura de su piel.

-¡Ah!, sagrado Dios en el que me jodo -me dice exaltada-, ¡cómo me excito! ¡Juliette!, ¡y qué no emprendería yo en el estado en que estoy! No hay ningún tipo de crimen, de cualquier naturaleza, de cualquier violencia que quieras suponer, que no ejecutase en este mismo instante. ¡Oh!, mi amor..., ¡oh!, mi puta..., ¡oh!, mi querida bribona..., ¡oh!, tú a la que amo infinitamente y en cuyos brazos quiero perder mi flujo, convén conmigo en que no hay nada que lleve a los horrores; como la tranquilidad, la impunidad, las riquezas y la salud de que gozamos: así pues, dame la idea de algún crimen... que yo lo ejecute ante tus ojos; hagamos algo infame, te lo suplico...

Y como me di cuenta de que la más joven de las muchachas la excitaba, y que ella le chupaba en exceso, alternativamente la boca, el culo y el coño, le pregunté en voz baja si quería maltratarla.

-No -me dice-, eso no me satisfaría; yo azoto, zurro voluntariamente un momento a las mujeres, pero por la disolución total de la materia, tú me entiendes... necesitaría un hombre, son los únicos que me excitan a la crueldad; me gusta vengar a mi sexo de los horrores que le han hecho sentir, cuando los criminales se encuentran más fuertes. No podrías creer con qué delicia asesinaría a un hombre en este momento. ¡Oh Dios!, ¡cuántos tormentos le haría soportar!; ¡por qué oscuros y tenebrosos caminos lo conduciría a la muer-

te!... Vamos, veo que al no haber llegado tu imaginación a este punto, no puedes ofrecerme nada de este tipo; en ese caso, acabemos la escena, con algunas suciedades libidinosas ya que no podemos con crímenes.

Las suciedades, ejecutadas con toda la precisión y todos los episodios deseados, la agotan por fin; se precipita a un baño de rosas; la asean, la perfuman, la visten con el más indecente vestido, y comemos.

Clairwil, tan caprichosa en los excesos de la mesa como en los del lecho, tan intemperante, tan extraña en unos como en otros, sólo se alimentaba de aves y de caza siempre deshuesadas, y siempre dispuestas bajo las formas más variadas y mejor disimuladas. No hacía ningún uso de los alimentos populares: era preciso que todo lo que se la sirviese fuese refinado; su bebida corriente era agua azucarada y helada en todas las estaciones, a la que echaba, por color, veinte gotas de esencia de limón y dos cucharadas de agua de azahar; nunca bebía vino, pero sí mucho licor y café; por otra parte, comía en exceso, no hubo un solo plato que no atacase, de los cincuenta que le fueron servidos. Prevenida de antemano de sus gustos, todo se dispuso según sus deseos, y es increíble lo que engulló. Esta mujer encantadora, cuya costumbre era que los demás adoptasen sus gustos en la medida que podían, los preconizó de tal forma que me hizo seguir su régimen, pero no su abstinencia de vino; yo siempre he hecho un gran uso de él, y verdaderamente me gustará toda mi vida.

Mientras comíamos, confesé a Clairwil que estaba confundida con su libertinaje.

-No has visto nada -me dice-, sólo te he dado un ligero esbozo de mis excesos lujuriosos: quiero que hagamos juntas cosas mucho más extraordinarias; te haré entrar en una sociedad de la que soy miembro, y donde se realizan obscenidades de otra clase muy diferente; allí, cada esposo debe llevar a su mujer, cada hermano a su hermana, cada padre a su hija, cada soltero a una amiga, cada amante a su querida; y, reunidos en un gran salón, cada uno goza de lo que más le gusta, no teniendo más reglas que su deseo, más frenos que su imaginación; cuanto más se multiplican los extravíos, más dignos de elogios somos, y más premios fundados se distribuyen entre los que se han distinguido por las mayores infamias, o entre los que han inventado nuevas formas de saborear el placer.

-¡Oh!. mi querida amiga -exclamé, echándome en los brazos de Clairwil-, ¡hasta qué punto encienden mi cabeza esos detalles y cómo ardo en deseos de ser de los vuestros!

-Sí, pero ¿serás digna de ser admitida? Las pruebas exigidas por los que reciben son terribles.

-¿Acaso puedes dudar de mí? y, de cualquier tipo que sean esas iniciaciones, ¿se podrá temer verme dudar, después de todo lo que he hecho en las reuniones de Saint-Fond y de Noirceuil?

-¡Pues bien!, serás recibida, te lo prometo. Después, volviendo con entusiasmo:

-¡Oh Juliette!, como siempre es al disgusto, a la impaciencia, a la desesperación de no haber encontrado ni relaciones, ni semejanzas con el objeto al que la costumbre nos liga, a lo que se deben todas las desgracias del himeneo; haría falta, para remediarlo, para contrarrestar la terrible obligación que liga eternamente a dos objetos que no se convienen, haría falta, digo, que todos los hombres formasen entre ellos club parecidos. Allí, cientos

de maridos, de padres, en unión con sus mujeres o de sus hijas, se procuran todo lo que les falta. Al dar a mi esposo a Climène, le cedo todos los atractivos que le faltan al suyo, y encuentro en el que ella me abandona, todos los encantos que no podía ofrecerme el mío. Los cambios se multiplican y, en una sola noche, como puedes ver, una mujer goza de cien hombres, un hombre de cien mujeres; allí, se desarrollan los caracteres, se estudian, se conocen; profesamos la más entera libertad de gustos; el hombre que desprecia a las mujeres no goza más que de sus semejantes; la mujer que sólo ama a su sexo se entrega igualmente a sus fantasías; no hay ninguna obligación, ningún pudor... El único deseo de extender sus goces hace que se pongan en común todas sus riquezas. Desde ese momento, el interés general sostiene el pacto, y el interés individual se encuentra unido al interés general, lo que hace indisolubles los lazos de la sociedad: hace quince años que dura la nuestra, y no he visto un sólo enredo, ni un sólo impulso de mal humor. Arreglos semejantes destruyen los celos, absorben para siempre el temor de los cuernos, (dos venenos crueles de la vida) y, por eso mismo, deben merecer la preferencia sobre esas sociedades monótonas donde dos esposos, languideciendo toda su vida uno enfrente del otro, están destinados o al aburrimiento perpetuo de no gustarse, o a la desesperación de no conseguir disolver sus lazos más que con la deshonra de ambos. ¡Que nuestros ejemplos puedan persuadir a todos los hombres a imitarnos! Estoy de acuerdo en que hay que combatir algunos prejuicios; pero cuando estas sociedades están basadas, como la nuestra, en la filosofía, el prejuicio desaparece pronto. Yo fui admitida en ella el primer año de mi matrimonio; apenas tenía dieciséis años. ¡Pues bien!, cuando comencé, te confieso que enrojecía ante la obligación de prestarme desnuda a las fantasías de todos esos hombres,- a los caprichos de todas esas mujeres, de las que puedes creer que pronto me rodearon por mi edad y mi rostro... pero fue cuestión de tres días. El ejemplo me sedujo, y apenas si había visto a mis lascivas compañeras disputarse el honor de la elección y la invención de las lubricidades, apenas si las había visto revolcarse cínicamente en la indecencia y en la infamia, cuando ya las superaba a todas tanto en la teoría como en la práctica.

La descripción de esta deliciosa asociación me hizo tanto efecto, que no quise dejar a Clairwil sin que antes me hubiese jurado que me haría admitir en su club. El juramento fue sellado con el flujo que derramamos juntas una vez más, haciéndonos iluminar por tres altos lacayos, ante los cuales Clairwil pretendió que teníamos que excitarnos sin permitirles ni un solo deseo.

-Así es -me dice-, como se acostumbra uno al cinismo, y así es como tú debes ser para que seas digna de nuestra sociedad.

Nos separamos encantadas la una de la otra, y prometiéndonos que nos volveríamos a ver lo más pronto 'posible.

Noirceuil se apresuró a pedirme noticias de mi relación con Mme. de Clairwil; mis elogios le probaron mi gratitud. Quiso detalles; se los di; y, como Clairwil me censuró el que no tuviese en mi casa mayor número de mujeres, al día siguiente aumenté ese número en ocho, lo que me compuso un serrallo con las doce criaturas más bellas de París; me las cambiaban todos los meses.

Pregunté a Noirceuil si iba a la sociedad de mi amiga. -Mientras los hombres tenían la preponderancia -me respondió-, yo era de una exactitud escrupulosa; he renunciado a ella desde que todo está en manos de un sexo cuya autoridad no me gusta. Saint-Fond ha se-

guido mi ejemplo. No importa -añadió Noirceuil-, si esas orgías te divierten, puedes seguir las con Clairwil: hay que probar todo lo que es vicio; no conozco nada tan aburrido como la virtud. Allí serás perfectamente excitada, deliciosamente fornicada; se te alimentará con excelentes principios; así pues, te aconsejo que consigas que te admitan en seguida.

A continuación me preguntó si mi nueva amiga había entrado en detalles sobre sus aventuras.

-No, digo.

-Por muy filósofa que tú seas -respondió Noirceuil-, te habría escandalizado con toda seguridad. Es un verdadero modelo de lujuria, de crueldad, de libertinaje y de ateísmo; no hay ningún horror, ninguna execración con la que no se haya mancillado; su crédito y sus grandes riquezas la han salvado siempre del cadalso, pero lo ha merecido veinte veces; en una palabra, podrían contarse sus crímenes por sus acciones diarias, y el número de suplicios que ha merecido se evaluaría por el de los días de su existencia. Saint-Fond la quiere mucho; sin embargo sé que te prefiere a ti por más de una razón: por lo tanto, Juliette, sigue mereciendo la confianza de un hombre que tiene en sus manos la felicidad y la desgracia de tu vida.

Convencía Noirceuil de los esfuerzos que hacía constantemente para ello. Venía a recogerme para que fuese a comer a su casita, donde pasamos la noche con otras dos bonitas personas; allí hicimos todas las extravagancias que se le ocurrieron a este profeso en lubricidad. Fue algún tiempo después de esto, cuando calentada por todo lo que veía, por todo lo que oía, se me hizo imposible resistirme a la gran necesidad que tenía de cometer un crimen por mi propia cuenta; por otra parte, era muy fácil ver si podía realmente fiarme de la impunidad que se me había prometido. Por lo tanto, me decidí a horrores dignos de las lecciones que yo recibía cada día. Queriendo probar a la vez mi valor y mi ferocidad, me visto de hombre y, con dos pistolas en mis bolsillos, me voy sola a esperar en una calle alejada al primer transeúnte que caiga en mis manos, con la única intención de robarlo y degollarlo para mi placer. Apoyada contra la pared, estaba en una especie de turbación causada por las grandes pasiones, cuyo choque sobre nuestros espíritus animales es necesariamente el principio de la primera voluptuosidad del crimen. Escuchaba... Cada ruido alimentaba mi esperanza. Al más mínimo movimiento imaginaba ver por fin a mi víctima, cuando se oyeron lamentaciones... Vuelo hacia el ruido; distingo quejas; me acerco: una pobre mujer, acostada delante de una puerta, lanzaba los gemidos que acababan de golpear mi oído.

-¿Quién sois? -digo, acercándome por completo a esta criatura.

-La más infortunada de las mujeres -me respondió llorando esta desgraciada, que no me pareció tener más de treinta años; y si vos me traéis la muerte, me haréis un gran favor.

-Pero ¿de qué tipo son vuestros reveses?

-Sin duda terribles -respondió esta mujer, levantándose lo suficiente para dejarme ver, a la débil luz de los faroles, unos rasgos muy dulces e interesantes-, sí..., sí, son terribles, mis reveses. Hace ocho días que no tenemos trabajo; no hemos podido pagar el mínimo precio de la habitación que ocupábamos en esta casa, ni el mes de nodriza de nuestro hijo... Han llevado a esta miserable criatura al hospital y han metido en la cárcel a mi

marido; sólo la huida me ha preservado de la rabia de los monstruos que nos trataban con tanto rigor; me veis tendida en el umbral de la puerta de una casa que me perteneció en otro tiempo: no siempre he sido desgraciada. Situada con más comodidad, ¡ay de mí!, aliviaba a los pobres: ¿me devolveréis lo que hice por ellos?

Con estas palabras, un fuego sutil se desliza por mis venas... ¡Oh!, santo Dios -me digo-, ¡qué ocasión para un crimen detestable, y cómo excita mis sentidos!

-Levántate -digo a esta mujer-, ves que soy un hombre, quiero divertirme con tu cuerpo.

- ¡Oh!, señor, ¿estoy en condiciones de excitar deseos en el seno de las lágrimas y el infortunio?

-Es lo que inflama los míos; por lo tanto, date prisa en obedecerme.

Y, agarrándola por un brazo, la obligo a prestarse a las manipulaciones que quiero hacer con ella. No hay duda de lo que encontré bajo sus faldones: unas carnes muy firmes, muy blancas y muy rellenas...

-Excítame -le digo--, llevándole la mano sobre mi coño, soy una mujer, pero una mujer que está loca por su sexo y quiere masturbarse contigo.

-¡Oh cielos!, dejadme..., dejadme. Todos vuestros horrores me hacen temblar: soy buena, aunque en el infortunio, no me humilléis hasta ese punto.

Quiere escapar, la agarro del pelo y le disparo con mi pistola en la sien:

-Ve, bribona -le digo-... ve a decir a los infiernos que éste es el primer golpe de Juliette.

Cae ahogada en su sangre... y lo confieso, amigos míos, sí, debo informaros de los efectos que experimenté: la inflamación del fluido nervioso fue tal con esta acción, que me sentí inundada de flujo mientras la cometía. ¡Y estos son los resultados del crimen! -me digo-. ¡Cuánta razón tenían en pintármelo delicioso! ¡Dios!, ¡cuál es su dominio sobre una cabeza como la mía y hasta qué punto sirve al placer!

Algunas ventanas que se abrieron al ruido de mi arma me hacen pensar en mi seguridad; por todas partes oigo gritar: ¡A los guardias!... Apenas era medianoche; soy detenida, encuentran mis pistolas, no hay duda, me preguntan quién soy.

-Os lo diré en la casa del ministro -respondí descaradamente-: que me llevan al hotel de Saint-Fond.

El sargento, asombrado de mi aire, no se atreve a oponerse a este ruego; me atan..., me agarrotan..., y gozo una vez más; son deliciosos los hierros del crimen que gusta, uno se excita al llevarlos. Saint-Fond no estaba acostado; le informan, soy introducida; Saint-Fond me reconoce.

-Basta -dice al sargento-, hubieseis sido colgado si no hubieseis traído a esta dama a mi casa; volved a vuestras funciones, señor, habéis cumplido con vuestro deber. Lo que acaba de suceder es un misterio en el que no debéis entrar.

A solas con mi amante, le informé de todo; le hice excitarse; me preguntó si había podido juzgar las contorsiones de esta mujer en el suelo.

-No tuve tiempo -respondí.

-¡Ah!, eso es lo que tienen de desagradable esas acciones: que no se goza de la víctima.

-Sí, monseñor, pero un crimen de calle...

-Sí, lo sé, el escándalo... la calle... el camino principal... las leyes castigan todo eso más severamente; y eso compensa... y después el estado de esa mujer, su miseria... Tenías que haberla llevado a tu casa, nos habríamos divertido con todo eso... ¿Qué nombre ha dicho el sargento que se ha encontrado sobre el cadáver?

-Simon, monseñor, lo recuerdo.

-¿Simon?... Hace cuatro o cinco días que pasó por mis manos ese asunto... Lo recuerdo, soy yo quien ha hecho encerrar a ese Simon y llevar al niño al hospital... ¡Cómo!, pero esa mujer es muy buena y muy bonita. La reservaba para tus ayudantes: la infortunada no te ha engañado, esas gentes han estado en muy buena posición, una bancarrota los ha arruinado. ¡Ah!, Juliette, no has hecho más que rematar mi crimen y la aventura es deliciosa.

Ya os he dicho que Saint-Fond se excitaba; mi disfraz masculino perfeccionaba su delirio. Me llevó al cuarto donde me había visto la primera vez que me había presentado en su casa. Un ayuda de cámara apareció, y Saint-Fond, desabotonando mis pantalones con una especie de goce, hizo primero que su ayuda me sobase mis nalgas; él le excitaba el miembro cerca del agujero, después, introduciéndose pronto en ese agujero al que parecía querer hacer los honores, el disoluto me sodomizó, obligándome a chupar el miembro de su hombre, hasta que estuviese tieso para introducirlo en su culo. Una vez acabada la operación, Saint-Fond me dice que había descargado mejor desde que sabía que el culo que acababa de joder había merecido la horca.

-El que me fornicaba y al que te he hecho chupar está en la misma situación -me dice el ministro-, es un decidido criminal: ya lo he salvado seis veces de la rueda. ¿Has visto cómo me ha jodido, y el hermoso miembro de que está provisto? Toma, Juliette, esta es la suma que te prometí por los crímenes que cometieses tú sola. Un coche te espera, vuélvete a casa. Mañana, saldrás para esa tierra más allá de Sceaux que te compré el mes pasado; lleva poca gente a la casa de campo, cuatro de tus mujeres ordinarias... las más bonitas... tu cocina... tu servicio y las tres vírgenes de la próxima comida.

Estarás esperando mis órdenes, es todo lo que hoy puedo explicarte.

Salí, muy contenta del éxito de mi crimen... muy cosquilleada por el placer de haberlo cometido; y habiéndolo preparado todo para el día siguiente, fui a dormir donde me había ordenado el ministro.

Apenas estuve instalada en el campo, aislada de todas partes y solitaria como Theabides, cuando uno de los míos vino a advertirme de la llegada de un extraño con buena pinta, que pedía hablarme, anunciándose de parte del ministro. Me guardé muy bien de no hacerlo pasar al momento; abro sus despachos.

Que vuestros criados se apoderen en seguida del hombre que os entregará esto -me decía la carta-; que sea encerrado en los calabozos que hice construir en vuestra casa; me respondéis de esa persona con vuestra vida; lo seguirán su mujer y su hija. Las trataréis del mismo modo. Tratad de ejecutar mis órdenes con la puntualidad más escrupu-

losa; sobre todo, poned en esto toda la falsedad, toda la crueldad de que sé que sois capaz. Adiós.

-Señor -digo en seguida al portador de la carta, sin dejar leer en mi cara la más ligera alteración-, ¿sois sin duda amigo de monseñor?

-Hace mucho tiempo, señora, que colma a mi familia y a mí de bondades.

-Lo veo por su carta, señor... Permitid que vaya a dar a mis gentes las órdenes necesarias para recibiros como él parece desearlo.

Y salí después de haberlo invitado a que descansase. La gente que me servía, esclavos más que criados, se proveyeron en seguida de cuerdas y entran conmigo en la habitación.

-Llevad al señor -les digo- al cuarto que le destina monseñor.

Y los mozos, lanzándose al momento sobre este infortunado, lo arrastran ante mis ojos al más abominable calabozo.

-¡Oh!, señora, ¡qué traición!, ¡qué horror! -exclama esta desgraciada víctima de la falsedad de Saint-Fond y de la mía.

Pero firme, impasible a sus gemidos, llevo la obediencia ciega del ministro hasta el punto de encerrarlo yo misma, sin querer responder una sola palabra a todas las preguntas con que me llena.

Apenas estaba de vuelta en mi salón, cuando entró un coche en el patio. Eran la mujer y la hija de ese desgraciado, que me traen de buena fe, como él, cartas que contenían absolutamente las mismas órdenes. Saint-Fond -me digo, al ver a estas dos mujeres, admirando la belleza de la madre con apenas treinta años, las gracias y la gentileza de la hija que alcanza a lo más dieciséis años-, ¡ah!, Saint-Fond, ¿acaso no entra tu maldita y criminal lubricidad en esta ejecución ministerial? Y en este caso, como en todas las acciones de tu vida, ¿no tendrías como guía tus vicios más bien que los intereses de tu patria?

Difícilmente puedo deciros los gritos y las lágrimas de estas dos desgraciadas cuando se vieron arrastradas con ignominia a los calabozos que les estaban destinados igualmente; pero, tan insensible a las lágrimas de la madre y de la hija como lo había sido a las del padre, se tomaron con ellas las precauciones más severas, y no me sentí tranquila hasta que tuve en mis bolsillos todas las llaves de estos importantes prisioneros.

Reflexionaba sobre la suerte de esos individuos, no imaginando que se pudiese tratar de otra cosa más que de una detención, ya que las ejecuciones a muerte me competían a mí y no había sido advertida de nada, cuando me anuncian la llegada de un cuarto personaje. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer en éste al mismo hombre por el que recordáis que Saint-Fond me había hecho aplicar tres golpes de bastón sobre los hombros, la primera vez que me había presentado en su casa!; como traía una carta, la leí en seguida:

Recibid a ese hombre a las mil maravillas -me decía Saint-Fond-; tenéis que acordaros de él, habéis llevado sus marcas durante cierto tiempo, y fueron sus manos las que os sostuvieron a mis fuegos la primera vez que me divertí con vos en mi casa. Será el actor principal de la sangrienta escena que debe representarse mañana. En una palabra, es el verdugo de Nantes, hecho venir por mis órdenes para la ejecución de las tres personas

que ahora están bajo vuestras llaves. Obligado a llevar pasado mañana esas tres cabezas a la reina, so pena de perder mi puesto, comprenderéis que me habría encargado yo solo de la ejecución, si Su Majestad no hubiese expresado el deseo más ardiente de recibirlas de la mano misma de un verdugo. A causa de esto no hemos querido el de París; este ignora el motivo que lo lleva a vuestra casa. Ahora podéis informarle, pero no le hagáis ver las víctimas: esta cláusula es esencial. Llegaré mañana por la mañana sin falta. Tratad a vuestros prisioneros, sobre todo a las mujeres, con el más absoluto rigor; que no tengan pan... ni agua, y nada de luz.

-Señor -digo a este personaje-, el ministro tiene razón al decir en su carta que nos conocemos... Me tratasteis un día de una manera...

- ¡Oh!, señora, perdonad, las órdenes...

-No os guardo rencor -interrumpí, tendiéndole una mano que besa con ardor...-, pero es hora de cenar; vamos a la mesa, hablaremos después.

Delcour era un hombre de veintiocho años, con un rostro muy bonito, y cuyo aspecto y oficio pronto calentaron mi cabeza. Las atenciones que le demostré eran obra de mi corazón; después de la cena, le hice las más bellas coqueterías. Delcour me convenció en seguida del éxito de mis avances. Su estrecho pantalón se hinchaba asombrosamente, no pude soportarlo...

-¡Santo Dios! -le digo-, amor mío, veamos lo que posees ahí. Ese soberbio miembro calienta mi cabeza, tu profesión acaba por inflamarla; quiero que me forniques.

Después, una vez sacado al aire ese soberbio instrumento, el primer uso que hago de él, según mi costumbre con todos los hombres, es chuparlo hasta los cojones; pero apenas si puedo contenerlo en mi boca. En cuanto está en ella, Delcour se apodera de mi coño, lo acaricia, y, en dos segundos, nos salimos ambos. Este hermoso joven, viéndome tragar su semen, se lanza ardientemente sobre mí.

-¡Ah, santo Dios! -dice-, la excesiva prontitud me ha perdido; pero voy a reparar mi falta.

Al bribón no se le había bajado; me tira sobre una poltrona, imprime sus labios en los míos, todavía mojados en su esperma, y me encoña con una fuerza muy rara cuando la perla está todavía en la punta: nunca había sido tan bien fornicada. Delcour me trabajó durante tres cuartos de hora; se retiró, por prudencia, cuando se sintió a punto de descargar; y yo, haciendo correr por segunda vez en mi boca el semen espeso que sólo se debía a mi coño, tragué pronto esta segunda dosis con el mismo placer que la primera.

-Delcour -digo en cuanto volví un poco en mí-, puedo razonar mi extravagancia, pues sin duda estáis sorprendido de la rapidez con que os he recibido. Una conducta tan ligera, avances tan rápidos harán que me toméis por una gran puta; sin embargo, por mucho que desprecie lo que los estúpidos llaman reputación, no quiero dejaros ignorar que más que a mi coquetería, más que a mi físico, es a mi cabeza a quien debéis esta buena fortuna. Sois un criminal... un verdugo... muy guapo además, que excita a las mil maravillas... ¡Y bien!, os lo digo... sí, vuestra profesión, eso es lo que me ha lanzado a vuestros brazos; despreciadme, detestadme, me río de eso: me habéis fornicado, es todo lo que yo deseaba.

-Angel celeste -me respondió Delcour-, no, no os despreciaré; mucho menos os odiaré; no estáis hecha vos ni para uno ni para otro de estos sentimientos. Os adoraré, porque merecéis serlo, y sólo lamentaré no deber vuestro delirio más que a lo que me vale el desprecio de los otros.

-Qué importa -digo-, todo eso depende de la opinión: veis cómo es varia, ya que os prefiero precisamente a causa de lo que os separa del resto de los hombres. Sin embargo, no toméis esto por una cuestión de libertinaje: el afecto que tengo por el ministro, la forma en que vivo con él, no me permiten ninguna intriga, y ciertamente no la tramaré nunca. Sacaremos de la velada y de la noche todo el partido posible, y nos quedaremos en eso.

-¡Ah!, señora -me dice entonces este joven con el mayor respeto-, sólo os pido vuestra protección y vuestras bondades.

Siempre tendréis lo uno y las otras; pero es preciso que os prestéis hasta el final a todo el desorden de mi imaginación; y os prevengo de que con vos, únicamente a causa del prejuicio vencido, irá quizás un poco lejos.

Y como Delcour, después de un momento, se había puesto a manosear mi pecho con una mano, excitándome el clítoris con la otra, y de vez en cuando metiendo su lengua en mi boca, lo exhorté a ser bueno y a responder con la verdad a las preguntas que iba a hacerle.

-En primer lugar, dime por qué razón Saint-Fond, cuando yo os vi por primera vez, tuvo la extraña fantasía de hacerme golpear por vos sobre los hombros.

-Asunto de libertinaje, señora, excitación de la cabeza: conocéis al ministro.

-Así pues, ¿os utiliza en esas escenas de lujuria?

-Siempre que estoy en París.

-¿Os ha fornicado?

-Sí, señora.

-Y vos ¿se lo habéis devuelto?

-Claro.

-¿Lo habéis golpeado, azotado?

-A menudo.

- ¡Ah joder!, ¡cómo me excita eso!... Menéalo... menéalo... ¿Y os ha hecho pegar o azotar a otras mujeres?

-Varias veces.

-¿Habéis llevado las cosas más lejos?

-Permitidme, señora, que respete los secretos del ministro; conociéndole tan bien como vos, es fácil adivinar todo.

-¿Le habéis oído alguna vez proyectos contra mí?

-¡Oh!, ¡nunca, señora!, en él sólo he visto por vos la confianza y el cariño; os aseguro que os quiere mucho.

-Yo le correspondo... lo adoro, espero que esté convencido. Hablemos de otras cosas, ya que queréis que respete vuestros secretos. Decidme, os lo ruego, cómo es posible atentar contra la vida de un individuo que nunca os ha hecho nada; cómo la piedad no habla desde el fondo de vuestra alma en favor del desgraciado que la ley os encarga asesinar a sangre fría.

-Estad totalmente segura, señora -me respondió Delcour-, de que ninguno de nosotros llega a ese grado de ferocidad reflexionada, sin principios quizás desconocidos para el resto de los hombres.

-¿Principios?, y bien, eso es lo que quiero saber: ¿cuáles son?

-Tienen su fuente en la más completa inhumanidad; se nos acostumbra desde la infancia a tomar la vida de los hombres por nada y la ley por todo; de aquí resulta que degollamos a nuestros semejantes con la misma facilidad que un carnicero mata a un ternero, y sin hacer más reflexiones.

-Pero lo que justificáis para la ejecución de la ley, ¿lo justificaríais igualmente para la satisfacción de vuestras inclinaciones?

-Por supuesto, señora, desde el momento en que el prejuicio ya no existe en nosotros y que no vemos ningún mal en el asesinato.

-¿Cómo se puede no suponerlo en la destrucción de sus semejantes?

-Yo os preguntaría a mi vez, señora, cómo es posible sospecharlo en esta acción. Si una de las primeras leyes de la naturaleza no fuese la destrucción de todos los seres, seguramente yo creería que se ultraja a esta naturaleza ininteligible realizando esta destrucción; pero desde el momento en que no existe un solo procedimiento de la naturaleza que no nos pruebe que la destrucción le es necesaria y que ella sólo puede crear a fuerza de destruir, con toda seguridad todo ser que se entregue a la destrucción no hará más que imitar a la naturaleza. Digo más: aquel que se niegue a ello la ofenderá gravemente; y si, como no es posible dudarlo, sólo le proporcionamos medios de crear destruyendo, seguramente cuanto más destruyamos más serviremos a sus intenciones. Si el asesinato es la base de las leyes regeneradoras de la naturaleza, el hombre que mejor sirva a la naturaleza será el homicida, y, desde ese momento, cuanto más multiplique sus asesinatos, mejor cumplirá las leyes de una naturaleza cuyas únicas necesidades son los asesinatos (9).

(9) Todo esto no es más que un mínimo informe de lo que el lector encontrará sobre este importante tema en los volúmenes siguientes.

-Esos son sistemas muy peligrosos.

-Son ciertos, señora... si alguna vez os los exponen mejor que yo, veréis que siempre se partirá de la misma base.

-Amigo mío -digo a Delcour-, me habéis dicho ya suficiente para hacerme reflexionar mucho; una sola idea lanzada en una cabeza como la mía produce en ella el efecto de la chispa sobre el salitre; tengo grandes disposiciones para pensar como vos. Tenemos aquí a tres víctimas; estáis en este castillo únicamente para sacrificarlas: os aseguro que tendré un gran placer en veros actuar sobre ellas. Pero acabad, por favor, querido mío, de echar

sobre todo esto la mayor cantidad de luz que os sea posible derramar. ¿No es verdad que sólo con la ayuda del libertinaje llegáis a vencer la naturaleza, o más bien, el prejuicio?

-¿Qué queréis decir, señora?

-Os pregunto si no es cierto, como yo he oído decir, que sólo llenándoos la cabeza de libertinaje llegáis a aturdirlos sobre los asesinatos que vuestro oficio os obliga a cometer: en una palabra, si no es verdad que os excitáis siempre en las ejecuciones.

-Es cierto, señora, que el libertinaje lleva al asesinato; es una constante que un individuo hastiado debe reencontrar sus fuerzas en esta manera de cometer lo que los estúpidos llaman un crimen: y esto porque, al doblar sobre sus nervios la suma de las conmociones producidas en un individuo cualquiera, debemos necesariamente encontrar las fuerzas que nos han hecho perder los excesos. El asesinato es realmente uno de los más deliciosos vehículos del libertinaje; pero no es verdad que haya que llenarse la cabeza de libertinaje para cometer el asesinato. La prueba de esto nos la da la extrema sangre fría con la que todos nuestros compañeros proceden a él... por el tipo de pasión, muy diferente de la del libertinaje, que actúa sobre aquellos que se entregan a esta misma acción, bien por ambición bien por venganza o avaricia, sobre aquellos que se entregan a él por el simple impulso de la crueldad, sin que ninguna otra pasión los impulse a ello, lo que debe establecer, como veis, varias clases de asesinatos, entre los cuales tiene la suya el libertinaje, sin que eso nos impida concluir que ninguna de estas clases de asesinatos ultraja a la naturaleza y que, de cualquier tipo que sean, entran en sus leyes más que la violan.

-Todo lo que decís es exacto, Delcour, pero no por eso dejo de sostener que sería deseable que, por el mismo interés de los- asesinatos, el que los comete no encendiese su furor más que en la llama de la lubricidad, porque esta pasión no deja nunca remordimientos y sus recuerdos son goces; en lugar de que, una vez extinguida la energía de los otros, se esté devorado por los remordimientos, sobre todo cuando los principios no están establecidos; y sería muy fácil no entregarse nunca a esta acción sin haberse excitado mediante el libertinaje. Me parece que se podría matar con la intención que se quiera, pero siempre excitándose, y esto para consolidar mejor la acción, para impedirse ser acuciado por el gran remordimiento que nunca alcanza al libertinaje... y que siempre es vengado por él.

-En ese caso --dice Delcour-, ¿creéis que todas las pasiones pueden acrecentarse o alimentarse con la de la lujuria?

-Ella es a las pasiones lo que el fluido nervioso es a la vida: las sostiene a todas, les presta fuerza a todas, y la prueba de eso es que un hombre *sin cojones* nunca tendría pasiones.

-Así, imagináis que se puede ser ambicioso, cruel, avaro, vengativo, con los mismos motivos que los de la lujuria.

-Sí, estoy convencida de que todas estas pasiones hacen excitar, y que una cabeza desierta y bien organizada puede calentarse con todas como lo haría con la lujuria. No os estoy diciendo nada que no haya experimentado; me he excitado y he descargado completamente con ideas de ambición, de crueldad, de avaricia y de venganza. No hay un sólo proyecto de crimen, cualquiera que sea la pasión que lo inspire, que no haya hecho circular por mis venas el fuego sutil de la lubricidad: la mentira, la impiedad, la calumnia,

la bribonería, la dureza de alma, la misma gula, han producido en mí esos efectos; y, en una palabra, no hay ninguna manera de ser viciosa que no haya encendido mi lujuria; y su llama, si lo preferís, que ha producido en mí el incendio de todos los vicios, echando sobre todos ese fuego divino que sólo le pertenece a ella; les ha comunicado a todos esa sensación voluptuosa que la gente mal organizada parece no esperar más que de su mano. Esta es mi opinión, con toda seguridad.

-Y es también la mía, señora -respondió Delcour-, no podría ocultárosla durante más tiempo.

-Cuánto os agradezco que seáis franco conmigo: vamos, querido, creo que ahora os conozco lo suficiente para estar segura de que necesitáis llenaros la cabeza de libertinaje cuando cometéis los asesinatos que se os ordenan, lo que hace que los ejecutéis con mucha más voluptuosidad que vuestros compañeros que sólo proceden a ellos maquinalmente.

- ¡Y bien!, señora, lo habéis adivinado.

-Criminal... -digo sonriendo y volviendo a coger el miembro de este joven encantador al que yo excitaba para darle un poco más de energía- ¡Oh insigne libertino!, es decir, que hoy te excitas para gozar de mi existencia, y mañana descargarías quitándomela...

Y viendo el embarazo del joven:

-Amigo mío -le digo-, está absolutamente en tus principios y debo perdonarte todo lo que resulte de ellos: divirtámonos con las consecuencias y no discutamos sobre ellas.

Y mi cabeza increíblemente encendida:

-Vamos -digo-, es preciso que me hagáis ahora cosas muy extraordinarias.

-¿Qué, por ejemplo?

Es preciso que me peguéis, que me ultrajéis, que me azotéis: ¿no hacéis estas cosas todos los días con muchachas?, ¿no son estas mismas voluptuosidades, con las que os mancháis, las que os electrizan hasta el punto de volveros capaz del resto?

-A menudo.

-Y bien, tendréis trabajo mañana; preparaos hoy: este es mi cuerpo, os lo entrego.

Y Delcour, siguiendo mis órdenes, habiéndome aplicado previamente una docena de bofetadas, y otras tantas patadas en el culo, se apoderó de un puñado de varas con las que me zurró las nalgas durante un cuarto de hora, mientras que una de mis mujeres me acariciaba.

-Delcour -digo-, ¡oh divino destructor de la especie humana! ¡Tú, al que adoro y del que voy a gozar, zorra á tu puta más fuerte, imprímele las marcas de tu mano, mira cómo ardo en deseos de llevarlas. Descargo con la idea de verter mi sangre bajo tus dedos, no la ahorres, amor mío!...

Corrió... ¡Oh amigos míos!, ¡cuán transportada me sentía! Ninguna expresión podría explicar el extravío producido en mí por esta acción: se necesita mi cabeza para concebirla, las vuestras para comprenderla. No es posible imaginarse la cantidad de flujo que

perdí en la boca de mi excitador. Estaba en un desorden... en una turbación... en una agitación, en la que no me había visto en mi vida...

-¡Oh Delcour! -proseguí-, te queda un último homenaje por rendirme, cuida tus fuerzas para proceder a él. Este culo, al que acabas de desgarrar, te llama; te invita a que lo consueles. Ya sabes que Venus tiene más de un templo en Citeres: ven a entreabrir el más secreto, ven a sodomizarme, Delcour, ven... que no haya un solo goce que no hayamos probado... ni un horror que no hayamos cometido.

-¡Ah!, santo Dios -dice Delcour transportado... no me atrevía a proponérselo, señora, pero ved cómo vuestros deseos inflaman los míos.

Y, en efecto, mi fornicador me mostraba un miembro más firme y más alargado de lo que había visto todavía...

-Amado libertino -le digo-, ¿entonces te gusta el culo?

- ¡Ah!, señora, ¿hay en el mundo goce más delicioso? -Sé perfectamente, querido -respondí, que cuando se acostumbra a enfrentarse a alguna de las leyes de la naturaleza, no se goza ya verdaderamente más que transgrediéndolas todas, una tras otra...

Y Delcour, en posesión del altar que yo le abandonaba por completo, lo cubrió, aunque sangraba, con las más deliciosas caricias. El cosquilleo de su lengua en el agujero me inflamó. La zorra a la que me había entregado me hacía otro tanto en el clítoris. No resistí más: yo estaba agotada, pero de ningún modo tranquilizada y ya no me apetecía Delcour: tanto como lo había deseado, me causaba horror. Este es el efecto de los deseos irregulares: cuanto más han exaltado nuestras cabezas, más vacías las dejan. Los estúpidos sacan de aquí las pruebas de la existencia de Dios: yo no encuentro en ello más que las pruebas más seguras del materialismo: cuanto más rebajéis nuestra existencia, menos obra la creeré de un Dios.

Delcour pasó a su apartamento, y yo me quedé con mi ramera para dormir. Saint-Fond llegó al día siguiente hacia mediodía; envió a su gente y su coche, y vino en seguida a besarme al salón; un poco inquieta por la forma en que tomaría la pequeña locura que me había permitido con Delcour, se lo confesé todo.

-Juliette -me dice-, os reñiría si no os hubiese prevenido de que tendría la mayor indulgencia para los extravíos de vuestra cabeza. Lo que os habéis permitido no es nada; la única falta que habéis cometido es confiaros a Delcour, que podría cometer una indiscreción. Delcour, a quien es bueno que conozcáis, me sirvió de amante, cuando tenía catorce y quince años. Era hijo del verdugo de Nantes; esta idea me inflamó; recogí su virginidad, y cuando estuve cansado de él, lo puse en manos del verdugo de París, de quien fue ayudante hasta la muerte de su padre; hoy ejerce su puesto; es un muchacho al que no le falta inteligencia, pero es excesivamente libertino; y, como acabo de deciros, no es de gran confianza. Ahora es preciso que os informe de la existencia de los prisioneros a los que vamos a dar muerte.

El Sr. de Cloris es uno de los hombres de Francia que más ha contribuido a mi carrera. El año que fui elevado al ministerio aunque todavía era muy joven, él se acostaba con la duquesa de G., cuyo poder en la corte era inmenso, y realmente fue por las cábalas y las intrigas de ambos por lo que el rey me dio el puesto que ocupo. Desde ese momento, Clo-

ris se convirtió para mí en un objeto horroroso; temía encontrarme con él, lo detestaba; mientras que su protectora vivió, lo traté con miramientos; ella acaba de morir... quizás por mis cuidados; a partir de entonces, Cloris está a la cabeza de mi lista de proscripción; se había casado con mi prima hermana.

¡Oh!, monseñor, ¡qué!, ¿esta mujer es vuestra prima?

-Claro, Juliette, y ese ha sido un motivo más que ha contribuido no poco a su perdición. Yo deseé a esta mujer; siempre se me resistió; poco a poco, mis deseos recayeron sobre su hija; y al ser la resistencia todavía más firme en ésta, mi rabia y mi gran deseo de perder a toda la familia se hicieron más violentos. No hay ningún tipo de engaños y de perfidias, de mentiras y calumnias que no haya utilizado para perderlos; acabé por hacer al padre y a la hija tan sospechosos ante la reina, convenciéndola de que Cloris había vendido su hija al rey, que he llegado a ser vivamente solicitado para perderlos a todos. La reina quiere sus cabezas mañana; tres millones por cada una de esas cabezas es mi recompensa: juzga la alegría con que voy a obedecer, y con qué episodios tan deliciosos voy a envolver mi venganza.

- ¡Oh monseñor!, esta complicación de crímenes es terrible, y no puedo decir hasta qué punto excita mi cabeza.

-La mía lo está igualmente, ángel mío, y llego hoy con execrables intenciones. Hace ocho días que no descargo; nadie posee como yo el arte de aguzar las propias pasiones con una hábil abstinencia; no por eso gozo menos: quizás he sido azotado con doscientos golpes, y durante este régimen he visto a cien o ciento cincuenta individuos de todo sexo, pero sin perder ni una gota de esperma. De este pequeño fraude a la naturaleza resulta que me encuentro en un estado muy funesto para los seres sobre los que debe recaer la tormenta, y aquí es donde quiero que estalle... ¿Habéis dado las órdenes para que estemos solos y para que, quienquiera que sea, excepto los que sean necesarios para la escena, nadie entre en la casa?

-Sí, monseñor.

-Es que haré que se pierda al momento a quien intente penetrar en ella a pesar mío: en Sceaux hay un destacamento de guardias para prestarme mano dura en caso de necesidad, y nunca el crimen habrá estado tan bien sostenido. Saborea como yo el placer de comerlo, rodeado de tan deliciosas circunstancias y de una seguridad tan profunda.

- ¡Ah!, veis el estado en que me pone todo lo que me decís.

-Realmente, creo que estás descargando.

Y el disoluto, para convencerse de una crisis que yo realmente experimentaba, me arremanga con una mano hasta el ombligo, introduciendo un dedo de la otra en mi coño, que retira inundado con las pruebas seguras de la lujuriosa agitación en la que estoy.

- ¡Cómo me gusta ver en ti semejantes efectos -me dice el ministro- y cómo me prueban hasta qué punto compartes mi forma de pensar! Espera, tengo que sorber el flujo que hago correr.

Y pegando su boca a mi coño, el villano lo chupa durante un cuarto de hora; me da la vuelta:

- ¡Ah! -dice-, aquí está lo que prefiero besar sobre todo... ¡El hermoso agujero!... bribona, veo que te han sodomizado.

Durante todo este tiempo no dejaba de besar mi culo; se quita los pantalones, me expone el suyo... lo acaricio.

-¡Ah!, zorra, ¡cuánto placer me das! -me dice-, realmente, creo que te gusta mi culo... Toma, mira mi miembro, comienza a tensarse, chúpalo; aconséjame algunas extravagancias, quiero mezclarlas en lo que hagamos: le corresponde a los cascabeles de la Locura dar las horas de Venus.

-Hace calor -le digo-, me gustaría que te vistieses como un salvaje, que los brazos, las piernas, las nalgas y el miembro estuviesen al descubierto; te pondrías en la cabeza un tocado de serpiente, tu rostro embadurnado de rojo, te pondríamos bigotes, un amplio tahalí sostendría todas las armas necesarias para los suplicios que quieres dar a tus víctimas; este traje aterrorizaría a todo el mundo, y es terror lo que debe inspirarse cuando uno quiere revolcarse en el crimen.

-Tienes razón, Juliette, sí, tienes razón, me arreglarás de esa manera.

-Está seguro de que este aparato impone: dime si esos saltimbanquis de jueces no se parecen a héroes de comedia o a charlatanes cuando están en sus tribunales.

-Me gustaría mil veces más terroríficos y sanguinarios: puedes estar segura, Juliette, de que sólo derramando la sangre de los hombres se llega a dominarlos.

Se sirvió la cena, nos sentamos a la mesa, a solas, y la conversación siguió en el mismo tono.

-Sí, ciertamente -retomó el ministro-, sería preciso que las leyes fuesen más severas; sólo están bien gobernados los países donde reina la Inquisición. Estos son los únicos que están realmente sometidos a sus soberanos; hay que estrechar las cadenas de la política a las sacerdotales: la fuerza del cetro depende de la del incensario; cada una de estas autoridades tiene el mayor interés en prestarse fuerzas mutuamente, y sólo dividiéndolas podrán los pueblos sacudirse el yugo. Nada somete más al pueblo que los temores religiosos; es bueno que éstos les hagan temer eternos suplicios si se rebelan contra el rey; y de ahí que las potencias de Europa vivan siempre en buen acuerdo con Roma. Nosotros, los grandes de la tierra, despreciamos y hacemos frente a esas ridículas fábulas del despreciable Vaticano, pero hagamos que las teman nuestros esclavos; una vez más, es el único medio de mantenerlos bajo el yugo. Alimentado con los principios de Maquiavelo, me gustaría que la distancia entre los reyes y los pueblos fuese como la del astro de los cielos con la hormiga; que sólo se necesitase un gesto del soberano para hacer correr la sangre alrededor de su trono, y que, considerado como un Dios en la tierra, nunca fuese más que de rodillas como se atreviesen sus súbditos a acercarse a 'él. ¿Cuál es el ser suficientemente imbécil para comparar el físico... sí, sólo el físico, de un monarca con el de un hombre del pueblo? Quiero creer que la naturaleza les ha dado las mismas necesidades; y el león también tiene las mismas necesidades que el gusano: ¿se parecen por eso? ¡Oh Juliette!, recuerda que si los reyes empiezan a perder su crédito en Europa, es porque su humanidad les ha perdido: si hubiesen permanecido en el misterio, como los soberanos de Asia, su solo nombre haría temblar todavía la tierra. Nos familiarizamos con laque-

vemos todos los días, y Tiberio de Cabrea debió de aterrar mucho más a los romanos que Tito en medio de Roma, yendo a consolar a los pobres.

-Pero ese despotismo que tanto os gusta -digo a Saint-Fond- porque sois poderoso, ¿creéis que gusta al más débil?

-Gusta a todo el mundo, Juliette -me respondió Saint-Fond-, todos los hombres tienden al despotismo; es el primer deseo que nos inspira la naturaleza, muy alejada de esa ridícula ley que se le achaca cuya letra es no hacer a los otros lo que no quieras que te hagan a ti... por miedo a las represalias, tendríamos que añadir, porque es totalmente seguro que sólo el temor a la reciprocidad ha podido dar a la naturaleza un lenguaje tan alejado de sus leyes. Por consiguiente, afirmo que la primera y más viva inclinación del hombre es, sin ninguna duda, encadenar a sus semejantes y tiranizarlos con todo su poder. El niño que muerde la teta de su nodriza... que rompe constantemente su sonajero, nos hace ver que la destrucción, el mal y la opresión son las primeras inclinaciones que la naturaleza ha grabado en nuestros corazones, y a las cuales nos entregamos con mayor o menor violencia, en razón del grado de sensibilidad de que estamos dotados. Por lo tanto, es muy cierto que todos los placeres que pueden halagar al hombre, todas las delicias que puede saborear, todo lo que mejor deleita sus pasiones, se encuentran en esencia en el despotismo con que puede gravar a los otros. La voluptuosa Asia, al encerrar cuidadosamente a los objetos de sus goces, ¿no demuestra acaso que la lujuria gana con la opresión y la tiranía y que las pasiones se inflaman mucho más con todo lo que se obtiene por la fuerza que con lo que se concede de buen grado? Desde que está demostrado que la suma de la felicidad del que actúa se mide en razón de la violencia de la acción cometida, y esto porque cuanto más fuerte es esta dosis más excita el sistema nervioso, desde el momento, digo, en que esto está demostrado, la mayor dosis de felicidad posible consistirá, entonces, en el mayor efecto del despotismo y de la tiranía: de donde resultará que el hombre más duro, más feroz, más traidor y más malvado, será necesariamente el más feliz; porque, como a menudo te ha dicho Noirceuil, no es ni en el vicio ni en la virtud donde está la felicidad: está en la manera en que estamos dispuestos para sentir uno u otro, y en la elección que hagamos de acuerdo con esta organización. No es en la comida ofrecida donde está mi apetito, esta necesidad sólo está en mí, y esa comida afecta de forma muy diferente a dos personas: excita la voluptuosidad en el que tiene hambre... repugnancia en el que acaba de calmarla. Sin embargo, como es cierto que debe haber diferencia en las vibraciones recibidas, y que el vicio debe provocarlas mucho más vivas, en el individuo dispuesto para él, de las que puede ofrecer la virtud, al ser cuyos órganos están contruidos para recibirla; y que, aunque el alma de Vespasiano fuese buena y la de Nerón malvada y, sin embargo, ambas fuesen sensibles, había una gran diferencia en el temple de estas almas, con relación al germen de sensibilidad que las constituía (porque la de Nerón estaba dotada, sin duda, de una facultad sensible muy superior a la de Vespasiano), es cierto, digo, según esto, que Nerón debió de ser con seguridad más feliz que Vespasiano; y esto por la indiscutible razón de que lo que afecte más vivamente será siempre lo que haga más feliz al hombre, y de que un ser vigoroso, construido sólo por eso para recibir mejor impresiones de vicio que impresiones de virtud, encontrará la felicidad mucho mejor que un individuo dulce y tranquilo, cuya débil complexión sólo le posibilita la estúpida y monótona práctica de las buenas costumbres. Entonces, ¿qué mérito tiene al practicar la virtud, si no prefería el vicio? Del mismo modo, Vespasiano y Nerón han sido tan

felices como podían serlo, pero Nerón ha debido de serlo mucho más, porque sus goces han sido mucho más vivos, y Vespasiano, concediendo favores a un hombre indigente por la mera razón -decía él- de que *era preciso que los pobres viviesen*, era excitado de una forma infinitamente menos viva que Nerón viendo arder Roma, con una lira en la mano, en lo alto de la torre Antonia. Pero, se dirá, uno merecía altares y el otro hogueras. Sea, si así lo deseáis; lo que yo juzgo no es el efecto de su alma sobre los otros, sino las sensaciones interiores que uno y otro debieron de recibir, en razón de las diferentes inclinaciones de que uno y otro estaban dotados, de las diferentes vibraciones con que eran agitados; y, en este sentido, el hombre más feliz de la tierra, sin duda alguna, será aquel que, por cualquier acción, haya hecho pasar a su alma las sacudidas más violentas que pueda recibir; y como las sacudidas del vicio son más fuertes, más enérgicas que las de la virtud, inevitablemente el hombre más feliz de la tierra será aquel que esté más entregado a las infamias, a los más crapulosos excesos, a las más criminales costumbres, y que las renueve con mayor frecuencia... aquel que, cada día, las duplique, las triplique en fuerza.

-Así pues -respondí yo a este discurso-, ¿el mayor servicio que se le puede prestar a una persona joven sería apagar en ella todas las semillas de virtud que la naturaleza o la educación hayan hecho nacer en ella?

-Con toda seguridad -me respondió Saint-Fond-, porque incluso suponiendo que el individuo en que apagarais esas semillas de virtud os asegurase que encuentra la felicidad en ella, al ser totalmente seguro que le haríais encontrar una mucho mayor en el vicio, nunca deberíais dudar en apagar la una para despertar la otra: es un servicio real que os agradecerá tarde o temprano: y esto es por lo que, muy diferente de mi predecesor, yo autorizo todas las obras libertinas o inmorales... las creo muy esenciales para la felicidad del hombre, útiles para el progreso de la filosofía, indispensables para la extinción de los prejuicios y hechas, bajo todos los aspectos, para aumentar la suma de los conocimientos humanos. Apoyaré a los autores suficientemente valientes para no temer decir la verdad; son hombres escasos, esenciales para el Estado y cuyos trabajos nunca estimularé bastante.

-Pero -digo-, ¿cómo se compagina eso con la severidad que deseáis del gobierno?, ¿con esa inquisición que implantaríais?

-De la mejor forma del mundo -respondió Saint-Fond-; quiero esa severidad para sujetar al pueblo; sólo para él desea mi imaginación en París los autos de fe de Lisboa; la clase rica, noble o espiritual nunca será alcanzada por mis dardos.

-Pero esos escritos, leídos por todos, ¿serán funestos para aquellos que parecéis querer eliminar?

Jamás -dice Saint-Fond-. Si el débil encuentra en ellos el deseo de romper sus cadenas (deseo que necesito para remacharlas), el fuerte encuentra lecciones mucho más enérgicas para hacer pesar sobre el pueblo esas mismas cadenas. En una palabra, el esclavo tardará años en comprender lo que el jefe sólo tardará un minuto en ejecutar.

-Se os acusa -objeté una vez más- de una condescendencia igual para la depravación de las costumbres: se dice que nunca estuvieron más corrompidas que desde que estáis vos en el ministerio.

-Les falta mucho -me respondió Saint-Fond- para que lo estén hasta el punto en que yo querría verlas, y estoy trabajando en un reglamento de policía que, espero, las pondrá en el grado de depravación en que las deseo. Aprende, Juliette, que es una política de todos aquellos que conducen un gobierno mantener entre los ciudadanos el mayor grado de corrupción; mientras el individuo se gangrene y se debilite con las delicias del libertinaje, no sentirá el peso de sus cadenas, y se podrá someterlo sin que se dé cuenta. Por lo tanto, la verdadera política de un Estado es centuplicar todos los medios posibles para la corrupción del individuo. Muchos espectáculos, un gran lujo, una inmensidad de cabarets, burdeles, una amnistía general para todos los crímenes de libertinaje: estos son los medios que os someterán a los hombres. ¡Oh vosotros que queréis reinar sobre ellos!, temed la virtud en vuestros imperios, vuestros pueblos se iluminarán cuando ella reine, y vuestros tronos, que sólo se apoyan en el vicio, pronto serán derrocados: el despertar del hombre libre será cruel para los déspotas, y, cuando los vicios no entretengan ya su ocio, querrá dominar como vosotros.

-¿Y cuáles son -digo- las reglamentaciones que vos proponéis?

-En primer lugar quiero trabajar la opinión pública con las modas: conoces la influencia que ellas tienen sobre los franceses.

1° Establezco trajes de hombre y de mujer que dejen casi totalmente al descubierto todas las partes de la lubricidad, y sobre todo las nalgas.

2° Habrá espectáculos a imitación de los juegos florales de Roma donde jóvenes de ambos sexos danzarán desnudos.

3° Los principios de la simple naturaleza sustituirán a los de la moral y la religión en las escuelas públicas. Todo niño de quince años, de uno y otro sexo, que no pueda encontrar un amante será mancillado, deshonrado ante la opinión pública, y declarado incapaz de casarse nunca si es una muchacha, de ocupar ningún puesto si es un muchacho; a falta de un amante, la joven persona de uno u otro sexo será obligada al menos a presentar un certificado que pruebe que se ha prostituido y que ya no posee sus primicias.

4° La religión cristiana será severamente desterrada del gobierno; en él nunca se celebrará otra fiesta que la del libertinaje. Y las cadenas religiosas subsistirán a pesar de eso: las necesito para contener al pueblo, acabo de demostrártelo. ¿Qué importa el objeto de los cultos, con tal de que haya sacerdotes? Pondré el puñal de la superstición tanto en las manos de los de Venus como en las de los adoradores de María.

5° El pueblo será mantenido en una esclavitud, en una servidumbre que lo ponga fuera de estado de alcanzar nunca la dominación, la invasión o la degradación de las propiedades del rico. Ligado a la gleba como antiguamente, experimentará como ella todos los diferentes cambios. Las penas recaerán sólo sobre él y se impondrán por las faltas más pequeñas. Su propietario tendrá sobre él y su familia el derecho de vida y muerte, y nunca serán escuchadas sus quejas o sus recriminaciones. Nunca habrá escuelas gratuitas para él: no necesita ciencia para labrar la tierra; la venda de la ignorancia está hecha para los ojos del agricultor; no se la arrancará nunca sin peligro. El primer individuo, de cualquier clase que pueda ser, que intente exaltar al pueblo aconsejándole que rompa sus cadenas será echado a los tigres para ser devorado vivo.

6° Se abrirá en todas las ciudades del gobierno un número de casas públicas de ambos sexos proporcionado a la población de cada ciudad, con la gradación de una de estas casas de uno y otro sexo por mil habitantes; cada una de ellas contendrá trescientos sujetos, que entrarán allí a los doce años para no salir hasta los veinticinco. Estos establecimientos serán subvencionados por el gobierno; sólo los individuos de clase libre tendrán el derecho de entrar en ellos y hacer allí absolutamente lo que mejor les parezca.

7° Todos los que se llaman crímenes de libertinaje, tales como el asesinato de excesos, el incesto, la violación, la sodomía, el adulterio, no serán castigados nunca más que en las castas esclavas.

8° Se concederán premios a las más famosas cortesanas de las casas de libertinaje, de la misma forma que a los jóvenes de esos mismos establecimientos que se hagan una reputación en el arte de proporcionar placer. Igualmente, se concederán recompensas a todo inventor de nuevas lubricidades, a todo autor de libros cínicos, a todo libertino reconocido como profeso de esta orden.

9° La clase de los hombres en esclavitud existirá como antiguamente la de los Iotas en Lacedemonia. Al no haber ningún tipo de diferencia entre el hombre esclavo y el animal, ¿por qué habría de castigarse el asesinato de uno más que el del otro?

-Monseñor -digo-, creo que esto merece alguna mínima explicación. Desearía que me probaseis que no existe realmente ninguna diferencia entre el hombre esclavo y la bestia.

-Echa una mirada sobre las obras de la naturaleza -me respondió este filósofo-, y considera por ti misma la gran diferencia que ha puesto su mano en la formación de los hombres nacidos en la primera clase, y en los nacidos en la segunda; sé imparcial y decide... ¿Acaso tienen la misma voz, la misma piel, los mismos gustos, me atrevo a decir, las mismas necesidades? Inútilmente se me dirá que el lujo o la educación han establecido esas diferencias, y que uno y otro de estos individuos, tomados en estado de naturaleza, se parecen absolutamente en la infancia. Niego el hecho, y es por haberlo observado yo mismo, por haberlo hecho observar por hábiles anatomistas, por lo que afirmo que no hay ninguna similitud en las diferentes conformaciones de uno y otro de estos niños. Abandonad a ambos y veréis que el de la primera casta manifestará gustos e intenciones muy diferentes de los que demostrará el niño de la segunda: reconoceréis sentimientos, disposiciones muy diferentes en el uno y en el otro.

Ahora, que se haga el mismo estudio sobre el animal que mas se parece al hombre, como el mono de los bosques, que se compare, digo, a este animal con el individuo tomado de la casta esclava: ¡cuánta proximidad entre ambos! El hombre del pueblo no es más que la especie que constituye el primer escalón después del mono de los bosques; y la distancia de este mono a él es absolutamente la misma que la de él a la primera casta. ¿Y por qué la naturaleza, que observa todas estas gradaciones con tanto rigor en todas sus obras; las habría de descuidar en éste? ¿Acaso tienen los animales la misma talla y la misma fuerza? ¿Se parecen todas las plantas? ¿Os atreveríais a comparar el arbusto con el majestuoso álamo, el perro gozque con el orgulloso danés, el caballito de las montañas de Córcega con el fogoso semental de Andalucía? Vemos aquí diferencias esenciales en las mismas clases: ¿y por qué no habrían de existir igualmente en las del hombre? ¿Os atreveríais a acercar Voltaire a Fréron, y el macho granadero prusiano al débil Hotentote? Por consiguiente, Juliette, no dudéis de estas desigualdades; y desde el momento en que exis-

ten, no dudemos en aprovecharnos de ellas, y en convencernos de que, si la naturaleza ha querido hacernos nacer en la primera de esas clases de hombres, es para que gocemos a nuestro gusto del placer de encadenar a la otra y de hacerla servir despóticamente a todas nuestras pasiones y necesidades.

-Abrazame, mi querido amigo -digo echándome en los brazos de un hombre cuyos principios me trastornaban : eres un dios para mí y quiero pasar mi vida a tus pies.

-A propósito me rice Saint-Fond, levantándose de la mesa, y echándonos ambos en un canapé del salón olvidaba decirte que el rey me quiere más que nunca; acabo de recibir nueva; pruebas dé ello. Se le ha puesto en la cabeza que yo debía mucho, y en consecuencia acaba de darme dos millones para que solucione mis negocios. Es justo que tú participes de este favor, Juliette: te concedo la mitad del don. Sigue amando mis misterios y sirviéndome bien: y yo te elevaré tan alto que no tendrás ningún trabajo en convencerte de tu superioridad sobre los otros seres; no podrías creer las delicias que siento en elevar-te al pináculo, con la única cláusula de una profunda humillación, de una obediencia sin límites hacia mí. Quiero que seas a la vez mi esclava y el ídolo de los otros; nada me hace excitarme tanto como esa idea... Juliette, ¡y bien!, hoy haremos horrores... ¿no es verdad ángel mío?... ¿atrocidades?

Y me besaba en la boca, excitándome mientras tanto...

-¡Oh mi amor, cuán deliciosos son los crímenes cuando los vela la impunidad, cuando los apoya el delito y cuando el deber mismo los prescribe! ¡Cuán divino es nadar en oro y poder decir, contando las riquezas: estos son los medios para todas las fechorías, para todos los placeres; con esto, todas mis ilusiones pueden realizarse, todas mis fantasías satisfacerse, ninguna mujer se me resistirá, ningún deseo quedará sin efecto, las mismas leyes se modificarán por mi oro y seré déspota a mi gusto!

Besé mil y mil veces a Saint-Fond y, aprovechando el entusiasmo, la embriaguez en la que él estaba, y sobre todo sus buenas disposiciones hacia mí, le hice firmar una carta de arresto para el padre de Elvire, que quería quitármela, y otras dos o tres gracias que debían valerme quinientos o seiscientos mil francos cada una. Y al habersele subido al cerebro los sopores de la excelente cena que yo acababa de ofrecerle, lo embotaron y le procuraron un sueño profundo del que me aproveché en seguida para disponerlo todo.

Saint-Fond se despertó hacia las cinco. Todo se encontraba dispuesto en el salón y el orden en que estaban dispuestos los personajes era éste: desnudas y adornadas simplemente con guirnalda de rosas se veían, en la parte derecha de la mesa, las tres vírgenes destinadas a las orgías; las había agrupado como las gracias; las tres eran muchachas de buena posición, educadas en un convento de Melun, y de una sorprendente belleza.

La primera se llamaba Louise; tenía dieciséis años, rubia, uno de los rostros más interesantes que se puedan ver.

Hélène era el nombre de la segunda; quince años, talle flexible y ligero, alta para su edad, los cabellos castaños, los ojos y la boca como el mismo Amor; hubiese pasado por la más bonita de las tres, si Fulvie, igualmente de la misma edad, pero mucho más bella, no se hubiese llevado la palma.

Para contrarrestar este grupo, había colocado el de la desgraciada familia, igualmente desnudos y cubiertos con una gasa negra; el padre y la madre estaban en brazos uno del otro; a sus pies estaba la encantadora Julie; las cadenas pesaban sobre sus carnes descubiertas y las herían; el pezón del pecho izquierdo de Julie pasaba a través de un eslabón y estaba desgarrado por él; otro trozo de estos dolorosos hierros se veía entre las piernas de Mme. de Cloris y dañaba los labios de la vagina. Delcour, al que yo había hecho adoptar el traje terrible de un demonio armado con la espada con que debía golpear a las víctimas, sujetaba la punta de esta cadena, y desgarraba, tirando de ella de vez en cuando, todas las partes sobre las que se la veía apoyarse.

Mis cuatro mujeres, en la postura de la Venus de las bellas nalgas, el trasero vuelto hacia Saint-Fond, vestidas con una simple gasa marrón y blanca que dejaba sus culos muy al descubierto, se ofrecían a mi amante:

La primera, una ir mujer de veintidós años, hermosa como Minerva, y cuyas formas eran todas admirables; la llamaban Délie:

Montalme era el nombre de la segunda; veinte años, la frescura de Flora y las carnes más hermosas que se pueden ver.

Palmire tenía diecinueve años; rubia, un rostro romántico, de esas mujeres a las que siempre se desearía hacer llorar.

Blaisine tenía diecisiete años; el aire travieso, los dientes soberbios, los ojos más pícaros que nunca hubiese encendido el amor.

En el rincón izquierdo de este semicírculo, se encontraban situados dos jóvenes altos y gallardos de cinco pies dos pulgadas, provistos de enormes miembros, de pie, en brazos uno del otro, ambos se excitaban besándose voluptuosamente en la boca; estaban desnudos.

- ¡Esto es divino! --dice Saint-Fond al despertarse-, reconozco en todo eso la gracia y la imaginación de Juliette. Que me traigan los culpables -prosigue, queriendo tenerme cerca de él, mientras que Montalme se acerca a chupar su instrumento y mientras él manosea el hermoso culo de Palmire.

El grupo avanza, conducido por Delcour.

-Se os acusa de tres crímenes enormes -dice el ministro- y tengo órdenes secretas de la reina para haceros perecer al momento.

-Esas órdenes son injustas -respondió Cloris-, mi familia y yo somos inocentes... ¡Y tú lo sabes, criminal!... (Aquí Saint-Fond sintió una emoción de placer tan viva que creí que iba a descargar). Sí, lo sabes bien, pero si somos culpables, que se nos juzgue sin exponernos, como lo han hecho aquí, a la cruel lujuria de un tigre que no nos sacrifica más que para atizar sus indignas pasiones.

-Delcour -dice Saint-Fond-, hazles, sentir la cadena.

Y de la violenta sacudida que dio el verdugo, la vagina de Mme. de Cloris, el seno de su hija y una de las piernas del marido fueron lastimadas hasta tal punto que la sangre brotó sobre el hierro.

-Habéis transgredido muy gravemente -dice Saint-Fond- las leyes que hoy imploráis para que os protejan; ahora sólo os está reservada su severidad: tenéis que prepararos para la muerte.

- ¡Eres -dice orgullosamente Cloris-, el ministro de un tirano y de una puta! La posteridad me juzgará.

Aquí, Saint-Fond se levanta lleno de furor; está tenso; se hace seguir sólo por mí. Acercándose a este insolente, bien sujeto por las cadenas, le da varias bofetadas con toda la fuerza de su brazo, lo insulta, le escupe en el rostro, y, excitándose el miembro sobre los pechos de Julie, siempre a sus pies:

-Véngate si puedes -le dice-, ¡véngate!

- ¡Oh cobarde!, huirías si estuviese libre.

-Eso es verdad; pero yo te tengo, te desafío a que te vengues y te insulto con placer.

-Me lo debes todo.

-No me gusta el peso de la gratitud.

Le cogió el miembro, lo sacudió; me ordenó que lo excitase. Pero viendo que no avanzaba nada:

-Separad a este hombre de su familia -dice a Delcour-, que lo aten a ese poste. Habiéndome dejado la reina dueño de los suplicios con los que merecéis ser castigados, y que deben preceder a vuestra muerte -continúa Saint-Fond, dirigiéndose a las mujeres-, vais a sufrir ambas, ante los ojos de Cloris, todos los tipos de prostitución y de lujuria que me plazca imponeros.

Y como viese que Delcour no ataba bastante fuerte, a su gusto, al esposo en el poste preparado, fue a ayudar a agarrotarlo él mismo y renovó sus bofetadas, acompañadas de fuertes golpes sobre las nalgas.

-Lo mataré con mi mano -dice a Delcour... - Sí, quiero tener el placer de derramar su sangre, de llenarme con ella.

Mezclando siempre el horror con la lujuria, se inclinó, chupó el enorme miembro de este hombre y le besó las nalgas. Como Delcour estaba muy cerca, le cogió igualmente el miembro en la boca, y le acarició el agujero de su culo; se levantó, y besó durante varios minutos al verdugo en la boca, diciéndome al oído:

Nada de eso hace que me excite...

¡El infame! Venus y su corte estaban allí; y él lo dejaba todo por la crápula y la atrocidad. Volvió a los objetos de mi sexo...

-¡Ah!, monseñor -le dijeron estas pobres criaturas al ver que se acercaba-, ¿qué hicimos para merecer un tratamiento tan bárbaro?

-Sed valiente, mujer mía -gritó el esposo infortunado-, pronto la muerte lavará nuestros ultrajes y el remordimiento desgarrará el alma de ese tigre.

-El remordimiento -dice Saint-Fond, riéndose sarcásticamente- nunca llegará a mi corazón; sólo tendré que suprimirte.

Mme. de Cloris, desatada la primera, fue conducida hasta él.

-¡Ah, puta! -le dice-, ¿te acuerdas de todas las firmes resistencias que me opusiste en otro tiempo? Querida y tierna prima, hoy voy a conseguirte por nada.

Estaba extraordinariamente excitado; manosea brutalmente los atractivos de esta mujer; y, cogiéndola por la mitad del cuerpo, la penetra ante los ojos de su marido, al que, por la postura que ha tomado, puede chupar el miembro mientras tanto. Cuando, por esta acción, veo su culo bien a mi alcance, lo hago fornicar; el resto de hombres y mujeres lo rodean, excepto Julie y Cloris, que siguen sujetos por Delcour. Pongo bajo sus manos y sus ojos indistintamente coños, culos, miembros y tetas. El demonio de la crueldad lo excitaba, y sus manos de uñas afiladas no se detienen en ninguna parte sin que dejen allí huellas; pero, más por preferencia que por delicia, las pasea sobre las tetas de la desgraciada mujer gozando de su rabia; las araña y las hace sangrar.

-Aleja todo eso, Juliette -me dice saliendo del coño de la madre para apoderarse de la hija-, todavía no quiero descargar.

-Putilla -dice a esta inocente criatura-, tu padre y tu madre saben también todo lo que hice para poseerte: es preciso que hoy les castigue por las resistencias que me pusieron.

Entonces, hizo colocar al padre de forma que mientras fornicaba a la hija, tuviese como perspectiva el hermoso nalguero de ese querido papá, al que Delcour debía zurrar con una mano mientras azotaba con la otra las nalgas de la mamá, puestas a la misma altura. Soy yo quien lo ayudo a desvirgar a Julie; él aprieta, empuja, entra; ocho culos están alrededor de él. Se le sodomiza; y el villano, no encontrando bastante violentos los suplicios que Delcour impone por orden suya, se arma con un estilete, y pincha a la vez los pechos de la madre, los hombros de la hija y las nalgas del padre. La sangre corre.

-Todavía no es el momento de descargar -dice el villano fauno saliendo del coño-, éste -añade sobando el culo del padre-, este es el altar donde sacrificaré.

Siguiendo sus órdenes, el desgraciado Cloris es extendido sobre el funesto sofá, con las manos atadas como siempre.

-Delcour -dice al verdugo-, pasadle una cuerda por el cuello, de la que tiraréis, si se resiste, hasta darle muerte.

Siempre directora de la operación, yo conduzco con arte el fogoso corcel al borde del camino que debe recorrer; el desgraciado no decía ni una palabra.

Bien enfrente de él están apostados a la derecha el seno de la madre, a la izquierda el lindo culito de la hija. En cuanto está en el trasero codiciado, sus manos, armadas con el fatal estilete, comienzan a pasearse sobre los atractivos ofrecidos a sus miradas, y colocados de tal forma, que a medida que los pincha la sangre de la esposa y de la hija corre sobre la cabeza del padre. Mientras tanto yo le excitaba el culo y dos de mis mujeres le pinchaban las nalgas.

-Y bien dice-, me he engañado una vez más: había creído derramar mi esperma, pero quiero, antes, tantear todos los culos de esta familia realmente interesan te. Vuelve a encadenar a este viejo zorro, Delcour, sólo ha servido para cubrir mi miembro de mierda. Muchacha alta -dice a Montalme-, venid a chupar esto.

Y al ver un poco de repugnancia, ordena a Delcour que dé en seguida cien latigazos sobre las hermosas nalgas de esta encantadora muchacha para enseñarla a obedecer.

-¡Ah! ¡Ah!, puta -decía mientras la zurraban-, no quieres chupar mi miembro porque tiene mierda; ¿qué será de ti, entonces, ahora cuando te la haga comer?

Montalme, bien llena de latigazos, vuelve decidida a todo; chupa al disoluto, le lame el culo; y volviendo él tranquilamente a su obra, ahí lo tenemos sodomizando a la madre, azuzando por una parte el culo del padre y de otra el coño de la hija. Al cabo de una carrera no muy larga, vuelve a coger a la hija.

-¡Oh! -dice-, espero que, de una vez por todas, sea aquí donde se opere el sacrificio.

Siempre servido por mí, Julie sodomizada; no hay nada que no le haga durante este tiempo para decidir su descarga; pero, fuese maldad, fuese impotencia, deja una vez más el culo, asegurando que sólo flagelando a la familia encontrará sus fuerzas agotadas. El padre, de nuevo en el poste, es el primer azotado. En cuanto está lleno de sangre, le atan a su mujer a la espalda; y cuando, con más de mil latigazos, ha abierto las nalgas de ésta, la pequeña, colocada sobre los hombros de la madre, es tratada de la misma manera.

-Desahagamos todo eso -dice el centauro-, una vez más no me he satisfecho con este goce; quiero volver a azotar a la hija, pero sujeta por su padre y su madre. Juliette y tú, Delcour, poned a cada uno una pistola en la sien y hacedles volar el cráneo si se resisten mientras sujetan a su hija.

Encargada de la madre, ardía en deseos de verla hacer alguna resistencia; pero, consolándome en seguida por la certidumbre de que acabaría sus días en algún suplicio más violento que este, dejé de quejarme de la sumisión que al principio me había alarmado. La pobre Julie, tratada con un furor que no tiene ejemplo, azotada primeramente con varas, lo fue a continuación con zorros, cuyos azotes hacían brotar la sangre hasta la habitación; hecho esto, Saint-Fond cae sobre el padre y, golpeándolo con el mismo zorro con puntas de hierro, en tres minutos lo cubre de sangre. La madre es agarrada después; la colocan sobre el borde del canapé, las piernas lo más separadas posible, y la azota con los zorros dirigiendo los golpes al interior de la vagina. Yo lo seguía por todas partes, bien excitándolo bien flagelándolo, bien chupando su boca o su miembro. Un acceso de rabia lo acerca a la joven muchacha; le da dos bofetadas con una fuerza tan terrible que cae de espaldas; la madre quiere socorrerla y la recibe con una patada en el vientre que la manda al otro lado, a más de quince pies de su hija; Cloris echaba espuma por la boca sin atreverse a decir una sola palabra; atado constantemente, ¿qué defensa podía ofrecer? Se levanta a la hija; Saint-Fond ordena al verdugo que la fornique en el coño, y él... sodomiza al verdugo; mientras, a fuerza de seducciones y poniendo en libertad al padre, le prometo su vida y la de su familia, si accede a dar por el culo a Saint-Fond... ¡Lo que es la esperanza para el alma de un desgraciado! Cuidadosamente excitado por mis manos, lo logra. Saint-Fond, por las nubes al sentir un miembro tan hermoso en el culo, colea como el pez al que se echa al agua después de haberlo retirado de ella un rato.

-Es divino, y su gracia es segura -dice Saint-Fond-, si, aprovechando con rapidez el estado en que está ahora en mi culo, accede a sodomizar a su hija.

-Señor -digo a este hombre-, ¿se puede dudar, y no vale cien veces más que fornicar a vuestra hija que la asesinar?

-¡Asesinarla!

-Sí, señor; vuestra negativa la lleva a la tumba; está muerta si os resistís.

Y mientras una de mis mujeres mantiene las nalgas de la pequeña bien separadas y humedece el agujero, yo retiro con rapidez el instrumento del culo de Saint-Fond

y lo dirijo a la entrada del de la pequeña: pero Cloris, rebelde, no empujaba.

-Vamos, vamos, ¡matémosla! -dice Saint-Fond-, puesto que no quiere fornicarla.

Esta cruel sentencia lo determina todo; acerco el miembro a los riñones de la joven y meto el terrible instrumento en el ano; como todo estaba bien preparado, el éxito coronó mis esfuerzos, y Cloris es incestuoso para no convertirse en parricida. Délie fustigaba a Saint-Fond; entretando, él vejaba el culo de la madre y besaba las nalgas de uno de los lacayos; pero ese lacayo lo fornicó en seguida, y fueron las nalgas de Délie las que tenía por perspectiva. El inconstante Saint-Fond rompió el grupo una vez más; obstinándose constantemente en resistir los impulsos de su semen, se muestra a nosotros más furioso que una bestia feroz; gritaba, babeaba, juraba: en cuanto Delcour descargó en el coño de Julie, le hizo dar por el culo a la madre. Por fin, todo se arregla: Saint-Fond se tranquiliza y me ordena que le haga examinar los atractivos de las tres muchachitas que no se han presentado todavía a sus ojos más que por encima; las separa, las vuelve a juntar, las compara; mientras tanto, yo lo excitaba; en una palabra, está de acuerdo en que nunca tuve una elección más feliz. Fulvie, sobre todo, le parece adorable.

-La sodomizaría dice el disoluto-, si no tuviese miedo de descargar.

Después de esta revista, desea hacer la de las cuatro mujeres; Palmire le encanta: dice que nunca ha visto nada tan hermoso, y las soberbias nalgas de esta bella muchacha hacen sus delicias durante varios minutos.

-Ordena -me dice- a todas estas putas que se pongan de rodillas en semicírculo alrededor de mí, que, a continuación, vengan en la misma postura a adorar mi miembro y que lo chupen una detrás de otra.

La orden se ejecuta, y cada una recibe dos bofetadas mientras mama su instrumento.

Entre tanto, él chupa miembros, sin exceptuar, tomó podéis imaginar, los de Cloris y Delcour.

-Ya es hora, Juliette me dice-, de acabar con esta escena.

El criminal encula a Julie; los criados sujetan al padre y la madre mientras que él frota el culo de esta niña. Delcour, armado con su cuchilla, va a separar lentamente la cabeza.

-Ve lento, ve muy lento, Delcour -exclama-, quiero que mi sobrina más querida se sienta morir, quiero que sufra al mismo tiempo que la fornicó.

Apenas ha hecho sentir Delcour el filo de la cuchilla, cuando los gritos de esta desgraciada se oyen por todas partes.

Seguid, seguid -dice Saint-Fond bien introducido en el culo-, pero seguid dulcemente; no podéis imaginar el placer que me transporta; inclínate, Delcour, que yo pueda excitarte el miembro mientras trabajas; Juliette, adorad las nalgas de Delcour: ahora es un dios

para mí, que acerquen el culo de la madre, quiero besarlo mientras hago asesinar a su hija.

Pero ¡qué besos, gran Dios! Son mordiscos tan crueles que la sangre brota con cada uno de ellos. Un criado lo sodomiza; el infame está en un éxtasis indecible.

-¡Cómo saboreo el crimen! -exclama jurando-, ¡cuán encantador es para mí! Delcour, haz durar el placer...

El desgraciado padre, abatido, está a punto de perder el conocimiento, sus ojos giran de horror. La hermosa cabeza de Julie cae por fin como la de una bonita rosa ante los esfuerzos redoblados del aquilón.

-No hay nada tan voluptuoso como lo que acabo de hacer -dice Saint-Fond, saliendo del culo del cadáver-, no os podéis imaginar la contracción que resulta en el ano de la lenta incisión operada sobre las vértebras del cuello; ¡es delicioso! Vamos, señora -dice a la madre-, preparaos a darme el mismo placer.

La misma escena vuelve a empezar. Saint-Fond, que encuentra que la operación va demasiado de prisa, la suspende.

-No sabéis -dice- cuán divino es cortar así, lentamente, el cuello de una mujer a la que se tuvo la debilidad de amar en otro tiempo: ¡oh!, ¡cómo me vengo de las resistencias de la querida prima!

Continúa excitando el miembro del verdugo, pero quiere besar mis nalgas durante la operación; los dos criados sodomizan a Delcour y a él; el padre está atado de manera que, armada con un puñado de vergas, yo pueda azotarle el miembro mientras tanto. Mi feroz amante está en la embriaguez, y se deleita con los dolores prolongados de su triste pariente, cuya cabeza cae al fin al cabo de un cuarto de hora. Es el turno de Cloris. Sólo atándolo es posible colocarlo en la postura esencial para la operación. Saint-Fond sodomiza, el verdugo trabaja, los criados siguen dando por el culo al ordenador y al ejecutor. Esta vez, Saint-Fond quiere besar las soberbias nalgas de Montalme. Las otras mujeres lo rodean mostrándole los culos; la bomba estalla al fin. ¡Oh cielos!, si Lucifer hubiese descargado, habría hecho, creo, menos ruido, habría babeado menos, habría dirigido a los dioses blasfemias e imprecaciones menos espantosas. Saint-Fond descansa un rato, y nosotros pasamos a otra sala, donde reúno a las siete mujeres y a los dos criados. El ministro se nos une en seguida, pero, semejante a Venceslas, su verdugo no lo abandona; sin embargo, algunas voluptuosidades más dulces van a preceder a las orgías caníbales de este nuevo Nerón, y el semen correrá, si es posible, antes que la sangre.

Sin embargo, como con semejante hombre era necesario conservarlo que llevase la huella de sus placeres favoritos, fue en nichos adornados con todos los atributos de la fúnebre Parca donde le presenté grupos voluptuosos. La sala entera estaba tapizada de negro; huesos, cabezas de cadáveres, lágrimas de plata, haces de varas, puñales y zorros adornaban esta lúgubre tapicería; en cada nicho había una virgen manoseada por una bribona, ambas desnudas, apoyadas sobre cojines negros, con los atributos de la muerte perpendiculares a su frente. Al fondo de cada nicho, se veía una de las cabezas que acababan de ser cortadas, y junto a los nichos, a la derecha, había un ataúd abierto, a la izquierda una mesita redonda sobre la que descansaban una pistola, una copa de veneno y un puñal. Por un refinamiento de increíble barbarie (hecho, y yo estaba segura de lograrlo, para complacer

a mi amante), había hecho cortar los tres troncos de las víctimas que acababan de ser sacrificadas; sólo se había conservado la parte de las nalgas tomada desde la caída de los riñones hasta por debajo de los muslos, y estaban suspendidos trozos de carne con lazos negros, a la altura de la boca, en cada intercolumnio de los nichos: fueron los primeros objetos que llamaron la atención de Saint-Fond.

-¡Ah! dice acercándose a besarlos-, estoy muy contento de volver a encontrar unos culos que acaban de darme tanto placer.

Una lúgubre lámpara pendía del techo en medio de la sala, cuya bóveda estaba revestida igualmente de atributos fúnebres; diferentes instrumentos de suplicio estaban distribuidos aquí y allá; entre otros, había una rueda muy extraordinaria. La víctima, atada circularmente sobre esta rueda, que estaba dentro de otra provista con puntas de acero, debía, al dar vueltas contra estas puntas fijas, desollarse poco a poco y en todos los sentidos; un resorte acercaba la rueda fija al individuo atado a la giratoria, con el fin de que a medida que las puntas disminuyesen la masa de carne, siempre pudiesen encontrar algo que morder al apretar. Este suplicio era tanto más horrible cuanto que era muy largo, y que una víctima podía vivir allí diez horas en las lentas y rigurosas angustias de este tormento; para aumentar o debilitar el suplicio, sólo era cuestión de acercar más o menos la giratoria. Esta máquina, invento de Delcour, no había sido probada todavía por Saint-Fond; se entusiasmó al verla, y dio al momento cincuenta mil francos de gratificación al autor. Desde ese momento, los pérfidos ojos de este monstruo sólo se dedicaron a la elección de cuál de las tres víctimas sería inmolada de esta manera. ¡Dioses!, la desgraciada Fulvie, como la más hermosa, fue tácitamente condenada en el fondo del corazón de este tirano. Un beso, que dio en el agujero del culo de esta hermosa muchacha, mientras consideraba la terrible máquina, me convenció pronto de que estaba en lo cierto. Pero veamos lo que precedió.

En primer lugar, Saint-Fond se instaló durante un momento, entre Delcour y yo, en un sillón que se hallaba enfrente de cada nicho. Palmire, una de mis mujeres que no había sido puesta en los nichos, de pie, detrás del sillón, lo excitaba, besando su boca; él se lo meneaba a Delcour y sobaba mis nalgas; examina: las bribonas ponen buen cuidado en ofrecerle el cuerpo de la niña, a la que ellas excitan en todas las posturas posibles; incluso, a veces se la acercan para hacerle besar las diferentes partes. El se levanta, recorre los nichos; Delcour lo azota entretanto; algunas veces se hace fornicar, y yo lo chupo; me doy cuenta de que su instrumento empieza a recobrar cierta energía; me sodomiza en la última estación (el nicho donde Blaisine se lo meneaba a Fulvie) y allí fue donde me dice al oído, besando el culo de esta encantadora muchacha:

-Ella será la que nos estrene la rueda; cuán deliciosamente serán cosquilleadas esas bonitas nalgas, ahí. Hecho este primer examen, va a tumbarse en una especie de banco estrecho y blando; allí, los hombres y las mujeres se acercan alternativamente a colocarse a horcajadas sobre su rostro y a cagarle en la boca; Palmire es la primera que pasa y después le chupará durante toda la operación. Montalme y yo pasamos después, para que pudiese, de acuerdo con su deseo, manosearnos las nalgas todo el tiempo que estuviese allí. De las suciedades pasa rápidamente él libertino a los horrores: Delcour, por orden suya, azota a las siete mujeres delante de él y yo lo excito sobre las cabezas que me ha hecho descolgar con esta intención.

Tres cuadros se representan después ante sus ojos. Mis dos azotadores sodomizan a dos de mis rameras; en medio, Delcour azota a la tercera; junto a cada grupo hay una joven que Saint-Fond se dispone a desvirgar; Palmire y yo lo ponemos en situación, una socratizándolo, la otra meneándole el miembro; el libertino, bien preparado, hace saltar las tres virginidades, vuelve, sodomiza y descarga sodomizando a Fulvie. Yo lo chupo para devolverle sus fuerzas; quiere que el verdugo le sostenga a todas las mujeres, sin exceptuarme a mí; nos aplica, a cada una, doscientos golpes de vara; a continuación él sujeta a las mujeres y obliga a Delcour a que les dé a todas por el culo. Durante esta escena las besaba en la boca y yo participé en ella como las otras.

Entonces, Saint-Fond coge a cada virgen, una tras otra y pasa a solas con ellas a un gabinete retirado. Ignoramos lo que les dijo o lo que les hizo; a su vuelta, ni siquiera nos atrevimos a preguntarles. Realmente, en esta entrevista, tuvo que anunciarles su muerte, porque todas volvieron en lágrimas. Delcour me dice, mientras procedía a esta operación, que una lubricidad secreta seguía ordinariamente a este anuncio; que, desde que él conocía a Saint-Fond, siempre le había visto mezclar a este episodio sentencias que su ferocidad dictaba. Esto tenía que gustarle mucho con toda seguridad, porque siempre salía de allí excitadísimo (10).

(10) Pronto se sabrá lo que era.

-Vamos -dice, echando espumas de lujuria-, ahora veamos por qué suplicios las haremos perecer: quiero que sean terribles. Delcour, es preciso que tu imaginación se supere hoy; es preciso que estas desgraciadas sufran todos los tormentos que podrían significarles el infierno.

Y besaba a Fulvie mientras decía esto; era fácil ver que era ella quien más lo encendía.

-Delcour -dice-, te aconsejo esta bonita criatura; cuán bella estará sobre tu rueda, cuán voluptuosamente se desgarrarán sus blancas y rellenas nalgas.

Y, diciendo estas palabras, la mordió, hasta hacerla sangrar, en cinco o seis partes de su cuerpo; una de estas mordeduras se llevó el pezón de la teta izquierda y el pícaro se lo traga; le mete un momento el miembro en el culo; a continuación, apoderándose del instrumento de Delcour, lo introduce él mismo en el agujero que deja.

-Es preciso -dice- que el verdugo azote a su víctima, eso es indispensable.

Durante todo este tiempo, con sus uñas, arañaba las nalgas, los costados, los muslos, las tetas de esta niña y chupaba la sangre a medida que salía. Hizo acercarse a

Palmire, que tan prodigiosamente parecía calentarlo, y le dijo:

-Así es como yo trato a las muchachas que hacen excitarme.

Apenas pronunció estas palabras, cuando le introduce el miembro en el culo: después de algunas idas y venidas, la hace subirse a una silla, para tener siempre sus nalgas en perspectiva y, paralelamente a ella, hace que Délie se ponga en la misma postura; a continuación, las tres muchachas pequeñas se colocan en semicírculo alrededor de él; se pusieron de rodillas y les azotó el pecho mientras que Blaisine le meneaba el miembro. Pinchó los senos apenas abiertos de estas tres infortunadas, se los cortó con una navaja, después cauterizó al momento la llaga con la punta de un hierro caliente. Mientras tanto

yo lo excitaba, teniendo, por orden suya, el miembro de Delcour en el culo y meneándosela a un criado con cada mano: así, de rodillas, las hizo juntarse a las tres, espalda contra espalda, y las azotó en los pechos con unos zorros de puntas de acero cortantes; el culo de Palmire lo seguía en todas estas escenas; se lanzaba constantemente encima, y lo acariciaba en los intervalos.

-¡Vamos! -dice-, un poco de látigo.

Las siete mujeres (yo fui exceptuada) fueron atadas a columnas colocadas ex profeso en esta sala; con sus manos levantadas, sujetaban un crucifijo; los pies de las cuatro ramera estaban igualmente sobre crucifijos, que parecían aplastar con los pies; los de las tres víctimas se apoyaban en bolas provistas de puntas por todas partes, de manera que el propio peso de su cuerpo las obligaba a ser laceradas; las tetas de éstas fueron atadas fuertemente con una cuerda de tripa que se incrustaba en sus carnes; una punta de acero muy aguda pendía sobre sus cabezas y penetraba en ellas a voluntad de Saint-Fond que, por medio de un resorte del que era dueño, podía hacer entrar esta punta en el cráneo de la muchacha, tan pronto como quisiera; otras puntas, dirigidas igualmente por Saint-Fond, se encontraban en frente de sus ojos; otra les amenazaba el ombligo, si, apremiadas por los latigazos, se echaban, por casualidad, hacia delante; cada una de las víctimas dispuestas de esta manera alternaba con las zorras, felizmente liberadas de todos estos angustiosos instrumentos.

Saint-Fond utiliza en primer lugar las varas que Delcour y yo le damos; da cien golpes a las víctimas y cincuenta a las zorras; el segundo asalto se da con zorros de puntas de acero, doscientos golpes a las víctimas, diez a las zorras. Entonces, Saint-Fond hace entrar en acción a las puntas: las desgraciadas, pinchadas por todas partes, lanzan gritos que hubiesen ablandado a otros que no fuesen criminales como nosotros. Saint-Fond, sintiéndose apremiado por el semen que ya espumea en su miembro, hace que le lleven a Louise, la chica de dieciséis años que quiere ejecutar primero. La besa mucho, lame y soba su culo completamente sangrante, haciéndose chupar el miembro y el agujero del culo, después se la entrega a Delcour, quien, después de haberle pasado su miembro por los dos agujeros, le aplica ese suplicio chino consistente en ser cortada completamente viva en veinticuatro mil trozos sobre una larga mesa. Saint-Fond, subido en un estrado, sentado en las rodillas de un lacayo que lo fornicaba, examina ese espectáculo teniendo en sus piernas a Hélène, que es la siguiente y a la que azota en el culo, mientras que yo se lo meneo y él besa a Palmire en la boca. El suplicio de la segunda consiste en tener los ojos reventados, tumbada sobre una cruz de San Andrés, para ahí ser descoyuntada viva. Saint-Fond actúa él mismo mientras que yo lo azoto. La víctima, así dislocada, le es ofrecida de nuevo; le da por el culo y, mientras que él trabaja en el ano, Delcour remata a la víctima con un mazazo en la cabeza, que hace volar el cerebro hasta la nariz de Saint-Fond; todo su rostro se cubre con él.

La encantadora Fulvie queda sola, rodeada por los restos sangrientos de sus dos compañeras: ¿podía dudar de su suerte? Saint-Fond le muestra la rueda.

-Eso es lo que te espera -le dice-, te he reservado lo mejor.

Y el traidor no deja de acariciarla, de besarla en la boca; la sodomiza una vez más antes de entregarla al verdugo. Delcour la coge por fin; ella lanza gritos terribles; la coloca; la rueda comienza a girar. Saint-Fond, fornicado por los dos criados alternativamente, so-

domizaba a Delcour, besando sucesivamente las nalgas de Palmire y las mías y manoseando indistintamente los tres culos que quedaban vacantes. Pronto, el incremento de los gritos de la víctima nos hace juzgar sus dolores. Os dejo pensar lo acuciantes que debían de ser: la sangre, lanzada hacia todas partes, brotaba como esas lluvias finas esparcidas por los grandes vientos. Saint-Fond, que quiere hacer durar el suplicio, cambia sus cuadros y sus goces. Da por el culo a mis cuatro zorras, mientras que Delcour y yo le componemos otros grupos. La rueda, que se estrecha constantemente, empieza a pinchar hasta los nervios y la víctima, desmayada por el exceso de los dolores, ya no tiene fuerzas para hacerse oír, cuando Saint-Fond, agotado de horror y de crueldades, pierde al fin su semen en el soberbio culo de Palmire, acariciando el de Delcour, manoseando el mío, el de Montalme y considerando, bajo la fatal rueda, a uno de los criados, que sodomizaba a Blaisine, y fustigado por Délie, que le chupa la boca para apresurar su descarga.

Los gritos, el desorden, las blasfemias de Saint-Fond, todo fue terrible; lo llevamos, casi sin conocimiento, a la cama, donde todavía quiso que yo pasase la noche a su lado.

Este insigne libertino, tan tranquilo como si acabase de hacer la acción más loable, durmió diez horas sin despertarse, y sin la más mínima señal de agitación. Entonces fue cuando me convencí completamente de que es fácil crearse una conciencia análoga a las opiniones de uno y que, después de este primer esfuerzo, está permitido llegar a cualquier cosa. ¡Oh amigos míos!, no lo dudemos, aquel que ha sabido extinguir en su corazón toda idea de Dios y de religión, al que su oro o su crédito ponen por encima de las leyes, que ha sabido endurecer su conciencia, plegarla a sus opiniones, desterrar para siempre los remordimientos, ése, digo, estad seguros, hará siempre lo que quiera sin temer nada.

El ministro, al despertarse, me preguntó si no era verdad que él era el mayor criminal de la tierra. Sabiendo el placer que le daría respondiendo un sí, no lo pensé demasiado y me abstuve de contradecirle.

-¿Qué quieres, ángel mío? -me dice-, ¿es culpa mía si soy así y si la naturaleza me ha dado el gusto más irresistible por el vicio y ni una inclinación a la virtud? Por lo tanto, ¿no es verdad que la sirvo igual de bien que aquel al que su mano imprimió el amor por las buenas acciones? Sería la mayor de todas las extravagancias el resistirse a las intenciones de la naturaleza acerca de nosotros: soy la planta venenosa que hizo nacer al pie del bálsamo; no estoy disgustado de mi existencia, como no estaría orgulloso de la del hombre virtuoso: y desde que es preciso que todo esté mezclado en la tierra, ¿no es igual estar en una clase o en otra? Imítame, Juliette (11), tus inclinaciones te llevan a eso; que ninguna acción criminal te asuste; la más atroz es la que más gusta a la naturaleza: el único culpable es el que se resiste; no lo seas de esta manera. Deja, hija mía, deja que la gente fría diga que es necesario que la honradez y el pudor acompañen los placeres del goce; desgraciado el que quiera gustarlos de esta manera: nunca los conocerá. Esos tipos de placer no pueden ser deliciosos más que en tanto se franquea todo para degustarlos; la prueba de ello es que sólo empiezan a ser tales con la ruptura de algún freno; si se rompe uno más, la excitación será más violenta y necesariamente de esta forma, de gradación en gradación, no se llegará realmente al verdadero fin de estos tipos de placeres más que llevando el extravío de los sentidos hasta los últimos límites de las facultades de nuestro ser, de tal forma que la irritación de nuestros nervios experimente un grado de violencia tan prodigioso que estén como trastornados, como crispados en toda su extensión. El que quiere conocer toda la fuerza, toda la magia de los placeres de la lubricidad, debe con-

vencerse de que sólo recibiendo o produciendo sobre el sistema nervioso la mayor sacudida posible, logrará procurarse una embriaguez tal como la que le es necesaria para gozar bien; porque el placer no es más que el choque de los átomos voluptuosos, o emanados de objetos voluptuosos, que encienden las partículas eléctricas que circulan en la concavidad de nuestros nervios. Por consiguiente, para que el placer sea completo, es preciso que el choque sea lo más violento posible: pero la naturaleza de esta sensación es tan delicada, que cualquier cosa la turba o la destruye; por lo tanto, es preciso que la mente esté preparada, que esté tranquila, que, por nuestros sistemas o nuestra posición, se encuentre en un equilibrio tranquilo y feliz, que sea, entonces, al fuego de la imaginación donde se encienda el hogar de los sentidos. Desde ese momento, dad pleno curso a esa imaginación, no le neguéis ningún extravío, y procurad, no solamente concederle todo, sino ponerla en condiciones, por vuestra filosofía y sobre todo por el endurecimiento de vuestro corazón y de vuestra conciencia, de poder forjarse, crearse nuevas quimeras, las cuales, al alimentar los átomos voluptuosos, las hagan chocar con más fuerza sobre las moléculas que deben realizar la sacudida, y preparen de esta manera a vuestros sentidos un tipo de voluptuosidad para cada uno de ellos. Según esto, Juliette, puedes ver cuántos obstáculos aportaría a tu delirio un espíritu sujeto a las limitaciones de la honradez o de la virtud: serían como hielos echados al fuego, como cadenas, como trabas que pondríaís a un corcel joven que no pidiese más que lanzarse a la carrera.

(11) Mujeres lúbricas y arrebatadas, leed con atención estos consejos; se dirigen a vosotras como a Juliette, y si tenéis inteligencia, debéis extraer como ella el mayor partido de ellos. El más ardiente deseo de vuestra felicidad nos los sugiere; no llegaréis nunca a ésa felicidad por la que nos esforzamos al dirigiros esto, no, nunca la alcanzaréis si estos sabios avisos no se convierten en la única base de vuestra conducta.

Sin duda, la religión es el primero de todos los frenos que hay que romper en semejante caso, puesto que es, para el que la adopta, una fuente constante de remordimientos. Pero no hay más que la mitad de trabajo hecho, cuando sólo se han derribado los altares de un Dios fantástico; esta operación es la más fácil y no hace falta ni mucha inteligencia, ni mucha fuerza para destruir las repugnantes quimeras de la religión, ya que no hay ninguna que pueda soportar un análisis. Pero, una vez más, Juliette, esto no es todo; hay una infinidad de otros deberes, de otras convenciones sociales, de otras barreras, que se te opondrán en seguida, si tu espíritu, tan fogoso como independiente, no hace del enfrenamiento a todo una ley: igualmente sujeta por esos despreciables diques, pronto sentirás en tus placeres una constricción igual a la que siente el devoto. Si, al contrario, lo has desechado todo para alcanzar el placer, y tu conciencia, bien tranquila sobre todos los puntos, no viene ya a presentarte los tristes agujones del remordimiento, sin duda, en este caso, tu goce será de los más vivos y más completos que pueda conceder la naturaleza, y tu extravío será tal que tus facultades físicas apenas tendrán suficiente fuerza para soportar su exceso. Sin embargo, no esperes que serás tan feliz al comenzar como puedes llegar a serlo un día: a pesar de lo que puedas hacer, todavía vendrán a turbarte los prejuicios, en razón de la magnitud de los frenos que hayas roto: fatales efectos de la educación, que sólo pueden remediar una profunda reflexión, una perseverancia constante, y sobre todo costumbres muy arraigadas. Pero, poco a poco, tu espíritu se fortalecerá; la costumbre, esa segunda naturaleza que con frecuencia llega a ser más poderosa que la

primera, que llega hasta destruir los mismos principios naturales que parecen los más sagrados, esa costumbre esencial para el vicio, que no dejo de aconsejarte, y de la cual depende todo para tu felicidad en la carrera que adoptas, esa costumbre, digo, ¡destruirá el remordimiento, hará callar a la conciencia, se reirá de la voz del corazón, y entonces verás cómo te parecen diferentes todos los objetos! Sorpréndete tú misma de la fragilidad de los lazos que te habían retenido, lamentarás los días en que, estúpida encadenada por estos nudos, pudiste resistirte a los placeres; y aunque algunos vanos obstáculos tengan que turbar tu felicidad, el encanto de haberla conocido, y los divinos suspiros que te dará transformarán para siempre en flores las espinas con que hubiesen querido sembrarla. Ahora bien, en la posición en que te pongo, con la seguridad que te doy ¿qué espinas podrías temer? Reflexiona un momento sobre tu deliciosa situación; y si la incertidumbre de la impunidad presta al crimen sus más divinos atractivos, ¿quién mejor que tú en el mundo podrá gozar deliciosamente? Echa una mirada a tus otros goces: dieciocho años, la mejor salud, el rostro más bonito, el porte más noble, graciosa como un ángel, un temperamento de Mesalina, nadando en oro y en la opulencia, un crédito seguro, ningún freno, ninguna cadena, ni padres, amigos que te adoran... y ¿podrías temer a las leyes? ¡Ah!, deja de temer que su espada se atreva alguna vez a alcanzarte; si un día se elevase sobre tu cabeza, oponle tus encantos Juliette; sustituye esa languidez que te cautiva en el seno de las voluptuosidad es, por esas toletes llenas de arte que, aumentando todas tus gracias, encadenan a tus pies todos los corazones; réalzate y el universo de rodillas apartaría al momento todo lo que pudiese derribar o manchar a su más querido ídolo; entonces, el mismo Amor te serviría de égida, inflamaría todos los corazones y sólo encontrarías amantes que harían que otros tuviesen que temer a los jueces. Le corresponde al ser aislado... sin fortuna...-sin apoyo... sin consideración, temblar bajo esos frenos populares: sólo están hechos para él. Pero tú, Juliette. ¡ah!, cambia la naturaleza entera... ¡trastorna, destruye, arranca! El mundo adoraré su divinidad en ti, cuando dejes caer sobre él algunas bondades, te temerá si lo aplastas, pero siempre serás su dios.

Entrégate, Juliette, entrégate sin temor a la impetuosidad de tus gustos, a la sabia irregularidad de tus caprichos, a la fogosidad ardiente de tus deseos; caliéntame con tus extravíos, embriégame con tus placeres; sólo a ellos ten siempre por guía y por ley; que tu voluptuosa imaginación dé variedad a nuestros desórdenes; sólo multiplicándolos alcanzaremos la felicidad; naturalmente inconstante y ligera, nunca colma con sus dones más que a aquel que sabe encadenarla: nunca pierdas de vista que toda la felicidad del hombre reside en su imaginación, que no la puede pretender más que sirviendo todos sus caprichos. El más afortunado de los seres es aquel que más medios tiene de satisfacer todos los extravíos que ella inspira: ten muchachas, hombres, niños; haz revertir sobre todo lo que te rodee la suave lascivia de tu alma de fuego; todo lo que deleita es bueno, todo lo que excita está en la naturaleza. ¿No ves al astro que nos ilumina secar y vivificar alternativamente? Imítalo en tus extravíos, como se te pinta en tus hermosos ojos. Sigue la conducta de Mesalina y de Teodora; ten, como estas célebres putas de la antigüedad, serrillos de todos los sexos donde puedas ir a zambullirte cómodamente en un océano de impureza. Revuélcate en el lodo y en la infamia: que todo lo más sucio y más execrable que haya, lo más cínico y más indignante, más vergonzoso y más criminal, más contra la naturaleza, contra las leyes y la religión, sea por eso sólo lo que te complazca más. Mancilla a tu placer todas las partes de tu hermoso cuerpo; recuerda que no hay una sola donde no pueda tener un templo la lubricidad y donde los goces más divinos serán siempre aquéllos

que creías que irritaban a la naturaleza. Cuando los odiosos excesos del libertinaje, cuando las bajezas más depravadas, cuando los actos más indignantes comiencen a deslizarse en tus nervios, reanímate por medio de crueldades: que las fechorías más terribles, que las atrocidades más indignantes, que los crímenes menos imaginables, que los horrores más gratuitos, que los desvíos más monstruosos saquen a tu alma del letargo en que te habrá dejado el libertinaje. Recuerda que toda la naturaleza te pertenece, que todo lo que ella nos deja hacer está permitido y que ha sido bastante hábil, al crearnos, para quitarnos los medios de turbarla. Entonces, sentirás que el Amor cambia algunas veces sus flechas en puñales y que los insultos del desgraciado que atormentamos valen a menudo más, para hacer excitar, que todos los discursos galantes de Cíteres.

Extrañamente halagada por estos discursos, me atreví a hacer comprender a Saint-Fond que todo lo que yo temía era perder sus bondades.

-Juliette -me dice-, no duraría mucho si yo fuese tu amante, porque los favores de una mujer, por muy hermosa que pueda ser, no podrían atarme durante mucho tiempo. Aquel que tiene por principio que el momento en que se acaba de fornicar a una mujer es el más esencial para separarse de ella, debe ciertamente, si él no es más que amante, hacer entrever lo que tú temes; pero, Juliette, lo sabes, estoy lejos de esta anodina persona: unidos ambos por semejanza de gustos, de espíritu y de interés, no veo nuestras cadenas más que como las del egoísmo y éstas cautivan siempre. ¿Te aconsejaría que fornicases si fuese tu amante? No, no, Juliette, no lo soy, y nunca lo seré. Por lo tanto, no temas mi inconstancia; si alguna vez llego a abandonarte, serás tú la única causante; sigue conduciéndote bien, sirve siempre mis placeres con actividad; que cada momento me haga ver en ti nuevos vicios; internamente lleva la sumisión conmigo hasta la bajeza; cuanto más te arrastres a mis pies, más te haré reinar sobre los otros por medio del orgullo; sobre todo, que ninguna debilidad, que ningún remordimiento, sea lo que sea que exija de ti, se muestre nunca a mi vista y te haré la más feliz de las mujeres, como tú me habrás hecho el más afortunado de los hombres.

- ¡Oh mi dueño! -le digo-, recordad que sólo quiero reinar sobre el universo para traerlos su homenaje a vuestros pies.

A continuación entramos en algunos detalles. Estaba desolado por no haber podido hacer sufrir a su sobrina el suplicio de la rueda; sin la necesidad de quitarle la cabeza, lo hubiese hecho infaliblemente. Esto le llevó a alabar grandemente a Delcour.

-Está lleno de imaginación -me dice-, por otra parte joven y vigoroso y te agradezco mucho que hayas deseado su miembro. Por mi parte -continuó Saint -Fond-, lo fornico siempre con placer. Ya he observado que cuando se ha fornicado a un hombre desde muy joven, se le sigue jodiendo con placer a los cuarenta años. Mira cómo nos parecemos, Juliette: el oficio que hace sabe excitar tu cabeza como la mía y, sin su profesión, nunca habríamos pensado en él ninguno de los dos.

-¿Habéis tenido a mucha gente de ésta? -pregunté a Saint-Fond .

-Durante cinco o seis años tuve esta manía -me respondió- y recorrí las provincias para tenerlos; sus ayudantes, sobre todo, me excitaban infinitamente la imaginación: nadie se figura lo que es tener el miembro de un ayudante de verdugo en el culo. Los sustituí por

muchachos carniceros y me gustaba cuando, llenos de sangre, venían a sodomizarme dos horas.

-Comprendo todos esos gustos -dije a Saint-Fond. - ¡Ah!, puedes estar segura, querida, se precisan la infamia y la depravación para todo eso; y la lujuria no es nada si la crápula no está en el alma. Pero, a propósito, -continuó el ministro-, hay una de tus zorras que me excita increíblemente los nervios... esa bonita rubia, la que, creo, obtuvo mi último semen.

-¿Palmire?

-Sí, así es como la oí llamar. Tiene el más hermoso culo, el más estrecho, el más caliente... ¿Cómo has conseguido a esa muchacha?

-Trabajaba en una tienda de modas; apenas tenía los dieciocho años cuando me apoderé de ella... y nueva como el niño que sale del seno de su madre; es huérfana, su nacimiento es bueno, no depende más que de una vieja tía que me la recomendó mucho.

-¿La amáis, vos Juliette?

-No amo nada, Saint-Fond, no tengo más que caprichos.

-Me parece que esa bonita criatura tiene absolutamente todo lo que es preciso para hacer de ella una deliciosa víctima: muy hermosa, interesante cuando llora, un bonito tono de voz, al pelo más hermoso del mundo, un culo sublime y una asombrosa frescura... Mira, Juliette, mira cómo se me pone tiesa con la sola idea de martirizarla.

Y efectivamente yo nunca había visto su miembro tan lleno de cólera; me apoderé de él, lo excité muy ligeramente.

-Pero si me la apropio -continuó-, te la pagaré mejor que cualquier otra, puesto que la deseo.

-¿Acaso esa sola palabra no es una orden para mí? ¿Queréis que entre al instante?

-Sí, porque únicamente me excito con ella.

En el momento en que Palmire apareció, Saint-Fond, saltando de la cama, se envuelve en un camisón y, agarrando con brusquedad a esta muchacha, pasa con ella a un gabinete separado. La sesión fue larga; oí los gritos de Palmire. Al cabo de una hora, volvieron ambos. Como le había hecho dejar sus ropas antes de llevarla a ese lugar secreto, me fue fácil, al verla volver desnuda, reconocer hasta qué punto había sido maltratada; y aunque no hubiese visto lo demás, sus lágrimas que corrían todavía me lo hubieran probado. Pero su pecho y sus nalgas llevaban emblemas tan recientes de las vejaciones que acababa hacerle sentir Sant-Fond, que era imposible dudar.

Juliette -me dice, apareciendo muy excitado por lo que acababa de hacer-, es una gran desgracia para mí estar tan acuciado de tiempo como lo estoy; es preciso que esas cabezas estén en el gabinete de la reina en cinco horas y no puedo entregarme hoy al deseo que tengo de divertirme con esta muchacha. Escuchad lo que voy a deciros: me la presentaréis pasado mañana en la comida de las tres vírgenes; hasta entonces, que esté encerrada en el más oscuro y más seguro de vuestros calabozos; os prohibo que le deis de comer, y os ordeno que la encadenéis tan fuertemente a la pared, que no pueda ni moverse ni sentarse. No le hagáis ninguna pregunta sobre lo que acaba de ocurrir; sin duda, tengo

razones para que lo ignoréis, puesto que os lo oculto. Os la pagaré al doble de lo que os doy por las otras. Adiós.

Con estas palabras, se lanzó a su coche con Delcour y la caja con las tres cabezas, dejándome en un estado de agitación que difícilmente podría explicar.

Amaba a Palmire. Entregarla a ese antropófago me costaba mucho: pero, ¿cómo desobedecer? Sin atreverme siquiera a decirle una sola palabra, la hice echar don de Saint-Fond quería que estuviese; y apenas estuvo allí, vinieron a combatirme dos sentimientos. El primero fue el deseo de salvar a esta muchacha, de la que todavía faltaba mucho para que estuviese cansada; el segundo tenía por origen la mayor curiosidad por saber cuál era esa extraña fantasía a la que se entregaba Saint-Fond con las mujeres contra las que pronunciaba la última palabra. Cediendo a este segundo deseo, iba a bajar, para preguntarle, a la puerta de su prisión, cuando me anunciaron a Mme. de Clairwil. Informada por el ministro de que estaría en el campo a la hora de la cena, venía a rogarme y a recogerme para volver juntas a ver un ballet encantador en la Opera. Abracé vivamente a mi amiga; le conté todo lo que acabábamos de hacer; no le oculté las locuras a las que me había entregado antes de la llegada del ministro, ni todas las que las habían seguido. La amable criatura encontró todo delicioso y me felicitó por los progresos que yo empezaba a hacer en el crimen. Cuando llegué a la aventura de Palmire:

Juliette -me dice-, guárdate de sustraérsela al ministro y todavía más de profundizar en su misteriosa pasión. Piensa que tu suerte depende de este hombre y el placer que tendrías, bien de descubrir su secreto, bien de conservar los días de tu zorra, no te consolaría nunca de las penas que infaliblemente resultarían de ello.

Encontrarás doscientas muchachas que valgan más que ésta; y respecto al secreto de Saint-Fond, una infamia de más o de menos en tu cabeza no te hará más feliz. Cenemos, corazón mío, y larguémonos pronto, eso te distraerá.

A las seis estábamos en el coche Clairwil, Elvire, Montalme y yo; seis caballos ingleses hendían el aire, y hubiésemos llegado con toda seguridad a la obertura del ballet, cuando a la altura del pueblo de Arcueil somos detenidas por cuatro hombres, pistola en mano. Era de noche. Nuestros lacayos, afeminados, flojos y apoltronados, huyeron con toda la rapidez que les fue posible, y nos quedamos solas con los dos conductores de nuestros caballos, presas de los cuatro hombres enmascarados que nos detenían.

Clairwil, a la que nada en el mundo asustaba, preguntó imperiosamente, al hombre que parecía ser el jefe, en razón de qué actuaba de aquella manera: por toda res puesta, nuestros desconocidos, dando la vuelta a nuestro coche, obligan a nuestra gente a bajar en Arcueil, y a continuación a subir a la altura de Cachan, donde siguieron un camino estrecho que nos llevó á un castillo muy solitario. El coche entra; las puertas se cierran, incluso oímos que las atrancan por dentro; entonces, uno de nuestros conductores nos abre la puerta del coche y, sin decir una sola palabra, nos ofrece la mano para descender.

Extrañamente asustada por esta misteriosa aventura, confieso que mis rodillas flaquearon al bajar de la carroza: poco faltó para que me desmayase; mis mujeres no estaban más tranquilas que yo; únicamente Clairwil, siempre descarada, andaba a la cabeza de nosotras y nos animaba. Tres de nuestros raptos desaparecieron y el jefe nos introdujo en un

salón bastante bien iluminado. El primer objeto que nos llamó la atención fue un viejo en llantos, rodeado de dos jóvenes muy bonitas que intentaban consolarlo.

-Tienen ante ustedes, señoras -nos dice nuestro conductor-, los desgraciados restos de la familia de Cloris. Ese viejo es el padre del marido, esas dos jóvenes son las hermanas de la esposa, y nosotros somos los hermanos del esposo. El jefe de esta casa, su mujer y su hija, al haber caído injustamente en desgracia ante la reina, y más desgraciadamente todavía ante el ministro, quien, sin embargo, les debe todo, al haber desaparecido ayer estas tres respetables personas, digo, la celeridad de nuestras pesquisas nos ha convencido de que estas víctimas están detenidas o muertas en la casa de campo de la que acabáis de salir. Perteneceis al ministro; una de ustedes es su amante, lo sabemos: necesitamos o que nos devuelvan a las personas que pedimos o convencernos de su muerte. Hasta tales esclarecimientos, permaneceréis aquí como rehenes. Si hacéis que nos devuelvan a nuestros parientes, seréis libres; si han sido sacrificados, vuestros manes apaciguarán los suyos y los seguiréis a la tumba. Es todo lo que tenemos que deciros; informadnos y actuad.

-Señores -dice la valiente Clairwil-, me parece que vuestro proceder es completamente ilegal bajo todos los aspectos. En primer lugar, ¿es verosímil que dos mujeres, la señora y yo (aquéllas nos sirven), que dos mujeres, digo, estén suficientemente introducidas en los secretos del ministro como para ser informadas de un acontecimiento semejante al que nos referís? ¿Creéis que si las personas que reclamáis hubiesen corrido las desgracias de la corte y la justicia o el ministro hubiesen sido obligados a obrar con severidad, creéis, de buena fe, que nos hubiesen hecho testigos de semejante ejecución?, ¿y el tiempo que hace que estamos en la casa del ministro no os prueba que seguramente durante esos días ha ocurrido el acontecimiento del que nos habláis? Señores, todo lo más que podemos dáros es nuestra palabra de honor, pero no os la ofrecemos a causa de la profunda ignorancia en que estamos respecto a la suerte de los que se está tratando. No, señores, podemos asegurároslo, nunca hemos oído decir nada de ellos y si sois justos y no tenéis nada más que decirnos, devolvemos al momento una libertad que no tenéis el derecho de quitarnos.

-No nos divertiremos en refutaros, señora -respondió nuestro conductor-. Hace cuatro días que una de ustedes estaba en ese campo, la otra ha llegado hoy a cenar. Hace igualmente cuatro días que la familia Cloris estaba en la misma casa: por lo tanto, una de ustedes está en perfectas condiciones de responder a las preguntas que se os han hecho y no saldrán de aquí hasta que estemos perfectamente informados.

Entonces, los otros tres caballeros aparecieron y dijeron que, puesto que no queríamos hablar de buen grado, había medios para hacernos explicar a la fuerza.

-Me opongo, hijos míos dice el viejo-, no habrá aquí ninguna violencia; detestamos los medios que tienen nuestros enemigos para hacer el mal y nunca los imitamos. Solamente rogaremos a estas damas que escriban al ministro para que se presente en esta casa; y su billete estará escrito de forma que le haga creer que sólo son ellas las que lo solicitan para un asunto de la mayor importancia. Vendrá; nosotros lo interrogaremos; tendrá que decir dónde está mi hijo, dónde está mi hija: esta mano, sin eso, por muy temblorosa que esté, sabrá encontrar la energía necesaria para clavarle un puñal en el pecho... ¡Pérfidos abusos de la tiranía!... ¡Funestos peligros del despotismo! ¡Oh pueblo francés!, ¿cuándo te rebelarás contra esos horrores?, ¿cuándo, cansado de la esclavitud y consciente de tu propia

fuerza, levantarás la cabeza por encima de las cadenas con que te rodean los criminales coronados y sabrás devolvarte la libertad a la que te ha destinado la naturaleza?... Que se dé papel a estas damas y que escriban.

-Entreténlos digo en voz baja a Clairwil- y déjame redactar ese billete.

Un asunto de la mayor importancia os llama aquí (hice saber al ministro); seguid al guió que os enviamos y no perdáis ni un minuto.

Enseño la carta, la encuentran bien. Entonces, con un lápiz oculto en mi mano, tengo tiempo, al meterla en el sobre, de insertar prontamente las palabras siguientes:

Estamos perdidas si no acudios con fuerzas; y es por la fuerza como escribimos lo que precede.

Se cierra el paquete, uno de nuestros conductores parte y nos hacen pasar a una habitación alta, donde nos encierran cuidadosamente, con un guardia permanente en nuestra puerta.

En cuanto estuve sola con Clairwil, le doy parte de lo que había añadido al billete.

-Eso no basta para tranquilizarme -me dice-, si llega aquí con esa fuerza, somos degolladas en el momento en que estas gentes lo vean llegar con ella; preferiría esforzarme en seducir a nuestro guardia.

-Eso es imposible -respondí-, estos no son pícaros asalariados; ligados todos por el sentimiento del honor, con tal de que no lo estén por el de la sangre, puedes comprender que nada en el mundo les hará renunciar al fatal proyecto de venganza. ¡Ah! Clairwil, no debo de estar todavía muy firme en nuestros principios, porque temo que una fatalidad cualquiera, a la que puedes dar el nombre que quieras, haga triunfar al fin a la virtud.

-¡Nunca! ¡Nunca!, el triunfo siempre pertenece a la fuerza, y nada posee tanta como el crimen; no te perdono esta debilidad.

-Es que este es el primer contratiempo que encuentro.

-Es el segundo, Juliette: recuerda mejor las circunstancias de tu vida y acuérdate de que la fortuna no te cubrió con sus favores más que al salir de una prisión que debía llevarte a la horca.

-Eso es verdad; esta anécdota olvidada me devuelve mi valor; tengamos paciencia.

Nada en el mundo podía apagar en esta mujer singular los fuegos del libertinaje por los que estaba devorada. ¿Lo podéis creer? No había más que una cama en la habitación donde nos habían relegado: me propuso que nos echásemos allí las cuatro y que nos masturbásemos hasta la llegada de Saint-Fond. Pero al no encontrar ni a mis mujeres ni a mí en disposición bastante tranquila para aceptar sus extravagancias, esperamos charlando el resultado de esta funesta aventura.

El Sr. de Saint-Fond vio, como Clairwil, el inconveniente de hacer atacar el castillo por la fuerza mientras nosotras estuviésemos allí: el engaño le pareció preferible; y este fue el que utilizó antes de llegar a medios violentos.

El expreso que habíamos enviado volvió con dos jóvenes desconocidos para nosotras. Y este era el contenido del billete que traían al viejo:

Un hombre galante no debe retener a mujeres por un asunto que sólo es cosa de hombres: entregad a las que injustamente detenéis. Os envió a mi primo hermano y mi sobrino como rehenes; creed que tengo más interés en quitároslos de vuestras manos que a las mujeres que están en depósito en vuestra casa. Por otra parte, estad totalmente tranquilo sobre la suerte de las personas que os interesan; es cierto que están detenidas, pero en mi casa; y soy yo quien os responde de ellas: estarán en vuestros brazos dentro de tres días. Una vez más, quedaos con mis parientes y enviad alas mujeres; yo mismo estaré en vuestra casa dentro de cuatro horas.

La mayor presencia de ánimo nos sirvió aquí. El billete apenas había sido leído delante de nosotras, cuando ya adivinamos.

¿Conocéis a estos señores? nos preguntó el viejo.

-Claro -respondí-, son los parientes del ministro; si se ofrecen a quedarse por nosotras, esto rehenes, me parece, deben bastaros.

Se deliberaba sobre nuestra libertad, cuando, uno de nuestros ladrones, tomando la palabra:

-Esto puede ser una trampa -exclamó-, me opongo a la partida de las mujeres: quedémonos con todos, son dos rehenes más.

Se llegó a esta opinión y los imbéciles (porque está dicho que es preciso que la virtud haga constantemente estupideces), los estúpidos animales, nos pusieron a todos en la misma habitación.

Tranquilizaos, señoras -nos dice en seguida uno de los pretendidos parientes del ministro-, veis cuál ha sido la índole del engaño del Sr. de Saint-Fond. El no dudaba de que quizás no tuviese éxito: no importa -ha dicho-, de todos modos les envió defensores y les dirán, como podemos afirmar, que toda la policía de París, de la que somos miembros, asedia el castillo dentro de dos horas. Estad tranquilas, estamos bien armados, y si esta buena gente quiere, al verse engañada, emprender algo contra nosotros, estad seguras de que os defenderemos.

-Todo mi temor -dice Clairwil- está en que esos animales, al ver la tontería que han hecho en reunirnos, vengán a separarnos para quitarnos todos nuestros recursos.

-No hay más que --digo infinitamente más tranquila- unirnos de manera que seamos inseparables.

-¿Cómo -dice Clairwil-, tú que temblabas hace un momento en una situación más o menos parecida, te atreves ahora a tener ideas?

-Es que estoy tranquila -repliqué- y porque realmente estos dos jóvenes son muy guapos.

Uno de ellos, llamado Pauli, tenía efectivamente veintitrés años y el rostro más dulce, más delicado que fuese posible ver; el otro tenía dos años más, el aire menos afeminado pero digno de ser pintado y el más hermoso miembro.

-Vamos -dice Clairwil-, estos señores permitirán que dispongamos de ellos. Antes de saber lo que piensan, aquí está, me parece, lo que hace falta para que todo esto se solucione.

A estas palabras, besamos simultáneamente a nuestros guardianes con tanto ardor, que la respuesta que tenían que darnos se pintó pronto en sus ojos.

-Sí -siguió Clairwil-, puesto que su consentimiento es tan formal, así es cómo tiene que ocurrir todo. Pauli va a fornicarte, Juliette; yo me lo haré dar por La noche; en cuanto las dos estemos encoñadas, Elvire me excitará el clítoris con una mano, el agujero del culo con la otra; Montalme te hará otro tanto. Ambas, al alcance de ser manoseadas por nuestros fornicadores, les presentarán todo lo que llevan; verás cómo, frotadas más fuerte, ganaremos a esta infidelidad: todas las mujeres voluptuosas deberían permitirse cosas semejantes, pronto se darían cuenta del provecho que obtendrían. Sin embargo, constantemente atentas las dos a las sensaciones experimentadas por nuestros jóvenes fornicadores, en cuanto los vean a punto de descargar, cogerán sus miembros y nos los meterán en seguida en el culo, para que el semen sólo se descargue ahí; en cuanto hayan descargado los dos, cambiaremos de hombre y de mujer. Pero, colocadas las dos una junto a la otra, sólo nos ocuparemos de nosotras; nos besaremos, nos lengüetearemos, amor mío, y consideraremos -me añadió muy bajo- a estos viles seres que trabajarán para darnos placer como esclavos pagados por nuestras pasiones y que la naturaleza nos somete.

-Así es -digo-, no comprendo que nos pudiésemos excitar con otra idea.

Y en un momento estábamos las dos sobre la cama, con las faldas remangadas hasta por encima del vientre. Nuestras ayudantes se apoderan primero de los instrumentos, nos los preparan, nos los muestran y los engullimos pronto en nuestros coños anhelantes. Si Clairwil era vigorosamente fornicada por Laroche, ciertamente, yo no podía quejarme de Pauli; su miembro no era exactamente tan gordo como el de su camarada, pero era muy largo y yo lo sentía en el fondo de mi matriz; divinamente excitada además por Montalme, voluptuosamente besada por mi amiga, ambas habíamos descargado ya dos veces cuando el cambio de mano ejecutado por Montalme con toda la rapidez posible, me advirtió de la crisis de mi joven amante, cuyos ríos de semen me inundan el culo de la forma más deliciosa. La hábil Montalme, mientras tanto, sustituía con tres dedos reunidos lo que mi coño acababa de perder y continuaba excitándome el clítoris. Una *blasfemia*, bien asentada por mi amiga, me previno de que ella sentía lo mismo; y los chorros de esperma tan abundantes no nos inundaron las entrañas hasta la tercera eyaculación.

-Cambiemos dice Clairwil-, prueba a Laroche, voy a coger a Pauli.

Jóvenes y vigorosos los dos, nuestros atletas ni siquiera nos piden un respiro y heme aquí fornicada por uno de los más hermosos miembros posibles.

Fue durante esta segunda carrera cuando Clairwil, siempre inclinada sobre mí, siempre lengüeteándome y ocupándose sólo de mí, convino que su abominable cabeza le aconsejaba una infamia.

-¡Oh joder! -le digo-, apresurémonos a ejecutarla, porque los horrores me gustan infinitamente.

-No, quiero sorprenderte -dice Clairwil-... Conténtate con saber solamente que esta extraña idea es la única causa del semen que pierdo en tus brazos.

Y la pícara partió con convulsiones y brincos con los que seguramente su fornicador no se habría calentado como lo hizo si hubiese adivinado la causa. Vuelta en sí y con Pauli dentro:

-Escucha -me dice muy bajo-, veo que de todos modos tengo que informarte, porque sin eso no podrías secundar mis proyectos. Va a haber un ataque; nos defenderemos. Pidamos armas a estos jóvenes, y para agradecerles todos los servicios que nos prestan, volémosles el cerebro durante la batalla. Este asesinato pasará a la cuenta de nuestros enemigos y Saint-Fond, más convencido de los peligros que habrás corrido, te concederá sin duda una mayor recompensa.

-¡Oh!, ¡jodida zorra! -digo a Clairwil, descargando yo misma como una puta ante esta idea-, ¡oh!, ¡santo Dios!, ¡cómo me inflama este proyecto!

Y durante este tiempo yo inundaba el miembro de Laroche, quien, viéndose a punto de imitarme, hizo su cambio en el mismo instante de mi descarga, lo que me sumergió en un delirio que me sería imposible pintaros, sin que haya nada tan delicioso, lo afirmo, como el sentir un miembro penetrar en el culo de uno en el mismo momento en que se descarga. El ruido que oímos en ese instante nos hizo saltar de la cama.

-Ahí están --dice Clairwil-, dadnos pistolas, hijos míos, para que podamos defendernos.

-Aquí las tenéis -dice Laroche-, hay tres balas en cada una.

-Bien -dice Clairwil-, estad seguros de que pronto estarán en el corazón de alguien.

El ruido aumenta y se hace oír a la vez en todas partes del castillo: " ¡A las armas!" exclaman.

-Vamos -dice Laroche-, empecemos ahora; que estas damas se coloquen en grupo detrás de nosotros, nosotros las serviremos de muralla.

Era el momento; nuestros raptos, forzados ya en la parte baja del castillo por el destacamento enviado de París, se retiraban hacia donde nosotros estábamos, con el deseo de degollarnos antes de rendirse; pero desgraciadamente, seguidos desde demasiado cerca, no pudieron entrar más que mezclados con nuestros liberadores. Se hizo un fuego terrible al forzar nuestra habitación. Colocadas detrás de los que nos defienden, este es el momento que elegimos para liberarnos del peso de la gratitud. Caen llenos de sangre a nuestros pies, y nuestros sexos estaban todavía cubiertos del semen de aquellos a los que nuestra inicua maldad arrancaba tan cruelmente de la vida. Podéis imaginar fácilmente que esta acción fue puesta en la cuenta de nuestros enemigos, a quienes apuñalaron en seguida los oficiales del destacamento para vengar a sus camaradas. El viejo y las mujeres jóvenes, que quedaron solos, fueron metidos en un coche y bajo una buena vigilancia conducidos a la Bastilla; el resto del destacamento, habiendo hecho preparar nuestro coche, nos escoltó hasta mi casa, donde exigí a Clairwil que no me abandonase hasta después de comer.

Apenas habíamos llegado, cuando nos anunciaron a Saint-Fond.

-¿Le confesaremos nuestro pequeño horror? -digo con prontitud a mi amiga.

-No -me respondió-, hay que hacerlo todo y nunca decir nada.

-El ministro entró, le agradecemos infinitamente los cuidados que se había tomado. A su vez, nos dio excusas de que un asunto personal suyo nos hubiese comprometido hasta ese punto.

Hay ocho o diez hombres muertos -nos dice-, entre otros los dos jóvenes que os había enviado, los únicos que lamento.

-¡Ah! ¡Ah! -dice Clairwil-, sin duda tiene que haber razones para eso.

-Sí, los jodía a ambos desde hace bastante tiempo. -¿Y es Saint-Fond -dice Clairwil- el que lamenta un objeto fornicado?

-No: eran hábiles, me servían a las mil maravillas en todas mis operaciones misteriosas.

- ¡Oh!, os los sustituiremos -digo a Saint-Fond, haciéndole que se sentase a la mesa;- dejemos las desgracias y hablemos de vuestros éxitos.

Durante la comida, la conversación giró, como de costumbre, sobre materias de filosofía, y como el ministro tenía cosas que hacer y nosotras estábamos extremadamente cansadas, nos separamos. En la comida del día siguiente, mi desgraciada Palmire, a quien se envió a buscar unas horas antes a su calabozo, fue sacrificada sin piedad después de mil suplicios más bárbaros y más variados los unos que los otros. Saint-Fond me obligó a estrangularla mientras él la fornicaba el culo. Me la pagó a veinticinco mil francos; y por las descripciones que le hice de todos los peligros de la víspera, me completó el doble.

Pasaron dos meses sin ningún acontecimiento que pueda añadir algún interés a mis escritos. Y acababa de alcanzar mis dieciocho años cuando Saint-Fond, llegando una mañana a mi casa, me dice que había ido a ver a las dos hermanas de Mme. de Cloris a la Bastilla, que las había encontrado a las dos mucho más bonitas que la que habíamos sacrificado, pero que la más pequeña, sobre todo, que era de mi edad, era una de las muchachas más hermosas que fuese posible ver.

- ¡Y bien! digo--, ¿será una partida de placer?

-Claro -me respondió.

-¿Y el viejo?

-Caldo de cultivo.

¡Sí, pero son tres prisioneros menos: ¿y el gobernador, que no vive más que de eso?

- ¡Oh!, las sustituciones son fáciles. En primer lugar, os pido el primer puesto para una pariente de Clairwil que quiere hacerse la mozigata con ella y no la quiere bien, a causa del libertinaje de esta querida amiga. Respecto a los otros dos, me las guardo, y os prometo hacéros las firmar en ocho días. Vamos -dice el ministro, cogiendo una hoja de su agenda-, *la comida del hombre y la salida de las mujeres...* Sal mañana, Juliette, y lleva contigo a Clairwil, es encantadora, llena de imaginación: haremos una escena deliciosa.

-¿Os harán falta hombres y zorras?

-No, las escenas particulares valen algunas veces más que las orgías: más recogidas, se hacen más horrores, y como estamos bien juntos, nos entregamos infinitamente más.

-Pero ¿se necesitarán dos mujeres para ayudar!

-Sí, dos viejas; me las buscarás al menos de sesenta años, es un capricho: hace mucho tiempo que me aseguran que no hay nada para que se ponga tiesa como la decrepitud de la naturaleza; quiero probarlo.

-Le falta algo a todo eso -dice Clairwil, a quien fui en seguida a dar parte de las intenciones del ministro-. Esas jóvenes deben de tener amantes: hay que descubrir los, hacerlos robar e inmolarlos con ellas; hay un millón de detalles voluptuosos que obtener de estas situaciones. Vuelo a casa del ministro; le cuento las ideas de Clairwil; las aprueba; la partida se retrasa ocho días y los amantes son buscados.

Los horrores necesarios para descubrir a estos nuevos individuos fueron voluptuosidades para Saint-Fond. Se presenta en la Bastilla, hace meter en el calabozo a cada una de estas muchachas, él mismo va a interrogarlas, y mezclando hábilmente la esperanza y el temor, utilizándolos alternativamente, logra descubrir que Mlle. Faustine, la más pequeña de las hermanas de Mme. de Cloris, tenía por amante a un joven llamado Dormon, exactamente de la misma edad que ella; y que su hermana, Mlle. Félicité, de veinticinco años, había entregado igualmente su corazón al joven Delnos, uno de los muchachos más hermosos de París y que podía tener dos años más que ella. Cuatro días bastaron para encontrar faltas a estos jóvenes; no se reparaba en detalles en un siglo en el que el abuso del crédito era tal, que los ayudantes de gente de posición hacían ellos mismos encerrar a quien bien les parecía. Estas nuevas víctimas no durmieron más que una noche en la Bastilla; fueron transferidos la noche siguiente a mi casa de campo, adonde las señoritas habían llegado la víspera. Clairwil y yo los habíamos recibido y encerrado a todos, pero por separado; y ninguno de estos prisioneros, aunque bastante cerca los unos de los otros, sospechaba hasta qué punto le interesaba su vecino.

Después de una gran cena, pasamos a un salón donde estaba todo dispuesto para las execraciones proyectadas. Las dos viejas, vestidas de matronas romanas, esperaban trenzando verguetas las órdenes que se les diesen. Antes de empezar nada, atraído por la superioridad del culo de Clairwil, Saint-Fond quiso rendirle homenaje. Inclínada sobre un sofá, la zorra se lo presenta como una mujer hábil; y, mientras que yo le chupo el clítoris, Saint-Fond W introduce al menos seis pulgadas de lengua en el culo.

Saint-Fond estaba en erección; sodomiza a Clairwil, besando mi culo; un momento después me sodomiza a mí, acariciando el voluptuoso culo de Clairwil.

-¡Vamos!, manos a la obra dice Saint-Fond-, descargaré si tardamos; tenéis las dos unos culos a los que no me puedo resistir.

-Saint-Fond -dice Clairwil-, tengo que pedirte dos favores: el primero es que te muestres muy cruel; no te puedes imaginar, querido, hasta qué punto lo estoy siendo yo; el segundo es que me dejes el asesinato de los dos jóvenes. Dar suplicios a los hombres es, lo sabes, mi pasión favorita; tanto como te gusta atormentar a mi sexo, me gusta a mí vejar al tuyo, y voy a gozar martirizando a esos dos guapos muchachos mucho más, quizás de lo que te deleitarás tú masacrando a sus dos amantes.

-Clairwil, sois un monstruo.

-Lo sé, querido, y lo que me humilla es ser sobrepasada cada día por ti.

Al haber deseado Saint-Fond ver en primer lugar solo a cada uno de los cuatro amantes, una de las viejas trajo a Dormon, cuya querida era Faustine, la más pequeña de las hermanas de Mme. de Cloris.

-Joven -le dice Clairwil-, aparecéis aquí ante vuestro amo; pensad que la más completa sumisión y la más escrupulosa verdad deben dirigir vuestra conducta y vuestras respuestas: en sus manos está vuestra vida.

-¡Ay de mí! -respondió humildemente este desgraciado-, no tengo nada que decir, señora; ignoro por completo la causa de mi detención y no puedo comprender por qué fatalidad me encuentro hoy como una víctima de la suerte.

-¿No estabais destinado -le preguntó Clairwil, que lo devoraba con los ojos- a casaros con Faustine?

-Esa unión debía hacer mi felicidad.

-Ignoráis el cruel asunto en el que estaban implicados sus parientes?

- ¡Ay!, señora, sólo les conocía virtudes: ¿podía existir el vicio donde había nacido Faustine?

-¡Ah! digo-, ¡es un héroe de novela!

-Seré siempre amigo de la virtud.

-El entusiasmo que se siente por ella a vuestra edad -dice Clairwil- ha perdido con frecuencia a muchos hombres. Por lo demás, no es de nada de eso de lo que se trata aquí: os hemos hecho venir para informaros de que vuestra Faustine está aquí, y que si queréis abandonarla al goce del ministro, su gracia y la vuestra recompensarán el sacrificio.

-No merezco gracia, puesto que no he cometido crímenes -respondió orgullosamente este joven-. Pero aunque tuviese mil muertes, os declaro que no compraré nunca la vida al precio de la atrocidad que os habéis atrevido a hacerme entrever.

-¡Vamos!, señora, ¡el culo!, ¡el culo!... -exclamó Saint-Fond excitado-, vemos que este granujilla es un testarudo al que sólo con la violencia haremos entrar en razones.

Y, a estas palabras, Clairwil y las dos viejas, se lanzan sobre el joven y lo desnudan y agarrotan en un abrir y cerrar de ojos.

Lo conducen hasta Saint-Fond, que examina detalladamente durante algunos minutos el más bonito culo de hombre que sea posible ver: y ustedes saben, los señores entendidos, que, respecto a estas partes, ustedes lo tienen puesto con frecuencia mejor que nosotras.

- ¡Ah! -dice el desgraciado Dormon, en cuanto ve las infamias a las que está destinado-, ¡me han engañado, estoy en casa de unos monstruos!

-Señor -le dice Clairwil-, pronto se lo probaremos.

Y después de algunos horrores preliminares, se me encargó que trajese a Faustine. Era difícil ser más hermosa, estar mejor hecha, ser más interesante y más dulce; ¡cuántos nuevos atractivos le prestó el pudor, cuando vio la escena en que se la recibía! Creyó desmayarse al ver a su amante objeto de las caricias de Clairwil y de Saint-Fond.

-Tranquilizaos, hermoso ángel -le digo en seguida-: nosotros jodemos, corazón mío, nos zambullimos en la impudicia; vais a mostrar vuestro hermoso culo como nosotros ofrecemos el nuestro y no os encontraréis a disgusto.

-Pero ¿qué significa todo esto?... por favor, ¿dónde estoy?... explicadme...

-Estáis en la casa del ministro, vuestro tío, vuestro amigo; vuestro asunto está en sus manos, y no sabéis cuán grave es lo que os compromete. Sed sumisa y complaciente, monseñor puede solucionarlo todo.

-¿Y Dormon ha podido someterse...?

- ¡Ah! -respondió el desgraciado joven-, soy, como tú, víctima de la fuerza. Pero si el día de la deshonra luce hoy para nosotros, el de la venganza nos consolará quizás pronto.

-Dejemos el heroísmo, joven dice Saint-Fond, aplicando una vigorosa bofetada sobre las descubiertas nalgas de este hermoso hablador-, y esa elocuencia incendiaria servirá más bien para entregar a vuestra amante a todos mis caprichos... y serán violentos a solas con ella... la trataré mal.

Aquí, dos ríos de lágrimas brotan de los soberbios ojos de Faustine, profundos gemidos se hacen oír; el cruel Saint-Fond, con su miembro en la mano, se acerca a mirarla bajo la nariz.

- ¡Oh, joder! -exclamó-, así es como me gustan las mujeres... ¡Que no pueda reducir las a todas a este estado con una sola palabra! Llorad, pequeña, llorad... tomad, llorad sobre mi miembro; sin embargo, no perdáis todas vuestras lágrimas: pronto las necesitaréis para cosas de mayor importancia.

Realmente, no me atrevo a deciros hasta qué punto llevó el ultraje; parecía que su mayor placer fuese insultar a la inocencia e injuriar a la belleza desgraciada. Los reflejos de placer que llegamos a hacer experimentar a esta niña se cambiaron pronto en penas; Saint-Fond enjugó sus lágrimas con su miembro.

La principal pasión de Clairwil no era, como os he dicho, zurrar a las mujeres: ella amaba dar a la naturaleza la salida de sus inclinaciones hacia la crueldad sobre los hombres; pero aunque ella no actuase ¡lo veía con placer!, y cerca de Dormon, al que excitaba, observaba con una curiosidad malvada todos los ultrajes realizados sobre Faustine; incluso los aconsejaba.

-Vamos -dice Saint-Fond-, hay que juntar lo que pronto debía afianzar el himeneo; no soy lo suficientemente cruel -añadió irónicamente- para no ceder al señor una de las dos virginidades de su bonita amante; Clairwil dispón al macho: yo voy a preparar a la hembra. Nunca habría creído, lo confieso, que esta empresa fuese posible. El terror, la pena, la inquietud, las lágrimas, en fin, el terrible estado de estos dos amantes ¿podía permitirles el amor? Sin duda se operó aquí uno de los más grandes milagros de la naturaleza y su fuerza triunfó sobre todos los males de su imaginación: Dormon, arrebatado, fornicó a su amante. Sólo tuvimos que sujetar a ella; sólo en ella, el dolor, superior a todo, no dejó ya acceso al placer; por mucho que hicimos, por más que la excitamos, la regañamos o la acariciamos, su alma no salió ya de la horrible situación en que la sumergía esta aterradora escena; y no obtuvimos de ella más que desesperación y lágrimas...

-La amo más por eso -dice Saint-Fond-: no siento ningún deseo de ver las impresiones del placer sobre el rostro de una mujer, ¡son tan dudosas!; prefiero las del dolor, engañan menos.

Sin embargo, la sangre corre ya, las primicias están recogidas. Por la postura que había dispuesto Clairwil, Dormon tenía a Faustine en sus brazos, absolutamente inclinada sobre él, de manera que por medio de esta postura, la bonita muchachita expusiese las más hermosas nalgas que fuese posible ver.

-Mantenedla en esa postura dice Saint-Fond a una de las viejas-, voy a sodomizarla mientras que se la encoña: es preciso que pierda sus dos virginidades a la vez.

La operación tuvo el mejor de los éxitos, sin embargo, no sin hacer lanzar a la joven los gritos más agudos, a la que jamás había perforado semejante dardo. ¡Ay!, era para ella el funesto día de los dolores. Mientras fornicaba el disoluto manoseaba a las viejas, en tanto que yo acariciaba a Clairwil; el prudente Saint-Fond, avaro de su semen, retiene sus esclusas y pasamos a otras lujurias.

-Joven -dice Saint-Fond-, voy a exigir de vos algo muy extraordinario y que sin duda encontraréis muy bárbaro, pero, aunque puede serlo, estad seguro de que es la única forma de salvar a vuestra amante. Voy a hacerla atar a esa columna, vos os armaréis con este puñado de varas, y le desgarraréis las nalgas.

-¡Monstruo!, ¿puedes proponerme...?

-¿Preferís que la mate? Dadla por muerta si no obedecéis.

-¿Y qué más da? ¡Es preciso que yo no tenga un punto medio entre esa infamia y el dolor de perder lo que amo!

-Porque tú eres aquí el más débil -digo yo-, y por consiguiente debes ceder a cualquier cosa: así pues, realiza lo que se te propone, o tu amante será apuñalada ante tus ojos.

La gran habilidad de Saint-Fond residía en poner siempre a las víctimas en semejante situación, que nunca tuviesen otro partido que tomar más que aquella de las dos desgracias que convenía más a su pérfido libertinaje. Dormon, temblando, ni acepta ni se niega; su silencio habla. Faustine es atada por mí; me doy el gran placer de martirizar las partes delicadas de este hermoso cuerpo con los lazos con que la agarroto; me gusta presentar de esta forma la inocencia a todas las tentativas del crimen; la malvada Clairwil le chupaba la boca entretanto. ¡Qué atractivos para martirizar!... ¡Oh!, cuando el cielo no se arma para defenderlos, es que quiere convencer a los hombres del desprecio que siente por la virtud.

-Tendréis que proceder de esta manera -dice Saint-Fond aplicando diez golpes con toda su fuerza sobre las blancas y rollizas nalgas que le son ofrecidas-. Sí, de esta manera -continuó-, mientras le cimbraba otros diez, cuyas violetas magulladuras contrastaban ya maravillosamente con la blancura de esta piel fina y delicada.

- ¡Oh!, señor, nunca podré...

Y sin embargo, como se redoblan las amenazas, como Clairwil llena de furor exclama que no hay más que desollarlo a él mismo si se resiste y que era preciso que se decidiese a este ligero ultraje o consentir en perder lo que ama, Dormon empieza: ¡pero qué debili-

dad! Es preciso que Saint-Fond sostenga su brazo, que lo dirija. Mi amante se impacienta, un puñal se eleva sobre el seno palpitante de Faustine; Dormon redobla... se desmaya...

-¡Ah, joder! dice Saint-Fond, excitado como un carmelita-, veo que hace falta que la maldad se mezcle en todo esto; el amor no vale nada.

Y dando rienda suelta a su agitación sobre las hermosas nalgas que le son ofrecidas, en menos de un cuarto de hora inunda de sangre el culo de la víctima. Cerca de allí se cometía otro horror: Clairwil, lejos de socorrer a Dormon, ejecuta sobre él todo lo que le sugiere su ferocidad.

-Yo vengo a mi sexo -exclama, y sus manos bárbaras devolvían a Dormon, atado por las viejas, todo lo que Saint-Fond aplicaba a Faustine.

Pronto estuvieron los dos desgraciados amantes en el estado más terrible. Aunque no juzgo a Clairwil, confieso que su crueldad me sorprendió; pero cuando la vi entregarse a execraciones de muy distinta especie, cuando la vi embadurnarse las mejillas con la sangre de su víctima, chuparla, tragarla, alimentarse con ella lúbricamente; cuando la vi frotar su clítoris sobre las sangrantes heridas que hacía a ese desgraciado, cuando la oí que me gritaba: *¡Imítame, Juliette!*... arrastrada por el terrible ejemplo de esta salvaje y, más aún, quizás por mi maldita imaginación, tengo que confesarlo, amigos míos, hice como ella... ¿Qué digo? la superé quizás, quizás encendí su imaginación por fechorías en las que ella no pensaba; pero todo me encendía igualmente: no había ninguna restricción en mi alma perversa y la conmoción recibida en mí, por los dolores que yo imponía, llegaba tanto a canibalizar a un hombre como a martirizar a una mujer.

Saint-Fond no quiso proceder a las grandes expediciones hasta que no apareciese la otra pareja. Se ató a ésta; vino la otra. Delnos y Félicité experimentaron los mismos tratamientos, con la excepción de que las cosas se realizaron en sentido inverso y que en lugar de persuadir al amante a que abandonase a su querida bajo las más terribles amenazas, fue a la querida (pero con tan poco fruto como antes) a la que se persuadió para que abandonase al amante. Félicité era una bonita muchacha de veinte años, un poco menos blanca que su hermana, pero de formas tan agradables y con los ojos más expresivos; mostró más energía que su hermana y Delnos mucha menos que Dormon. Sin embargo, nuestro antropófago, cuando iba a sodomizar a esta segunda muchacha, perdió su semen, a pesar suyo, en el hermoso culo de Delnos, mientras martirizaba los encantadores pechos de Félicité. Tranquilamente sentado ahora, entre Clairwil que lo socratizaba y yo que se lo meneaba, en frente de las dos parejas atadas bajo sus ojos, nos consultaba sobre la suerte de las víctimas.

-Soy el verdugo de toda esta familia -nos decía excitándose-: tres perdieron aquí la cabeza, hice matar a dos en su casa de campo, he hecho envenenar a uno en la Bastilla y espero no fallar con estos cuatro. No conozco nada tan delicioso como este cálculo: se dice que Tiberio se entregaba a él todas las noches; el crimen no sería nada sin sus dulces recuerdos. ¡Oh Clairwil!, ¡a dónde nos arrastran las pasiones! Dime, ángel mío, ¿tendrías la cabeza suficientemente tranquila... por casualidad habrás descargado lo bastante para hacerme unos hermosos discursos sobre eso?

- ¡No, joder!, ¡no, no, santo Dios! ---respondió Clairwil, roja como una bacante- tengo más ganas de actuar que de hablar; un fuego devorador corre por mis venas, necesito horrores, estoy fuera de mí... -

—Cometer infinitas atrocidades es también mi intención dice Saint-Fond-, esas dos parejas me excitan; es inicuo los tormentos que les deseo y que querría verles sufrir.

Y los desgraciados oían todo lo que decíamos; ¡nos veían conspirar contra ellos... y no se morían!

La fatal rueda, inventada por Delcour, estaba ante nuestra vista. Saint-Fond la consideraba malsanamente, y la idea de colocar en ella a alguna víctima lanzó en seguida su miembro hacia arriba. Entonces, el criminal, después de haber explicado bien alto las propiedades de esta infernal máquina, dice que era preciso que las dos mujeres lo echasen a suertes para saber cuál de las dos sería atada a ella. Clairwil combatió este proyecto, asegurando que, puesto que Saint-Fond había visto ya a una muchacha en ella, era preciso que se procurase el placer de ver a un muchacho; pidió la preferencia para Dormon, que le calentaba prodigiosamente la cabeza. Pero Saint-Fond dice que él no quería preferencias; que el honor de perecer el primero, y por semejante suplicio, era bastante grande, y que no se necesitaban más. Se escriben billetes; los jóvenes sacan; Dormon tiene el billete negro.

-Hace mucho tiempo que el cielo satisface mis deseos -dice Clairwil-; ¡no he concebido nunca un crimen que esa execrable quimera, a la que llamáis el Ser supremo, no haya favorecido al momento!

-Besad a vuestra prometida dice mi amante, desatando a Dormon, al que, no obstante le deja las cadenas de las piernas y de los brazos-, besadla, hijo mío, no os perderá ni un solo momento de vista durante vuestra ejecución. Os juro que voy a sodomizarla ante vuestros ojos.

Entonces, arrastrando al joven, según su costumbre, bien encadenado, se encierra con él durante una hora; parecía que en ese momento el libertino confiaba a la víctima un secreto impenetrable y que ésta estaba como encargada de llevarlo al otro mundo.

-¿Pero qué hace allí? dice Clairwil, aburrída de esperar y acercándose a la puerta del gabinete.

-No sé nada -respondí-, pero deseo saberlo con tal ardor que casi tengo ganas de decirle que me sacrifique para enterarme.

Dormon sale; sus carnes llevan las huellas de varias vejaciones crueles; sus nalgas y sus muslos, sobre todo, habían sido violentamente martirizadas: la vergüenza, la rabia, el temor y el dolor se debatían en su frente alterada; la sangre corría de su miembro y de su escroto y sus mejillas, vivamente coloreadas, llevaban la huella de varias bofetadas. En cuanto a Saint-Fond, estaba muy excitado; la barbarie más atroz se pintaba en cada uno de sus rasgos; todavía tenía una mano en el culo de la víctima cuando volvieron.

-¡Vamos, jodido bribón! -le dice Clairwil, regocijándose de verlo aparecer así-, ¡vamos, vamos!, tenemos que empezar... Saint-Fond -prosiguió esta arpía-, no hay suficientes hombres aquí: me gustaría ser prodigiosamente jodida mientras veo expirar a ese pillo.

-Su amante te lo meneará -dice Saint-Fond- y yo te daré mientras por el culo.

-¿Y correrá la sangre sobre nosotros?

-Sin duda...

-Vamos -dice Clairwil-, bésame, jódeme, antes de ir al suplicio.

Y como se resistía un poco, la zorra le frotó la nariz con su culo; a continuación, se le permitió que fuese a besar a su amante que se fundía en lágrimas. Clairwil lo excitaba y Saint-Fond acariciaba el clítoris de la joven; las viejas lo cogen por fin y lo fijan a la rueda fatal. Faustine, tumbada sobre Clairwil, se ve obligada a meneárselo; mi amiga me besa, me acaricia mientras tanto. Saint-Fond da por el culo a Faustine y pronto la sangre nos cubre a los cuatro. La joven no soporta este espantoso espectáculo hasta el final: sofocada por el dolor, expira.

-¡Un momento, un momento! -exclamó Saint-Fond-, creo que la zorra quiere morir sin que sea yo la causa de ello.

Y el villano descarga, diciendo esto, en un cuerpo que ya no existía. Clairwil, cuyas criminales manos amasan los cojones de Delnos, mientras yo pinchaba con puntas de aguja las nalgas de este joven, no puede contenerse ante el espectáculo de Dormon en la rueda y la puta descarga tres veces, profiriendo aullidos semejantes a los de una bestia feroz.

Ya sólo quedaban Félicité y su joven amante.

- ¡Ah, joder! -dice Saint-Fond-, es preciso que el suplicio de esta zorra me compense del otro; y puesto que antes fue la querida la que vio morir al amante, ahora quiero que sea el amante el que vea expirar a la querida.

La conduce al gabinete secreto y, después de una buena media hora a solas, la trae de nuevo en un estado lamentable. Es condenada a ser empalada viva: el mismo Saint-Fond le mete por el culo una estaca que le sale por la boca, y esta estaca enderezada permanece con la víctima, de muestra en el salón, todo el día.

-Amigo mío -dice Clairwil-, te pido insistentemente que me dejes la elección del suplicio de esta última víctima; creo que este pillo se parece a Jesucristo, y quiero tratarlo de la misma manera.

La idea hizo reír mucho; todo se dispone durante la entrevista a solas; no se olvida nada. La historia de la pasión del bastardo de María se pone encima de la espalda descubierta de una de las viejas; yo estoy encargada de leer y de dirigir. El joven vuelve ya muy maltratado; Clairwil, Saint-Fond y la otra vieja lo preparan; lo atan a la cruz y sufre exactamente todo lo que los sabios romanos hicieron soportar al pícaro simplón de Galilea; se le atraviesa el costado; se le corona de espinas, se le da a beber con una esponja. Por último, viendo que no se muere, se quiere ir más allá del suplicio del imbécil farsante de Judea: se le da la vuelta al paciente, y no hay ningún tipo de horrores que no hagamos sobre sus nalgas; las pinchamos, las quemamos, las desgarramos; Delnos expira por fin, violentamente. Clairwil y Saint-Fond, a los que yo excitaba con mis manos, descargan ampliamente; y como todo esto nos había llevado doce horas, los placeres deseados de la mesa suceden a estas infamias.

Clairwil, que quería saber el secreto de Saint-Fond, lo aturde a fuerza de vino, de caricias y de alabanzas; y cuando cree haberlo llevado al punto que deseaba:

-Así pues, ¿qué es lo que haces -le dice- con tus víctimas, un rato antes de entregarlas al suplicio?

-Les anuncio su muerte.

^Hay algo más, estamos seguras.

-No.

-Lo sabemos.

-Es una debilidad ¿por qué obligarme a revelarla?

-Entonces, ¿tienes que tener secretos con nosotras? -digo a mi amante.

-Realmente, no hay ninguno.

-Sin embargo, nos lo ocultas, y te exigimos que nos lo digas..

-¿Para qué serviría?

-Para satisfacernos, para contentar a las dos mejores amigas que tienes en el mundo.

-¡Sois unas mujeres crueles! ¿Pero no os dais cuenta de que no puedo haberos esa confesión sin caer en una vergonzosa bajeza?

-Es precisamente lo que queremos saber.

Entonces, redoblando ambas los ruegos, las alabanzas, caricias y seducciones, nuestro hombre, vencido, nos habla de la manera siguiente:

-Por mucho que me haya sacudido el yugo de la religión, amigas mías, no me ha sido posible defenderme de la esperanza de la otra vida. Si es verdad, me digo, que hay penas y recompensas en otro mundo, las víctimas de mi maldad triunfarán, serán felices. Esta idea me desespera; mi extrema barbarie hace de ella un tormento para mí: cuando yo inmolo un objeto, bien a mi ambición, bien a mi lubricidad, querría prolongar sus sufrimientos más allá de la inmensidad de los siglos. He consultado sobre eso a un célebre libertino, con el que estaba muy unido antes y que tenía los mismos gustos que yo. Este hombre lleno de conocimiento, gran alquimista, muy versado en astrología, me ha asegurado siempre que nada es más cierto que esos castigos y recompensas del futuro, y que, para impedir a la víctima que participe en las alegrías celestes, era preciso hacerle firmar, con sangre sacada cerca del corazón, que daba su alma al diablo, a continuación meterle este billete por el agujero del culo con el miembro, e imponerle durante este tiempo el dolor más fuerte que esté en nuestro poder hacerle soportar. Con este medio, me aseguró mi amigo que nunca entrará en el cielo el individuo que destruí. Sus sufrimientos, del mismo tipo que el que le habéis hecho soportar al meterle el billete, serán eternos, y se gozará del delicioso placer de haberlos prolongado más allá de los límites de la eternidad, si la eternidad pudiese tenerlos.

-Y entonces, ¿eso es lo que haces con tus víctimas? -dice Clairwil.

-Vos habéis querido que os lo confesase... es una debilidad.

-Es una tontería, que prueba que estás más lejos de la filosofía de lo que yo te suponía: ¿acaso se puede, con inteligencia, adoptar por un momento el dogma absurdo de la inmortalidad del alma? Porque, sin la adopción de esta quimera religiosa repugnante, me confesarás que sería imposible creer en las penas y las recompensas de otra vida. Me gusta tu principio, es delicioso -prosiguió Clairwil-, está en mi manera de pensar: querer prolongar hasta el infinito los suplicios del ser que se entrega a la muerte es digno de tu cabeza; pero apoyar eso con extravagancias, eso es lo que no perdono de ninguna manera.

-¡Y! dice Saint-Fond, mi divina esperanza se desvanece si no la apoyo sobre esa opinión.

-Es preferible saber renunciar a ella -dice Clairwil- que basarla en fábulas, porque la adopción de la fábula te haría un día más daño que el placer que te haya dado. Bah, conténtate con las desgracias que puedes imponer en este mundo y renuncia al vano proyecto de perpetuarla.

-No hay otra vida, Saint-Fond -digo yo entonces recordando principios de filosofía que había recibido en mi infancia-, esta quimera sólo tiene como garantía la imaginación de los hombres, que, al suponerla, no han hecho más que realizar el deseo que tienen de sobrevivir a sí mismos, a fin de gozar después de una felicidad más duradera y más pura que la que disfrutan ahora.

¡Qué estúpido absurdo, primero, creer en un Dios, a continuación, imaginar que ese Dios reserva infinitos tormentos a la mayoría de los hombres! De esta forma, después de haber hecho a los mortales muy desgraciados en este mundo, la religión les hace entrever que ese Dios extraño, fruto de su credulidad o del engaño, podrá hacerles temer todavía otras desgracias en la otra vida. Sé bien que la gente sale de esto diciendo que, para entonces, la bondad de ese Dios sustituirá a su justicia; pero una bondad que deja sitio a la crueldad más terrible no es una bondad infinita. Por otra parte, un Dios que después de haber sido infinitamente bueno se convierte en infinitamente malvado, ¿puede ser considerado como un ser inmutable? ¿Un Dios lleno de furor es un ser en el que se pueda encontrar la sombra de la clemencia o de la bondad? Según las nociones de la teología, parece evidente que Dios no ha creado el mayor número de hombres más que con la intención de ponerlos en condiciones de incurrir en suplicios eternos. Por consiguiente, ¿no hubiese estado más de acuerdo con la bondad, la razón, la equidad, no crear más que piedras y plantas, que formar hombres cuya conducta podría atraer sobre ellos castigos sin fin? Un Dios bastante pérfido, bastante malvado para crear un sólo hombre y para dejarlo expuesto a continuación al peligro de hacerse daño, no puede ser considerado como un ser perfecto; sólo debe serlo como un monstruo de sinrazón, de injusticia, de malicia y de atrocidad. Lejos de construir un Dios perfecto, los teólogos no han formado sino la más repugnante quimera, y han acabado de degradar su obra al atribuir a ese abominable Dios la invención de la eternidad de las penas. La crueldad que constituye nuestros placeres tiene al menos motivos; esos motivos son explicables y los conocemos; pero Dios no tenía ninguno para atormentar a las víctimas de su cólera, porque no podría castigar a seres que realmente no han podido ni poner en peligro su poder ni turbar su felicidad. Por otra parte, los suplicios de la otra vida serían inútiles para los vivos, que no pueden ser testigos de ellos; serían inútiles para los condenados, porque no se convertirán en el infierno y porque allí el tiempo de la pretendida misericordia de ese Dios ya no existe: de donde se sigue que Dios, en el ejercicio de su venganza eterna, no puede tener otro fin que el de

divertirse e insultar a la debilidad de sus criaturas; y vuestro infame Dios, al actuar de una forma más cruel que ningún hombre, y además, a diferencia de ellos, sin ningún motivo, se convierte, sólo por esto, en infinitamente más traidor, más farsante y más criminal que ellos.

-Vayamos más lejos dice Clairwil-, voy a analizar, si queréis, con mayor detalle ese terrible dogma del infierno; estoy en condiciones de combatirlo bastante victoriosamente para que no quede ni la menor huella de su adopción en el espíritu de nuestro amigo. ¿Queréis oírme?

-Claro -respondimos.

Y así es cómo esta mujer, llena de inteligencia y de erudición, se explicó sobre este importante tema:

-Hay dogmas que algunas veces estamos obligados no a admitir, sino a suponer, a fin de estar en condiciones de combatir otros. Para destruir ante vuestros ojos el imbécil dogma del infierno, tenéis que permitirme que instaure de nuevo por un momento la quimera deísta. Obligada a servirme de ella como punto de apoyo en esta importante explicación, tengo que darle absolutamente una existencia momentánea: me lo perdonaréis, espero, tanto más cuanto que no imaginaréis que yo creo en ese abominable fantasma.

El dogma del infierno está en sí mismo, lo confieso, tan desprovisto de verosimilitud, son tan débiles todos los argumentos que se intentan proponer para apoyarlo, que casi me ruborizo ante la obligación de combatirlos. No importa, arranquemos sin piedad a los cristianos hasta la esperanza de volver a encadenarnos de nuevo a los pies de su atroz religión y hagámosles ver que el dogma sobre el que se basan con más fuerza para asustarnos se disipa, como todas las demás quimeras, al más débil resplandor de la llama de la filosofía.

Los principales argumentos de los que se sirven para establecer esta perniciosa fábula son:

1° Que al ser el pecado, respecto al Ser que se ofende, infinito, merece, por consiguiente, castigos infinitos; que habiendo dictado Dios leyes, está en su grandeza castigar a aquellos que las transgreden.

2° La universalidad de esta doctrina y la forma en que está anunciada en las Escrituras.

3° La necesidad de este dogma para contener a los pecadores y a los incrédulos.

Estas son las bases que hay que destruir.

Estaréis de acuerdo conmigo, me consta, en que la primera se destruye de forma natural por la desigualdad de los delitos. Según esta doctrina, la falta más mínima sería castigada como la más grave: ahora bien, yo os pregunto si, admitiendo un Dios justo, es posible suponer una iniquidad de este tipo. Además, ¿quién ha creado al hombre? ¿Quién le ha dado las pasiones que deben castigar los tormentos del infierno? ¿Acaso no ha sido vuestro Dios? De esta forma, imbéciles cristianos, ¿admitís que por una parte ese ridículo Dios otorga al hombre inclinaciones que se ve obligado a castigar por otra? Pero ¿acaso ignoraba que esas inclinaciones debían ultrajarlo? Si lo sabía, ¿por qué se las da de esa clase?; y si no lo sabía, ¿por qué los castiga por una falta que sólo él ha cometido?

Según las condiciones que se suponen necesarias para la salvación, parece evidente que, con toda seguridad, nos condenaremos con más facilidad que nos salvaremos. Ahora bien, preguntó una vez más si forma parte de la tan ponderada justicia de vuestro Dios haber puesto a su desgraciada y endeble obra en tan cruel posición; y, según este sistema, ¿cómo se atreven a decir vuestros doctores que la felicidad y la desgracia eternas se le presentan por igual al hombre y dependen únicamente de su elección? Si la mayor parte del género humano está destinada a ser desgraciada eternamente, un Dios que lo sabe todo ha debido saberlo: entonces, según esto, ¿por qué nos ha creado el monstruo? ¿Estaba obligado a ello? Entonces, no es libre. ¿Lo ha hecho a propósito? Entonces, es un bárbaro. No, Dios no estaba obligado a crear al hombre, y si solamente lo ha hecho para someterlo a semejante destino, desde ese momento la propagación de la especie se convierte en el mayor de los crímenes y nada sería más deseable que la total extinción del género humano.

Sin embargo, si este dogma os parece por un momento necesario para la grandeza de Dios, os pregunto por qué ese Dios tan grande y tan bueno no ha dado al hombre la fuerza necesaria para librarse del suplicio. ¿No es cruel que un Dios deje al hombre la facultad de perderse eternamente, y encontraréis alguna vez un medio de lavar a vuestro Dios del fundado reproche de ignorancia o de maldad?

Si todos los hombres son obras idénticas de la divinidad, ¿por qué no se ponen todos de acuerdo sobre el tipo de crímenes que le deben valer al hombre esa eternidad de suplicios? ¿Por qué el hotentote condena lo que merece el paraíso en China y por qué razón allí se asegura el cielo a lo que le merece el infierno al cristiano? No acabaríamos si quisiésemos relacionar las variadas opiniones de los paganos, de los judíos, mahometanos, cristianos, respecto a los medios que deben emplearse para escapar a los suplicios eternos y para obtener la felicidad, si quisiéramos describir las invenciones pueriles y ridículas que se han imaginado para llegar a ella.

La segunda de las bases de esta ridícula doctrina es la forma en que está anunciada en las Escrituras y su universalidad.

Abstengámonos de creer que la universalidad de una doctrina pueda llegar a ser alguna vez un título en su favor. No hay locura ni extravagancia que no haya sido adoptada de modo general en el mundo; no hay una que no haya tenido sus admiradores y sus creyentes; en tanto que haya hombres, habrá locos, y en tanto que haya locos, habrá dioses, cultos, un paraíso, un infierno, etc. ¡Pero lo anuncian las Escrituras! Admitamos, por un momento, que los libros tan famosos tengan alguna autenticidad y que realmente se les deba algún respeto. Lo he dicho antes, hay quimeras que es preciso reedificar algunas veces, para ponerse en condiciones de combatir otras. ¡Pues bien!, a eso responderé en primer lugar que es muy dudoso que las Escrituras lo mencionen. Sin embargo, aun suponiendo que así sea, lo que digan no puede dirigirse más que a aquellos que tienen conocimiento de esas Escrituras y que las admiten como infalibles: aquellos que no las conocen, o que se niegan a creerlas, no pueden ser convencidos por su autoridad. Sin embargo, ¿acaso no se dice que aquellos que no tienen ningún conocimiento de esas Escrituras o aquellos que no las creen están expuestos a castigos eternos, como aquellos que las conocen o que creen en ellas? Ahora bien, yo os pregunto si hay en el mundo mayor injusticia que esa.

Me diréis, quizás, que pueblos para los que eran totalmente desconocidas vuestras absurdas Escrituras, no han dejado de creer en castigos eternos en una vida futura: eso puede ser verdad para algunos pueblos, mientras que muchos otros no tienen ningún conocimiento de esos dogmas; ¿pero cómo ha podido llegar a esta opinión un pueblo para el que la Biblia era desconocida? No se dirá, supongo, que es una idea innata; si fuese así, sería común a todos los hombres. No se sostendrá, pienso, que es obra de la razón; porque la razón, ciertamente, no enseñaría al hombre que por faltas finitas sufrirá penas infinitas; no es obra de la revelación, ya que el pueblo que suponemos no la conoce. Este dogma, se convendrá en ello, ha llegado al pueblo que acabamos de admitir sólo por la instigación de sus sacerdotes, o por su imaginación. Según esto, ¿os pregunta9 cuán sólido puede ser!

Si alguien imaginase que la creencia de los castigos eternos ha sido transmitida por tradición a pueblos que no tenían Escrituras, se podrá preguntar cómo la tenían aquellos que, en el origen, difundieron esta opinión; y si no se puede probar que la hayan recibido por una revelación divina, nos veremos obligados a convenir que esta opinión gigantesca sólo tiene por base el desvarío de la imaginación o el engaño.

Aun suponiendo que la Escritura, *pretendidamente* santa, anuncie a los hombres castigos en una vida futura, y aun admitiendo este hecho como una verdad incontestable, ¿acaso no se podría preguntar cómo han podido saber los autores de las Escrituras que existían tales castigos? No se dejará de responder que por inspiración; lo que les va al pelo, pero aquellos que no han sido favorecidos por esta iluminación particular se han visto obligados a referirse a otras; ahora bien, yo os ruego que me digáis qué confianza se debe tener en gente que os dice sobre un hecho de semejante importancia: lo creo porque fulano me ha dicho que lo había soñado. Y esto es lo que absorbe, lo que hace huraños y tímidos a la mitad de los hombres; ¿eso es lo que les impide entregarse a las más dulces inspiraciones de la naturaleza! ¿Puede llevarse más lejos el error y el absurdo? Pero vuestros inspirados no han hablado a todo el mundo; la mayor parte del género humano ignora sus sueños. No obstante, ¿no están todos los hombres tan interesados en asegurarse de la realidad de este dogma como puedan estarlo los escritores de la Biblia o sus partidarios? ¿Cómo es que no pueden tener todos la misma certidumbre? Todos están interesados en saber a qué atenerse sobre los castigos eternos: entonces, ¿por qué Dios no ha dado este sublime conocimiento a todos, directa e inmediatamente, sin la ayuda y la participación de gente a la que podría suponerse fraude o error? Haber hecho positivamente todo lo contrario ¿caracteriza, os pregunto, la conducta de un ser que me pintáis como infinitamente bueno y sabio? Esta conducta, lejos de eso, ¿no lleva todos los atributos de la tontería y la maldad? En todos los gobiernos, cuando se hacen leyes que imponen castigos contra los infractores, ¿acaso no se toman todas las medidas posibles para hacer conocer estas leyes y estos castigos? ¿Se puede castigar con razón a un hombre por la infracción de una ley que desconoce? ¿Qué debemos concluir de esta serie de verdades? ¿Es que acaso el sistema del infierno no fue nunca más que el resultado de la maldad de algunos hombres y de la extravagancia de otros muchos? (12).

La tercera base de este dogma espantoso es su necesidad para contener a los pecadores y a los incrédulos.

(12) “El infierno, dice un gracioso, es el hogar de la cocina que hace hervir en este mundo la marmita sacerdotal; fue fundado en favor de los curas; para que hagan buena

comida, el Padre eterno, que es su primer cocinero, pone en el asador a los niños que no hayan tenido hacia sus lecciones la deferencia que se les debe; en los festines del cordero los elegidos comerán a incrédulos asados, ricos en pepitoria, financieros a la salsa Robert”, etc. etc. Ved la Teología portátil, p.106.

Si la justicia y la gloria de Dios exigiesen que castigase a los pecadores y a los incrédulos con tormentos eternos, no hay duda de que la justicia y la razón exigirían también que estuviese en poder de los unos no pecar y en poder de los otros no ser incrédulos: ahora bien, ¿cuál es el que se ciega hasta el punto de no ver que, arrastrados en nuestras acciones, no somos dueños de ninguna, y que el Dios del que recibimos las cadenas (suponiendo su existencia, lo que no hago, como veis, más que con repugnancia) sería, digo, el más injusto y el más bárbaro de los seres, si nos castiga por ser, a pesar de nosotros, víctimas de los reveses en que nos sumerge con placer su mano inconsecuente?

Por lo tanto, ¿no está claro que es el temperamento que la naturaleza da a los hombres, que son las diferentes circunstancias de su vida, su educación, sus sociedades, lo que determina sus acciones y su inclinación hacia el bien o el mal? Pero si esto es así, quizás se nos objetará que son igualmente injustos los castigos que se nos infligen en este mundo en razón de nuestra mala conducta. Claro que lo son. Pero en este caso el interés general prevalece sobre el interés particular; es un deber de las sociedades arrancar de su seno a los malvados capaces de perjudicarlas, y esto es lo que justifica unas leyes que vistas sólo según el interés particular serían monstruosamente injustas. ¿Pero tiene vuestro Dios las mismas razones para castigar al malvado? No, sin duda; no tiene que sufrir con sus maldades, y si es así, es que le ha complacido a ese Dios crearlo de esa manera. Por lo tanto, sería atroz infligirle tormentos por haber llegado a ser en la tierra lo que ese execrable Dios sabía de sobra que llegaría a ser y lo que le da exactamente igual que llegue a ser.

Ahora probemos que las circunstancias que determinan la creencia religiosa de los hombres no dependen de ninguna manera de ellos.

En primer lugar pregunto si somos dueños de nacer en tal o cual clima, y si, una vez nacidos en un culto cualquiera, depende de nosotros someter a él nuestra fe. ¿Es una sola religión la que retiene la llama de las pasiones?, ¿y no son preferibles las pasiones que nos vienen de Dios a las religiones que nos vienen de los hombres? ¿Cuál sería ese Dios bárbaro que nos castigara eternamente por haber dudado de la verdad de un culto cuya admisión aniquila en nosotros mediante las pasiones que la destruyen a cada momento? ¿Qué extravagancia! ¿Qué absurdo! ¿Y cómo no lamentar el tiempo que se pierde en disipar tales tinieblas!

Pero vayamos más lejos y no dejemos, si es posible, ningún reducto a los imbéciles partidarios del más ridículo de los dogmas.

Si dependiese de todos los hombres ser virtuosos y creer todos los artículos de su religión, todavía habría que examinar si sería equitativo que hubiese hombres castigados eternamente, bien a causa de su debilidad bien a causa de su incredulidad, siendo cierto que no puede resultar ningún bien de estos suplicios gratuitos.

Liberémonos del prejuicio para responder a esta pregunta y, sobre todo, reflexionemos sobre la equidad que admitimos en Dios. ¿No es desvariar decir que la justicia de ese Dios exige el castigo eterno de los pecadores y de los incrédulos? La acción de castigar

con una severidad desproporcionada a la falta ¿no se debe más bien a la venganza y a la crueldad que a la justicia? De esta forma, pretender que Dios castiga así es evidentemente blasfemar contra él. ¿Cómo podrá ese Dios, al que pintáis tan bueno, poner su gloria en castigar así a las débiles obras de su mano? Con toda seguridad que aquellos que pretenden que la gloria de Dios lo exige no se dan cuenta de toda la enormidad de esta doctrina. Hablan de la gloria de Dios y no podrían hacerse una idea de ella. Si fuesen capaces de juzgar la naturaleza de esta gloria, si pudiesen formarse nociones razonables de ella, se darían cuenta de que, si este ser existe, no podría basar su gloria más que en su bondad, su sabiduría y el poder ilimitado de dar la felicidad a los hombres.

En segundo lugar, para confirmar la odiosa doctrina de la eternidad de las penas, se añade que ha sido adoptada por un gran número de hombres profundos y de sabios teólogos. Primeramente, niego tal hecho: la mayor parte de ellos han dudado de ese dogma. Y si la otra parte ha aparentado tener fe, es fácil ver el motivo: el dogma del infierno era un yugo, un lazo más con el que los sacerdotes querían sobrecargar a los hombres; es conocida la fuerza del terror sobre las almas, y se sabe que la política necesita siempre el terror, en cuanto que se trata de subyugar.

Pero esos libros pretendidamente santos que me citáis ¿proceden de una fuente suficientemente pura para no poder rechazar lo que nos ofrecen? El más sencillo examen es suficiente para convencernos de que, lejos de ser, como se atreven a decirnos, la obra de un Dios quimérico, que nunca ha escrito ni ha hablado, no son, al contrario, más que la obra de hombres débiles e ignorantes y que, bajo este aspecto, sólo les debemos desconfianza y desprecio. Pero, suponiendo que estos escritores tuviesen algún buen sentido, ¿cuál sería el hombre lo bastante necio como para apasionarse en favor de tal o cual opinión, sólo porque la hubiese encontrado en un libro? Sin duda, puede adoptarla, pero sacrificar la felicidad y la tranquilidad de su vida, lo repito, sólo un loco es capaz de ese proceder (13). Además, si me objetáis el contenido de vuestros pretendidos libros santos en favor de esa opinión, os probaré la opinión contraria en esos mismos libros.

(13) Eusebio, en su Historia, lib. III, cap. 25, dice que la epístola de Santiago, la de Judas, la segunda de San Pedro, la segunda y tercera de San Juan, los hechos de San Pablo, la revelación de San Pedro, la epístola de Bernabé, las instituciones apostólicas y los libros del Apocalipsis no eran reconocidos de ninguna manera en su tiempo.

Abro el Eclesiastés y veo en él:

"El estado del hombre es el mismo que el de las bestias. Lo que sucede a los hombres y, lo que sucede a las bestias es lo mismo. Como es la muerte de unos, así es la muerte de los otros; todos tienen un mismo soplo y el hombre no tiene mas que la bestia; porque todo es vanidad, todo va al mismo lugar, todo ha sido polvo y todo vuelve al polvo." (Eclesiastés, cap. III, vv. 18,19 y 20).

¿Hay algo más decisivo contra la existencia de otra vida como este pasaje? ¿Hay algo más propio para sostener la opinión contraria a la de la inmortalidad del alma y al ridículo dogma del infierno?

¿Qué reflexiones puede hacer el hombre sensato al examinar esa absurda fábula de la eterna condenación del hombre en el paraíso terrestre, por haber comido un fruto prohibido? Por muy minuciosa que sea la fábula, por muy repugnante que se la encuentre, per-

mitidme que me detenga aquí un momento, ya que se parte de ella para la admisión de las penas eternas del infierno. ¿Se necesita algo más que un examen imparcial de este absurdo para reconocer su nulidad? ¡Oh amigos míos!, os lo pregunto, ¿plantaría en su jardín, un hombre lleno de bondad, un árbol que produjera frutas deliciosas pero envenenadas y se contentaría con prohibir a sus hijos que las comiesen, diciéndoles que morirán si se atreven a tocarlas? Si supiese que hay un árbol semejante en su jardín, ese hombre prudente y sabio ¿no lo haría abatir, sobre todo sabiendo perfectamente que, sin esta precaución, sus hijos no dejarían de perecer comiendo de su fruta y de arrastrar su posteridad en la miseria? Sin embargo, Dios sabe que el hombre se perderá, él y su raza, si come de esa fruta, y no solamente pone en él el poder de ceder, sino que además lleva la maldad hasta el punto de seducirlo. Sucumbe y está perdido; hace lo que Dios permite que haga, lo que Dios le anima a hacer, y ahí lo tenemos eternamente desgraciado. ¿Puede haber en el mundo algo más absurdo y más cruel? Vuelvo a repetir que, sin duda, no me tomaría el trabajo de combatir semejante absurdo si el dogma del infierno, cuya más pequeña huella quiero destruir en vos, no fuese una terrible consecuencia de él.

No veamos en todo esto más que alegorías con las que es posible entretenerse un rato y de las que sólo debería estar permitido hablar como se hace con las fábulas de Esopo y las quimeras de Milton, con la diferencia de que éstas son de poca importancia, mientras que aquéllas, al intentar conseguir nuestra fe, turbar nuestros placeres, se convierten en un peligro evidente, y habría que tratar de destruirlas hasta el punto de que nunca más hubiese que ocuparse de ellas.

Convenzámonos de que tanto estos hechos, como los que están consignados en la estúpida novela conocida con el nombre de *Las Sagradas Escrituras*, no son más que mentiras abominables, dignas del desprecio más profundo y de las que no debemos extraer ninguna consecuencia para la felicidad o la desgracia de nuestra vida. Persuadámonos de que el dogma de la inmortalidad del alma, que hay que admitir antes de destinar a esta alma a penas o recompensas eternas, es la más vacía, la más burda y la más indigna de las mentiras que se puedan decir; que todo perece en nosotros como en los animales y que, según eso, no seremos ni más felices ni más desgraciados por la conducta que hayamos podido llevar en este mundo, después de haber permanecido en él el tiempo que a la naturaleza le plazca dejarnos.

Se ha dicho que la creencia en los castigos eternos era absolutamente necesaria para contener a los hombres y que, según eso, hay que abstenerse de destruirla. Pero si es evidente que esta doctrina es falsa, si es imposible que resista al examen, ¿no será infinitamente más peligrosa que útil basar la moral sobre ella?, ¿y no hay que apostar que perjudicará más que beneficiará, desde el momento en que el hombre, después de haberla apreciado, se entregará al mal, porque se habrá dado cuenta de que es falsa? ¿No valdría cien veces más que no tuviese ningún freno, a tener uno que rompe con tanta facilidad? En el primer caso, quizás no se le hubiese ocurrido la idea del mal; se le ocurrirá al romper el freno, porque entonces existe un placer más y porque es tal la perversidad del hombre, que no quiere el mal y no se entrega a él voluntariamente mas que cuando cree encontrar un obstáculo para abandonarse a él.

Los que han reflexionado cuidadosamente sobre la naturaleza del hombre estarán obligados a convenir en que todos los peligros, todos los males, por grandes que puedan ser, pierden mucho de su poder cuando están alejados y parecen menos dignos de temer que

los pequeños, cuando éstos están ante nuestra vista. Es evidente que los castigos cercanos son mucho más eficaces y más propios para desviar del crimen que los castigos del futuro. Respecto a las faltas sobre las que no hacen mella las leyes, ¿no son desviados más eficazmente los hombres por motivos de salud, de decencia, de reputación y por otras consideraciones temporales y presentes que están a nuestra vista, que por el temor de las desgracias futuras y sin fin que, raramente, se presentan ante nosotros, o que sólo llegan como vagas, inciertas y fáciles de evitar?

Para juzgar si el temor de los castigos eternos y rigurosos del otro mundo es más propio para desviar a los hombres del mal, que el de los castigos temporales y presentes del mundo actual, admitamos, por un momento, que el primero subsistiese de modo universal y el último estuviese totalmente descartado: en esta hipótesis, ¿no estaría el universo inundado de crímenes enseguida? Admitamos lo contrario, supongamos que el temor de los castigos eternos fuese destruido, mientras que el de los castigos visibles permaneciese con todo su rigor; y cuando se viese que estos castigos se ejecutaban sin falta y universalmente, ¿no se reconocería entonces que estos últimos actuarían con más fuerza en el ánimo de los hombres e influirían mucho más en su conducta, que los lejanos castigos del futuro, que se pierden de vista en cuanto hablan las pasiones?

¿No nos ofrece la experiencia diaria pruebas convincentes del poco efecto que tiene el temor de los castigos de la otra vida, sobre muchos de aquellos que están más convencidos? No hay pueblos más convencidos del dogma de la eternidad de las penas que los españoles, los portugueses y los italianos: ¿los hay más disolutos? Por último, ¿se cometen más crímenes secretos que entre los sacerdotes y los monjes, es decir, entre aquellos que parecen los más convencidos de las verdades religiosas?, ¿y esto no prueba con toda evidencia que los buenos efectos producidos por el dogma de los castigos eternos son muy escasos e inciertos? Veremos que estos malos efectos son innumerables y seguros. En efecto, una doctrina parecida, al llenar el alma de amargura, da las nociones más indignantes de la Divinidad: endurece el corazón y lo sumerge en una desesperación desfavorable para el sistema. Al contrario, este terrible dogma lleva al ateísmo, a la impiedad: ya que toda la gente razonable encuentra mucho más sencillo no creer en Dios que admitir uno lo bastante cruel, lo bastante inconsecuente, lo bastante bárbaro, como para haber creado a los hombres sólo con el propósito de sumergirlos eternamente en la desgracia.

Si queréis que sea un Dios la base de vuestra religión, tratad, al menos, de que ese Dios no tenga faltas; si está lleno de ellas, como el vuestro, pronto se detestará la religión que él sostiene y, por vuestro mal planteamiento, habréis destruido necesariamente ambas cosas.

¿Es posible que una religión pueda ser creída durante mucho tiempo, respetada durante mucho tiempo, cuando está fundada en la creencia de un Dios que debe castigar eternamente, a un número infinito de sus criaturas, a causa de inclinaciones inspiradas por él mismo? Todo hombre convencido de estos terribles principios debe vivir en el continuo temor de un ser que puede hacerlo eternamente miserable: sentado esto ¿cómo podrá nunca amar o respetar a ese ser? Si un hijo imaginase que su padre fuese capaz de condenarlo a tormentos crueles o no quisiese eximirlo de sufrirlos, siendo él el dueño de ellos, ¿sentiría por él respeto o amor? Las criaturas formadas por Dios, ¿no están en el derecho de esperar mucho más de su bondad que los hijos de la de un padre, incluso del más indulgente?, ¿no es por la creencia en que están los hombres de que todos los bienes de que

gozan los reciben de la bondad de su Dios, de que Dios los conserva y protege, de que es él quien les procura consiguientemente el bienestar que esperan, no son, digo, todas estas ideas las que sirven de fundamento para la religión? Si las aborrecéis, ya no existe religión: por lo que veis que vuestro dogma imbécil del infierno destruye, en lugar de consolar, rompe las bases del culto, en lugar de reafirmarlas y, por consiguiente, no tuvo más que tontos para creerlo y bribones para inventarlo.

No lo dudemos, ese ser, del que se atreven a hablarnos constantemente, está verdaderamente mancillado, deshonrado por los colores ridículos de que se sirven los hombres para pintarlo. Si no se formasen ideas absurdas e irracionales de la Divinidad, no la supondrían cruel: y si no la creyesen cruel, no pensarían que fuese capaz de castigarlos con tormentos infinitos o, incluso, que pudiese consentir que las obras de su mano fuesen privadas eternamente de la felicidad.

Para eludir la fuerza de este argumento, los partidarios del dogma de la condenación eterna dicen que la desgracia de los réprobos no es un castigo arbitrario por parte de Dios, sino una consecuencia del pecado y del orden inmutable de las cosas. ¿Y cómo lo sabéis?, les preguntaría yo. Si pretendéis que la Escritura os lo dice, os encontraréis muy embarazados a la hora de probarlo; y si llegaseis a encontrar un sólo pasaje que hable de ello, qué de cosas no os preguntaría yo, a mi vez, para convencerme de la autenticidad, de la santidad, de la veracidad del pretendido pasaje que hubieseis encontrado en vuestro favor. ¿Acaso es la razón la que os sugiere ese dogma atroz? En ese caso, decidme cómo lograsteis aliarla con la injusticia de un Dios que forma una criatura, aunque muy seguro de que los decretos inmutables de las cosas deben envolverla eternamente en un océano de desgracias. Si es verdad que el universo está creado y gobernado por un ser infinitamente poderoso, infinitamente sabio, es preciso absolutamente que todo coopere para sus intenciones y contribuya al mayor bien. Ahora bien, ¿qué bien puede resultar para la mayor ventaja del universo de que una criatura débil y desgraciada sea eternamente atormentada por faltas que jamás dependieron de ella?

Si la multitud de pecadores, infieles, incrédulos estuviese realmente destinada a sufrir crueles tormentos y sin fin, ¡qué horrible escena de miseria para la raza humana! Entonces, millares de hombres serían sacrificados sin piedad a suplicios infinitos: en efecto, entonces sería cuando la suerte de un ser sensible y razonable, como el hombre, sería verdaderamente horrible. ¡Qué!, ¿no son suficientes las penas a que está condenado en esta vida, y es preciso temer todavía sufrimientos y tormentos horribles, cuando haya acabado su camino? ¡Qué horror!, ¡qué execración! ¿Cómo pueden entrar semejantes ideas en el espíritu humano y cómo no convencerse de que no son más que el fruto de la impostura, de la mentira y de la más bárbara política? ¡Ah!, no dejemos de convencernos de que esta doctrina, ni útil ni necesaria ni eficaz para desviar a los hombres del mal, no puede servir de ninguna manera de base más que a una religión cuyo único fin sería doblegar a los esclavos; imbuyámonos de la idea de que este dogma execrable tiene las consecuencias más enojosas, en vista de que sólo es propio para llenar la vida de amargura, de terrores y de alarmas... para hacer concebir ideas tales de la Divinidad que ya no es posible no destruir su culto, después de haber tenido la desgracia de adoptar lo que lo degrada de tal forma.

Ciertamente, si creyésemos que el universo ha sido creado y está gobernado por un ser cuyo poder, sabiduría y bondad son infinitos, deberíamos concluir de ahí que todo mal

absoluto debe estar necesariamente excluido de este universo: ahora bien, no hay duda de que la desgracia eterna de la mayor parte de los individuos de la especie humana sería un mal absoluto. ¡Qué papel infame hacéis desempeñar a ese abominable Dios, suponiéndole culpable de semejante barbarie! En una palabra, los suplicios eternos repugnan a la bondad infinita del Dios que suponéis: o dejáis entonces de hacerme creer en él, o suprimís vuestro dogma salvaje de las penas eternas, si queréis que yo pueda adoptar por un momento a vuestro Dios.

No tengamos más fe en el dogma del paraíso que en el del infierno: uno y otro son atroces invenciones de los tiranos religiosos que pretendían encadenar la opinión de los hombres y mantenerla inclinada bajo el yugo despótico de los soberanos. Convenzámonos de que no somos mas que materia, que no existe nada absolutamente fuera de nosotros; que todo lo que atribuimos al alma no es más que un efecto muy sencillo de la materia; y eso, a pesar del orgullo de los hombres, que nos distingue de la bestia, mientras que, como esa bestia, al devolver a la materia los elementos que nos animan, no seremos ya no castigados por las malas acciones a las que nos arrastraron los diferentes tipos de organización que hemos recibido de la naturaleza, ni recompensados por las buenas, cuyo ejercicio sólo deberemos a un tipo de organización contraria. Por consiguiente, es igual conducirse bien o mal, respecto a la suerte que nos espera después de esta vida; y si hemos llegado a pasar todos sus momentos en el centro de los placeres, aunque esta manera de existir haya podido trastornar a todos los hombres, todas las convenciones sociales, si nos hemos puesto al abrigo de las leyes, que es lo único esencial, entonces, seguramente, seremos infinitamente más felices que el imbécil que, en el temor de los castigos de otra vida, se haya prohibido rigurosamente en ésta todo lo que podía complacerle y deleitarle; porque es infinitamente más esencial ser feliz en esta vida, de la que estamos seguros, que renunciar a la felicidad segura que se nos ofrece, en la esperanza de obtener una imaginaria, de la que no tenemos y no podemos tener la más ligera idea. ¡Y!, ¿quién ha podido ser el individuo lo bastante extravagante para intentar convencer a los hombres de que pueden llegar a ser más desgraciados después de esta vida, de lo que lo eran antes de haberla recibido? ¿Acaso fueron ellos los que pidieron venir? ¿Son ellos los que se han dado las pasiones que, según vuestros terribles sistemas, los precipitan a tormentos eternos? ¡Y!, ¡no, no!, no eran dueños de nada y es imposible que puedan ser castigados nunca por lo que no dependía de ellos.

¿Pero acaso no basta echar una ojeada sobre nuestra miserable especie humana para convencerse de que no hay nada en ella que anuncie la inmortalidad? ¡Qué!, esta cualidad divina, digamos mejor, esta cualidad imposible para la materia ¿podría pertenecer a ese animal que se llama hombre? El que bebe, come, se perpetúa como los animales, que, por toda bondad, no tiene más que un instinto un poco más refinado, ¿podría aspirar a una suerte tan diferente a la de los mismos animales?: ¿puede admitirse esto un instante sólo? Pero el hombre, se dice, ha llegado al sublime conocimiento de su Dios: sólo por eso, anuncia que es digno de la inmortalidad que él supone. ¿Y qué tiene de sublime el conocimiento de una quimera, si no es que queréis pretender que, porque el hombre ha llegado hasta el punto de desvariar sobre un objeto, es preciso que desvaríe sobre todo? ¡Ah, si el desgraciado tiene alguna ventaja sobre los animales, cuántas no tienen éstos, a su vez, sobre él! ¿Acaso no está sujeto a mayor número de enfermedades y dolencias? ¿Acaso no es víctima de una mayor cantidad de pasiones? Si combinamos todo esto, ¿tiene realmen-

te alguna ventaja más? ¿Y puede esta escasa ventaja darle el suficiente orgullo para creer que debe sobrevivir eternamente a sus hermanos? ¡Oh desgraciada humanidad!, ¡a qué grado de extravagancia te ha hecho llegar tu amor propio! ¿Y cuándo, liberado de todas estas quimeras, no veas en ti mismo más que a un animal, en tu Dios más que el *non plus ultra* de la extravagancia humana y en el curso de esta vida más que un paso que te está permitido recorrer tanto en el seno del vicio como el de la virtud?

Pero permitidme entrar en una discusión más profunda y más espinosa.

Algunos doctores de la Iglesia han pretendido que Jesús descendió a los infiernos. ¡Cuántas refutaciones no ha sufrido este pasaje! No entraremos en las diferentes explicaciones que tuvieron lugar a este respecto: sin duda, serían insostenibles para la filosofía y sólo de ella hablamos nosotros. Es un hecho que ni la Escritura, ni ninguno de sus comentaristas, decide positivamente ni sobre el lugar del infierno, ni sobre los tormentos que se experimentan en él. Sentado esto, la palabra de Dios no nos ilumina nada, en vista de que lo que la Escritura nos enseña debe ser positiva y distintamente enunciado, sobre todo cuando se trata de un objeto de la mayor importancia. Ahora bien, es muy cierto que no hay, ni en el texto hebreo, ni en las versiones griega y latina, una sola palabra que designe al infierno, en el sentido que nosotros le atribuimos, es decir, un lugar de tormentos destinado a los pecadores. ¿Acaso este testimonio no es muy fuerte contra la opinión de aquellos que sostienen la realidad de estos tormentos? Si no se trata del infierno en la Escritura ¿con qué derecho, os lo ruego, se pretende admitir una parecida noción? ¿Estamos obligados, en religión, a admitir algo más que lo que está escrito? Ahora bien, si esta opinión no lo está, si no se encuentra en ninguna parte, ¿en virtud de qué la adoptaremos? No debemos ocuparnos del carácter de lo que no ha sido revelado; y todo lo que no está en este caso, no puede ser legítimamente considerado por nosotros más que como fábulas, suposiciones vagas, tradiciones humanas, invenciones de impostores. A fuerza de buscar, se encuentra que había un lugar, cerca de Jerusalén, llamado el valle de *la Gehanna*, en el que se ejecutaba a los criminales y en el que se echaban también los cadáveres de los animales. De este lugar quiere hablar Jesús en sus alegorías, cuando dice: *Illi erit fletus et stridor dentium*. Este valle era un lugar de violencias, de suplicios; es incontestable que es de él de quien se habla en sus parábolas, en sus ininteligibles discursos. Esta idea es tanto más verosímil cuanto que en este valle se utilizaba el suplicio del fuego. Se quemaba a los culpables vivos; otras veces se les metía hasta las rodillas en el estiércol; alrededor del cuello se les pasaba un trozo de tela del que tiraban dos hombres, cada uno por su lado, para estrangularlos y hacerles abrir la boca, en la que se vertía plomo fundido que les quemaba las entrañas: y ese es el fuego, ese es el suplicio del que hablaba el galileo. *Ese pecado* (dice con frecuencia) *merece ser castigado con el suplicio del fuego*, es decir: el infractor debe ser quemado en el valle de *la Gehanna*, o ser echado al vertedero y quemado con los cadáveres de los animales depositados en ese lugar. Pero la palabra *eterno*, de la que se sirve Jesús a menudo cuando habla de ese fuego, ¿se refiere a la opinión de los que creen que las llamas del infierno no tendrán fin? No, sin duda. Esa palabra *eterno*, empleada con frecuencia en la Escritura, no nos ha dado nunca la idea más que de cosas finitas. Dios había hecho con su pueblo una alianza eterna; y, sin embargo, esta alianza ha dejado de existir. Las ciudades de Sodoma y Gomorra debían arder eternamente; y, sin embargo, hace mucho tiempo que acabó el incendio (14). Además, es del conocimiento público que el fuego que existía en la Gehanna, cerca de Jerusalén, ard-

ía noche y día. Sabemos también que la Escritura se sirve con frecuencia de hipérbolos, y que nunca se debe tomar al pie de la letra lo que dice. ¿Hay que corromper, como se ha hecho, según esas execraciones, el verdadero sentido de las cosas? ¿Y esas exageraciones no deben ser consideradas verdaderamente como los enemigos más seguros del buen sentido y de la razón?

(14) El lago de Asfaltita existe actualmente en el emplazamiento de Sodoma y Gomorra, cuyo incendio ya no existe; las llamas que se observan algunas veces en ese lugar provienen de los volcanes con que está rodeado: así es como el Etna y el Vesubio están ardiendo constantemente; nunca ardieron de otra forma las ciudades de que se trata.

Pero, entonces, ¿de qué naturaleza es el fuego con que se nos amenaza? 1° No puede ser corporal, ya que se nos dice que nuestro fuego no es más que una débil imagen de aquél. 2° Un fuego corporal ilumina el lugar donde se encuentra, y se nos asegura que el infierno es un lugar de tinieblas. 3° El fuego corporal consume en seguida las materias combustibles y acaba por consumirse a sí mismo, mientras que el fuego del infierno debe durar siempre y consumir eternamente. 4° El fuego del infierno es invisible: por lo tanto, no es corporal, puesto que es invisible. 5° El fuego corporal se apaga falto de alimentos, y el fuego del infierno, según nuestra absurda religión, no se apagará nunca. 6° El fuego del infierno es eterno, y el fuego corporal no es más que momentáneo. 7° Se dice que la privación de Dios será el mayor de los suplicios para los condenados: sin embargo, en esta vida sentimos que el fuego corporal es para nosotros un suplicio mayor que la ausencia de Dios. 8° Por último, ¡un fuego corporal no podría actuar sobre los espíritus! Ahora bien, los demonios son espíritus: por lo tanto, el fuego del infierno no podría actuar sobre ellos. Decir que Dios puede obrar de manera que un fuego material actúe sobre espíritus, que hará vivir y subsistir a estos espíritus sin alimentos y que hará durar el fuego sin combustibles, es recurrir a suposiciones maravillosas que sólo tienen como garantía los estúpidos ensueños de los teólogos y que, por consiguiente, no prueban más que su estupidez o su maldad.

Concluir que todo es posible para Dios, que Dios hará todo lo que es posible, es sin duda una forma extraña de razonar. Los hombres deberían abstenerse de fundar sus sueños sobre la omnipotencia de Dios, cuando no saben siquiera lo que es Dios. Para eludir estas dificultades, otros teólogos nos aseguran que el fuego del infierno no es corporal, sino espiritual. ¿Qué es un fuego que no es materia?, ¿qué ideas pueden formarse aquellos que nos hablan de él? ¿En qué lugar les ha declarado Dios cuál era la naturaleza de ese fuego? Sin embargo, algunos doctores, para conciliar las cosas, han dicho que en parte era espiritual y en parte material. De esta forma, tenemos dos fuegos de diferente especie en el infierno: ¡qué absurdo! ¡Hasta dónde se ve obligada a recurrir la superstición cuando quiere imponer sus mentiras!

Es inaudito -el montón de opiniones ridículas que ha habido que inventar cuando se ha querido instituir algo verosímil sobre un emplazamiento de ese fabuloso infierno. El sentimiento más general fue que se encontraba en las regiones más bajas de la tierra: pero, por favor, ¿dónde están esas regiones en un globo que gira alrededor de sí mismo? Otros han dicho que estaba en el centro de la tierra, es decir, a mil quinientas leguas de nosotros. Pero, si la Escritura tiene razón, la tierra será destruida: y si lo es, ¿dónde se encontrará el infierno? Entonces, veis a qué irracionalidad se ve arrastrado uno cuando se refiere a los extravíos del espíritu de los otros. Razonadores menos extravagantes pretenden,

como he dicho ya, que el infierno consistía en la privación de la vista de Dios; en este caso, el infierno comienza ya en este mundo, porque no vemos aquí a ese Dios del que tratamos: sin embargo, no estamos muy afligidos, y si verdaderamente existiese ese extraño Dios, como nos lo pintan, ¡no hay duda de que, entonces, el infierno consistiría en verlo!

Todas estas incertidumbres y el poco acuerdo que existe entre los teólogos os hacen ver que yerran en las tinieblas y que, como la gente borracha, no pueden encontrar un punto de apoyo. ¿Y no es sorprendente que no puedan ponerse de acuerdo sobre un dogma tan esencial y que encuentran, dicen, tan claramente explicado en la palabra de Dios?

Convenid entonces, canalla tonsurada, que ese dogma tan dudoso está desprovisto de fundamento, que es el producto de vuestra avaricia, de vuestra ambición e hijo de los extravíos de vuestro espíritu; que sólo tiene como apoyo los temores del vulgo imbécil a quien enseñáis a aceptar, sin un examen, todo lo que os place decirle. Por último, reconoced que ese infierno no existe más que en vuestro cerebro y que los tormentos que allí se sufren son las inquietudes que os complacéis en infligir a los mortales que se dejan guiar por vosotros. Imbuidos de estos principios, renunciamos para siempre a una doctrina terrorífica para los hombres, injuriosa para la Divinidad y que, en una palabra, nadie puede probar de un modo razonable a la mente.

Todavía se ofrecen diferentes argumentos; me creo obligada a combatirlos.

1° Se dice que el temor que todo hombre siente, dentro de sí mismo, por algún castigo del futuro, es una prueba indudable de la realidad de este castigo. Pero este temor no es innato y procede de la educación; no es el mismo en todos los países ni en todos los hombres; no existe en aquellos en quienes las pasiones destruyen todos los prejuicios; en una palabra, la conciencia sólo es moldeada por la costumbre.

2° Los paganos han admitido el dogma del infierno... No como nosotros, evidentemente; y suponiendo que lo hayan admitido, puesto que nosotros rechazamos su religión, ¿no debemos rechazar igualmente sus dogmas? Pero, ciertamente, nunca los paganos han creído en la eternidad de las penas de la otra vida; nunca han admitido la fábula piadosa de la resurrección de los cuerpos, y por eso los quemaban y conservaban sus cenizas en las urnas. Creían en la metempsicosis, en la transmigración de los cuerpos, opinión muy verosímil que nos confirman todos los estudios de la naturaleza; pero nunca creyeron los paganos en la resurrección: esta idea absurda pertenece enteramente al cristianismo y, ciertamente, era digna de él. Parece evidente que fue de Platón y de Virgilio de donde nuestros doctores sacaron las nociones de los infiernos, del paraíso y del purgatorio, que después arreglaron a su manera: con el tiempo, los ensueños informes de la imaginación de los poetas se han convertido en artículos de fe.

3° La santa razón prueba el dogma del infierno y de la eternidad de las penas: Dios es justo, por lo tanto, debe castigar los crímenes de los hombres... ¡Y!, no, no, nunca pudo la santa razón admitir un dogma que la ultraja de forma tan evidente.

4° Pero la justicia de Dios está comprometida en ello... Otra atrocidad: el mal es necesario en la tierra; por lo tanto, es justicia de vuestro Dios, si existe, no castigar lo que él mismo ha prescrito. Si es todopoderoso vuestro Dios, ¿tenía necesidad de castigar el mal para impedirlo; no podía extirparlo totalmente en los hombres? Si no lo ha hecho, es que

lo ha creído esencial para el mantenimiento del equilibrio, y, según esto, ¿cómo, viles blasfemos, podéis decir que Dios pueda castigar un modo esencial para las leyes del universo?

5° Todos los teólogos están de acuerdo en creer y en predicar las penas del infierno... Esto prueba solamente que los sacerdotes, tan desunidos entre sí, se entienden, sin embargo, siempre que se trata de engañar a los hombres. Y además, ¿debe- fijar las opiniones de otras sectas los sueños ambiciosos e interesados de los curas romanos? ¿Es razonable exigir que todos los hombres crean en lo que les ha complacido inventar a los más despreciables y al menor número de ellos? Es la verdad lo que hay que seguir y no a la multitud: habría que limitarse a un solo hombre que dice la verdad, antes que a los hombres de todas las edades que sueltan mentiras.

Los otros argumentos que se presentan tienen todos tal carácter de debilidad que es perder el tiempo intentar refutarlos. Al no estar apoyados tales argumentos ni sobre las Escrituras ni sobre la tradición, deben caer necesariamente por sí mismos. Se nos alega el consentimiento unánime: ¿es posible cuando no se encuentran dos hombres que razonen de la misma forma sobre una cosa que parece, sin embargo, la más importante de la vida?

A falta de buenas razones, todos estos *meapilas os* amenazan; pero hace mucho tiempo que se sabe que la amenaza es el arma del débil y de la simplicidad. Son razones lo que hace falta, imbéciles hijos de Jesús, sí, son razones y no amenazas. No queremos que nos digáis: *Sentiréis estos tormentos, ya que no queréis creerlos*; queremos, y es lo que no podéis conseguir, que nos demostréis en virtud de qué pretendéis hacérselos creer.

En una palabra, el temor del infierno no es un preservativo contra el pecado... No está realmente indicado en ninguna parte... evidentemente, no es más que el fruto de la imaginación extraviada de los curas, es decir, de los individuos que forman la clase más vil y más malvada de la sociedad... Entonces, ¿de qué sirve? Desafío a que puedan decírmelo. Se nos asegura que el pecado es una ofensa infinita y, por consiguiente, debe ser castigada infinitamente: sin embargo, Dios mismo no ha querido más que darle un castigo finito, y ese castigo es la muerte.

De acuerdo con todo esto, concluyamos que el dogma pueril del infierno es una invención de los curas, una suposición cruel aventurada por pícaros de alzacuello, que han empezado por erigir un Dios tan estúpido, tan despreciable como ellos, para tener el derecho de hacer decir a este repugnante ídolo todo lo que podía halagar mejor sus pasiones y procurarles sobre todo mujeres y dinero, únicos objetos de la ambición de un montón de holgazanes, vil deshecho de la sociedad y de quienes lo mejor que podría hacerse sería purgarse radicalmente (15).

(15) ¿Quiénes son los únicos y verdaderos perturbadores de la sociedad? -Los curas-. ¿Quiénes son los que pervierten diariamente a nuestras mujeres y a nuestros hijos? -Los curas-. ¿Cuáles son los enemigos más peligrosos de cualquier gobierno? -Los curas-. ¿Cuáles son los culpables e instigadores de las guerras civiles? -Los curas-. ¿Quiénes nos envenenan constantemente con mentiras y engaños? -Los curas-. ¿Quiénes nos roban hasta el último suspiro? -Los curas-. ¿Quiénes abusan de nuestra buena fe y de nuestra credulidad en el mundo? -Los curas-. ¿Quiénes trabajan constantemente en la extinción total del género humano? -Los curas-. ¿Quiénes se mancillan con más crímenes e infamias? -Los curas-. ¿Cuáles son los hombres más peligrosos de la tierra, los más vengati-

vos y más crueles -Los curas-. ¡Y dudamos en extirpar totalmente este gusano pestilente de la superficie del globo!... -Entonces, nos merecemos todas nuestras desgracias.

Así pues, desterrad para siempre de vuestros corazones una doctrina que contradice igualmente a vuestro Dios y vuestra razón. Este es, incontestablemente, el dogma que ha producido la mayoría de los ateos sobre la tierra, sin que haya un solo hombre que no prefiera no creer en nada antes que adoptar un fárrago de mentiras tan peligroso; por eso es por lo que tantas almas honradas y sensibles se creen obligadas a buscar en la irreligión absoluta los consuelos y los recursos contra los terrores con los que la infame doctrina cristiana se esfuerza por colmarlos. Liberémonos, pues, de esos vanos terrores; desechemos para siempre los dogmas, las ceremonias, los misterios de esta abominable religión. El ateísmo más arraigado vale más que un culto cuyos peligros acabamos de ver. No sé qué inconveniente puede haber en no creer absolutamente en nada; pero, ciertamente, se bien todos aquellos que pueden nacer de la adopción de esos peligrosos sistemas.

Esto es, mi querido Saint-Fond, lo que tenía que decirte sobre ese dogma infame del infierno. ¡Que deje de atemorizarte y de helar tus placeres! No hay más infierno para el hombre que la estupidez y la maldad de sus semejantes; pero, en cuanto ha dejado de vivir, todo está dicho: su anonadamiento es eterno y nada le sobrevive. Según esto ¡qué absurdo sería negar algo a sus pasiones! Que piense que sólo está creado para ellas y para satisfacerlas, por grandes que sean los excesos a que puedan arrastrarle y que todos los efectos de estas pasiones, de cualquier tipo que las haya recibido, son medios de los que se sirve la naturaleza, cuyos agentes somos nosotros constantemente, sin que tengamos que dudar de esto y sin que podamos defendernos.

Ahora os devuelvo la idea de un Dios del que no me he servido más que un momento para combatir el sistema de las penas eternas; no existe Dios ni Diablo, ni paraíso ni infierno; y los únicos deberes que tenemos que cumplir en el mundo son los de nuestros placeres, abstracción hecha de todos los intereses sociales, porque no hay ninguno que no debamos inmolar al momento al más pequeño de nuestros placeres.

Y, espero que esto será suficiente para probarte lo absurdo del principio sobre el que basas tu inútil crueldad. ¿Examinaré sus medios? No, honradamente, no va len la pena: ¿cómo has podido creer que una firma con sangre tuviese más efecto que otra; que, además, ese papel metido en el culo, es decir, un poco de materia sobre la materia, pudiese convertirse en un pasaporte ante Dios o el Diablo, es decir, ante un ser que no existe? Es un encadenamiento de prejuicios tan singulares que no merecen, en verdad, el honor de ser refutados. Sustituye la idea voluptuosa que te asfixia, esa idea de una prolongación del suplicio sobre el mismo objeto, sustitúyela por una mayor abundancia de crímenes: no matas durante más tiempo a un mismo individuo, lo que es imposible, pero asesinas a muchos otros, lo que es factible. ¿Hay nada tan mezquino como limitarte a seis víctimas por semana? Unete a los cuidados y a la inteligencia de Juliette para doblar y triplicar ese número; dale el dinero necesario: nada te faltará y tus pasiones estarán satisfechas.

- ¡Maravilloso! -respondió Saint-Fond-, adopto esta última conclusión, y desde este momento, Juliette, os advierto que, en lugar de tres víctimas por comida, quiero seis, y que, en lugar de dos comidas en el mismo intervalo, haré cuatro, lo que subirá el número de víctimas a veinticuatro por semana, de las cuales un tercio de hombres y dos tercios de

mujeres: os pagaré en consecuencia. Pero no me rindo, señoras, tan fácilmente a vuestra profunda explicación sobre la nulidad de las penas del infierno; hago justicia a la erudición que se ve reina en ella... a su objetivo... a algunas de sus consecuencias: admitirlo es lo que no puedo y esto es lo que le opongo.

En primer lugar, parece que, del principio al fin de vuestro razonamiento, no intentáis más que disculpar a Dios de la barbarie del dogma del infierno. Si Dios existe, decís casi en cada frase, las cualidades con las que debe estar dotado son todas incompatibles con ese execrable dogma. Pero ahí es precisamente donde caéis, según yo, en el más grave error, y esto a falta de una filosofía bastante profunda, bastante luminosa para haceros ver claro sobre este tema. El dogma del infierno turba nuestros placeres y partís de ahí para sostener que no hay infierno: ¿qué fe queréis que se tenga en una opinión tan llena de egoísmo? A fin de combatir el dogma seguro de las penas eternas, comenzáis gratuitamente por destruir todo lo que lo sostiene: no hay Dios, no tenemos alma; por consiguiente, no puede haber suplicios que temer en otra vida. Me parece que aquí empezáis con la mayor equivocación que se puede cometer en lógica, que es suponer lo que está en cuestión. Muy lejos de pensar como vos, admito un Ser supremo y, mucho más constantemente aún, la inmortalidad de nuestras almas. Pero que vuestros devotos, encantados con este principio, no vayan a partir de aquí para imaginarse que han hecho de mí un prosélito: dudo que mis sistemas les gusten, y por muy de extravagantes que podáis tacharlos, sin embargo, voy a presentároslos.

Levanto mis ojos sobre el universo, veo el *mal*, el *desorden* y el *crimen* reinar por todas partes en déspotas. Bajo mi mirada hacia el ser más interesante de este universo y lo veo igualmente lleno de vicios, de contradicciones, de infamias: ¿qué ideas surgen de este examen? Que lo que nosotros llamamos impropriamente el *mal* no lo es realmente y es tan necesario para las intenciones del ser que nos ha creado, que dejaría de ser el dueño de su propia obra si el *mal* no existiese universalmente sobre la tierra. Totalmente convencido de este sistema, me digo: existe un Dios; una mano cualquiera ha creado necesariamente todo lo que veo, pero no lo ha creado más que para el *mal*, sólo se complace en el *mal*, el *mal* es su esencia y todo el mal que nos hace cometer es indispensable para sus planes: ¿qué le importa que yo sufra de este *mal*, con tal de que le sea necesario? ¡No parece que yo sea su hijo preferido! Si las desgracias con las que estoy colmado desde el día de mi nacimiento hasta el de mi muerte prueban su despreocupación por mí, yo puedo muy bien engañarme sobre lo que llamo mal. Lo que yo caracterizo así, respecto a mí, es verdaderamente un bien muy grande respecto al ser que me ha puesto en el mundo; y si yo recibo mal de los otros, gozo del derecho de devolverlo, incluso con la facilidad de hacérselo el primero: desde ese momento, ese mal es un bien para mí, como lo es para el autor de mis días respecto a mi existencia; soy feliz con el mal que hago a los otros, como Dios es feliz con el que me hace; ya no hay error más que en la idea atribuida a la palabra, pero, en la práctica, ese mal es necesario, y el mal es un placer: ¿por qué, entonces, no lo llamaré bien?

No lo dudemos, el mal, o al menos lo que nombramos así, es absolutamente útil para la organización viciosa de este triste universo. El Dios que lo ha formado es un ser vengativo, muy bárbaro, muy malvado, muy injusto, muy cruel, y esto porque la venganza, la barbarie, la maldad, la iniquidad, lo criminal, son formas necesarias para los resortes de esta vasta obra y de las que sólo nos quejamos cuando nos hacen daño: pacientes, el cri-

men se equivoca; agentes, tiene razón. Ahora bien, si el mal, o al menos lo que llamamos así, es la esencia de Dios, que lo ha creado todo, y de los individuos formados a su imagen, ¿cómo no estar seguros de que las consecuencias del mal deben ser eternas? Ha creado el mundo en el mal; lo sostiene por el mal; lo perpetúa por el mal; la criatura debe existir impregnada de mal; vuelve al seno del mal después de su existencia. El alma del hombre no es más que la acción del mal sobre una materia desligada y que sólo es susceptible de ser organizada por él: ahora bien, al ser esta forma el alma del Creador como es la de la criatura, así como existía antes de que esta criatura estuviese llena de ella, de la misma forma existirá después de ella. Todo debe ser malo, inhumano, bárbaro como vuestro Dios: estos son los vicios que debe adoptar el que quiera complacerlo, sin ninguna esperanza, sin embargo, de lograrlo, porque el mal, que daña siempre, el mal, que es la esencia de Dios, no podrá ser susceptible de amor ni de gratitud. Si ese Dios, centro del mal y de la ferocidad, atormenta y hace atormentar al hombre por la naturaleza y por otros hombres durante todo el tiempo de su existencia, ¿cómo dudar de que actúa de la misma manera, y quizás involuntariamente, sobre ese soplo que lo sobrevive y que, como acabo de decirlo, no es otra cosa que el mal mismo? Pero, vais a objetarme, ¿cómo el mal puede ser atormentado por el mal? Porque aumenta al recaer sobre sí mismo y porque la parte admitida debe ser aplastada necesariamente por la parte que admite: esto por la razón que somete siempre la debilidad a la fuerza. Lo que sobrevive del ser naturalmente malo, y lo que debe sobrevivirle, puesto que es la esencia de su constitución existente antes que él y que necesariamente existirá después, al volver a caer en el seno del mal y al no tener ya fuerza para defenderse, porque será el más débil, estará, pues, eternamente atormentado por la esencia entera del mal, con la que se reunirá; y son estas moléculas malignas las que, en la operación de englobar a aquellas que lo que llamamos la muerte reúne con ella, componen lo que los poetas y las imaginaciones ardientes han llamado demonios. Como veis, ningún hombre, cualquiera que sea su conducta en este mundo, puede escapar a esta terrible suerte, porque es preciso que todo lo que ha emanado del seno de la naturaleza, es decir, del mal, entre en él: esta es la ley del universo. De esta forma, los detestables elementos del hombre malo se absorben en el centro de la maldad, que es Dios, para volver a animar una vez más a otros seres, que nacerán tanto más corrompidos cuanto que serán el fruto de la corrupción.

¿Qué será, me diréis, del ser bueno? Pero no existe ser bueno; el que llamáis virtuoso no es bueno, o si lo es ante vosotros, no lo es, seguramente, ante Dios, que so lamente es el mal, que no quiere más que el mal y que no exige más que el mal. El hombre del que habláis sólo es débil y la debilidad es un mal. Este hombre, como más débil que el ser absoluta y completamente vicioso y, por consiguiente, como más prontamente englobado por las moléculas malignas con las que le reunirá su disolución elemental, sufrirá mucho más: y esto es lo que debe animar a cada hombre a ser en este mundo el más vicioso, el más malo posible, a fin que de que, más semejante a las moléculas con las que debe unirse un día, tenga, en este acto de reunión, que sufrir infinitamente menos su peso sobre él. La hormiga, al caer en un enjambre de animales cuya energía aplastaría todo lo que se juntase a él, tendría, a causa de la poca defensa que ella opondría, infinitamente más que sufrir en esta reunión que un gran animal, que, pudiendo oponer más resistencia, sería arrastrado más blandamente. Cuantos más vicios y fechorías haya manifestado el hombre en este mundo, más cerca estará de su invariable fin, que es la maldad; por consiguiente, menos tendrá que sufrir cuando se una al hogar de la maldad, que yo considero como la

materia prima de la composición del mundo. Por lo tanto, que el hombre se abstenga de la virtud, si no quiere verse enfrentado a males terribles; porque al ser la virtud el modo opuesto al sistema del mundo, todos aquellos que la hayan admitido están seguros de sufrir, después de esta vida, increíbles suplicios, por el trabajo que tendrán en volver al seno del mal... autor y regenerador de todo lo que vemos.

Cuando veáis que todo era vicioso y criminal en la tierra, les dirá el Ser supremo en maldad, ¿por qué os perdisteis por los senderos de la virtud? ¿Os anuncié con algo que este mundo estuviese hecho para serme agradable? ¿Y no debían convencerlos las constantes desgracias con que yo cubría el mundo de que sólo amaba el desorden y que era preciso imitarme para complacerme?

¿Acaso no os di cada día ejemplo de destrucción? ¿Por qué no destruisteis? Las plagas con que aplastaba al mundo, probándoos que el Mal era toda mi alegría, ¿no debían animaros a servir mis planes por el mal? Se os decía que la humanidad debía satisfacerme: ¿y cuál es el acto de mi conducta en el que hayáis visto bondad? ¿Ha sido cuando enviaba pestes, guerras civiles, enfermedades, terremotos, tormentas? ¿Era cuando sacudía sobre vuestras cabezas constantemente las serpientes de la discordia, cuando os convencí de que el bien era mi esencia? ¡Imbécil!, ¿por qué no me imitabas? ¿Por qué te resistías a esas pasiones que sólo había colocado en ti para probarte cuán necesario me era el mal? Había que seguir sus órganos, despojar como yo, sin piedad, a la viuda y al huérfano, invadir la herencia del pobre, en una palabra, servirte del hombre para todas tus necesidades, para todos tus caprichos como lo hago yo. ¿Qué te revierte de haber tomado, como un tonto, un camino contrario y cómo los elementos blandos emanados de tu disolución van a volver ahora al seno de la maldad y del crimen sin romperse, sin ocasionarte vivos dolores?

Más filósofo que vos, Clairwil, como veis, no he recurrido como vos ni a ese farsante de Jesús ni a esa simple novela de la Escritura santa para demostraros mi sistema: sólo en el estudio del universo busco armas para combatirlos y sólo por la forma en que está gobernado veo como indispensable la necesidad del mal eterno y universal en el mundo. El autor del universo es el más malvado, el más feroz, el más espantoso de todos los seres. Sus obras no pueden ser otra cosa más que o el resultado o el movimiento de la maldad. Sin el más extremo período de la maldad, nada se sostendría en el universo; sin embargo, el mal es un ser moral y no un ser creado, un ser eterno y no perecedero: existía antes que el mundo; constituía el ser monstruoso, execrable que pudo crear un mundo tan extraño. Por lo tanto, existirá después de las criaturas que pueblan este mundo; y a él volverán todas, para volver a crear otros seres más malvados todavía; y esto es por lo que se dice que todo se degrada, que todo se corrompe al envejecer: eso sólo procede de la entrada y de la salida perpetua de los elementos malvados en el seno de las moléculas malignas.

Quizás me preguntaréis ahora cómo, con esta hipótesis, soluciono la posibilidad de hacer sufrir a un ser más tiempo por medio de un billete introducido en el ano. Es la cosa más sencilla del mundo, e incluso me atrevo a decir que la más segura y la menos refutable: si bien he querido llamarla debilidad, es porque no creía que me pusieseis en condiciones de desvelaros mis sistemas. Ahora defiendo mi método y pruebo su bondad.

Una vez que mis víctimas han llegado al seno del mal, con las pruebas de que han sufrido en mis manos todo lo que era posible soportar, entran entonces en la clase de los

seres virtuosos; yo los mejoro por mi operación; y esto hace su adjunción a las moléculas malignas de una dificultad bastante grande, para que los dolores sean enormes; y, por las leyes de atracción esenciales para la naturaleza, deben ser del mismo tipo que las que yo les haga sufrir en este mundo. De la misma manera que el amante atrae el hierro, así la belleza aguja los apetitos carnales y de la misma forma los dolores A, los dolores C, los dolores B se llaman, se encadenan. El ser exterminado con mi mano por el dolor B, supongo, sólo entrará en el seno de las moléculas malignas por el dolor B; y si el dolor B es el más terrible posible, estoy seguro de que mi víctima soportará otros semejantes, al unirse al seno del mal, que espera necesariamente a todos los hombres, no los adopta más que en el mismo sentido en que han salido del universo; pero el billete- no es más que una formalidad, estoy de acuerdo... inútil quizás, pero que satisface mi espíritu y que no puede tener nada contrario al verdadero sentido, al éxito asegurado de mi operación. - ¡He aquí -respondió Clairwil-, el más asombroso, el más singular, me atreveré a decir el más extraño de todos los sistemas que se hayan presentado todavía, sin duda, al espíritu del hombre!

-Es menos extravagante que el que acabáis de exponer vos -dice Saint-Fond-: para sostener el vuestro, estáis obligada a lavar a Dios de sus faltas, o a negarlo; yo lo admito con todos sus vicios y, ciertamente, a los ojos de aquellos que conozcan bien todos los crímenes, todos los horrores de ese ser extraño, al que los hombres no ruegan y no llaman bueno más que por temor, a los ojos de esa gente, digo, mis ideas les parecerán menos irregulares que las que vos habéis expuesto.

-Tu sistema -dice Clairwil-, tiene su fuente sólo en el profundo horror que tienes hacia Dios.

-Eso es verdad, lo aborrezco; pero el odio que tengo por él no ha parido mi sistema: no es más que el fruto de mi sabiduría y de mis reflexiones.

-Prefiero -dice Clairwil-, no creer en Dios que forjarme uno para odiarlo. ¿Qué piensas de esto Juliette? -Profundamente atea -respondí-, enemiga capital del dogma de la inmortalidad del alma, preferiré siempre tu sistema al de Saint-Fond; prefiero la certidumbre de la nada que el temor de una eternidad de dolores.

-Ahí está -dice Saint-Fond-, siempre ese pérfido egoísmo, que es la causa de todos los errores de los hombres. Disponen sus planes de acuerdo con sus gustos, sus caprichos y siempre alejándose de la verdad. Hay que dejar de lado las pasiones cuando se examina un sistema de filosofía.

-¡Ah!, Saint-Fond dice Clairwil-, ¡cuán fácil sería demostrar que el tuyo no es más que el fruto de esas pasiones a las que quieres que se renuncie cuando se estudian. Con menos crueldad en el corazón, tus dogmas serían menos sanguinarios; y prefieres incurrir tú mismo en la eterna condenación de la que hablas, que renunciar al delicioso goce de atormentar a los otros.

-Bah, Clairwil -interrumpí-, ese es su único fin al desarrollar ese sistema: no es más que una maldad de su parte, pero no se lo cree.

-Creo que se engañan; y podéis ver que mis acciones están totalmente conformes con mi manera de pensar: persuadido de que el suplicio de la reunión con las moléculas ma-

lignas será muy mediocre para el ser tan malhechor como ellas, me cubro de crímenes en este mundo para tener que sufrir menos en el otro.

-En cuanto a mí -dice Clairwil-, me mancillo con ellos porque me agradan, porque los creo una de las maneras de servir a la naturaleza y porque, al no sobrevivir nada de mí, importa muy poco cómo me haya conducido en este mundo.

Estábamos en este punto, cuando oímos un coche que entraba en el patio; se anunció Noirceuil; apareció, llevando a un joven de dieciséis años, más hermoso que el mismo Amor.

¿Qué es esto? -dice el ministro-, acabamos de analizar el infierno, ¿y vienes tú a darme la ocasión de merecerlo un poco?

-No dependerá más que de ti -dice Noirceuil-, y puedes condenarte a las mil maravillas con este hermoso niño: sólo para eso lo traigo aquí. Es el hijo de la marquesa de Rose, a la que hace ocho días hiciste meter en la Bastilla, bajo el vano pretexto de conspiración y que, me imagino, no tenía otro fin que conseguirte dinero y el goce de este hermoso muchacho. La marquesa, enterada de nuestras relaciones, me ha implorado, me he conseguido una orden de tus funcionarios para verla y hemos charlado esta mañana. Este es el resultado de mi negociación dice Noirceuil empujando al joven Rose a los brazos del ministro: *jode* y firma; tengo más de cien mil escudos para darte.

-Es guapo dice Saint-Fond, besando al joven-... demasiado guapo; pero llega en un mal momento... hemos hecho horrores; estoy lleno.

--Tranquilízate sobre eso dice Noirceuil- y encontrarás en los encantos de este muchacho todo lo que te haga falta para devolvete a la vida.

Rose y Noirceuil, que no habían comido, se sentaron a la mesa; en cuanto acabaron, Saint-Fond dice que quería que yo fuese la tercera en los placeres que él se prometía con este joven y que Noirceuil se acostase con Clairwil. Este arreglo pareció gustar a ambos y se retiraron.

-Necesitaré muchas cosas dice Saint-Fond, en cuanto estuvimos los tres solos- y por muy guapo que sea este hermoso muchacho, creo que me costará mucho trabajo que se ponga recta: quítale sus pantalones, Juliette, levanta su camisa sobre sus riñones, dejando caer agradablemente sus pantalones debajo de las piernas; amo con locura esta forma de ofrecer el culo.

Y como el que yo presentaba era verdaderamente delicioso, Saint-Fond, masturbado por mí, lo besa fuerte durante un buen rato excitando el miembro del joven al que pronto vimos en el más brillante estado.

-Chúpalo -me dice mi amante-, yo voy a acariciarlo; durante ese tiempo hay que hacerle descargar entre los dos.

A continuación Saint-Fond, celoso del semen que yo iba a chupar, quiso cambiar de lugar conmigo, lo que se hizo tan bien que apenas tuvo el miembro del joven en la boca, se la sentí llena de la más abundante eyaculación; la tragó.

-¡Oh!, Juliette -me dice-, ¡cuánto me gusta alimentarme con este agradable alimento!... es pura crema.

Después, habiendo dicho al joven que se metiese en la cama, y sobre todo, que no se durmiese hasta que nos reuniésemos con él, me hizo pasar a su cuarto.

Juliette -me dice-, tengo que informarte de las particularidades de un asunto del que el mismo Noirceuil no está muy al corriente. La marquesa de Rose, una de las mujeres más hermosas de la corte, fue en otro tiempo mi amante y el muchacho que ves aquí me pertenece. Hace dos años que estoy enamorado de ese joven, sin que nunca haya consentido la marquesa en entregármelo. Al no estar todavía mi crédito bien asentado, no quise arriesgarme; pero al ver elevarse últimamente mi favor sobre las ruinas del suyo, ya no he dudado en hacerla sospechosa, para vengarme de haber gozado de ella y de haberse opuesto a que goce de su hijo. Ahora ves que tiene miedo, me lo envía, en verdad, en un momento en que, después de haber descargado mucho por él durante dieciocho meses, no me excita ya más que muy mediocrementemente; sin embargo, como hay bonitos ramalazos de crímenes en toda esta aventura, quiero recogerlos y divertirme. En primer lugar, voy a aceptar los cien mil escudos de la condesa, quiero fornicar bien a su hijo: pero su salida de la Bastilla no la hará más que en un cofre. -¿Qué quieres decir con esa expresión?

-Está claro; la condesa ignora que si pierde a su hijo, aunque yo sea su pariente muy lejano, seré su único heredero: en un mes, ya no existirá la puta; y cuando haya fornicado bien al señor, su querido hijo, esta noche, le haremos tomar una taza de chocolate mañana por la mañana que desviará pronto a mi favor la herencia que le correspondería.

-¡Qué complicación de crímenes!

-¡Ya ves que hay con qué hacerme entrar bien cómodamente en el seno de las moléculas malignas!

-¡Oh!, ¡sois un hombre increíble! ¿Y la cosa vale al menos la pena?

-Quinientas mil libras de renta, Juliette, ¡y las gano con veinte céntimos de arsénico! ¡Vamos, joder!, ¿ves? -prosiguió poniéndome la mano en su miembro muy duro y muy firme-, ¿ves la fuerza de una idea criminal sobre mis sentidos?, no habré fracasado nunca con una mujer si estoy seguro de matarla después.

El joven Rose nos esperaba; nos acostamos cerca de él. Saint-Fond le cubrió con las más lujuriosas caricias; lo excitamos, lo chupamos, lo acariciamos, y como la imaginación actuaba fuerte, pronto Saint-Fond había jodido al joven. Yo le excitaba el agujero del culo con la lengua y, con lo enervado que estaba, su descarga fue de las más largas y más copiosas. Exigió de mí hacérmela devolver en la boca: este libertinaje me gustaba excesivamente, me suscribía a todo. A continuación fue preciso que el joven Rose me sodomizase mientras que él lo fornicaba una segunda vez y, después Saint-Fond me trató de la misma manera, acariciando el culo del joven, al que acabamos de agotar a fuerza de hacerlo descargar o en nuestras bocas o en nuestros culos. Hacia el despuntar del día, Saint-Fond, hastiado sin estar satisfecho, me ordenó que le sujetase al muchacho y le desgarró las nalgas a golpes de zorros; a continuación, lo golpeó y martirizó cruelmente. Hacia las once, se sirvió el chocolate; tuve buen cuidado, por orden del ministro, de echar lo que debía asegurar la herencia a mi amante; y él, por un insigne refinamiento de crueldad, quiso, mientras yo preparaba el veneno del hijo, dar la orden al comandante de la Bastilla de administrar el de la madre.

-Vamos -me dice Saint-Fond en cuanto que por medio de nuestras fechorías se introdujo la muerte en las venas de este desgraciado muchacho- vamos, esto es lo que yo llamo una buena mañana: que el Ser supremo de las maldades se digne enviarme solamente cuatro como ésta por semana y se lo agradeceré con todo mi corazón.

Noirceuil estaba desayunando con Clairwil mientras nos esperaban; ninguno de nuestros secretos fue revelado y el ministro partió para París con el muchacho y su amigo; sólo Clairwil me acompañó.

Para no volver sobre esta aventura, sabréis amigos míos, que este crimen, como todos los de Saint-Fond, fue coronado con el mayor éxito; poco tiempo después, estuvo en posesión de una herencia, de una renta de la que quiso darme la parte de dos años por adelantado, por haber compartido su crimen.

En el camino, Clairwil me hizo algunas preguntas, que yo tuve la habilidad de eludir, sin satisfacerla; ocultar los actos lujuriosos hubiese sido inútil: no me habría creído; pero yo disimulé lo demás, y Saint-Fond me lo supo agradecer. Aproveché este camino para recordar a mi amiga la promesa que me había hecho de admitirme en su club libertino; me prometió que esta recepción tendría lugar en la primera asamblea y nos separamos.